TUI T. SUTHERLAND
ALAS DE FUEGO
Acechador Oscuro
Legendas

1. Mapa
2. Guía sobre los dragones de Pirria
3. Prólogo
4. PARTE 1 | Capítulo 1
5. Capítulo 2
6. Capítulo 3
7. Capítulo 4
8. Capítulo 5
9. Capítulo 6
10. Capítulo 7
11. Capítulo 8
12. Capítulo 9
13. Capítulo 10
14. Capítulo 11
15. Capítulo 12
16. Capítulo 13
17. Capítulo 14
18. PARTE 2 | Capítulo 15
19. Capítulo 16
20. Capítulo 17
21. Capítulo 18
22. Capítulo 19
23. Capítulo 20
24. Capítulo 21
25. Capítulo 22
26. Capítulo 23
27. PARTE 3 | Capítulo 24
28. Capítulo 25
29. Capítulo 26
30. Capítulo 27
31. Capítulo 28
32. Capítulo 29
33. Capítulo 30
34. Capítulo 31
35. Capítulo 32
36. Capítulo 33

37. Epílogo
38. Post-Epílogo

Mapa

Ice Kingdom - Reino Helado

Queen Diamond's Palace – Palacio de la Reina Diamante

Sky Kingdom – Reino Celeste

Queen Carmine's Palace – Palacio de la Reina Carmín

Diamond Spray River – Río de Espuma Diamantina

Diamond Spray Delta – Delta de Espuma Diamantina

Kingdom of the Sea – Reino del Mar

Queen Lagoon's Island Palace – Palacio Isla de la Reina Laguna

Bay of Thousand Scales - Bahía de las Mil Escamas

Mud Kingdom – Reino Lodoso

Queen Crane's Palace – Palacio de la Reina Grulla

Rainforest Kingdom – Reino del Bosque Tropical

Claws of the Clouds Mountains - Garras de las Montañas de las Nubes

Jade Mountain – Montaña de Jade

Kingdom of the Sand – Reino de Arena

Queen Scorpion's Stronghold – Fortaleza de la Reina Escorpión

Night Kingdom – Reino de la Noche

Queen Vigilance's Palace - Palacio de la Reina Vigilancia

Guía sobre los dragones de Pirria

ALAS NOCTURNAS

Descripción: Escamas negras violáceas y, bajo las alas, algunas escamas plateadas diseminadas, como un cielo nocturno salpicado de estrellas. Lengua bífida negra.

Características: Pueden respirar fuego. Desaparecen en las sombras. Algunos nacen con el poder de leer mentes o ver el futuro (o, muy raramente, ambos)

Reina: Reina Vigilancia

Dragones Animus Conocidos: Ninguno

ALAS ARENOSAS

Descripción: Escamas dorado claro o blancas, del color de la arena del desierto. Cola con púas venenosas. Lengua bífida negra.

Características: Pueden sobrevivir largas temporadas sin agua. Envenenan a sus enemigos. Se entierran a sí mismos en las arenas del desierto para camuflarse. Respiran fuego.

Reina: Reina Escorpión.

Dragones Animus Conocidos: Jerbo (en paradero desconocido).

ALAS LODOSAS

Descripción: Dragones fuertes con escamas marrones reforzadas con algunos reflejos dorados y ámbar.

Características: Pueden respirar fuego (si alcanzan una temperatura lo bastante alta). Son capaces de aguantar la respiración casi una hora entera. Habitan en grandes charcos de lodo. Suelen ser muy fuertes.

Reina: Reina Grulla.

Dragones Animus Conocidos: Ninguno.

ALAS CELESTES

Descripción: Escamas doradas, rojizas o anaranjadas. Alas enormes.

Características: Poderosos luchadores y expertos voladores. Pueden respirar fuego.

Reina: Reina Carmín.

Dragones Animus Conocidos: Ninguno.

ALAS MARINAS

Descripción: Escamas azules, verdes o aguamarina. Membranas entre las garras. Agallas en el cuello. Rayas en la cola/hocico/estómago que brillan en la oscuridad.

Características: Pueden respirar bajo el agua, ver en la oscuridad, crear olas enormes con un solo golpe de su poderosa cola y son excelentes nadadores.

Reina: Reina Laguna.

Dragones Animus Conocidos: Albatros, hermano de la reina.

ALAS HELADAS

Descripción: Escamas plateadas del color de la luna o azul claro como el hielo. Garras rugosas para sujetarse a las superficies heladas. Lengua bífida azul. Cola estrecha acabada en forma de látigo.

Características: Pueden soportar temperaturas bajo cero y la luz brillante. Exhalan un mortífero aliento helado.

Reina: Reina Diamante.

Dragones Animus Conocidos: La Reina Diamante y su hijo, el Príncipe Ártico.

ALAS LLUVIOSAS

Descripción: Sus escamas cambian constantemente de color. Suelen brillar como las aves del paraíso. Cola prensil.

Características: Pueden camuflarse adaptando el color de sus escamas a aquello que los rodea. Usan su cola prensil para escalar. Disparan un veneno mortal de sus colmillos.

Reina: Reina Anaconda.

Dragones Animus Conocidos: Ninguno.

Los acontecimientos de este libro tienen lugar en el oscuro pasado de Pirria, más de dos mil años antes de la Guerra de Sucesión de los Alas Arenosas y de los acontecimientos de *La Profecía* .

Prólogo

—¿Príncipe Ártico?—

Una dragona blanca y plateada asomó la cabeza por la puerta, dando tres ligeros golpes en la pared de hielo. Ártico no recordaba su nombre, lo cual era el tipo de metida de pata que su madre siempre le gritaba. Era un príncipe; era su deber tener memorizados a todos los dragones nobles junto con sus rangos para poder tratarlos de acuerdo con el lugar exacto que ocupaban en la jerarquía.

Era estúpido y frustrante, y si su madre le gritaba por ello una vez más, le encantaría algo que le congelara la boca para siempre.

Oooo. Qué imagen más bonita. La Reina Diamante con una cadena de círculos de plata enrollada alrededor de su hocico y congelada en sus escamas. Cerró los ojos e imaginó la dichosa tranquilidad.

La dragona en su puerta se movió ligeramente, sus garras haciendo pequeños sonidos de raspado para recordarle que estaba allí. ¿Qué estaba esperando? ¿Permiso para darle un mensaje? ¿O estaba esperando a que dijera su nombre... y si no lo hacía, volvería corriendo a la reina para informarle de que había vuelto a fallar?

Tal vez debería encantar un talismán que le susurrara al oído cada vez que necesitara saber algo. Otra idea tentadora, pero estrictamente en contra de las reglas de la magia animus de los Alas Heladas.

Los dragones animus son muy raros; aprecia tu don y respeta los límites que la tribu ha establecido. Nunca uses tu poder frívolamente. Nunca lo uses para ti mismo. Este poder es extremadamente peligroso. Las reglas de la tribu están ahí para protegerte. Sólo los Alas Heladas han descubierto cómo usar la magia animus de forma segura.

Guárdalo todo para tu ceremonia de donación. Úsalo sólo una vez en tu vida, para crear un don glorioso que beneficie a toda la tribu, y luego

nunca más; esa es la única manera de estar seguro.

Ártico movió los hombros, sintiéndose atascado dentro de sus escamas. Reglas, reglas y más reglas: ese era el estilo de vida Ala Helada. Cada dirección que tomaba, cada pensamiento que tenía, estaba restringido por las reglas y los límites y los rostros críticos, especialmente el de su madre. Las reglas sobre la magia animus eran sólo una forma más de mantenerlo atrapado bajo sus garras.

—¿Qué pasa? —le ladró a la extraña dragona. Cara de fastidio, intenta eso. Como si estuviera muy ocupado y ella le hubiera interrumpido y por eso se saltara los rituales políticos habituales. En realidad, estaba muy ocupado. Sólo faltaban tres semanas para la ceremonia de donación. Ya era bastante malo que su madre lo hubiera arrastrado hasta aquí, a su palacio más meridional, cerca del océano y de la frontera con el Reino de Arena. Le había prometido dejarlo solo para que trabajara mientras ella dirigía cualquier asunto real vital que requiriera su presencia. Todo el mundo debería saber que no hay que molestarle en este momento.

La mensajera parecía decepcionada. Tal vez realmente debía saber quién era ella. —Tu madre me envía para decirte que la delegación Ala Nocturna ha llegado.

Aaarrrrgh. Otra aburrida reunión diplomática.

—No se pueden esperar que los atienda —dijo, agitando las garras hacia las paredes translúcidas de su habitación. —Sólo tengo tres semanas más para prepararme.

—Bueno —dijo la otra Ala Helada —mencionó que...

—Pero no le importa —finalizó cuando se interrumpió.

La pobre dragona parecía profundamente incómoda, atrapada entre un príncipe que la superaba y una reina que superaba a todos. Ártico suspiró.

—Muy bien —dijo, barriendo fragmentos de hielo con su cola. —Ya voy.

Dio un paso atrás con alivio, y se dio cuenta de que la cadena de plata que llevaba al cuello sólo tenía un círculo. Oh-oh. Eso significaba que estaba clasificada en el Primer Círculo, ¿cómo podía haber olvidado a una Ala Helada del Primer Círculo? Los dragones del Primer y Segundo Círculo solían vivir en el palacio de hielo de la reina junto a la familia real, y estaba seguro de haberlos memorizado todos.

A excepción de los nobles que vivían en los tres palacios exteriores...

—Copo de Nieve —soltó. Realmente era un idiota. Era la que su madre había elegido para que se casara. Familia respetable, leal, probablemente tendría una hija que podría reemplazar a la Reina Diamante algún día, ya que no tenía hermanas o tías que pudieran intentar el trono. Copo de Nieve era probablemente la verdadera razón por la que había sido arrastrado a este viaje.

—Sí —dijo ella, bajando la cabeza. Era bonita en la forma aburrida y vidriosa que le gustaba a su madre, pero no había percibido en absoluto su personalidad en su único encuentro anterior. Tenía un poco de miedo de que no tuviera ninguna.

—Eh —dijo él, siguiéndola por el pasillo congelado. *Debe haber algo de lo que podamos hablar.* —¿Has visto alguna vez un Ala Nocturna antes?—

—Sólo el que vino al muro hace unos meses para pedir esta reunión.

—¿Sabes para qué están aquí?—

Negó con la cabeza. Así que, al parecer, ese fue el final de la conversación.

Ooo, qué tal un objeto tocado por un animus que puede hacer que cualquier dragón sea interesante. Por los cielos de arriba, eso sí que sería útil.

No desperdicies tu don! La voz de su madre resonaba en su cabeza. *¡Bla, bla, bla! ¡Consideración cuidadosa! ¡Meses de planificación!*

A veces tenía la fuerte sensación de que se arrepentía de su propio don de animus a la tribu: el don de la curación, que era un conjunto de cuernos de narval que podían curar las heridas de el aliento helado. Ayudaba cuando los jóvenes Alas Heladas jugaban de forma demasiado brusca o cuando se producían peleas dentro de la tribu... pero ciertamente sería un regalo mucho más útil si los cuernos pudieran curar cualquier herida. Apostaba a que la Reina Diamante desearía poder retroceder en el tiempo y arreglar ese error.

—¿Qué le regalarías a la tribu? —le preguntó a Copo de Nieve. —¿Si fueras una animus, quiero decir, y tuvieras que pensar un don?—

—Oh —dijo ella, moviendo sus alas en pequeñas ondas. —No lo sé.

—Bueno, piénsalo —dijo. —Realmente me gustaría saberlo.

—Muy bien —dijo ella. Siguieron caminando por los pasillos del palacio, que eran más pequeños y estrechos que los de casa, con extrañas tallas de hielo desparejadas por todas partes: aquí un oso polar, allí un lobo, allí un carroñero gritando, aquí un búho abultado. No había coherencia, ni sensación de visión artística, y todo estaba demasiado cerca de él. A Ártico le daban ganas de romper las paredes para poder ver el cielo.

Un minuto después, Copo de Nieve dijo: —Lo siento, no se me ocurre nada.

Ártico no pudo ocultar la irritación que se reflejó en su rostro. —Piénsalo bien —dijo. —Dímelo mañana, o cuando se te ocurra algo.

Le dirigió una mirada que, para su sorpresa, era casi tan irritada como la suya. —Me parece una pérdida de tiempo —dijo. —A no ser que tengas problemas para encontrar una idea para el tuyo.

—No, no —dijo rápidamente. —Por supuesto que ya tengo un plan. *Bueno, Madre tiene un plan. Por eso estoy tratando de idear uno mejor.*

No preguntó qué era. En cambio, se detuvo en una de las cornisas de vuelo y señaló con la cabeza la cúpula que tenían debajo. En el crepúsculo,

brillaba desde dentro como mármol iluminado por el fuego, cubriendo la mayor parte de la llanura entre el palacio y el océano. La nieve espolvoreaba el exterior y el suelo a su alrededor; más copos cristalinos caían suavemente del cielo.

El propio océano estaba surcado de vetas anaranjadas y doradas mientras el sol se ponía en el lejano horizonte occidental. Las alas de los dragones surcaban el aire como murciélagos lanzados mientras los cazadores se lanzaban a pescar la cena en el mar para el banquete de bienvenida de esta noche.

Ártico y Copo de Nieve bajaron volando hasta la entrada de la cúpula de invitados.

Dentro, sabía, estaría más caliente de lo que le gustaba, calentado por los cuerpos de los Alas Nocturnas que respiraban fuego y también por el don de la diplomacia. (Creado por un animus llamado Pingüino hace unos cincuenta años, charlaba su abarrotado cerebro. Había estudiado todos los dones de los animus con detenimiento, tratando de idear algo nuevo y original para el suyo. Por eso, tal vez, no tenía espacio en su cerebro para las caras de los dragones que apenas conocía).

Sin embargo, la cúpula en sí no era un don de un animus; estos bloques de hielo habían sido tallados por garras normales de Ala Helada. Debía de llevar mucho tiempo, y no estaba del todo convencido de que no se derritiera todo encima de algún invitado que respirara fuego algún día.

Tal vez podría mejorar la cúpula como regalo, pensó. *Una cúpula de bienvenida indestructible para cualquier aliado o invitado de otras tribus.* Desechó la idea casi tan pronto como la tuvo. Era algo derivado y no tan impresionante como él quería. Quería que su regalo fuera algo que maravillara a los Alas Heladas durante siglos después de su desaparición, algo así como el don de la luz de Congelación.

Aterrizaron con un crujido en la nieve, pero justo cuando estaban a punto de entrar en el túnel de la cúpula, una dragona salió a la carga.

—¡Perdón! —gritó sin aliento mientras evitaba por poco que se cayeran. —Sólo necesitaba estar fuera un momento. ¡Mirar esa puesta de sol! ¡Grandes reinos, hace mucho frío aquí fuera! ¡Podría morir literalmente! Pero obviamente no puedo volver a entrar y perderme esta puesta de sol. Puedo soportar un poco de frío, ¿verdad? Si sólo... sigo... moviéndome... —Comenzó a andar furiosamente en un círculo alrededor de ellos, golpeándose a sí misma con sus alas.

Era una Ala Nocturna... la primera Ala Nocturna que Ártico había visto. Sabía que sería negra, pero no esperaba las escamas inferiores de color verde oscuro en su pecho o las escamas plateadas que brillaban aquí y allá en la parte inferior de sus alas. Sus ojos también parecían estar más cerca del verde oscuro que del negro, y los captó sin ningún temor. Sus alas chasquearon con energía y él sintió que sus propias alas respondían, elevándose como si de repente pudiera despegar y tocar las lunas.

—Nos vemos dentro —le dijo a Copo de Nieve.

Hizo una pausa y lanzó una mirada de desaprobación a la Ala Nocturna.

—Puedes decirle a mi madre que voy —sugirió. —Será mejor que te des prisa. No le gusta esperar.

La frente de Copo de Nieve volvió a arrugarse en esa expresión de irritación y se dio la vuelta para salir corriendo por el túnel sin ni siquiera hacer una reverencia o una mejor despedida.

Supongo que eso es lo que me merezco, pensó, *ya que no le di el saludo que requiere su rango. Se quedó mirando tras ella un momento, tratando de imaginar cómo sería estar casado con Copo de Nieve. Tal vez tenga una personalidad: furia reprimida. O tal vez esté tan poco emocionada por esta reunión como yo. No estoy seguro de cómo mejorar esa situación. Quiero decir, soy un príncipe; si se casa conmigo, podría nacer de ella la próxima reina. ¿Qué más podría querer?*

—¿Quién le ha metido un carámbano en el hocico? —preguntó la Ala Nocturna. Empezó a dar saltos en su sitio, sonriéndole.

—Me temo que fui yo, probablemente —dijo. —Me llevó demasiado tiempo recordar su nombre.

—¿Y? —dijo la dragona negra. —Me olvido de los nombres todo el tiempo.

—Bueno, se supone que no debo olvidar el de nadie —dijo. —Además, estamos como comprometidos para casarnos.

La Ala Nocturna comenzó a reírse tan fuerte que tuvo que sentarse, lo que inmediatamente la hizo saltar de nuevo con un aullido, sacudiendo la nieve de su cola.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sólo fr-fr-frío —dijo ella, golpeando sus patas de nuevo. —Muy bien, estoy de su lado. Eso es bastante terrible. Eres lo peor.

—¡No soy el peor! —protestó. —¡Sólo nos hemos visto una vez! ¡Apenas la conozco! Además, ¡es muy poco memorable!

—¡En serio, el peor! —gritó, riendo de nuevo. —¡Esa pobre dragona! Le digo completamente que no se case contigo. Me da pena quien se deje engañar por eso. Le dirás: "Feliz cuadragésimo aniversario... ¿cómo te llamas?" y ella dirá: "Es nuestro QUINCUAGÉSIMO, comadreja babosa, y mi nombre es que estás durmiendo en un iceberg esta noche."

—Prometo que recordaré ese nombre —dijo. —Se me queda en el cerebro un poco mejor que Copo de Nieve.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó. —O puedo seguir llamándote comadreja babosa, aunque sospecho que eso podría hacer que me echaran del comité de mantenimiento de la paz.

—Mi nombre es Ártico. Príncipe Ártico.

—Oh, qué bien —dijo ella. —Supongo que no debería molestarme en decirte el mío, ya que lo olvidarás en los próximos cinco minutos de todos modos.

—Prometo que no lo haré —protestó.

—Oh, ¿sólo olvidas los nombres de tus novias? —bromeó. —¿O de los futuros miembros de tu familia?

—Me acuerdo de cualquier dragón que parezca capaz de cambiar mi vida —dijo.

—¡Esa no soy yo! —gritó, pareciendo realmente sorprendida. —Tengo órdenes estrictas de no hacer ningún daño, ni romper ningún palacio de hielo, ni corromper ningún Ala Helada, ni cambiar ninguna vida. Por otra parte, estoy bastante segura de que nunca he seguido una orden en mi vida, así que... ya sabes, vigila tus espaldas, palacios de hielo.

¡Nunca ha seguido una orden en su vida! Ártico parpadeó, encantado y desconcertado. *¿Cómo era posible? La vida no era más que una serie de órdenes; si no las seguías, ¿no te perdías o caías al fondo de la clasificación o te expulsaban de tu tribu? Imagina desobedecer una orden, cualquier orden. ¿Por dónde empezaría?*

—AAAAAAAH, ¿por qué hace tanto frío? —La Ala Nocturna saltó en el aire y empezó a dar vigorosas volteretas.

—Porque este es el Reino Helado —dijo, apartándose de su camino. —Es cierto, sin embargo, que nuestro clima es uno de nuestros secretos mejor guardados.

—Oh, también es un tipo sabio —dijo ella, enderezándose y aterrizando de nuevo. —¿Tienes alguna habilidad útil, o tal vez uno extra de esos brazaletes mágicos que evitan que vuestros invitados se congelen?

—Es el don de la diplomacia —dijo. —Mantiene a nuestros invitados calientes y les ayuda a viajar con seguridad por el Gran Acantilado de Hielo. La tribu sólo tiene tres brazaletes, ¿sois más de tres? —preguntó, sorprendido.

—Soy la cuarta —dijo. —Mi madre y yo compartimos su pulsera; hubo algunas idas y venidas para superar vuestro precipicio. Probablemente

debería haberla pedido antes de salir.

—Podríamos entrar —dijo de mala gana. Dentro habría otros dragones, dragones infinitamente más aburridos, por no mencionar a su madre, y probablemente un nuevo conjunto de reglas sobre cómo apaciguar a Copo de Nieve, mantenerse alejado de los Alas Nocturnas, y en general actuar más como un charco obediente. —O podríamos quedarnos a ver el resto del atardecer...

—La puesta de sol es genial —dijo —pero sinceramente he tenido que venir aquí porque mi madre me está volviendo loca.

No pudo controlar la sonrisa que le partió la cara como el hielo que se resquebraja. Parecía posible que nunca pudiera dejar de sonreírle. Nunca había oído a un Ala Helada decir algo así sobre sus padres; estaba más que prohibido quejarse o replicar o criticar a tus mayores de cualquier manera.

—Por favor, cuéntamelo todo —dijo.

—Oh, siempre me está sermoneando sobre cómo lo arruino todo. Sanguinaria, ¿por qué los pergaminos están otra vez en los lugares equivocados? Sanguinaria, ¡le sonreíste a los dragones equivocados esta mañana! Sanguinaria, la reina nunca te querrá en su consejo si insistes en tener opiniones todo el tiempo. Sanguinaria, te traigo a esta misión porque no confío en ti si te dejo atrás, pero si dices una sola palabra a cualquier Ala Helada, montaré tu cabeza en una púa en la sala del trono. Cerró la boca como si acabara de entender esa última instrucción, y luego le dirigió a Ártico una mirada apenada. —Em ... uy.

—Aja —dijo, con una emoción como la primera vez que había tocado el fuego. —He deducido inteligentemente que tu nombre es Sanguinaria.

—Oh no —dijo ella. —Así es como mi madre empieza todas sus frases.

Se rió y ella sonrió y pensó que quizás nada volvería a ser aburrido o frustrante mientras estuviera cerca de ella.

—Así que realmente —dijo —¿no hay pulseras mágicas extra secretas? ¿O una manta o algo así?

—Lo siento —dijo Ártico, deseando poder ofrecer sus propias alas para que se calentase... pero sus escamas estaban tan frías como la nieve bajo sus pies y sólo empeorarían las cosas.

Suspiró. —Entonces supongo que tengo que volver a entrar.

—Espera —dijo. No se detuvo a pensar en ello. Estaba mal, peor que mal: una regla rota, una traición a toda su tribu, pero al lado de esta brillante dragona no le importaba. Haría cualquier cosa por estar unos minutos más con ella.

Desenganchó el pendiente de diamante de su oreja, lo sujetó entre sus garras y dijo en voz baja: —Encanta este pendiente para que el dragón que lo lleve se mantenga caliente sin importar la temperatura... y para que esté a salvo sin importar el peligro.

Sus ojos verde oscuro se abrieron de par en par con incredulidad cuando se inclinó y enroscó suavemente el pendiente en su oreja. Sus garras se quedaron allí un momento, rozando la suave calidez de su largo y oscuro cuello. El temblor de sus escamas se detuvo y ella extendió con cautela sus alas al aire frío.

—Vaya. Eso... eso ha funcionado —dijo. —Así que los rumores son ciertos... tu tribu tiene magia.

—Sólo unos pocos —dijo. —Y la tuya también, ¿no?

—Sólo unos pocos —repitió ella —y no así. Yo no tengo nada, por ejemplo. Tú sólo... ¿puedes encantar algo? ¿Hacer cualquier cosa?

—Magia animus —dijo, dando un paso más hacia ella. —Así es como funciona.

—Entonces, ¿por qué los Alas Heladas no gobiernan todo el continente? —preguntó, mientras su cola saltaba nerviosa sobre el suelo nevado. —Ni

siquiera necesitan esta alianza. Podríais destruir a los Alas Celestes fácilmente, ¿no?

Negó con la cabeza. —La tribu tiene reglas estrictas. Sólo se nos permite usar nuestro poder una vez en la vida.

La garra de Sanguinaria voló hacia el pendiente y lo miró fijamente, sorprendida hasta quedarse quieta por primera vez.

—Bueno —dijo encogiéndose de hombros —tal vez yo tampoco sea un gran seguidor de las reglas. Sintió otra emoción ante la idea de ser ese dragón, de ser visto así por esta dragona. Extendió la garra tentativamente y rozó el ala de ella con la suya. Ella no se apartó.

—¿Por qué? —susurró Sanguinaria.

—Son esas viejas leyendas que tenemos —dijo Ártico —que nos advierten de los peligros de la magia animus: si la usas demasiado, pierdes tu alma, alguna tontería mística como esa, que probablemente ni siquiera sea cierta. Pero una vez que hay una ley establecida en el Reino Helado, es mejor que todos la sigan sin hacer preguntas. Decidió no mencionar las antiguas historias de dragones animus enloquecidos.

—No —dijo Sanguinaria, tocando de nuevo el pendiente. —¿Por qué has hecho esto, por mí? —Arrugó el hocico, medio en broma, medio en serio. —¿No te preocupa tu alma?

—Ya no —dijo. —Es tuya ahora... si la quieres.

Pétalos brillantes de nieve cayeron suavemente sobre sus alas negras, fundiéndose en su calor. Sanguinaria dudó, luego extendió la garra y agarró una de las garras de Ártico entre las suyas.

Esta es una mala idea, susurró la conciencia de Ártico. *Lo peor. Ninguna de nuestras tribus nos perdonaría. Madre nunca lo permitirá.*

Con más razón. No dejaré que la reina aplaste toda mi vida entre sus garras.

Es mi vida, mi magia y mi corazón.

—Voy a decir algo muy sentimental —le advirtió Sanguinaria.

—¿Más sentimental que lo que acabo de decir? —preguntó. —Me gustaría ver cómo lo intentas.

—Yo sólo... tengo esta extraña sensación —dijo Sanguinaria, mirándole a los ojos —de que el mundo está a punto de cambiar para siempre.

PARTE 1 | Capítulo 1

Braza

Braza nunca se había considerado alguien especial, y desde luego no esperaba que eso cambiara el día de la prueba animus.

Aquella mañana, ocho dragonets Alas Marinas estaban alineados en la playa, con sus escamas azules y verdes mojadas por el siseo de las olas del océano a sus espaldas. Todos habían cumplido dos años en los últimos meses. El sol golpeaba el hocico de Braza y sus ojos se sentían irritados y doloridos por el brillo. No podía esperar a volver al palacio submarino, donde estaba fresco y oscuro.

Pero se sentó en silencio, pacientemente, esperando sin moverse (aunque llevaban mucho tiempo sentados allí), como les habían dicho que hicieran. A diferencia de algunos dragonets.

Un golpe. La arena le golpeó en las garras de la espalda, lo suficiente como para estar seguro de que no había sido el viento el que lo había hecho.

—Shhh —dijo por la esquina de la boca.

—¿Quién, yo? —dijo la dragonet a su lado. —¿Qué he dicho? Nada, eso es. Tú eres el que hace ruido. Yo sólo estoy sentada aquí. Perfectamente quieta. Una dragonet modelo, yo. Levantó la barbilla y puso una expresión angelical.

Una gaviota grande y elegante aterrizó en la playa de los dragones, cerca de la línea de árboles, y los miró con recelo. Tenía la cara de un pájaro que sabe cosas... un pájaro astuto que ha logrado sobrevivir tanto tiempo en un mundo de dragones. Estaba claro que intentaba averiguar por qué un grupo de dragones había salido del agua y luego había decidido sentarse tranquilamente en fila en la arena. ¿Estaban a punto de soltar trozos de comida para una astuta gaviota? ¿O estaban todos conspirando para comérselo?

El pájaro giró la cabeza para estudiarlos con su otro ojo.

—Te reto a que lo agarres y te lo comas —susurró Índigo.

—Deja de hablarme —gruñó Braza.

—Sabes que quieres —Su voz era tan ligera como las plumas, apenas agitaba el aire.

Sí quería. Tenía mucha hambre. Pero la reina les había dicho que no se movieran, y él no iba a ser el dragonet que fallara. Ser el sobrino-nieto de la reina no lo salvaría de cualquier problema que pudiera causar.

Un golpe. Esta vez, un cangrejo ermitaño quedó atrapado en el barrido de la cola de Índigo y se golpeó contra su lado mientras la arena salpicaba sus pies. Braza sintió que el cangrejo se tambaleaba aturdido entre sus garras, tratando de entender qué le había pasado.

—Basta. Eso —gruñó, manteniendo la cara lo más quieta posible. Al otro lado, oyó a su hermana, Perla, soltar un pequeño suspiro exasperado.

—Creo que eres tú quien debería dejar de distraer a todo el mundo con toda tu cháchara, Alteza —dijo Índigo con fingida primacía.

—Índigo. La reina Laguna se materializó de repente detrás de ellos, surgiendo del océano como un siniestro iceberg. Se acercó lentamente a la playa entre Braza y su problemática amiga.

—Su Majestad —dijo Índigo, con sus garras azul oscuro-púrpura agarrando la arena. Consiguió que su ansiedad no se reflejara en su voz, pero Braza sabía que la reina la aterrorizaba. Teniendo en cuenta lo abiertamente que le disgustaba a la reina Laguna, de hecho, Índigo estaría bastante justificada si intentara enterrarse en las algas cada vez que la reina apareciera.

—Espero que te tomes en serio esta prueba —dijo la reina. Volvió su mirada para escudriñar a Braza, y sintió como si las anguilas se retorcieran bajo sus escamas. Le gustaba mucho más cuando la reina lo ignoraba, como

hacía la mayor parte del tiempo. No era más que un príncipe menor en el palacio, nadie importante.

—Por supuesto, Su Majestad —Índigo abrió los ojos como si no hubiera hecho nada malo en toda su vida.

Hubo otro chapoteo detrás de ellos, y Braza se encontró conteniendo la respiración mientras un nuevo dragón subía por la playa para unirse a la reina.

Era él.

El dragón más respetado de la tribu Ala Marina, sólo superado por la reina: El abuelo de Braza, Albatros.

Albatros procedía de la misma eclosión que su hermana, la reina Laguna, pero era casi un cuello más alto que ella, con largas alas que se movían majestuosamente por la arena. Sus escamas eran de color gris azulado, pero tan pálidas que en algunas partes parecían casi blancas, mientras que sus ojos eran de un azul tan oscuro que eran casi negros. De hecho, su coloración era algo similar a la de la gaviota, que ahora se había retirado al punto de vista más seguro de una palmera.

Su expresión también era tan sospechosa como la de la gaviota. Miró por su largo y ganchudo hocico a los dragonets.

—Esto es una pérdida de tiempo, Laguna —dijo. —Nadie me pusó a prueba, pero nos dimos cuenta rápidamente de lo que podía hacer. Si alguno de ellos tiene una pizca de poder, seguramente ya lo sabría. O se hará evidente, tarde o temprano.

—Yo preferiría que fuera antes —dijo la reina sedosamente. —Si encontramos otro animus en la tribu, eso nos haría el doble de poderosos, lo que sería bastante útil dado el comportamiento de los Alas Lodosas y los Alas Lluviosas últimamente. Y cuanto antes le encontremos, antes podrás empezar a entrenarlo, y antes podré empezar a utilizarlo.

—Además —añadió en voz más baja, por lo que Braza tuvo que esforzarse para oírla —creo que todos preferiríamos descubrir a nuestro próximo animus de una forma menos... dramática de lo que te descubrieron a ti. ¿No crees?

Albatros se estremeció, sólo ligeramente. Lanzó una mirada escéptica a los jóvenes dragones. —Mi poder es más que suficiente para lo que necesitas. Te he dado todo lo que has pedido, ¿no es así? Y no quiero un aprendiz.

Laguna enroscó su cola y enseñó los colmillos. De repente, no parecía en absoluto más pequeña que Albatros. Braza clavó sus garras en la cálida arena, tratando de no temblar.

—Ya está bien de quejarse de esto —siseó. —La prueba animus continuará. Las administrarás siempre que yo te lo diga. Entrenarás a cualquier dragonet que encontremos con poderes como los tuyos. Y no volverás a cuestionar mis decisiones.

Hubo una larga pausa, y luego Albatros inclinó la cabeza. —Sí, Su Majestad. Plegó las alas y se paseó por la fila de dragonets, evitando las miradas de todos. —Algunos de vosotros habréis oído hablar de la magia animus. Es un tipo raro de poder inmenso, y un dragón nace con él o no. Lo que estamos haciendo hoy es una simple prueba para ver si tenéis ese poder. Es casi seguro que no lo tenéis —añadió.

Albatros agitó la cola hacia los árboles. La gaviota lanzó un chillido alarmado cuando ocho cocos se soltaron de repente y bajaron volando a la playa, rodando hasta detenerse en la arena, uno delante de cada dragonet.

—Recoger vuestro coco —dijo Albatros.

Braza dudó. Había algo un poco aterrador en esta orden. Albatros sonaba aburrido y, sin embargo, un coco que volaba por el aire por sí solo podía hacer cualquier cosa al tocarlo. ¿Explotaría en sus garras? ¿Se convertiría en un erizo de mar y los apuñalaría? ¿Era este el tipo de prueba que podría doler?

Perla fue la primera en levantar su coco en sus garras, con Índigo un momento detrás de ella. Ninguna de las dos se puso a gritar, así que Braza alargó la garra y recogió también el suyo.

Parecía un coco corriente... peludo, un poco pesado, caliente por el sol.

—Ahora —dijo Albatros —decidle a vuestro coco que vuele hacia aquí y me pegue.

Los dragonets se miraron confundidos, arrastrando los pies. Braza sintió que el océano le rozaba la cola cuando empezó a subir la marea.

—Em —dijo Índigo... por supuesto que era Índigo, la única dragonet que siempre hablaba sobre cualquier cosa. —Lo siento. ¿Cómo lo hacemos?

La Reina Laguna la miró con odio, pero Albatros parecía oscuramente satisfecho.

—Usa tu poder, si es que lo tienes —dijo. —Un dragón animus puede encantar cualquier objeto para que haga lo que quiera. Yo puedo hacerlo ahora sin siquiera hablar, pero decirlo en voz alta es la manera de empezar. Simplemente susurra a tu coco que quieres que vuele hacia aquí y me golpee. Sonrió.

—Eh —dijo Índigo —¿No sería más fácil lanzártelo?

Albatros soltó una carcajada. —Pero entonces podrías fallar. Un coco encantado nunca fallará, no importa cómo lo esquive o intente bloquearlo. Adelante, inténtalo.

Pequeñas voces comenzaron a murmurar a ambos lados de Braza. Miró a Perla, que fruncía el ceño ante su coco, y luego a Índigo, que le miró a los ojos, sonrió y se encogió de hombros con un "bueno, esto es lo más tonto que hemos hecho en todo el día".

Braza enroscó sus garras en torno a la esfera marrón y acercó su hocico a ella, sintiéndose realmente tonto.

—Coco —susurró —Em. ¿Podrías ir a golpear a mi abuelo?

El coco no se movió. No era una bola mágica de peligro. Era sólo un coco.

Braza exhaló. No sabía lo que sentía. Una parte de él había esperado... bueno, era ridículo esperar. Albatros era el único animus de la tribu, el único animus que cualquier Ala Marina había conocido. Había rumores de que otras tribus los tenían, pero quién podía decir si eso era cierto. Tal vez Albatros era el único. Las posibilidades de encontrar otro animus Ala Marina sólo una o dos generaciones después de Albatros, cuando nunca había habido uno antes... y las posibilidades de que fuera él, Braza, de todos los dragones...

—Braza, medusa —susurró Índigo, riéndose —No creo que debas pedirlo educadamente. Ha dicho que le digas lo que tiene que hacer.

—¿Cómo lo sabes? —Braza susurró de nuevo —No sabes lo efectiva que puede ser la cortesía porque tienes unos modales atroces.

Los otros dragonets también empezaban a cuchichear entre ellos. El coco de nadie había hecho nada interesante. Albatros se volvió hacia la reina con una sonrisa de "te lo dije".

—Es un coco. Índigo puso los ojos en blanco —Creo que tienes permiso para mandarlo.

—Bien. Braza sostuvo el coco un poco más alto y le dirigió una severa mirada real tan imponente como la de su tía abuela, tratando de hacer reír a Índigo.

—Coco, escucha. Te ordeno que vueles a través de esta playa y golpees a mi abuelo.

El coco salió disparado de sus garras tan rápido que Braza tropezó hacia adelante, pensando que lo había dejado caer. Lanzó un grito de sorpresa, pero no fue suficiente advertencia para Albatros, cuyos ojos estaban puestos en la reina. El coco de Braza se estrelló contra el pecho de su abuelo con la suficiente fuerza como para derribarlo hacia atrás, sus alas salieron disparadas y la arena voló en todas direcciones como si fueran olas.

El silencio cayó sobre la playa.

Braza nunca había sabido que era posible sentirse tan eufórico y tan aterrorizado al mismo tiempo. Deseó poder zambullirse en el océano y gritar a pleno pulmón, pero no podía mover ni un solo músculo.

—Guau —respiró Índigo.

Albatros se puso lentamente en pie, luchando contra la arena blanca y movediza. Sacudió las alas y se puso de pie, con una mueca de dolor. De repente parecía mucho más viejo que antes. Sin mirar a los dragonets ni a la reina, recogió con cuidado el coco que le había atacado, lo miró un momento y luego se lo llevó al pecho. Braza creyó oír pequeños crujidos. ¿Le había roto las costillas a su abuelo? ¿Estaba Albatros usando el coco para curarse?

¿Estaba en el peor problema en el que se había metido?

Finalmente Albatros levantó la vista.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó. La reina Laguna giró la cabeza y miró la fila de dragonets hasta llegar a las garras vacías de Braza.

Braza encorvó los hombros y vio que Perla le señalaba.

—Fue mi hermano —dijo ella —¡Braza es un animus!

—Barracudas saltarinas —le dijo Índigo —¡No puedo creer que nunca me lo hayas dicho!

—¡No lo sabía! —protestó —¡No tenía ni idea! —Francamente, nunca se le había ocurrido dar órdenes a objetos inanimados.

—Príncipe Braza —dijo la reina, acercándose a él con una brillante sonrisa. —Qué maravilla. Vas a hacer cosas tan maravillosas e importantes para m- para tu tribu.

Braza extendió sus garras y las miró fijamente. Soy un animus. El más raro de todos los dragones. YO. Soy especial después de todo. Tengo magia

como ningún otro dragón en el Reino del Mar.

Excepto uno.

Levantó la vista y se encontró con los ojos de su abuelo.

—Sí —dijo Albatros, sonriendo —Qué feliz noticia.

Detrás de él, fuera de la vista de los otros dragones, una liana salió lentamente de la selva y se enroscó en la garganta de la gaviota. Braza observó, paralizado, cómo el ave moría estrangulada sin hacer ruido.

Albatros le dio una palmadita en el hombro a Braza, con un rostro tranquilo y amistoso.

—Otro animus en la tribu —dijo —Estoy muy, muy contento.

Capítulo 2

Acechador Oscuro

Su primer recuerdo eran las voces que venían de fuera de la oscuridad.

—¿Seguro que es el momento? ¿Ahora? ¿Esta noche?—

—Sí. Las madres Alas Nocturnas siempre lo saben. Y es la noche más brillante, como Vidente dijo que sería. Tres lunas llenas... ¡no hemos tenido un dragonet nacido bajo tres lunas en más de un siglo! Serpientes y ciempiés, deja de pasearte. Me dan ganas de morderte la oreja.

—Intenta algo así y encantaré todos tus dientes para que se caigan.

Una ligera pausa. —Ártico. Sólo estaba bromeando.

—Sí. Yo también.

Todavía no podía entender las palabras, pero le inundaban las emociones que brotaban de ambas mentes. Una de ellas (Mamá, lo sabía sin saberlo) estaba absorta en la preocupación, protectora, dispuesta a amar y defender y enfurecer en un momento. El otro irradiaba resentimiento y rabia fría, podrida en los bordes.

Un ruido de arañazos y sintió que el mundo se inclinaba. De repente hubo luz, tenue y suave, pero allí, más allá del muro que acababa de descubrir a su alrededor. La luz le llamaba: *Sal, sal. Sal ahora mismo.*

—¿Por qué los estás moviendo? —preguntó la voz enfadada. —Dejamos los nuestros enterrados en la nieve.

—Los nuestros tienen que salir del cascarón a la luz de la luna —respondió Mamá. —Deja de fruncir el ceño. Es completamente seguro. Los Alas Nocturnas han estado haciendo esto durante cientos de años.

Se oyó un golpe seco y fuerte cerca de su oído.

—¡No los toques!

Un movimiento vertiginoso, seguido de calidez y quietud.

—¿Por qué son de dos colores diferentes? —preguntó la voz que no le gustaba, tan fuerte y astillada y dentada como lo había sido el golpe. —¿Es por nosotros? ¿Tal vez ese es más un Ala Helada?

—No —dijo ella. —La mayoría de los huevos de Ala Nocturna son negros, pero los que nacen bajo las lunas llenas se vuelven plateados como este. No sé por qué ese sigue siendo negro. Deberían eclosionar al mismo tiempo.

—Algo está mal —murmuró.

—Nada —dijo Mamá —está mal con mis dragonets.

El mundo volvió a inclinarse y sintió que se acomodaba en un lugar que no rodaba ni se desplazaba tan fácilmente cuando se movía.

Ahora podía sentir algo más - otro latido, lento y constante y muy cercano. Buscó su mente, pero allí sólo había paz y tranquilidad. Nada de la urgencia por escapar que sentía. Sabía que no tenía para siempre. Ahora, eso es lo que tenía, sólo que ahora.

—Estamos demasiado arriba —refunfuñó la voz enfadada. —Podrían caerse. Esta es una tradición estúpida. Deberíamos haberlos llevado de vuelta al Reino Helado para que eclosionaran allí.

—¿Para que se congelaran justo el momento en que salieran? —dijo Mamá con ironía.

—No lo harían —gruñó. —Son mitad Ala Helada, recuerda.

—Y tu madre habría estado encantada de conocerlos —espetó. —Al menos mi familia no matará a nuestros dragonets al verlos. Nos ayudarán a protegerlos.

—Tu familia no tiene nada de qué quejarse. He traído sangre real de Ala Helada a su linaje.

Mamá siseó peligrosamente. —Ya veo. Siento mucho haberla mezclado con mi sangre de Ala Nocturna rural.

Un estallido de violencia, de escamas ensangrentadas y garras congeladas, pasó por la mente del dragonet. Su madre estaba en peligro. Cosas malas estaban a punto de suceder. Pero podía impedirlo. Sólo tenía que salir ahora.

Apretó con fuerza sus garras contra las paredes que lo rodeaban, empujando, pateando y haciendo fuerza. Un chasquido satisfactorio y la sensación de que algo cedía bajo sus garras traseras.

—Ya viene, mira. Funcionó. Ambos se distrajeron de su ira, especialmente Mamá, todos sus pensamientos ahora en su dragonet, su mente brillando con emoción.

Intentó alcanzar de nuevo el silencioso latido del corazón. Si hubiera tenido las palabras, habría pensado *¡Sal conmigo! ¡Inténtalo! ¡Tienes que luchar!*

Pero aún no tenía esas palabras, y ella no estaba escuchando en ningún caso.

—Se acerca una tormenta. ¿Eso hace alguna diferencia en tus supersticiones lunares?

—No lo creo, pero no importa. Saldrá antes de que llegue. Mira qué fuerte es. Un momento, un pulso en el que casi compartían la misma emoción, y entonces añadió: —No son supersticiones, por cierto. No tienes que ser un rinoceronte sólo porque no entiendas algo.

El peligro volvió a aparecer ante él. Es hora de luchar con más fuerza. Clavó sus garras y se retorció, empujando en todas las direcciones a la vez.

CRACK-CRACK-CRACK.

Las paredes se derrumbaron.

Las lunas se derramaron.

Tres ojos plateados en el cielo, enormes y perfectamente redondos, con la oscuridad a su alrededor. Sentía como si se hundieran en su pecho, fundiéndose en sus ojos. Quería meterlos en sus garras y tragárselos enteros.

Estaba en un nido de piedra tallada forrado de pieles negras, en la cima de un afilado peñasco. Otro huevo estaba tranquilamente en el nido, casi camuflado entre el pelaje y las sombras.

Debajo de él se extendía un vasto paisaje de cavernas y barrancos, que brillaban con la luz del fuego y resonaban con el batir de las alas. Parecía como si un dragón gigante hubiera rasgado el suelo con sus garras, excavando cañones y cuevas secretas en la roca por todo el terreno, algunas de las cuales se extendían hacia el mar estrellado en la distancia.

Después de varios latidos, se dio cuenta de que había dos grandes dragones detrás de él, con las alas cerradas contra el viento que los azotaba a todos. Una era negra como la noche, el otro pálido como las lunas. Miró sus escamas, pero no tuvo que ver su color para saber que pertenecía al oscuro. Esa era Mamá. Chispeaba de ira desde el hocico hasta la cola, pero en su interior había un inmenso espacio para el amor, y ella ya lo adoraba, en cuerpo y alma. Podía sentirlo. Lo llenaba como lo hacía la luz de la luna, poniendo el mundo rápidamente en formas comprensibles en su cabeza. Él también la amaba, inmediatamente y para siempre.

El peligro provenía del dragón blanco. Este era Padre, una especie de compañero de la dragona que se preocupaba. El dragonet recién salido del cascarón apenas podía mirarlo sin ver una espiral de destellos confusos: dolor, furia, dragones gritando, y sangre, por todas partes, sangre. Este dragón blanco había hecho algo terrible que lo atormentaba, y podría hacer algo peor algún día. La mente de Padre tenía manchas de vileza húmeda y podrida por todas partes.

El dragonet quiso inmediatamente convertirlo en una bola de fuego y hacer volar sus cenizas. Pero en el interior de Padre, oculto bajo capas de hielo, latía una pequeña y cálida brasa de amor por Mamá. Eso fue lo que le salvó.

Espera y verás, pensó el dragonet. Todavía no comprendía que podía ver el futuro. No tenía ni idea de lo que significaban los destellos. No podía seguir los caminos que se desarrollaban en su cerebro; la causa y el efecto y las consecuencias estaban todavía más allá de él. Pero en la mente de su madre encontró la idea de la esperanza, y en la mente de su padre trazó el contorno de algo llamado paciencia.

Podía esperar. Todavía quedaba mucho entre él y este dragón que era su padre.

—Acechador Oscuro —dijo Mamá. —Hola, cariño. Extendió sus garras y se metió en ellas de buena gana, contento de estar más cerca de ese calor.

—¿Acechador Oscuro? —Padre resopló. —Debes estar bromeando. Es el nombre más espeluznante que he oído nunca.

—No lo es —espetó ella, y el dragonet enseñó los dientes en señal de simpatía, pero ninguno de los dos se dio cuenta. —La oscuridad es su presa. Él persigue a la oscuridad, como un héroe.

—Suena más como si se arrastrara en la oscuridad. Como un acechador.

—Deja de ser horrible. No depende de ti. En mi reino, las madres eligen los nombres de sus dragonets.

—En mi reino, el dragón de mayor rango de la familia elige los nombres de los dragonets y la reina debe aprobarlos.

—Y claro que crees que tu "rango" es superior al mío —gruñó —Pero no estamos en tu reino. Mis dragonets nunca pondrán un pie en tu páramo helado. Estamos aquí, te guste o no, y es mi hijo, y se llama Acechador Oscuro.

Los ojos de Padre, como fragmentos de hielo, estudiaban cada una de las escamas de Acechador Oscuro, y éste podía sentir el peso frío y congelado del resentimiento de Padre.

—Parece todo un Ala Nocturna —gruñó Padre —No hay ni una pizca de mí en él.

Sospecha, el odio y la indignación brillan en ambos lados, pero nada de eso se dijo.

—Bien —dijo finalmente Padre —Puedes quedarte con tu siniestro pequeño Acechador Oscuro. Pero quiero nombrar a la otra.

Mamá dudó, mirando el huevo sin eclosionar, que todavía estaba negro.

Acechador Oscuro escuchó mientras su mente le daba vueltas, ya medio desprendida. No estaba segura de que nadie fuera a salir de ese huevo. Estaba dispuesta a dar todo su amor a Acechador Oscuro, su perfecto dragonet nacido bajo tres lunas. Todo, y estaba dispuesto a aceptarlo.

Pero Acechador Oscuro sabía que su hermana estaba en ese huevo. Viva, pero no inquieta. Tranquila. No le importaban las lunas que lo habían llamado. No podía oírlas.

Algo hormigueaba en sus garras.

Podría cambiar eso.

Podía tocar su huevo e invocarla. Lo sabía, de alguna manera; podía ver en su mente cómo su huevo se volvería plateado bajo sus garras, cómo se astillaría y se abriría cuando ella saliera. Podía ver la hermosa y extraña dragonet que saldría, y también podía ver a las lunas compartiendo su poder con ella.

Entonces serían iguales. También nacería bajo tres lunas. Tendría el mismo poder que él... y el mismo amor de Mamá.

Que ya tenía que compartir con el inmerecido monstruo de hielo que tenía enfrente.

No. Esto era suyo. Todo lo que tenía que hacer era nada. Su hermana saldría en su momento, mañana cuando las lunas ya no estuvieran llenas. Entonces sería el único especial.

—Muy bien —dijo Mamá. —Si ese huevo eclosiona, puedes ponerle nombre a la dragonet que hay dentro. Sólo... recuerda que tiene que crecer en la tribu Ala Nocturna. Será bastante difícil... sólo, trata de ser amable, es todo. Piensa en su futuro y en cómo tendrá que encajar.

Padre asintió, hirviendo internamente al ser instruido como un dragonet de bajo rango en entrenamiento.

Estará bien, pensó Acechador Oscuro. Un millar de futuros se desvanecieron ante él mientras tomaba su primera decisión. Futuros en los que su hermana se unía a su búsqueda de poder; futuros en los que ella luchaba contra él y lo detenía; futuros en los que eran mejores amigos; futuros en los que uno de ellos mataba al otro, o viceversa. Cuando Acechador Oscuro juntó sus garras, eligiendo mantenerlas quietas por esta noche, todos los futuros posibles con una hermana nacida bajo tres lunas desaparecieron.

Los vio parpadear y, aunque no sabía exactamente qué significaba, se sintió de alguna manera un poco más seguro, un poco más grande y más fuerte.

Lo siento, hermanita, pensó, no con tantas palabras, pero con visiones de su futuro pasando en cascada por su mente. *Esta es mi madre. Esas son mis lunas llenas.*

Este es mi mundo ahora.

Capítulo 3

Braza

Unos días después de la prueba animus, Albatros convocó a Braza por primera vez. Fue justo en medio de su lección de geografía, y Braza sintió que su estómago subía y bajaba y zigzagueaba igual que las líneas de los cañones alrededor del Palacio de las Profundidades.

¿El abuelo quiere verme? se hizo eco. *¿Ahora mismo?*

Dijo que t e reuniera s con él en la playa del Palacio Isla al atardecer, informó el mensajero. *Solo.* Las escamas fosforescentes bajo sus alas parpadearon, transmitiendo las palabras en el lenguaje subacuático de los Alas Marinas, Acuático. Una anguila nadó junto a la ventana, miró a los dragones y luego se alejó rápidamente.

¿No puede venir Índigo? preguntó Braza, mirando a su amiga. Estaba posada a su lado en el saliente de coral rosa que rodeaba el interior de la sala, sus garras los anclaban mientras sus alas flotaban en el agua. Al otro lado, Perla inspeccionaba su cola con aburrimiento.

Su hermana brillaba con espirales de piedras preciosas, largas cuerdas retorcidas de perlas y ópalos y zafiros que rodeaban su torso y sus tobillos. El único adorno de Índigo era un collar tejido con algas de color púrpura oscuro, que Braza le había hecho la semana pasada. Le gustaba porque el color hacía juego con sus ojos.

Le gustaba porque lo llevaba con gusto incluso cuando estaba rodeada por los dragones de ojos afilados y enjoyados del Palacio de las Profundidades.

No quería salir del Palacio de las Profundidades sin Índigo. Rara vez iba a algún sitio sin ella; habían estado juntos casi desde su eclosión. Su madre había estado en el ejército de la reina Laguna, donde se había hecho muy amiga de la madre de Braza antes de morir. El padre de Índigo era el curador del museo del Palacio Isla y estaba muy contento de dejar la crianza

de su único dragonet a los cuidadores que habían sido asignados a Braza y Perla. Índigo era la única dragona invitada a todas las reuniones de la familia real a pesar de no tener ni una gota de sangre real.

Espera, ¿Índigo quiere venir? dijo Índigo, pinchando su ala con la suya. *Tal vez alguien con modales debería intentar preguntarle. Puede que esté muy ocupada, ya sabes.* Extendió la garra para golpear el gran modelo de terreno del reino que llenaba la mayor parte de la habitación, y la punta de una montaña submarina se rompió en sus garras. *Uy,* dijo con una mirada culpable a su tutor, que fruncía el ceño. *No importa, soy totalmente libre.*

Dijo específicamente "solo", dijo el mensajero encogiéndose de hombros.

Creo que podéis sobrevivir una tarde separados, dijo Perla, poniendo los ojos en blanco.

Braza lo sabía, pero le resultaba muy extraño tener algo que no podía compartir con su mejor amiga. Y no dejaba de pensar en aquella gaviota... aunque sabía que no significaba nada, y que posiblemente había visto todo mal y tal vez el pájaro se había estrangulado accidentalmente. ¿Verdad? Era posible. ¿No es así?

Estoy de acuerdo con Perla, dijo su tutor. *Tal vez sin ti, Índigo podrá concentrarse milagrosamente en la geografía del Reino del Mar.*

Índigo suspiró un poco de agua alrededor de su hocico. *No es probable,* dijo con tristeza.

¿Por qué te estás comportando ahora como una medusa indecisa? preguntó Perla, mirando a Braza. Las escamas que parpadeaban a lo largo de sus alas eran más brillantes de lo necesario, y él parpadeó varias veces, tratando de evitar el dolor de cabeza. *Eres el elegido o lo que sea. Ve a pasar un rato especial de unión de elegidos con el abuelo.*

Sí. Índigo volvió a dar un empujón a su ala. *¡Anímate! ¡Has estado esperando esto!*

Tenía razón. Albatros le había prohibido probar cualquier tipo de magia hasta su primera sesión, y se sentía como si las garras de Braza hubieran estado atrapadas en la arena los últimos días. Sabía que podían hacer cosas maravillosas y quería liberarlas. Quería empezar a jugar con su poder; quería descubrir todo lo que podía hacer. Y para ello necesitaba a su abuelo, el único de la tribu que entendía cómo funcionaba la magia animus.

Está bien, volveré pronto, dijo. *Eso creo.*

Claro, si ya no eres demasiado especial y mágico para salir con nosotros, dijo Perla.

Braza la miró de reojo, intentando averiguar si estaba enfadada con él. ¿Por qué? ¿Por ser un animus? No había mucho que pudiera hacer al respecto.

Y no lo sentía. Toda su vida, su hermana fue siempre "la que podría ser reina algún día". Tenía clases especiales de diplomacia, sesiones extra de política con la reina, lecciones privadas para mejorar su escritura (que era terrible), incluso cursos avanzados de etiqueta (los que él no tenía inconveniente en perderse). ¿No era eso suficiente para ella?

Mientras que él nunca podría gobernar la tribu ... pero ahora tenía magia.

Sintió que sus alas tenían una corriente extra debajo de ellas, que lo impulsaban mientras volaba por el agua hacia el Palacio Isla. Tomó todos sus extraños y susurrantes sentimientos de temor y los aplastó. Era especial. No era un príncipe más de los Alas Marinas, destinado a liderar un ala del ejército de la reina, que recibía lecciones normales, en camino a una vida de dragón ordinario.

Tenía poder, y podía usarlo para hacer algo sorprendente.

Todavía no estaba seguro de qué sería exactamente. Había estado tratando de pensar en algunas buenas ideas para poder demostrar a Albatros lo inteligente y reflexivo que era.

El Palacio Isla era un elegante y extenso complejo de pabellones y patios, habitaciones y terrazas, jardines y pasarelas que cubrían toda una isla en el

corazón del Reino del Mar. Varias de las pasarelas conducían a pabellones sobre el agua, con suelos de cristal para que los dragones pudieran tener el mar en sus garras en todo momento. Tallas de caballitos de mar de color rosa pálido y delfines de color blanco hueso salpicaban los jardines. Los caparazones de paua de color azul iridiscente brillaban en forma de olas, con espuma blanca hecha de perlas incrustadas, a lo largo de las paredes de madera pulida.

Aquí era donde la reina Laguna agasajaba a los visitantes de otras tribus con elaborados festines y entretenimientos que se prolongaban durante días. También era el lugar donde se reunía la familia real una vez al mes, por lo que Braza tenía su propio bungalow allí, que compartía con Índigo y Perla.

Había dos playas principales que se utilizaban para los eventos del palacio. La playa del amanecer era a la que los dragones acudían en busca de tranquilidad o de una conversación sosegada, de paz y soledad. Por eso, a Braza le sorprendió que Albatros le convocara a la playa del atardecer, donde a menudo comenzaban las fiestas que podían durar toda la noche. Las bodas reales solían celebrarse en esta playa, incluida la que tuvo lugar hace cinco años entre sus propios padres, Manta y Arrecife.

Pero en pleno día, con el sol en lo alto, estaba desierta. Albatros estaba solo en la arena blanca, observando con sus extraños ojos oscuros cómo Braza nadaba hasta la playa. Las olas arañaban y se abalanzaban sobre sus pies, devorando la arena debajo de él, pero Albatros no parecía darse cuenta de que se estaba hundiendo.

—Hola, nieto —dijo, extendiendo sus alas tanto como su sonrisa. —¿Te sientes poderoso hoy? ¿Listo para hacer algo de magia?—

—¡Sí! —dijo Braza.

—Veamos esas garras —dijo Albatros. Braza extendió sus garras delanteras y Albatros las inspeccionó, de un lado y luego del otro, como si estuviera seleccionando un par de esmeraldas exactamente iguales.

—Ummm, sí, muy interesante —dijo Albatros. —Esta garra definitivamente tiene más poder que aquella.

—¿Tiene más? —dijo Braza con asombro, estirándola para que la luz del sol brillara a través de las membranas entre sus garras.

—Oh, claramente —dijo Albatros. —¿No te das cuenta?

Braza asintió pensativo. —Yo... sí... por supuesto, es más... más cosquilleante, como... —Captó la expresión de picardía en el rostro de su abuelo. —Espera un momento. ¡Me estás tomando el pelo!

Albatros soltó una cálida carcajada con olor a pescado. —No pude resistirme. Nunca había tenido un compañero animus al que tomarle el pelo. Esto va a ser divertido, ¿no? Descubrir lo que puede hacer tu magia.

Braza asintió, radiante. Su abuelo nunca se había mostrado tan alegre con él. Albatros siempre estaba demasiado ocupado, demasiado intocable, dedicando todo su tiempo a los proyectos de la reina Laguna. Había sido una presencia amable pero distante durante toda la vida de Braza.

—Muy bien, entonces —dijo Albatros, chapoteando en el mar. —Vamos.

—¿Ir a dónde? —preguntó Braza. Se había imaginado una sesión de entrenamiento en la playa, tal vez con más cocos, o en uno de los patios sombreados mientras los sirvientes les traían bebidas de mango y bandejas de camarones.

—Mi hermana quiere que te enseñe mi proyecto más secreto —dijo Albatros. Movió la cabeza despreocupadamente y le guiñó un ojo a Braza. —Por si me muero y tienes que terminarlo, supongo.

—Oh, no —protestó Braza. —¡Nunca hagas eso! Nunca podría hacer algo tan increíble como lo que has hecho. Pero mientras lo decía, se preguntaba si era cierto. ¿Serían sus creaciones tan brillantes como las de su abuelo algún día? ¿Llegará a ser tan querido, respetado e importante como Albatros?

Braza sólo había visto en acción unos pocos objetos tocados por un animus. El más llamativo era una caracola que emitía una luz cada vez que alguien mentía. Estaba pensada para que la reina la utilizara en los interrogatorios y

las negociaciones, pero Laguna dejaba que su familia la utilizara siempre que se lo pedían. Así fue como Manta había obligado a Índigo y a Braza a confesar que fueron ellos quienes pusieron tinta de calamar en la pasta de dientes de todos (idea de Índigo, por supuesto, pero Braza aceptó la mitad de la culpa antes que correr el riesgo de ser separada de ella).

—Podrías sorprenderte —dijo Albatros. —Pero en cuanto a que yo nunca muera, también estoy a favor de ese plan. Sonrió y se zambulló en el océano, y Braza tuvo que luchar para alcanzar los poderosos golpes de ala de su abuelo.

Nadaron durante lo que pareció mucho tiempo, y no en dirección al Palacio de las Profundidades. *¿Adónde vamos?* Las islas en esta dirección estaban más dispersas, con fuertes corrientes entre ellas. La luz dorada del sol se filtraba a través del agua, iluminando los bancos de peces de colores brillantes que pasaban a su lado.

Más adelante, Braza vio los cimientos de una gran isla que se alzaba desde el fondo del océano; a su alrededor, rocas grises y altas agujas de roca sobresalían del agua. Albatros se dirigió a un bosque vacilante de algas amarillas anaranjadas y nadó directamente hacia él. Braza le siguió a través de las pegajosas frondas hasta un túnel en el acantilado que tenían delante.

Nadaron hacia el túnel, de la luz a la oscuridad, y la visión nocturna de Braza se activó para poder ver cada curva y giro de la roca a medida que se adentraban. Empezaba a preguntarse si iban a nadar a través de la isla cuando, de repente, salieron a un lago abierto.

Braza sacó la cabeza del agua junto a su abuelo. Se encontraban en el corazón de la isla, rodeados por todas partes de escarpados y elevados acantilados. Por encima de ellos, los cormoranes revoloteaban en un cielo azul brillante.

En el centro del lago, una enorme y extraña forma surgía del agua. A primera vista, parecía un gigantesco colmillo de narval, como si alguien hubiera tomado cuatro altísimos pilares de piedra blanca y los hubiera trenzado. De los pilares salían enormes burbujas planas de piedra a intervalos regulares. Braza se dio cuenta con un sobresalto de que estaban

creciendo literalmente... expandiéndose, centímetro a centímetro, tan lentamente como una babosa marina avanzando por el fondo del océano.

Todo era una mancha amorfa y deforme, un extraño crecimiento en las entrañas de la hermosa isla.

—Oh no —soltó. —¿Qué salió mal?

Albatros hizo una larga pausa, estudiando la forma, antes de responder. —¿Qué te hace pensar que algo va mal?

—Em... lo siento —tartamudeó Braza. —Es... es que... se supone que se tiene que ver así?

Albatros agachó la cabeza bajo el agua y salió con una sonrisa en la cara. —No está terminado —dijo ligeramente. —Todavía está adquiriendo su forma definitiva. Debo admitir que no pensé que tardaría tanto. Pero cuando esté terminado, créeme, será el orgullo del Reino del Mar.

—¡Oh, seguro que sí! —La boca de Braza se adelantó. —¡A todo el mundo le encantará! Porque es un... el mejor posible... un genial... —Se interrumpió, sintiéndose como un caracol que se hunde.

—Es un nuevo palacio, nieto —dijo Albatros. Se volvió para nadar hacia la playa más cercana. —Crecido enteramente por el poder animus. Lo llamo el Palacio de Verano... un lugar donde la realeza puede escapar para disfrutar del clima más cálido del año.

Braza parpadeó ante el pabellón que crecía y se retorcía. Tenía un millón de preguntas, como *¿Sabe la reina Laguna de esto? y ¿Querría alguien realmente vivir aquí? y ¿Cómo sabrá cuándo dejar de crecer? y ¿No se siente un poco... espeluznante?*

Pero no quería que su abuelo lo viera como poco imaginativo o lleno de dudas. Quería ser un dragón de ideas, todo energía y entusiasmo.

Salió del lago junto a su abuelo, sintiendo cómo los ásperos guijarros le rozaban el vientre y la cola. Ambos contemplaron el pabellón encantado

durante un momento.

—Así se verá cuando esté terminado —dijo Albatros, abriendo una caja en la playa a su lado y sacando un pergamino. Braza desenrolló el dibujo y dejó escapar un suspiro.

—Esto es hermoso —dijo. —¿Va a crecer en esto?

—Ese es el plan —dijo Albatros. —Lo compruebo regularmente, haciendo ajustes y añadiendo funciones. Lleva más de siete años creciendo, así que no debería tardar mucho.

—¿Siete años? —dijo Braza, sorprendido. Su voz resonó con demasiada fuerza en la caverna.

—Lo encanté para que creciera con cuidado y precisión, como un árbol —dijo su abuelo con orgullo. —Cualquier cosa más rápida y salvaje podría haber dañado el ecosistema de toda la isla.

¿Es eso cierto? se preguntó Braza. *¿O se equivocó con el encantamiento original? Tal vez sólo le dijo que creciera y no especificó a qué velocidad. Seguro que eso sería muy frustrante.*

—Tengo una idea —soltó.

—¿Ya? —dijo Albatros. —Qué... impresionante.

—Quiero decir —dijo Braza —no sé si es una buena idea. O si funcionaría. ¿Se puede usar la magia animus en las plantas?—

—Oh, sí —dijo Albatros. —Lo he hecho varias veces.

—Bueno —dijo Braza, emocionándose —estaba pensando que este Palacio de Verano sería más seguro si se ocultara desde arriba. ¿No crees? Porque ahora mismo, cualquier dragón que vuele por encima puede verlo. Pero podrías encantar la vegetación de ahí arriba para que creciera junta y creara un techo, ¿no es así? ¿Protegiendo el palacio del cielo? ¿Pero dejando entrar la luz del sol a través de las hojas?—

Su abuelo inclinó la cabeza hacia atrás para estudiar el techo de la caverna. —Sí —dijo lentamente. —Sí, eso podría funcionar. Qué idea tan inteligente, nieto.

Las alas de Braza parecían flotar en el cielo. —¿Puedo hacerlo? —preguntó emocionado. —¿Puedo hacerlo ahora mismo?

—Espera —dijo Albatros, agarrando el pergamino de detallados bocetos de palacio. Lo colocó cuidadosamente en la caja y se aclaró la garganta. —Te... tengo que advertirte de algo.

Braza se movió con impaciencia sobre sus garras. Su vida estaba llena de sermones y advertencias. *No ofendas a los mayores de la familia real. No comas hasta que todos los demás se hayan servido. Ten cuidado con los tiburones hasta que seas mayor y puedas comerlos. Nunca explores las zonas más profundas en solitario.* El sermón que recibía con más frecuencia, pero que seguía sin entender, era el de la reina, que parecía obligada a informarle en cada reunión familiar de que no debía "encariñarse demasiado" con Índigo, fuera lo que fuera que eso significara.

—La primera lección de ser un animus —dijo Albatros, mirando a los ojos de Braza —es que siempre hay que tener cuidado. Recuerda que se trata de una magia poderosa, muy poderosa. Puede salir mal muy fácilmente. Es tan poderosa que puedes hacer casi cualquier cosa, excepto traer a un dragón de la muerte.

Braza consiguió no mirar la extraña forma que crecía a cámara lenta detrás de él. —Tendré cuidado —prometió rápidamente. —No haré nada malo.

—Lo sé —dijo Albatros, acariciando el hombro de Braza. —Eres muy afortunado. Yo no tenía a nadie que me guiara. Volvió a dudar. —¿Conoces la historia de mi primer hechizo animus?

Braza sacudió la cabeza, temblando de emoción. Siempre se había preguntado cómo había descubierto Albatros su poder. —¿Fue increíble? —preguntó. —¿Todavía tienes el primer objeto que hechizaste? ¿Puedo verlo? ¿Te sentiste como el dragón más grande e increíble de todo el océano? ¿Querías encantar todo lo demás a tu alrededor de inmediato?

Albatros suspiró y barrió con su cola en un arco sobre la arena hasta que cayó al agua. —Quizá seas demasiado joven para escuchar esto.

—¡No lo soy! —protestó Braza. —De verdad quiero saberlo. Por favor, dímelo.

—Fue un accidente —dijo su abuelo. —Recuérdalo. No tenía ni idea de que fuera a funcionar. No sabía que tenía ese poder; apenas sabía que existía ese poder, y todos pensábamos que sólo estaba en los cuentos. Además, yo era muy joven. Más joven que tú ahora.

Hubo una larga pausa. *No soy tan joven*, pensó Braza. *Ya sé muchas cosas.*

—Era una caracola vacía —dijo Albatros rápidamente. —Ya sabes, de las que tienen las dos mitades unidas, pero huecas por dentro. Una grande, pero nada extraordinario. Estuve jugando con ella en la playa al amanecer, fingiendo que era una boca de dragón que perseguía a los cangrejos y a las gaviotas.

Esto superaba la capacidad imaginativas de Braza. No podía imaginarse a su majestuoso e intimidante abuelo jugueteando con un juguete.

—Y entonces mis hermanas bajaron a ver qué estaba haciendo. La voz de Albatros se hizo más tranquila, y sus ojos se volvieron hacia el agua como si la escena en su mente se reflejara allí. —Laguna y Zafiro. Nuestra madre aún era la reina en ese entonces... pasaron años antes de que alguna de ellas tuviera la edad suficiente para desafiarla. Pero eran más grandes que yo, y empezaron a burlarse de mí. Decían que mis escamas eran de un color extraño, que mi cola tenía una forma rara, que mis dientes eran demasiado pequeños y que nadaba como un pato viejo y débil. Eran bromas normales entre hermanos, pero me enfadaron mucho. Muy, muy enfadado.

¿Bromas normales? se preguntó Braza. *¿Así son los demás hermanos y hermanas?* No siempre se llevaba bien con Perla, pero nunca lo seguía sólo para ser mala sin razón. Y sus primos mayores simplemente lo ignoraban, sin interesarse educadamente por sus historias o los juegos de Índigo.

Nadie de su familia le había hecho enfadar de verdad, que él recordara. Espera... la reina Laguna, una vez, cuando ordenó a Índigo que fuera a pescar en alta mar por la noche porque el palacio se había quedado sin su aperitivo favorito. La madre de Braza había detenido a Índigo y había ido ella misma, y Laguna había puesto los ojos en blanco y había murmurado algo sobre mimar a la clase baja. Braza no sabía lo que significaba, pero sabía que no le gustaba la forma en que la reina miraba por el hocico a Índigo. Le hacía sentir un poco de ira y mal humor en su interior.

¿Así de enfadado? ¿Era eso lo que Albatros había sentido?

—Zafiro trató de arrebatar la caracola de mis garras. "¿Qué tienes aquí?" — La voz de su abuelo se volvió aguda y burlona, imitando a su hermana. La Tía Abuela Zafiro... Braza había oído su nombre antes, pero nunca la había conocido. Nunca había asistido a una cena de la familia real. No sabía si estaba viva o muerta, ni dónde vivía.

Un sentimiento de hundimiento le recorrió el estómago. De repente no quería escuchar el resto de la historia. Pero ya no había forma de detener a su abuelo.

Las garras de Albatros se enroscaron en la arena y su mirada se fijó en un punto sobre el hombro de Braza. —"¡Eso es mío!" grité. "Oh, ¿es este tu precioso tesoro?" arrulló Zafiro, despegando mis garras con facilidad. "Todo lo que tienes será mío cuando sea reina, sabes. Incluso la estúpida basura de la playa como ésta". Albatros respiró profundamente.

—No sé por qué le hablé a la caracola en vez de a ella, tal vez porque había estado fingiendo que era real, o tal vez por algún instinto animus que se me agolpaba. Pero lo hice. Apreté el borde de la caracola que aún sostenía y grité: "¡Muérdela! Muérdela todas las garras" y luego lo solté.

Braza se quedó boquiabierto. Albatros finalmente lo miró de nuevo e hizo una mueca de dolor.

—Lo sé. Tienes suerte de que tu talento se descubriera de una forma mucho menos espantosa —dijo, tocándose el pecho distraídamente, como si recordara el dolor. —Se necesitaron varios días para que toda la sangre se

lavara en la playa. Zafiro, por supuesto, nunca pudo ser reina después de eso: un dragón sin garras no puede cazar ni luchar, y en cuanto a nadar... bueno, que parece un pato viejo y débil ahora. Ladró una risa seca. —Se volvió un poco loca, me temo. Ahora se mantiene en una isla alejada de todo el mundo, atendida por dos sirvientes muy bien pagados. Laguna la visita de vez en cuando, pero yo nunca lo he hecho. Supongo que Zafiro preferiría no volver a verme.

Suspiró.

Braza bajó la mirada hacia sus propias garras, sometido. Había estado pensando en todas las cosas brillantes y sorprendentes que podría hacer ahora. Pero, ¿y si una de sus grandes ideas resultaba horrible y oscura? ¿Y si cometía un error y hacía daño a alguien?

No lo haré, le susurró una voz en su interior. *Seré cuidadoso e inteligente.* Más inteligente que el abuelo.

—No te digo esto para asustarte —dijo Albatros. —Pero es necesario que lo sepas para que entiendas mis reglas, las mías y las de la reina. Debes escucharme. Nunca debes usar tu magia a menos que yo esté allí para supervisarte. Debes considerar cada hechizo cuidadosamente durante semanas antes de hacerlo, y debes consultarlo todo conmigo primero. Sé que ahora te sientes poderoso, lo entiendo mejor que nadie. Pero también eres peligroso.

—Muy bien —dijo Braza. —Lo sé. Lo comprendo. Prometo tener cuidado y todas esas cosas. ¿Podemos probar algo de magia ahora? —Movió las alas con esperanza.

Albatros se frotó la frente. —Supongo que encantar algunas plantas no estaría mal.

—¡SÍ! —Braza gritó. —¡Gracias, gracias! —Salió disparado al aire, flechando hacia el cielo sobre ellos.

Unos instantes después, irrumpió en el cielo abierto, sobrevolando el círculo formado por la cima de los acantilados, con el lago y el Palacio de

Verano muy por debajo de él. El calor del sol era sorprendente después de la fría temperatura del interior de la isla, pero aún más sorprendente fue el grito que surgió de una parte del follaje cerca del borde del acantilado. Se retorció en el aire para entrecerrar los ojos en los arbustos cuando su abuelo apareció a su lado.

—¿Un espía? —dijo Albatros, con el ceño fruncido. Dio un fuerte golpe con una garra, y todo el arbusto se desprendió de la tierra y se lanzó al mar.

Debajo de él se encontraba una pequeña dragonet de color azul violáceo de aspecto muy ansioso.

—¡Índigo! —Braza gritó. —¿Qué estás haciendo aquí?—

—Asegurándome de que estás bien —dijo. Se sentó, cuadrando los hombros. —Lo siento, Albatros, señor. No era mi intención espiarte. Sólo seguí a Braza para vigilarlo.

—Eso es una tontería —dijo Braza. Bajó hasta aterrizar junto a ella. —No hace falta que me vigiles. ¿Qué crees que vas a impedir que haga? Causas muchos más problemas que yo.

—¡No! —Protestó Índigo. —¿Cuándo he causado problemas?—

—Bueno, ciertamente estás en problemas —intervino Albatros. —A la reina no le gustará que hayas visto su proyecto más secreto.

Índigo levantó la barbilla de forma desafiante.

—Pero ya que estás aquí de todos modos —dijo Braza —¡puedes ver cómo hago mi primer hechizo de verdad! ¡Con plantas! ¡Tengo una gran idea sobre las plantas y las cosas!—

—En realidad —dijo Albatros. —Me estoy cansando. Creo que deberíamos nadar de vuelta al Palacio Isla ahora.

—¿Qué? —gritó Braza, con las alas caídas. —¿Sólo una planta? ¿Por favor?—

—Habrá mucho tiempo para que practiques la magia, jovencito —dijo Albatros con firmeza. —Pero yo soy un viejo dragón astuto y seguramente te han enseñado algo sobre el respeto a los mayores. Es hora de irse.

Braza no se atrevió a discutir con él, aunque sus escamas parecían hervir de frustración. Nadie habló, ni siquiera Índigo, durante todo el camino de vuelta al Palacio Isla. Albatros aterrizó en la playa bajo la luz anaranjada del atardecer.

—Buena sesión hoy, nieto —le dijo a Braza, golpeando ligeramente su ala con la suya. —Veo que eres muy prometedor. Haremos un excelente equipo, tú y yo. Miró brevemente a Índigo, que se escurría tranquilamente en la arena junto a Braza, lo suficientemente cerca como para que ésta pudiera sentir el calor de su cuerpo a lo largo de sus escamas. —Recuerda lo que te dije de tener cuidado. Ahora buenas noches a los dos. Te veré pronto, Braza.

Se escabulló en dirección al jardín de frangipanes. En cuanto se fue, Braza dio un pisotón en la arena y expulsó todo el aire de sus pulmones.

—¿Buena sesión? —gritó. —¡Ni siquiera hicimos nada! Sólo hablaba y hablaba.

—Sí, pero ¿alguna vez te ha hablado tanto? —preguntó Índigo. —¿No era todavía bastante bueno?

—No —refunfuñó Braza. —Quería encantar algo. Pensé que me iba a dejar practicar.

—Tal vez fue mi culpa —sugirió Índigo, con el rostro desencajado. —Tal vez no quería que practicaras delante de mí.

—No creo que sea eso. Braza se sentó y comenzó a barrer la arena en un montículo del castillo con su cola. —Se comportaba de forma extraña incluso antes de que llegaras. ¿No recuerda lo que es estar emocionado por algo?

—Viejos dragones —dijo Índigo, sacudiendo la cabeza como si no tuvieran remedio. Añadió unas cuantos caparazones de color rosa a su castillo. —¿Crees que... em, la reina me va a gritar? O... ¿o hacer que deje de ser tu amiga?

—Nunca podría hacer eso —dijo Braza con firmeza. —Primero le encantaría la cara para que se callara.

Índigo soltó una risita, pero pudo ver que seguía preocupada. Tal vez la reina Laguna también le había estado diciendo cosas malas y divisivas a sus espaldas.

Braza se dio la vuelta y encontró un trozo de madera a la deriva de color blanco blanquecino en la playa detrás de él. Lo levantó, sonriendo a Índigo.

—No te atrevas —dijo Índigo, adivinando lo que iba a hacer, como hacía a menudo. —¡Te dijo que no usaras tu poder sin su aprobación! No tienes ni idea de lo que estás haciendo.

—Sí tengo —dijo. —Un pequeño hechizo no dañará nada. Sólo tengo que asegurarme de no decir nada estúpido. Apretó sus garras alrededor de la madera a la deriva. —Encanta esta madera para que se talle en la forma de un pequeño y gentil pulpo.

Lo dejó en la arena entre ellos y observó con asombro cómo empezaban a desprenderse pequeños rizos de los bordes de la madera, luego cuñas más grandes y, poco a poco, surgió una cabeza perfecta, seguida de ocho tentáculos esculpidos.

Varios minutos después, estaba hecho. El pequeño pulpo blanco tenía el tamaño de una garra de un dragón adulto, con tentáculos alegres y una expresión traviesa. Braza lo recogió y se quitó el polvo de la arena.

Era la talla más perfecta que Braza había visto nunca; coincidía exactamente con la visión que había tenido en su cabeza. Eso nunca sucedía cuando intentaba tallar cosas con sus garras.

—Para ti —dijo, entregándoselo a Índigo.

—Guau. Lo agarró con cuidado. Pudo notar que intentaba no sonreír demasiado ante él; que le encantaba, pero seguía intentando parecer desaprobadora, lo que no funcionaba en absoluto con ella.

—Podrías haber tallado esto tú mismo —señaló.

—Lo sé —dijo —pero entonces no habría salido tan bien.

—Creo que tus tallas son perfectas. Todavía tengo la beluga.

Braza se rió, recordando su primer regalo para ella. —Hola, se suponía que era un elegante delfín.

Resopló. —Bueno, de todos modos me gustan más las belugas. La cuestión es que no necesitabas magia para hacer esto.

—Tal vez no —dijo Braza —pero sin magia, no podría hacer esto. Apoyó una garra en la cabeza del pulpo y susurró: —Ahora cobra vida, con la personalidad más dulce, leal y agradable de cualquier mascota de Pirria.

El pulpo parpadeó con sus grandes y oscuros ojos hacia él, y luego hacia Índigo. Gritó suavemente, y el pulpo rodeó su muñeca con sus tentáculos como si la estuviera abrazando.

—¿Cómo vas a ocultar esto a tu abuelo? —preguntó Índigo.

—Deja que yo me preocupe de eso —dijo Braza. —¿No es adorable?—

El pulpo se acurrucó más cerca, y ahora Índigo no pudo evitar sonreír. —No puedo creer que me hayas hecho una mascota por arte de magia —dijo. —Eres un idiota.

Braza acarició uno de los tentáculos, que aún se sentía extrañamente como madera, pero maleable y cálido. El pulpo levantó la vista y pinchó el hocico de Braza con curiosidad. —¿Cómo vas a llamarlo?—

—Obviamente Gota —dijo Índigo inmediatamente. —Está claro que es una Gota. ¿Verdad, Gota? —El pulpo subió dignamente por el brazo de Índigo hasta su hombro, procedió a trepar por su cuello y se posó felizmente sobre

la cabeza de Índigo, con sus tentáculos flotando sobre sus orejas a cada lado.

—Oh, Dios —dijo Índigo. —Por favor, dime que los sombreros de pulpo están de moda este año.

Braza se cayó de risa y se metió arena en la nariz. Mientras intentaba estornudar de nuevo, vio la cara de alegría de Índigo, que intentaba mirar al pulpo que tenía en la cabeza.

¿Ves, abuelo? Nuestro poder puede usarse para cosas buenas. Puede hacer felices a los dragones.

No cometeré errores como tú. Se puede confiar en mí.

Todo va a estar bien.

Capítulo 4

Clarividente

Clarividente estaba en la biblioteca.

Siempre estaba en la biblioteca. Sus padres a menudo bromeaban diciendo que deberían haber dejado que su huevo naciera allí en lugar de en el pico de eclosión lunar. Por supuesto, si lo hubieran hecho, no habría nacido bajo la luna llena, por lo que no habría obtenido el don de la profecía, y entonces no habría necesitado pasar tanto tiempo en la biblioteca en primer lugar. Pero cada vez que lo señalaba, sus padres negaban con la cabeza y suspiraban como si no entendiera su espectacular sentido del humor.

La bibliotecaria le había dado a Clarividente una sala de estudio propia, aunque sospechaba que era porque pensaba que estaba loca y quería tener la opción de encerrarla si era necesario.

Había pergaminos parcialmente en blanco desenrollados a lo largo de las cinco mesas que la rodeaban, y se daba prisa a ir de una a otra, rascando notas rápidas y arrastrando salpicaduras de tinta de sus garras.

¿Cambiaría algo si se hiciera pasar por loca? Cerró los ojos y trató de ver si el futuro se desarrollaba en torno a esa idea. ¿Acabaría en el manicomio? ¿Salvaría a la tribu? ¿Sería esa vida mejor que las otras opciones?

Demasiado improbable; nadie la creería aunque lo intentara. No había ningún camino allí.

Ninguna escapatoria.

Sigue buscando. Fue a la mesa de al lado y trató de seguir la línea de tiempo que había iniciado en ese pergamino. Pero era muy confusa. Primer paso: conocerlo, segundo paso: el caos a lo largo de cada línea temporal potencial.

Un fuerte suspiro llegó desde la puerta.

—Hola, Papá —dijo sin levantar la vista. Esta nota... ¿cuándo la escribió? *El Ala Marina trae la muerte. El Ala Marina trae la salvación. No dejes que venga. Debe venir, o todo está perdido.*

Aaaaaargh. Clarividente apoyó la cabeza en el escritorio y golpeó la cola contra el suelo de piedra.

—Clarividente —dijo su padre —Eres demasiado joven para preocuparte tanto.

—Debería preocuparme más —dijo, levantando la cabeza y volviendo a mirar la nota del Ala Marina. Algo realmente terrible iba a ocurrir en el Reino del Mar dentro de poco tiempo... algo que implicaba mucha muerte. El reino estaba tan lejos que era difícil estar segura de los detalles. ¿Debería intentar avisar a alguien? Quería hacerlo, pero no veía ningún camino en el que alguien pudiera creerla. Pobres Alas Marinas —¿Me refiero, ¿de qué sirve ver el futuro si no puedes arreglarlo? Si me concentro más, puedo seguir todos los caminos. Puedo resolver esto.

—¿Todos los caminos —se hizo eco su padre —¿Todos los futuros que se desprenden de cada elección que tú y cada uno de los otros dragones hacéis durante el resto de vuestra vida? ¿No puedes escucharte a ti misma? Es imposible, querida. Por ese camino está la locura.

—No —dijo distraídamente —Acabo de comprobarlo. No hay locura en mi futuro, no es una opción viable.

—Este don no está hecho para consumir toda tu vida— dijo —Pasó por encima de los pergaminos del suelo, evitó por poco un charco de tinta azul y extendió una de sus alas entre ella y la mesa. Lo miró, frotándose la frente.

—Escucha —dijo con infinita dulzura —Sé que tu poder es más fuerte que el de cualquier vidente que los Alas Nocturnas hayan tenido en generaciones. Sé que parece que puedes ver todo lo que te espera.

—No es tan sencillo —dijo —No es: "esta es tu vida, así será". Son todas las vidas posibles, todas las cosas que podrían pasarme a mí y a la tribu, y todo depende de lo que haga después. Pero hay tantas... no puedo llevar la cuenta... y cuanto más miro al futuro, más confuso y aleatorio se vuelve...

—Lo entiendo —La rodeó con sus alas y ella se recostó en su pecho, escuchando los constantes latidos de su corazón. Sabía que lo intentaba, pero en realidad no entendía nada. No tenía ni ese poder ni la capacidad de leer la mente. Era dulce y ordinario y no estaba torturado, y sus elecciones no suponían casi ninguna diferencia en el futuro —Pero Clarividente, incluso si pudieras ver todo, eso no significa que puedas controlar todo. O nada. Las cosas sucederán. Otros dragones cambiarán tu camino y no podrás detenerlos.

Eso es mucho más cierto de lo que sabes, Papá.

El rostro de Acechador Oscuro volvió a aparecer en su mente: el rostro de un dragón al que aún no había conocido, pero que venía con un torrente de visiones: alegría y amor y dolor y horror, tan mezclados que no podía desentrañarlos, ni siquiera podía respirar cuando pensaba en ellos.

—Debería irme —soltó —Muy lejos. Tal vez a la selva tropical. Tal vez al Reino Lodoso. Tal vez el continente perdido. Oh, eso cambiaría todo, ¡tendría que hacerlo! —Se inclinó hacia atrás para mirar su rostro. Sus ojos estaban tristes, pero sabía que estarían mucho más tristes en muchos, muchos de sus futuros.

—Podría tener una vida totalmente diferente, Papá. Podría ser una exploradora; podría trazar el resto del mundo. Podría estar sola, y entonces sería la única dragona que podría cambiar mi destino, ¿verdad?

Si nunca lo conozco... ¿la oscuridad es más ligera? ¿Están todos más seguros?

Cerró los ojos, tratando de seguir ese camino... ese débil y tembloroso hilo de un futuro en el que mañana volaría a través del océano, sola. No era imposible. Sólo era casi imposible. Pero no veía ningún éxito en ese camino... esa niebla al final del sendero probablemente significaba que

había muerto en algún lugar sobre el mar. Y todavía había sangre y oscuridad para la tribu, incluso sin ella. Tal vez peor.

Esa era la peor parte; la mayoría de los futuros en los que lo evitaba eran aún más aterradores. Como si conocerlo supusiera una diferencia en su camino, pero sólo tal vez.

Un destello de una corona de plata y oro, retorcida en afiladas puntas espinosas, pasó por su cabeza.

Qué línea de tiempo era esa... oh, mesa tres. Se desenredó de su padre, se inclinó y tomó nota.

—¿De qué tienes tanto miedo, querida? —le preguntó su padre, agarrando sus garras suavemente para mantenerlas quietas. La tinta azul manchaba sus garras como manchas de sangre de Ala Helada.

¿Por qué sé que la sangre de los Alas Heladas es azul?

Porque la he visto, demasiada, por cientos de caminos.

—No puedo decírtelo —dijo —Lo siento, Papá. *En los futuros en los que te digo su nombre demasiado pronto, acabas muerto. No puedo ver cómo ni exactamente por qué, pero ahí es donde van todos, y eso es algo que puedo evitar. Una elección que mantendrá a salvo a alguien a quien quiero.*

Volvió a suspirar —Clarividente, tu madre y yo hemos hablado de esto. Creemos que es hora de que vayas a la escuela. Todos los demás dragonets Alas Nocturnas empezaron cuando tenían un año, y tú tienes casi dos y medio.

—No —dijo Clarividente, con el pánico creciendo en su pecho —No puedo. Te lo dije. Es cuando todo se acelera, es cuando pierdo el control. Necesito más tiempo para planificar. Se giró frenéticamente para señalar el pergamino de la mesa dos, que estaba cubierto de una desesperada caligrafía en punta —Eso es lo que pasa cuando voy a la escuela. ¡Mira todas las líneas de tiempo! ¡Explotan! Tengo que trazarlas todas antes de llegar. Si el profesor me pone en ese grupo de arte en lugar de este, las

cosas cambian. Si me siento con estos dragones en el almuerzo en vez de con aquellos, los futuros toman nuevas direcciones. Si falto un día aquí o doy la respuesta equivocada aquí o comparto mi pergamino con este desafortunado dragón aquí, toda la tribu podría morir. Apuñaló el pergamino, dejando pequeños desgarros a lo largo de todo él, y rompió a llorar.

—Oh, Clarividente —dijo su padre con desesperada angustia —No puede ser tan malo. Una dragonet de dos años no va a condenar a toda la tribu a la a la destrucción. Lo peor que puede pasar es que no entres en el programa de astronomía y quizás tu madre se decepcione, pero nadie morirá. Confía en mí. Le palmeó la espalda con simpatía.

No tenía ni idea, NI IDEA. Tal vez la mayoría de los dragonets de dos años no podían afectar el futuro de toda la tribu, pero ella sí.

—Además —dijo —no creemos que sea saludable lo que estás haciendo aquí. La escuela podría ser una buena distracción... darte algo más en lo que trabajar, amigos para mantener tu mente fuera de las cosas. Tal vez te ayude a ver que no todos estamos tan condenados después de todo. Se rió un poco, y ella se preguntó qué encontraría un lector de mentes en sus pensamientos. ¿Realmente no le preocupaban sus visiones de guerra y derramamiento de sangre? No les había contado a sus padres todo lo que había visto, pero se había despertado gritando las suficientes noches como para que se hicieran una idea general de lo que deparaba el futuro.

Probablemente. Tal vez. A menos que pueda arreglarlo.

Tenía que arreglarlo. Nadie más podía hacerlo.

—Por favor, no me hagas ir todavía —dijo, luchando contra un sollozo.

Pasó un momento largo y horrible; el futuro pendía temblando en la balanza.

Suspiró —Está bien, querida. Esperaremos hasta que tengas tres. Le levantó la barbilla para que le mirara —Pero entonces no se retrasa más. La reina quiere que sus videntes estén bien entrenados, y ya estamos colmando su

paciencia con nuestras peticiones especiales. Así que. Cuando cumplas tres años, irás a la escuela. ¿Estamos de acuerdo?

No hay muchos caminos viables en los que pueda cambiar su destino. Su mente los recorrió y luego se rindió.

—Sí, Papá. Será mejor que vuelva al trabajo, entonces. Tal vez debería empezar de nuevo con el pergamino escolar. Si esto era inevitable, tal vez tenía que llenar todas las mesas con pergaminos de "qué pasará cuando vaya a la escuela"... sí, con más espacio para todas las posibilidades. Había ganado algo de tiempo. Podría esconderse aquí unos meses más y resolverlo.

—No te hagas daño, Clarividente —dijo, dirigiéndose a la puerta. —No es el fin del mundo si te dejas dormir, sabes.

Eso es lo que piensas.

Volvió a sumergir sus garras en el tintero y se perdió el momento en que su padre se fue.

Así que tendré que encontrarme con él antes de que pase mucho tiempo. Mi Acechador Oscuro, mi destino. Siempre supe que las otras líneas de tiempo eran improbables. También tiene este poder; me encontraría.

Era casi tranquilizador, aceptar eso. Ya no tenía que preocuparse por los futuros en los que estaba solo y eso le hacía enfadarse y ser insensible. Ya no tenía que preocuparse por los endebles caminos en los que encontraba a otra dragona (sin poderes ni coraje, pensó con un molesto brote de celos). A medida que esas líneas de tiempo se alejaban, veía lo mal que habrían estado, para ambos.

Pero lo que quedaba era una maraña desalentadora. Dos dragones que podían ver el futuro, cada uno tratando de mantenerse en un camino particular.

Empieza por el principio. Sigue un hilo a la vez.

Sus garras arañaron el papel, convirtiendo sus visiones en montañas de palabras desordenadas que tendría que descifrar más tarde.

Sigue intentándolo. Es por el bien de la tribu.

Por algo debo tener este don.

Si puedo ver todos nuestros posibles destinos... seguro que puedo asegurarme de que obtenemos el correcto.

Capítulo 5

Acechador Oscuro

Podía oír las voces de sus padres resonando en los acantilados mientras descendía en picado hasta el rellano de su casa. Volvían a discutir y, como de costumbre, podía ver a sus vecinos asomarse ávidamente por sus propias ventanas, con los oídos aguzados. Todos en la tribu estaban interesados en cada detalle de la ruptura de la pareja más famosa del Reino de la Noche.

Al menos algunos de ellos tuvieron la decencia de volver a entrar cuando lo vieron venir. Lanzó una mirada fría a los dos del otro lado del barranco. Uno de ellos ni siquiera se dio cuenta de su presencia; la otra sólo fingía que no lo hacía mientras se afanaba innecesariamente con las lianas de su puerta. Estúpido... todo el mundo sabía que podía leer mentes. Tal vez pensó que las habilidades de un dragonet de tres años no estarían tan avanzadas todavía.

No se cree n los rumores sobre mí. Se rió suavemente, pero la sonrisa desapareció de su rostro al tocar la ola de furia y amargura que salía de su casa.

—¡No voy a ayudarla a luchar contra mi propia tribu, Sanguinaria! Yo nunca haría eso.

—Ya no son tu tribu... ¡nosotros sí! ¡Y podrías trabajar para ella de otra manera! —gritó Sanguinaria. —¡No tienes que unirte al ejército, pero no puedes seguir diciendo que no a la reina! ¡Te está ofreciendo un puesto en el castillo! ¡Te encantan los estúpidos castillos y salir con la realeza y todo eso! Podrías pegar la nariz todo el día y encajar perfectamente.

—No me está haciendo un honor —gruñó Ártico. —Sabes lo que quiere. Quiere mi poder. El don que debería haber dado a los Alas Heladas... lo quiere para tu tribu.

—Ahora también es tu tribu —insistió de nuevo Sanguinaria. —Nadie está tratando de utilizarte. Sólo intentamos darte algo que hacer para que dejes de deslizarte por la casa quejándote y deprimiéndote y poniéndome de los nervios todo el tiempo.

Acechador Oscuro atravesó el arco de su pequeño y estrecho salón y dejó caer los tres halcones que había atrapado junto a la puerta. Sus padres estaban en una de las habitaciones del fondo... quizá su madre había estado escuchando la última vez que le había pedido que su desacuerdo fuera más privado, aunque eran tan ruidosos que no servía de mucho.

Pero su hermana estaba acurrucada en el suelo junto a la chimenea, con las alas sobre la cabeza.

¿No saben que está aquí? pensó con un destello de ira. *¿Cómo se atreven a pelear así delante de ella?*

Su padre siempre se comportó como si Nívea fuera su única dragonet, su preciosa hija, pero se despreocupaba completamente de sus sentimientos. Le traía peces especiales y la paseaba por la tribu, y luego llegaban a casa y actuaba como si ella fuera un collar que podía colgar en un rincón hasta que la necesitara de nuevo.

—Oye —dijo Acechador Oscuro en voz baja, agachándose junto a su hermana. Extendió una de sus alas sobre ella. —¿Cuánto tiempo han estado haciendo esto?

—No lo sé —susurró.

—Bueno, si estás TAN MISERABLE AQUÍ —gritó Sanguinaria —¿por qué no vuelves YA AL ESTÚPIDO REINO HELADO?.

—Oh, ahí está —dijo Acechador Oscuro. La frase favorita de su madre, y la que normalmente indicaba que se habían quedado sin aliento por el momento. —Eso significa que pronto terminará.

Nívea asintió, pero mantuvo sus garras sobre las orejas.

Acechador Oscuro había oído los susurros (y los pensamientos, todos los millones de pensamientos) sobre su hermana, así que sabía que no era el único que pensaba que era la dragona más hermosa de Pirria. Sus escamas a lo largo del cuerpo eran negras con toques de azul zafiro oscuro, pero sus alas eran de un blanco azulado gélido, al igual que las púas a lo largo de su espalda y sus afiladas y curvadas garras. En lugar de las escamas plateadas en forma de estrella bajo las alas, tenía un conjunto de escamas negras que brillaban como el azabache sobre el blanco níveo. Su cabeza era estrecha y elegante como la de un Ala Helada, y tenía los sorprendentes ojos azules de su padre.

Era fácil saber con una sola mirada que era una híbrida de Ala Helada y Ala Nocturna. Las otras cosas que eran diferentes en ella eran más difíciles de ver, a menos que fueras un lector de mentes.

Acechador Oscuro había estado en la mente de Nívea a menudo, pero aún no podía entenderlo. Era diferente de otros cerebros, como si pensara en colores y ondas en lugar de en palabras. A veces podía adivinar lo que sentía, pero casi nunca sabía lo que pensaba. Suponía que había tanto silencio allí dentro que no debía estar prestando atención, y entonces hacía una observación que a él nunca se le habría ocurrido. Era la única dragona que conocía que podía sorprenderle.

¿Sería diferente si hubiera nacido bajo las lunas? se preguntó. *Si la hubiera ayudado a salir de su huevo antes, ¿sería más parecida a otros dragones?*

Se sacudió la culpa. No importaba. No quería que fuera como otros dragones. Era perfecta tal y como era.

Nívea se apoyó en su hombro y él enroscó su cola alrededor de la de ella.

—Tal vez debería irme a casa —escupió Ártico, sus palabras se arrastraron como ciempiés de escarcha por las paredes y hacia sus oídos. —Me han ofrecido una amnistía. Mi madre dice que pondrá fin a la guerra y me aceptará de vuelta... con una condición.

Se oyó un ruido seco, como el de una tablilla de metal al ser arrojada sobre la mesa.

—¿Cómo conseguiste un mensaje de la Reina Diamante? —Sanguinaria preguntó bruscamente. —Esto podría considerarse traición, Ártico.

—Sólo léelo, —dijo.

Siguió una larga pausa. Acechador Oscuro cerró los ojos, siguiendo los pensamientos de sus dos padres.

—¿Qué es? —Nívea le susurró.

—Nada, —susurró él.

—Es algo, —dijo ella. —Te has enfriado y endurecido a lo largo de todo esto. Señaló la línea que va desde su mandíbula hasta su corazón.

—Te lo diré más tarde, —dijo. *Cuando se me ocurra una mentira que te creas.*

—Ártico, —dijo Sanguinaria con voz tensa y temblorosa. —Si pensara por un minuto que considerarías esto...

—Deberías dejar de amenazarme, —dijo, —cuando sabes que no puedes hacerme nada. Pero no te preocupes. No pienso aceptar. Sólo quiero que sepas exactamente lo que hay sobre la mesa, para que lo pienses la próxima vez que me digas que me vaya.

Es hora de parar esto, pensó Acechador Oscuro. Apretó su ala alrededor de su hermana por un momento, luego se levantó y se dirigió al pasillo que conducía de nuevo a las otras habitaciones.

—Estamos aquí, —llamó. —Los dos.

La culpa de su madre, la ira de su padre... bueno, eso era normal. Al menos se callaron. Recogió los halcones y empezó a partirlos en trozos para repartirlos entre los cuatro puestos de la mesa.

Sanguinaria apareció primero, respirando profundamente. *¿Cuánto han oído?* pasó por su mente.

—Todo, —le respondió Acechador Oscuro. —Especialmente Nívea. Estaba aquí cuando yo llegué. No ocultó su enfado.

Incluso... pensó.

—No, —dijo, mirando a su hermana. —Sólo yo lo sé.

Sanguinaria se acercó a la mesa y trasladó un trozo de halcón de su plato al de Acechador Oscuro, y luego otro trozo al de Ártico. Acechador Oscuro trasladó sin palabras el regalo del plato de Ártico al de Nívea.

Lo siento, pensó para él.

—Díselo, —dijo.

Sanguinaria se acercó a Nívea y la abrazó, justo cuando Ártico salió a toda prisa de las habitaciones de atrás.

—Oh, otra vez los halcones, —dijo con amargura. No miró a Acechador Oscuro a los ojos. Nunca lo hacía.

—Pensé que te recordaban al Reino Helado, —dijo Acechador Oscuro. De hecho, sabía que se lo recordaban, porque lo había visto en la mente de su padre cada vez que traía halcones a casa para comer. Por eso los buscaba especialmente, porque sabía que le daban a su padre un poco de felicidad y un poco de desesperación al mismo tiempo.

No te metas en mi cabeza, *ojos de luna*, *pensó su padre*, mirándolo con desprecio.

—Ojalá pudiera, —respondió Acechador Oscuro con enérgicamente. —Nívea, hora de comer.

Cuando la familia se dirigió a la mesa, pasó por delante de su padre hacia el vestíbulo trasero, actuando como si fuera a lavarse las garras. Pero tenía otra misión en mente. Necesitaba ver el mensaje por sí mismo.

Allí estaba, escondido bajo un rincón de las mantas en el lado de su madre de su dormitorio. Un trozo de metal plateado martillado con palabras grabadas.

Había leído sus mentes correctamente. Aquí estaba, claro como la luz de las estrellas.

Queridísimo Ártico,

Queremos que vuelvas a casa.

Ya debes haberte dado cuenta de tu error. Debes estar empezando a odiar a esa insidiosa Ala Nocturna, la fuente de toda tu miseria. Sabes que sólo fue enviada aquí para tentarte. Pero ahora has visto a través de ella, ¿no es así? Empiezas a darte cuenta de que tu madre tenía razón todo el tiempo.

Así que te doy una oportunidad para recuperar todo.

Vuelve a casa.

Haremos una tregua con los Alas Nocturnas. La guerra puede terminar. Puedes regresar a mi palacio, reunirte con tu tribu, y todo será perdonado.

Y sólo tenemos una condición. Una pequeña y fácil petición que puede salvar muchas vidas... y devolverte tu destino.

Es esta: Mata a tus dragonets.

Mátalos, tráenos pruebas y podrás volver a casa.

Un pequeño precio a pagar para recuperar tu vida, ¿no?

Te quiero, Ártico. A pesar de tus malas decisiones y terribles errores.

Espero verte pronto, de vuelta en la tribu a la que perteneces.

Reina Diamante

Acechador Oscuro volvió a deslizar la tablilla en su escondite, pensando.

Sabía por la mente de su padre que Ártico no estaba considerando seriamente esta posibilidad... todavía. Es cierto que Ártico se sentía miserable en el Reino de la Noche, donde no tenía amigos ni prestigio y el clima no le convenía, pero también podía recordar todas las cosas que odiaba del Reino Helado: las reglas, las expectativas, la forma en que su vida estaba completamente planificada sin tener en cuenta sus sentimientos.

Además, la Reina Diamante había arañado demasiadas terminaciones nerviosas de Ártico con sus comentarios sobre cómo tenía razón y él era tan tonto. Ártico era demasiado orgulloso para volver con la cabeza colgando, y lo más importante, todavía había un núcleo de él que no quería dejar a Sanguinaria o a Nívea.

Acechador Oscuro nunca se preocupó por el odio de su padre. Fue mutuo e instantáneo al nacer, así que no afectó especialmente a su vida. Además, sabía que su padre no podía hacerle nada, teniendo en cuenta los poderes de Acechador Oscuro.

Pero en su cabeza aparecían visiones en las que Nívea estaba en peligro.

Caminos confusos y confusos; no podía trazarlos con exactitud, pero sabía que algo conducía desde esta tablilla a una escena de dolor y violencia y a su propia furia impotente.

Necesito a un mejor vidente para que me ayude a entenderlo.

Necesito a Clarividente.

Acechador Oscuro sonrió, arrastrando sus garras por la pared mientras iba a lavarse en el arroyo que había al fondo de su cueva. Todavía no la había conocido, pero sabía que sería pronto, y una vez que lo hiciera toda su vida cambiaría para mejor. Era casi imposible esperar tanto tiempo, sabiendo que su alma gemela estaba tan cerca. Pero lo había conseguido, por ella. Vio que su relación acabaría siendo más fuerte si lo hacía. Era un maestro de la paciencia.

Sin embargo, cuando se trataba de su padre, su paciencia empezaba a agotarse.

Nadie amenaza a Nívea, pensó Acechador Oscuro. *Ni la reina Ala Helada, ni mi padre. No dejaré que nadie la haga daño.*

No importa lo que tenga que hacer para detenerlos.

Capítulo 6

Braza

—Quizá no debería venir esta noche, —dijo Índigo, dejándose caer en el sofá cama de Braza. Gota se sujetó expertamente a su oreja con un tentáculo para mantenerse en su sitio y parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Oh no. De ninguna manera, —dijo Braza. —Tampoco quiero entablar una conversación aburrida con todos mis antiguos tíos y tías, pero estamos juntos en esto. Ese es el trato. ¿Cómo se supone que voy a sobrevivir sin ti?

—Son tu familia, —protestó Índigo. —¿Por qué me tienen que torturarme a mí también? Además, la reina ni siquiera me quiere allí.

Braza hizo una mueca. Probablemente tenía razón. Los comentarios de la reina Laguna se habían vuelto más mezquinos y punzantes últimamente. Ahora que sabía que Braza era su segundo animus, lamentablemente parecía preocuparse mucho más por los dragones con los que pasaba el tiempo. Albatros y Perla: aceptables. Índigo y cualquiera que estuviera de visita en otras tribus: decididamente no.

Lo que le hizo acordarse. —¿No quieres ver a los Alas Celestes de cerca? —preguntó. —Esta podría ser tu última oportunidad, si acabamos entrando en guerra con ellos por los nuevos pueblos de la costa. Era poco probable: la reina Laguna era experta en negociar la paz, especialmente con la amenaza de un animus en sus garras traseras; no habían oído ni una palabra de los Alas Lluviosas ni de los Alas Lodosas en años. Y las tres nuevas aldeas de Alas Marinas no se adentraban mucho en el territorio de Alas Celestes, después de todo. Ningún Ala Marina querría vivir a cualquier distancia del océano.

—Los vi al otro lado de los jardines cuando llegaron hace dos días, —dijo Índigo. —Parecían bastante disgustados.

—Creía que los Alas Celestes eran la tribu amigable, —reflexionó Braza.

—Me estás distrayendo, —dijo Índigo. —La cuestión es que la reina estaría mucho más contenta si me quedara aquí, especialmente cuando tiene que impresionar a los Alas Celestes. Sería la única en la reunión que no estaría empapada de joyas. Arqueó las cejas ante los nuevos brazaletes de oro que llevaba Braza... tallados con símbolos reales, hacían juego con los de su abuelo... y las esmeraldas que brillaban en sus orejas.

—Eres perfectamente impresionante —dijo Braza, poniéndola de nuevo en pie. —No necesitas joyas; tienes la mejor sonrisa de todos los reinos.

Sus alas se rozaron, ligeras como ondas en un estanque, e Índigo apartó sus garras rápidamente.

—¿Sonreír delante de la reina? —dijo con un fingido grito de desaprobación. —¡Seguramente eso no está permitido!

—Aquí —dijo Braza. Entró en la habitación contigua, donde Perla giraba lentamente frente a una serie de espejos para examinarse por todos lados. —Puedes ponerte esas perlas rosas que Madre compró para Perla.

—Odio esas, —dijo Perla con la nueva voz, excesivamente aburrida, que había estado probando últimamente. Incluso ahora, más de tres años después de la prueba, seguía mostrándose irracionalmente celosa cuando Braza se iba a entrenar con Albatros. Pero la mayor parte del tiempo volvía a la normalidad, lo que implicaba muchos suspiros por lo ruidosos e inmaduros que eran Braza y Índigo.

—Y te quedarán muy bien, Índigo, —dijo Braza. Cruzó hacia la pared del fondo, donde todas las joyas de Perla estaban expuestas en un alto árbol de caoba marrón oscuro con muchas ramas, que él había tallado para ella por su cumpleaños el año pasado. (Sin magia, ya que Índigo insistió).

—¿Estás segura? —preguntó Índigo a Perla. —¿No se enfadará Manta si me ve a mí llevándolos en lugar de a ti?.

—Estará encantada —dijo Perla. Madre piensa que eres muy divertida.

Índigo se marchitó un poco y Braza lanzó una mirada a Perla. —Madre te quiere —le dijo a Índigo. —Quiere que vayas a la fiesta, y no le importará lo que tengas que ponerte para encajar. Desenganchó el collar de perlas y la pulsera. Cada una de las perlas era ligeramente irregular en lugar de perfectamente redonda, y todas eran de diferentes tonos de rosa, desde casi blanco hasta rosa intenso. Podía ver por qué a Perla no le gustaba... prefería todo perfectamente simétrico... pero a él le parecía muy chulo.

Colocó el brazalete en una de las muñecas de Índigo y luego la ayudó a colocarse el largo cordón de perlas alrededor del cuello y las alas. Brillaban contra el azul violáceo de sus escamas. Braza podía sentir los latidos de su corazón mientras se inclinaba sobre su espalda para ajustar la longitud. Su garra se posó en el cuello de ella por un momento y inclinó la cabeza hacia él.

¿Por qué todo parece diferente últimamente?

No era raro que quisiera pasar tiempo con ella más que con nadie. Siempre había sido así. No era raro que fuera la primera dragona en la que pensaba cada vez que tenía algo que compartir. No era raro que pudiera hacerle reír cuando nadie más podía hacerlo.

Era un poco extraño que su propio corazón se acelerara cuando estaba tan cerca de él.

—No tenéis NINGUNA ESPERANZA, —ladró Perla, apartando a Braza, que por un momento se sobresaltó pensando que había adivinado sus pensamientos. —¿Nunca has visto a un dragón llevar perlas? No pueden colgar de esta manera o le imposibilitarán nadar, y además, todo el mundo sabe que un doble viento alrededor del cuello es de lo más favorecedor. Tienes que apretar la holgura aquí y dejarlo así...

Se ocupó de ajustar los adornos de Índigo mientras ésta permanecía inmóvil, con aspecto incómodo.

—Ya está —dijo por fin Perla, apartándose con un gesto de triunfo.

—Se ve exactamente igual —dijo Braza.

—Gracias —dijo Índigo a Perla antes de que ésta pudiera arremeter contra su hermano. —Te lo agradezco mucho.

Perla agitó su cola con desprecio. —Puedes agradecérmelo distrayendo al Tío Abuelo Jorobado si intenta acorralarme de nuevo con historias sobre los viejos tiempos. "Sabes, cuando yo era un joven mequetrefe, teníamos sashimi de carroñeros todas las tardes. Pero, ¿dónde se han metido todos, puedes decirme eso, eh? ¡No pueden haberse vuelto más inteligentes! ¡Alguien ha estado interfiriendo con mi suministro de carroñeros! Algunos pequeños peces globo con dientes, les mostraré". Su imitación de la vieja y chirriante voz de Jorobado era perfecta.

Índigo soltó una risita. —Alguien debería decirle eventualmente que probablemente se los comió todos.

—¡No voy a ser yo! —dijo Perla.

—Yo tampoco —dijo Braza riendo.

—Sabes que tienes que dejar a tu cosita rara —dijo Perla, agitando la cola hacia Gota. Índigo arrugó el hocico con decepción, pero levantó al pequeño pulpo y lo colocó en su percha en su lado de la habitación.

—Quédate —le dijo con firmeza.

Gota parpadeó con cara de inocencia. No estaba muy claro si entendía alguna de sus instrucciones. A veces se mostraba obediente y perfecto, y otras veces hacía exactamente lo contrario de lo que le pedía. A veces, Braza se preocupaba de que esto se debiera a que se había olvidado de darle las orejas al pulpo.

Perla se estudió en el espejo durante otro largo rato. Braza se dio cuenta de que Índigo ni siquiera se había acercado a comprobar su aspecto.

Con un suspiro, Perla dijo: —Bueno, esto tendrá que servir. Vamos.

Mientras salían por la puerta del bungalow hacia el jardín, Braza se volvió hacia Índigo y le susurró: —Estás estupenda.

—Parezco un calamar fingiendo ser un caballito de mar —dijo riendo. Le guiñó un ojo y se apresuró a seguir a Perla entre una lluvia de pétalos de jazmín blanco.

Braza sonrió mientras la seguía. Otra aburrida reunión de la realeza, otra fiesta que inducía al bostezo. Menos mal que había convencido a Índigo para que le acompañara.

No podía imaginar qué haría sin ella.

* * *

Los padres de Braza, Manta y Arrecife, ya estaban en la terraza cuando llegó, revoloteando junto a la mesa del buffet y riendo. Sus primos Vieira y Corriente también estaban allí, con su padre, su tío Anguila. El murmullo de sus voces se mezclaba con el flujo y reflujo de las olas y la música de un trío de Alas Marinas que tocaba los instrumentos favoritos de la reina.

La mayoría de las cenas familiares se celebraban de noche, sin mucha iluminación porque los Alas Marinas podían ver en la oscuridad. Pero en honor a los invitados Alas Celestes, esta reunión se celebraba poco antes de la puesta de sol, con el dorado horizonte occidental como telón de fondo, y se habían encendido linternas alrededor de los jardines (por los propios Alas Celestes, ya que los Alas Marinas no tenían fuego ni lo necesitaban). A Braza le gustaba el inusual resplandor cálido que esto daba al Palacio Isla, como si se hubieran colado pequeños soles escondidos en algunos de los árboles.

Los gigantescos acuarios que rodeaban la terraza estaban llenos de luminosas medusas azules, algunas de las cuales arrastraban marañas de esbeltos tentáculos más largos que un dragón. Los aromas de vainilla, jengibre y albahaca provenían de las largas mesas de comida. Las flores de hibisco, de colores tan vivos como las piedras preciosas, salpicaban los arbustos y se esparcían por los sofás de conversación, de color rubí y topacio y rosa contra los fondos verdes oscuros.

Manta se acercó a saludarlos, sonriendo e inclinando sus alas hacia abajo para evitar la cadena de faroles colgantes.

—Estás preciosa, Índigo —dijo sin pestañear las perlas prestadas. —Y tú, como siempre, eres la imagen del majestuoso esplendor —añadió a Perla.

Siempre hubo una extraña sensación entre Perla y Manta, que Braza no pudo entender del todo. Índigo dijo que era porque la única manera de que Perla se convirtiera en reina era si Manta desafiaba primero a Laguna y ganaba, y entonces Perla tendría que desafiar a su propia madre. Braza no estaba muy seguro de que eso fuera correcto, porque Laguna tenía una hija, Chapoteo, que no tenía dragonets propios. Si se convirtiera en reina, ¿no podría Perla desafiarla? Índigo dijo que no, porque Perla era técnicamente prima hermana de Chapoteo, no su sobrina, y entonces Braza tuvo que gritar "LA LA LA" y clavar las garras en las orejas porque los complicados árboles genealógicos y las leyes de sucesión no sólo eran aburridos e imposibles, sino francamente irrelevantes para su vida.

—¿Hay arroz con coco esta noche? —le preguntó a su madre. —¿Y rollos de atún? ¿Y esa bebida de mango y lima de la última vez?

—Hay de todo —dijo riendo. —Deberíamos invitar a dragones de otras tribus a nuestras reuniones todo el tiempo... los cocineros se pasaron de listos.

—Voy a agarrar una de esas cosas de macadamia antes de que Corriente se las coma todas —declaró Perla, deslizándose.

Antes de que Braza pudiera retar a Índigo a que le echara una carrera hasta los rollos de atún, una bocina de caracolas sonó desde lo alto del muro del palacio. La reina Laguna y su marido, Jorobado, bajaron desfilando a la terraza con su hija, Chapoteo, y los dos Alas Celestes visitantes.

—Vaya —susurró Índigo, acercándose un paso a Braza.

No es que los Alas Celestes sean más grandes, exactamente... bueno, sus patas eran más largas, así que parecían más altos que la reina. Y sus alas eran definitivamente más grandes que las de un Ala de Marina. Y sus cuernos eran más rectos y afilados, y sus garras no tenían membranas... pero lo más sorprendente era el color de sus escamas. Eran de un rojo tan

brillante y pulido, como pétalos de hibisco o gotas de sangre o gigantescos rubíes andantes.

Cuando todos llegaron a la terraza, Braza vio que los ojos de la reina se movían rápidamente, y un escalofrío le recorrió la espalda. A estas alturas ya habían llegado algunos otros primos lejanos (¿segundos? ¿decimoctavos? Braza no tenía ni idea) y algunos de los tíos y tías mayores de la reina, por lo que la terraza parecía llena de forma íntima.

Pero Braza sabía a quién buscaba, y no estaba allí.

—¿Dónde está Albatros? —le susurró su madre, al parecer notando la misma expresión en la cara de Laguna.

—No lo sé —susurró. —No lo he visto desde el entrenamiento de esta mañana.

Espero que no esté enfadado conmigo. Braza se esforzaba por convencer a Albatros de que estaba preparado para realizar trabajos de animus más desafiantes... como encantar objetos desde lejos sin tocarlos, o lanzar hechizos sin hablar, como podía hacer Albatros. Pero Albatros estaba convencido de que Braza aún no estaba preparado para nada de eso.

—Cuando tengas siete años. Esa es la edad que tenía yo cuando lancé por primera vez un hechizo como ese —había dicho. —Hasta entonces, ¿no tenemos bastante que hacer?

Albatros había dejado que Braza diseñara pequeños rincones del Palacio de Verano, y ahora que estaba prácticamente terminado, lo único que quedaba era el espectacular trono del nivel superior del pabellón. Braza había pasado meses dibujándolo, hasta el más mínimo detalle, y luego su abuelo había cambiado tantas cosas en él que apenas podía reconocerlo como suyo.

Pero hoy habían preparado el encantamiento, y para la semana que viene el trono debería haber adquirido su forma definitiva, y entonces podrían presentárselo todo a la reina Laguna.

Braza no sabía por qué Albatros no estaba más emocionado. Su abuelo había estado muy callado toda la mañana, con los ojos más hundidos que de costumbre.

Y ahora se estaba perdiendo la reunión familiar.

¿Dónde podría estar?

La reina Laguna llevaba a los Alas Celestes de un lado a otro, presentándoles a cada miembro de la familia. Índigo la vio venir y pisó la cola de Braza intentando apartarse, pero ya era demasiado tarde.

—Mi sobrina, Manta —dijo Laguna a los Alas Celestes. —Y su hijo, Braza. Miró a Índigo por un breve momento, luego inclinó su hocico hacia arriba y ajustó su corona. —Estoy encantada de presentar a los enviados Alas Celestes, Águila y la princesa Atardecer.

—Bienvenidos al Palacio Isla —dijo Manta.

—Umm —dijo Águila.

—Hace más calor del que esperaba —dijo Atardecer, abanicándose con sus alas.

—Este es mi amiga, Índigo —intervino Braza, acercando a Índigo.

Águila y Atardecer parecían sumamente desinteresados. La reina Laguna consiguió mantener su ceño fruncido y refinado.

—¿Habéis probado las gambas? —dijo Manta rápidamente.

Águila olfateó. —Todo está tan... crudo —dijo.

—Supongo que podríamos prenderle fuego —Atardecer suspiró. —Entonces tal vez sería aceptable.

Se dirigieron hacia la mesa del buffet con Manta, pero la Reina Laguna se quedó un momento, moviendo la nariz como si su propia cena se hubiera chamuscado por desgracia.

—Tú —le dijo a Índigo. —Ve a buscarme una bebida. Algo con piña.

—Sí, Su Majestad. Índigo movió la cabeza y se alejó.

Braza intentó no parecer irritado. Laguna siempre le hablaba a Índigo exactamente igual que a los sirvientes. Pero era la reina; podía dar órdenes a quien quisiera. No había nada que pudiera hacer al respecto.

Algo se rompió en el jardín más allá de la terraza... alguien pisando una rama, quizás, en las crecientes sombras más allá de los faroles. Braza se giró para mirar a su alrededor, pero no pudo ver a nadie.

—Braza —dijo la reina. —Voy a ser sincera contigo.

¿Cómo eso va a ser diferente? pensó, endureciéndose.

—Pensé que había dejado caer suficientes pistas, pero parece que no se registran. Tal vez la sutileza no sea el mejor enfoque en un caso como éste. Extendió sus alas, acorralándolo. —Tienes que dejar de perder el tiempo con esa... esa dragonet púrpura de baja cuna.

De hecho, Braza tuvo que pensar un momento para entender lo que quería decir. —¿Dejar de ser amigo de Índigo? —soltó. —¿Por qué iba a hacer eso?

—No puedo permitir que tu afecto crezca más —dijo, destacando el afecto como si fuera una ostra podrida. —No sé por qué tu madre no ha intervenido. Obviamente no puedes casarte con ella, así que sería mejor deshacerse de ella antes de que otros prospectos escuchen algún rumor y se asusten. Por supuesto, como dragón animus estarás muy solicitado. Fue una tarea tan difícil elegir una pareja para Albatros en sus días. Es una pena que muriera y él fuera demasiado terco para casarse de nuevo.

—Espera —dijo Braza, con la cabeza en blanco. —Yo... ¿quién ha dicho nada de casarse? ¡Sólo tengo cinco años!

—Por favor —se burló la reina. —Veo la forma en que la miras. Veo cómo te trae lo que necesitas antes de que lo pidas. Veo cómo creas tesoros para

ella con tus garras.

Otra rama se rompió detrás de ellos. Braza seguía sin poder ver nada ahí fuera... el sol se estaba poniendo y las linternas le estropeaban la vista nocturna. Pero de repente sintió una sensación de arrastre por la columna vertebral, como si los tentáculos de las medusas se hubieran deslizado fuera de los acuarios para atraparlo.

Alguien estaba ahí fuera, mirándoles fijamente. Mirándolo.

—¿Qué es esto? —Águila llamó a la reina. Estaba de pie junto al estanque decorativo en el centro de la terraza.

—Deshazte de ella tú mismo —siseó Laguna a Braza —o le buscaré un lugar adecuado a su puesto, lo más lejos posible de ti. Se giró con un remolino de alas azules y se acercó a los Alas Celestes, con su rostro público y preparado de nuevo.

No podía hablar en serio. Índigo no era... no era un peligro para los planes de la reina Laguna.

Aunque no estoy precisamente encantado de ser objeto de esos planes, tengo que decir.

Pero Laguna no tenía que amenazar y dar órdenes. No estaba enamorado de Índigo ni nada parecido.

¿O sí lo estoy?

Al otro lado de la pista, vio a Índigo en la mesa de las bebidas, balanceándose ligeramente al ritmo de la música. Se tocó la cabeza inconscientemente por un momento, y se dio cuenta de que estaba tratando de asegurarse de que Gota estaba a salvo antes de recordar que el pulpo no estaba allí.

A no ser que sea esa sensación de felicidad, la que tengo cada vez que la veo.

Uh-oh.

—Es una estatua mía, por supuesto —dijo la reina a Águila, sonriendo. Con incrustaciones de zafiros que hacían juego con sus escamas, la estatua de mármol se enroscaba sobre la fuente con las alas desplegadas, mientras el agua brotaba de su boca.

—¿Cómo funciona? —preguntó Atardecer, rodeando la fuente. —¿De dónde viene el agua?—

—Oh, está encantado —dijo Laguna, con alegría apenas reprimida. —Por uno de mis dragones animus.

Si esperaba que esta noticia cayera como un rayo sobre los Alas Celestes, no podría haber tenido más éxito. Águila y Atardecer se quedaron paralizados y la miraron como si se hubiera cortado la cabeza delante de ellos.

—¿No he dicho que los tengo? —dijo ella. —Bueno, los tengo. Probablemente sea un punto importante a recordar durante las negociaciones de mañana.

—Tienes dragones animus —gritó Atardecer —¿y los dejas vivir?—

—¿Qué quieres decir? —preguntó la reina Laguna. —Por supuesto que sí. Son extremadamente valiosos.

Los Alas Celestes se miraron entre sí. —No toleramos diferencias peligrosas en el Reino Celeste —dijo Águila con firmeza.

Atardecer se inclinó hacia Laguna, con sus ojos ambarinos fieros. —¿No conoce tu tribu las leyendas? Cómo el uso de su magia devora sus almas.

—Bueno, para que eso funcione —dijo una voz detrás de ella —probablemente tendrías que tener un alma propia para empezar.

Albatros salió de las sombras, o se fundió con ellas, fue lo que le pareció a Braza. Una de las linternas proyectó un halo alrededor de su cabeza, haciendo que sus ojos parecieran aún más oscuros que de costumbre, mientras atravesaba la terraza hacia su hermana y hacia los Alas Celestes.

—Ahí estás —dijo la reina. —Ya era hora.

Índigo volvió a aparecer junto a Braza, con dos cuencos de coco y con aspecto nervioso. Le entregó uno de ellos a Braza, y éste se dio cuenta de que estaba lleno de la bebida de mango y lima que tanto le gustaba. " *Te trae lo que necesitas antes de que lo pidas".*

—No quiero interrumpir a la reina —le susurró Índigo —pero ¿crees que se enfadará si no le llevo la bebida? ¿O se enfadará más si lo hago? Jugueteó con la otra cáscara de coco, arrancando pedazos de fibras marrones.

—Creo que se ha olvidado de que lo pidió —dijo Braza con sinceridad. —Sólo quería quitarte de en medio para poder sermonearme. Otra vez.

—Oh. Índigo le dirigió una curiosa mirada de reojo, pero no dijo nada más, porque ahora la mayor parte de la terraza se había quedado en silencio. Sólo algunos de los primos más ancianos seguían hablando, un murmullo junto a los músicos. Albatros seguía caminando lentamente hacia la reina.

—Aquí está nuestro primer animus —dijo la reina Laguna a los Alas Celestes, que parecían haberse dado cuenta ellos mismos, a juzgar por las miradas de terror en sus rostros. —Mi hermano, Albatros. Esta mañana estuvimos hablando sobre cuál debería ser su próximo proyecto. Esta vez estoy pensando en algo grande. Algo que me haga invulnerable, quizás. O algo que mate a cualquier dragón que pueda ser una amenaza para mí.

Más allá de Albatros, junto a los asientos, Chapoteo se puso rígida y Braza la vio aplastar una de las flores de hibisco entre sus garras. Miró a su alrededor y vio que su padre rodeaba con un ala a Manta, que se había puesto pálida.

—Sí —dijo Albatros. —Aunque recordarás que no me entusiasmaba precisamente ninguna de esas ideas.

—Entonces es una suerte que no seas mi único dragón animus —dijo fríamente la reina Laguna. Braza sintió un escalofrío hasta la punta de la cola. Si ella le pidiera que hiciera un hechizo así, ¿lo haría? ¿Obedecería a

su reina y pondría a su propia madre en peligro? ¿O desobedecerla, y tal vez poner a todos sus seres queridos en un peligro aún mayor?

¿Qué le haría a Índigo si alguna vez le dijera que no?

Albatros se detuvo justo delante de la reina, hocico a hocico con ella. Braza no podía leer su rostro. Parecía haber sido tallado en piedra, y cualquier emoción había sido eliminada.

—¿Crees que has terminado? —La reina Laguna le dijo suavemente. —¿Crees que alguna vez terminarás de pagar lo que le hiciste a Zafiro? No va a terminar, Albatros. Siempre serás mío.

Algo tintineó en el fondo, y Braza se giró, creyendo haber visto un destello de plata en el aire, y luego una línea de rojo se cortó lenta, oscura y mortalmente en la garganta de la reina Laguna, como la sonrisa más amplia del mundo.

Parpadeó sorprendida ante su hermano y se llevó una garra al cuello. Sus últimas palabras fueron: —Pero yo soy la reina —y luego su cuerpo cayó en cámara lenta, con las patas arrugadas, las alas cayendo, la cabeza aterrizando con un chapoteo en la fuente. Nubes de sangre se derramaron, tiñendo el agua de rojo y negro.

La reina de los Alas Marinas estaba muerta.

Y su animus, el abuelo de Braza, estaba agarrando el cuchillo.

Capítulo 7

Clarividente

Clarividente había estado despierta todo el día, haciendo pedazos los pergaminos y golpeando los tinteros con su cola mientras se paseaba por su habitación.

—¡Hora de despertarse! —llamó su madre alegremente, asomando la cabeza en la habitación. —Oh, querida.

—Lo sé, mira este desorden —dijo Clarividente, sus alas se movieron bruscamente. —Tal vez debería quedarme en casa una noche más para limpiarlo.

—El verdadero desastre en esta habitación eres tú, cariño —dijo su madre —Es hora de irse y lo sabes. Ven a desayunar una rica serpiente de cascabel y te sentirás llena de energía y lista para la escuela.

—No, la serpiente de cascabel me hará tener hipo durante el círculo de introducción —dijo Clarividente. —El pescado podría hacer que mis garras resbalaran y aterrizaran torpemente. Tendré una ardilla; puedo ver que eso no tiene consecuencias desafortunadas. Veloz puso los ojos en blanco y se retiró.

Respira, se dijo Clarividente. *Esta noche. Te encontrarás con él esta noche. Lo sabes, y casi seguro que él también lo sabe.*

Era extraño sentirse tan emocionada y tan aterrorizada al mismo tiempo.

Esto no tiene por qué cambiarlo todo. Todavía estoy sosteniendo los hilos. Puedo controlar lo que sucede a continuación.

Por ejemplo, sabía que Acechador Oscuro iba a estar esperándola a la salida de la escuela. Quería conocerla tan pronto como aterrizara. Podría intentar fingir por un momento que todo era una coincidencia... ¿Quién eres? ¿Nos

conocemos? ¿Qué quieres decir, qué destino? Pero no iba a jugar a esos juegos. Seguro que tenía su cara en la cabeza con tanta claridad como ella conocía la suya.

Podía engañarle, pero sólo si llegaba pronto. Podría entretenerse si ella intentaba llegar tarde, pero no sería capaz de llegar con su hermana tan pronto como ella. Y no se lo esperaría; la previsión de ella era más fuerte que la suya.

Clarividente duda un momento sobre uno de sus pergaminos. Las líneas temporales ramificadas de hoy... ¿debería traerlo como referencia?

No, pararse en el pasillo a consultar un pergamino cada vez que tenía que tomar una decisión iba a hacer que la miraran raro. Y si alguien lo agarraba y lo leía, pensaría que estaba loca.

De todos modos, todo está en mi cabeza.

Salió corriendo por las otras habitaciones, agarró la ardilla, tiró una estantería por accidente con la cola y gritó: —¡Lo siento! ¡Lo siento, lo siento! Tengo que volar! —a sus padres, y llegó a la entrada principal antes de que la interceptaran.

—¿Por qué tanta prisa? —le preguntó su padre. —¿De repente estás desesperada por ir a la escuela, después de arrastrar las alas por ello durante años? ¿Qué te pasa?

—¿No quieres que te acompañemos? —intervino su madre.

—No... no, no —dijo Clarividente con toda la energía que podía. Tenía que retrasar el encuentro entre ellos y Acechador Oscuro tanto como pudiera, sobre todo para evitar un montón de discusiones incómodas que podía ver al acecho en el futuro inmediato, pero también en parte por su propia seguridad, por razones complicadas. —¡Estoy bien! Sé adónde voy. ¡Os veré por la mañana! —Golpeó con el hocico a cada uno de ellos y se apartaron de mala gana.

Afuera, la noche empezaba a extenderse por los barrancos, extendiendo sus largas y oscuras garras hasta los ríos y las casas menos deseables en el fondo de los acantilados. Clarividente no estaba en el fondo, pero sí a más de la mitad.

Algún día, si podía utilizar su poder para hacer algo valioso para la reina... una visión que ayudara a derrotar a los Alas Heladas en la guerra, por ejemplo... su familia podría mudarse a un lugar más alto y con más tragaluces, más cerca de las estrellas. Eso era otra cosa en la que tenía que pensar cuando estudiara los futuros.

Desplegó las alas y se elevó hacia el cielo por la pared rocosa del acantilado. Desde allí arriba, era fácil navegar por el Reino de la Noche; todos los cañones y afloramientos se extendían bajo ella como un pergamino.

La escuela estaba al norte, no lejos del palacio, formando cada uno de ellos un lado del Gran Diamante, con el museo y la biblioteca en los otros dos lados. El palacio era el mayor de los cuatro edificios y envolvía la Montaña Fronteriza, pero la escuela estaba diseñada de forma muy similar: montones de terrazas de mármol negro y gris, jardines colgantes y largas cascadas resplandecientes. Y a esa hora, cuando caía la noche para la tribu nocturna, tanto la escuela como el palacio eran asediados por cientos de alas negras batientes.

Clarividente había volado por todas las rutas posibles hasta la escuela seis veces en los dos últimos días. Estaba preparada; sabía exactamente dónde aterrizar. De las tres entradas a la escuela, la más tranquila y menos concurrida estaba en el lado opuesto al palacio.

Voló en espiral un momento, observando a los dragones que tenía debajo... no había rastro de Acechador Oscuro... y luego descendió en picado. Sus garras aterrizaron limpiamente sobre las baldosas de mármol y plegó las alas.

Otros dragones llegaban y se daban prisa a entrar en la escuela, pero nadie la miraba siquiera.

Cierto, recordó. *Aún no saben que soy importante. No se dan cuenta de que pronto todo el mundo conocerá mi nombre, ni de que puedo salvarles de tantas cosas horribles.*

Un escalofrío le recorrió la espalda. Pasaba mucho tiempo pensando en el futuro, pero esto era ahora, realmente ahora. Ahora era cuando se forjaría el futuro.

Entró en la entrada del invernadero, un espacio húmedo y frondoso donde los últimos rayos de sol se colaban por las claraboyas y las plantas se alineaban en la sala. Una columnata conducía desde allí, pasando por la biblioteca, a un vasto patio hexagonal con aulas en los seis lados. El patio estaba diseñado como una carrera de obstáculos para las prácticas de vuelo, lleno de árboles, enredaderas retorcidas, bucles, laberintos y trucos.

Clarividente siguió el sonido de la cascada más larga hasta un pabellón en un nivel superior, hasta la oficina principal, donde una dragona de aspecto cansado estaba agazapada tras un escritorio, moviendo montones de papeles de un lado a otro.

—Hola, profesora Verdades —dijo. —He venido por mis prácticas.

—Oh —dijo la dragona, apretándose las sienes con las garras. —¿Dónde he puesto eso?—

Oh, por favor, no me hagas hacer todos esos exámenes otra vez, pensó Clarividente.

Había pasado un día entero rellenando pergamino tras pergamino para demostrar que estaba preparada para la clase con los demás dragonets de tres años, en lugar de tener que empezar desde el principio con los de uno. Estaba segura de haberlo hecho bien.

—Sí, sí, lo hiciste bien —dijo Verdades distraídamente. —Lo suficientemente bien como para que pudiéramos ponerte con los dragonets de cuatro años en su lugar, estábamos pensando.

Esa es SU clase. —No, gracias, está bien —dijo Clarividente rápidamente. —Con los otros dragonets de tres años estaría bien.

Verdades ladeó el hocico con desconfianza. —¿Algo que tengas que decirme? ¿Vamos a tener algún problema? —Las escamas plateadas brillando en las esquinas de sus ojos declararon *No mientas... puedo oír todo lo que piensas.*

—Me gustaría estar con dragonets de mi edad —dijo Clarividente con toda la naturalidad que pudo, borrando todos los demás pensamientos de su mente. —Mis padres creen que sería lo mejor para mi desarrollo social. Tal vez debería haberlos traído con ella, después de todo; tal vez el desorden de sus pensamientos podría haber oscurecido los suyos.

No es que haya nada de qué preocuparse. ¡Estoy TAN emocionada de empezar la escuela por fin! ¡Hurra por una escuela maravillosa!

Verdades la miró fijamente durante un largo momento. Clarividente estaba bastante segura de que la sonrisa de su cara se estaba volviendo un poco maniática, pero ahora no podía deshacerse de ella.

—Muy bien —dijo Verdades lentamente. —Dragonets de tres años, grupo de lectura avanzada, electiva especial de formación para videntes. Incluyo una nota de que tus maniobras podrían necesitar un trabajo extra en la clase de vuelo, con vistas a posibles clases de recuperación. ¿Alguna actividad extraescolar?

—Ahora no —dijo Clarividente. —Gracias. *¿Trabajo extra? ¿Clases de vuelo? ¡Clases de recuperación!* Intentó reprimir sus sentimientos de indignación. *Es verdad, he pasado más tiempo en la biblioteca que volando. Pero por una buena razón.*

Verdades le dirigió una mirada severa e hizo otra anotación en el pergamino que tenía delante. —Dale esto a tu profesora... aula 3A. Lo enrolló y se lo pasó a Clarividente.

—Pero, ¿cuándo es mi clase de formación para videntes?— Preguntó Clarividente, echando un vistazo al pergamino. —No veo ninguna

información al respecto aquí.

Verdades alzó las cejas mirándola. —Cuando estés preparada, lo sabrás.

Oh, vaya. Es una prueba, se dio cuenta Clarividente. Pero un poco al revés, sin duda. Si eras lo bastante bueno leyendo el futuro como para saber dónde y cuándo sería tu clase, ¿realmente necesitabas formación?

No debería pensar así. Estoy segura de que necesito formación. Un vidente realmente hábil me ayudará a saber leer mejor las líneas temporales y a guiar a otros dragones por los mejores caminos.

Así que encontraría la clase por su cuenta; podría hacerlo.

—Gracias —volvió a decir Clarividente, saliendo de la habitación. Recorrió el pasillo y se detuvo ante una de las ventanas que daban a la entrada principal de la escuela.

Había un dragón entre la multitud que destacaba entre todos los demás... uno con alas y garras blancas. Clarividente sabía quién era... lo que significaba que el dragón que estaba a su lado, escudriñando a la multitud con expresión perpleja, debía de ser él.

Acechador Oscuro.

Me está buscando. Pensó que estaría allí, llegando justo ahora.

Sintió un pequeño cosquilleo de alegría en las garras. *Así que, después de todo, no lo sabe todo.*

Como si hubiera oído sus pensamientos, Acechador Oscuro levantó de repente la cabeza y miró hacia la ventana. Sus miradas se cruzaron y, cuando Clarividente se apartó, lo vio sonreír y saludar con la garra.

¡Ack! Acaba de escuchar mis pensamientos.

Claro que lo acaba de hacer, Clarividente, idiota.

Sólo tenía una ventaja sobre él: sus visiones del futuro y lo cuidadosamente que las estudiaba, mientras que él apenas se molestaba en mirar hacia delante. Pero para usarlo, necesitaba ayuda. Necesitaba aprender a controlar mejor su poder.

Necesito ir a esa clase de entrenamiento para videntes tan pronto como pueda.

¿Pero en mi primer día? ¿Eso echará por tierra todas mis visiones?

Cerró los ojos, intentando ver hacia delante. Se vio a sí misma bajo la luz parcial del sol... así que era una clase temprana, antes de que anocheciera del todo... en una sala circular sin ventanas ni puertas. Una Ala Nocturna alta se paseaba por la circunferencia y la miraba con el ceño fruncido a ella y a los otros tres dragonets que había allí.

Sobre todo frunciendo el ceño a ella.

¿Cómo voy a encontrar una habitación sin ventanas ni puertas que me den una pista de dónde está?

Pero espera, había luz solar por toda la habitación, así que ¿de dónde venía? Entrecerró los ojos y frunció el ceño. Las paredes eran de un impenetrable mármol negro, con destellos de plata y cobre, y estaban cubiertas de espejos que captaban la luz. La luz de...

Miró hacia arriba. La habitación no tenía techo. Muy por encima de sus cabezas, estaba completamente abierta al cielo, con sólo la punta del pico de una montaña asomando a la vista.

Así que debe estar a una altura razonable. ¿En lo alto de una torre? Tal vez por eso también las paredes son curvas.

Clarividente cruzó el pasillo hasta una ventana que daba al interior, hacia el patio y los otros niveles de la escuela. Había cinco torres, pero no podía saber desde aquí cuáles tenían ventanas y cuáles no.

Echando un vistazo a los bulliciosos pasillos, se subió con cuidado al alféizar y se lanzó al cielo. Había dragones volando en todas direcciones, y tuvo que esquivar y zigzaguear para no chocar con nadie.

Pero una vez que se acercó lo suficiente como para volar alrededor de las torres, sólo había una opción posible. Cuatro de las torres eran torres de dragón normales, con varios niveles abiertos al aire y pabellones en la parte superior. Pero la torre central era diferente. A primera vista, ni siquiera parecía tener un interior; estaba rodeada de hiedra y enredaderas que caían en cascada a través de niveles de jardines donde se reunían dragones, socializando antes de que empezaran las clases.

La parte superior estaba tan cubierta de vegetación que era difícil distinguir si había una habitación en su interior.

Clarividente extendió las alas para flotar en el aire y volvió a consultar el mapa de la escuela. Esta torre estaba marcada como "Torre del Conocimiento", lo que sonaba prometedor. Volvió a mirar el sol poniente y supuso que esa clase era... la primera del horario.

Dudó. ¿Tenía sentido empezar aquí, antes de ir a ver a su profesora habitual? No era lo que había hecho en la mayoría de las líneas temporales que había examinado para hoy, pero quizá era la mejor opción... quizá aceleraría su capacidad de controlar el futuro.

Además, no quería perderse ningún entrenamiento para videntes, sobre todo porque ya había perdido dos años de escuela. Y según sus padres, ésta era la parte más importante de su educación, desde el punto de vista de la reina.

Pero tenía un plan tan cuidadoso para hoy... esto podría desequilibrarlo todo. No había estudiado esta alternativa lo suficiente. Además, la escena que había vislumbrado estaba llena de temor, incomodidad y confusión.

Le dio una gran sensación de "te vas a arrepentir".

Quizá debería esperar a conocer mejor la escuela. O, en realidad, hasta que pueda estudiar qué ocurre cuando me dejo caer por la clase... para encontrar la mejor manera de presentarme a los demás videntes.

De repente, algo recorrió, duro y feroz, todas las visiones de Clarividente a la vez.

Algo terrible estaba ocurriendo.

Algo terrible que afectaría a su futuro. Ocurría a un mundo de distancia, pero ocurría ahora y ahora y adelante y adelante, y destrozaría la vida de muchos dragones.

Se tambaleó de lado en el aire, perdiendo la corriente ascendente por un momento antes de recuperarse.

El Ala Marina verde ...

Braza.

La tragedia del Reino del Mar estaba ocurriendo ahora... la que había previsto.

Oh, no. Clarividente apretó sus garras contra su cabeza. *Sus pobres y tristes futuros.*

Si es que sobrevive esta noche.

Esto, esto era realmente por lo que necesitaba entrenamiento. No para burlar a Acechador Oscuro, sino para salvar vidas. Para hacer que los dragones en el poder la escucharan, para que pudiera hacer los cambios que necesitaba hacer y ayudar a dragones como Braza.

Giró en el aire y se dirigió a lo alto de la torre central.

Sí... estaba abierta al cielo... y debajo de ella estaba la habitación que había visto, llena de luz y espejos, con cuatro dragones agrupados en el centro del suelo.

Aquí va nada.

Clarividente descendió en picado, cayendo mareada entre las paredes y aterrizando con más estrépito del que pretendía. El mármol estaba

sorprendentemente frío bajo sus garras y se resistió al impulso de saltar de nuevo al aire.

Los demás dragones dieron un respingo y se giraron, parpadeando. Tres de ellos eran alumnos, pero mayores que ella... tal vez de cinco o seis años... y la cuarta era la profesora corpulenta y ceñuda que había visto en sus visiones.

—H-hola —tartamudeó Clarividente nerviosamente. —Lo siento... estoy buscando la clase para formación para videntes... es aquí, ¿no? Yo soy...

—No te molestes —dijo otro de los alumnos. Movió la cola hacia la profesora. —Ya sabe quién eres y todo sobre ti. Es la vidente de la reina.

Los otros dos alumnos se volvieron hacia la profesora, que entrecerró los ojos ante Clarividente. —¿Afirmas ser vidente? —ladró. —¿Cómo lo sabes? ¿Qué has visto? Aquí no toleramos los juegos.

—H-he visto muchas cosas —dijo Clarividente, titubeando. ¿A qué se refería? ¿Eventos importantes, como el próximo desafío de la reina Ala Nocturna? ¿Pero cuáles, en qué líneas temporales?

—¿Cómo sabes que no eran sueños ordinarios? ¿O producto de tu imaginación? —insistió la profesora. Dio un paso hacia Clarividente.

—Porque se hicieron realidad —dijo Clarividente. —O se harán realidad. Qué pregunta tan rara. Nunca había dudado de su poder. Siempre estaba ahí, hilando posibilidades en su cabeza, lanzando imágenes y destellos de escenas y dragones que conocería.

—¡Ja! —La profesora agitó la cola, con aire malvadamente divertido. —¿Cuántos años tienes... tres? Tus poderes apenas han empezado a evolucionar, aunque sean reales. Sea cual sea el golpe de suerte que te ha traído aquí, deberías volver a marcharte hasta que estés realmente preparada. Háblame cuando hayas tenido unas cuantas visiones más que oh no, mi mami me va a gritar por salpicar trozos de conejo por todo el suelo.

Los otros estudiantes soltaron una risita y Clarividente sintió que se le ponía la carne de gallina. —He tenido más de una visión —dijo. —¡Y puedo demostrar lo reales que son!. Señaló a su profesora. —Sé que tu nombre, por ejemplo, es Omnisciente. Se giró hacia los otros dragonets. —Y vosotros tres sois Joyas, Oráculo y Visión. Sé que dentro de tres días va a caer una gran tormenta y que habrá que suspender las clases por una semana de lluvia. Sé que la reina planea evaluar a todos sus videntes potenciales dentro de un mes y no le va a hacer ninguna gracia. ¿Qué tal eso de saber cosas?

Hubo una larga pausa. Omnisciente parecía hincharse como una víbora venenosa.

— *Dragona del caos, enredando las telarañas* — dijo de repente. — *Demasiados ojos y demasiados hilos.*

Joyas soltó un pequeño grito ahogado.

—¿Es ella? —susurró Visión.

—Tú debes de ser Clarividente —dijo Omnisciente, su voz goteaba carámbanos.

—Así es —dijo Clarividente, sintiéndose de repente un poco más pequeña. ¿Había estado realmente en una de las profecías de Omnisciente? *Dragona del caos...* ¿cómo podía ser ella? Quería crear orden a partir del caos, no causar más. Y seguramente no tenía más ojos ni más hilos que nadie.

—Obviamente sabía que vendrías. La profesora acechó a su alrededor, estudiando cada centímetro de sus escamas. —Pero parece que llegas pronto.

—No estaba segura —dijo Clarividente. —Quiero decir, es mi primer día, así que no sabía...

—¿Tu primer día? —Oráculo interrumpió. —¿En la escuela? ¿Cómo nos encontraste tan rápido?

—Yo... ¿miré? —Clarividente respondió. —¿Al futuro?

Los tres alumnos la miraron con los ojos muy abiertos y luego se volvieron como uno solo hacia Omnisciente.

—¿De verdad puede hacer eso? —Joyas exigió.

—¿Podremos hacerlo? —preguntó Visión.

—¿Por qué no nos has enseñado eso? —intervino Oráculo.

—¿No es eso lo que hacéis? —preguntó Clarividente, desconcertada. —¿No somos todos videntes?

—Sí, pero no podemos mirar a donde nos dé la gana —dijo Visión. —Tenemos que esperar a que las visiones vengan a nosotros. Aquí practicamos sobre todo a escribirlas, hacer que parezcan profecías reales e interpretarlas.

—También averiguar qué es un sueño y qué es una visión —dijo Joyas tristemente. —Por ejemplo, estamos bastante seguros de que no voy a perder todos los dientes de repente un día. U olvidarme de estudiar para mis exámenes finales.

Las alas de Clarividente se hundían lentamente en el suelo. Aquello no parecía el tipo de formación para videntes que necesitaba. ¿Convertir sus visiones en profecías enigmáticas? ¿Cómo iba a ayudar eso a alguien? ¿Acaso estos dragones se daban cuenta de que había múltiples futuros posibles?

—Bueno —dijo Omnisciente de forma cortante y poco amistosa. —Obviamente, el don de Clarividente es un poco diferente al de los demás. Estoy seguro de que todos aprenderemos mucho escuchándola hablar de él. Pero por ahora, sugiero que volvamos a nuestro plan de estudios.

Los demás dragones volvieron a formar un semicírculo a su alrededor, aunque no dejaban de mirar de reojo a Clarividente. Se agachó en el extremo junto a Visión, deseando que sus escamas fueran más gruesas.

—Como iba diciendo —siseó Omnisciente —aquí está el primer verso de una de mis profecías anteriores. Movió la cola hacia la gran pizarra colgada en la pared, que tenía algo parecido a un poema garabateado con tiza.

— Desde muy al norte, un príncipe llegará,

Hirviendo de oscuridad y brillando de hielo,

En su sangre corre un don para toda la tribu Ala Nocturna,

Pero viene un terrible precio.

Clarividente sintió una repentina risa incontrolable que brotaba de su interior.

Se clavó las garras en el otro brazo, intentando desesperadamente no reírse. Casi funcionó, pero Omnisciente la miró mal de todos modos.

—¿Alguna teoría de lo que se trataba? —preguntó Omnisciente. —Clarividente, pareces tremendamente divertida por algo.

—No, no —dijo Clarividente rápidamente. —Es muy impresionante. Me gusta cómo... ¿explora? Y es tan... ¿misteriosa?

—Ciertamente era más misteriosa antes de cumplirse —espetó Omnisciente. —¿Te importaría analizarla para nosotros?

—Bueno, se trata del Príncipe Ártico —dijo Clarividente. —Y sus poderes animus, que lo han vuelto más oscuro por dentro cada vez que los ha usado. El terrible precio es la parte interesante, porque podría significar la guerra actual con los Alas Heladas, o las consecuencias de tener poder animus en la tribu Ala Nocturna. ¿O es el precio para él, es decir, cómo se ve afectada su alma? ¿O el precio para los dragones que lo aman? Podría referirse a lo que harán sus descendientes si heredan su poder, que, obviamente, hay un montón de... posibles cosas terribles.... Se interrumpió ante el ceño fruncido de Omnisciente.

—El terrible precio es la guerra —espetó Omnisciente. —No hay necesidad de alardear urdiendo fantasías descabelladas. Ya sabemos que ninguno de

los descendientes de Ártico heredó el poder animus. Visión, ¿tienes algo que añadir?

Clarividente esperaba que su cara no delatara lo confundida que se sentía. Sabía que seguía siendo un secreto para la mayoría de los dragones, pero ¿era posible que Omnisciente no hubiera tenido ninguna visión sobre el poder animus de Acechador Oscuro? Parecía un acontecimiento futuro bastante importante para que un vidente lo pasara por alto.

No voy a aprender nada de ella, comprendió Clarividente con desesperación. Debería haber escuchado las campanas de alarma de sus visiones.

Omnisciente era peligrosa... peligrosamente ignorante y peligrosamente resentida con el poder de Clarividente.

Fuera lo que fuese lo que les esperaba... Clarividente tenía la sensación de que no acabaría bien.

Capítulo 8

Braza

Braza se quedó mirando el cuchillo rojo que goteaba de las garras de Albatros. Gotas de sangre salpicaban el suelo, las garras de su abuelo, su cola.

Braza no podía moverse. Una parte de su cerebro seguía pensando: *¿Se habrá resbalado? ¿Alguien tiró el cuchillo por accidente? ¿Por qué no se levanta la reina? Albatros puede arreglarlo; lo arregla todo.*

Y la otra parte de su cerebro enviaba alertas de pánico a todas las partes de su cuerpo a la vez. *¡Nada! ¡Vuela! ¡Corre! ¡Lucha!*

Albatros miró el cuchillo con curiosidad, como si acabara de encontrar una nueva y encantadora mascota. Junto a la barra, el dragón que había estado cortando cocos seguía mirando confuso a su alrededor, preguntándose adónde había ido.

Los Alas Celestes reaccionaron primero, levantando el vuelo con gritos de miedo.

Albatros los miró, giró el cuchillo un momento y luego lo soltó. El cuchillo voló por el aire y apuñaló a Atardecer en el punto donde su mandíbula se unía a su cuello. Un instante después, se soltó y giró para alcanzar a Águila en el corazón.

Los está matando, pensó Braza, con la mente atrapada en arenas movedizas. *Podría matarnos a todos.*

Los dragones rojos cayeron a la terraza, derribando uno de los acuarios de medusas al aterrizar. El cristal se hizo añicos y el agua cayó en cascada sobre la pista de baile, donde las medusas se agacharon y aplastaron bajo las garras de los dragones que huían gritando.

—¿Puedes detenerlo? —preguntó Índigo, agarrando el brazo de Braza.

—¿Yo? —gritó. —¡No! ¡No soy lo suficientemente fuerte! Y él es mi abuelo... no puedo...

—¡Acaba de matar a tu reina y a dos Alas Celestes! —dijo Índigo.

—Pero estaba enfadado con ellos. Braza se sintió como si las palabras salieran en cascada de su boca sin comprobar antes lo que estaba pensando. —No le hará daño a nadie más, ¿verdad? Si intento algo, podría empeorarlo todo.

—No voy a correr ningún riesgo —dijo Índigo. —Tenemos que esconderte. Lo arrastró fuera del círculo de faroles hasta el sendero entre los arbustos de gardenias.

—¿Y mis padres? —dijo frenéticamente. Intentó retroceder y sus alas se engancharon en una liana. —¿Y Perla? —No podía ver a su hermana, pero a través del tumulto vio a Manta luchando por acercarse a Albatros. *¿Qué estás haciendo, Madre?* pensó presa del pánico. *¡Huye! ¡Por el camino contrario!* Estaba seguro de que iba a intentar calmar a Albatros. Esa era su manera de manejar todo.

—No podemos llegar a ellos —dijo Índigo —y si Albatros mata a alguien más, serás tú, claro como el agua.

—¿Yo? —dijo Braza. —Pero...

Braza miró por encima del hombro y vio a su abuelo escudriñando la terraza con sus ojos extraños y fieros. Parecía estar buscando algo, a alguien... ¿podría ser a Braza?

Detrás de Albatros, Chapoteo se abalanzó de repente alrededor de la fuente, apuntándole al corazón con una lanza.

Albatros ni siquiera la miró. La lanza se retorció en sus garras, se soltó de un tirón y se clavó en su pecho, inmovilizándola contra el suelo.

No ha terminado, pensó Braza con horror.

—Vamos —gritó Índigo, tirando de Braza para liberarlo de la vegetación. Corrieron a toda velocidad por los sinuosos senderos, dejando a su paso nubes de pétalos esparcidos. Lejos de las linternas, la isla estaba llena de sombras alargadas, esperando su momento para saltar. Una de las lunas se alzaba, enorme y baja en el horizonte, de un extraño color rojo anaranjado, como si hubiera sido teñida por el charco que rodeaba el cuerpo de Laguna.

—¿Volamos? —le dijo a Índigo, jadeando.

Levantó la cabeza justo cuando un grito de agonía llegaba desde el cielo. —Blancos fáciles —jadeó.

Todo el mundo es un blanco fácil para él , pensó Braza con otra punzada de miedo. *Puede enviarme un cuchillo sin importar adónde vaya.*

Puede que ya esté muerto.

La grava bajo sus garras se convirtió de repente en madera y se encontraron golpeando una de las pasarelas que conducían a un pabellón sobre el agua. El mar se precipitaba enloquecido bajo ellos, subiendo por la arena y bajando sin llegar a ninguna parte. El sol estaba a punto de desaparecer y apenas asomaba su cola por el borde del océano. Las estrellas brillaban en el cielo cada vez más púrpura y en el agua oscura bajo ellos.

El pabellón estaba desierto, iluminado únicamente por la luz de la luna que entraba por las ventanas y el plancton bioluminiscente que brillaba bajo el suelo de cristal. Una orca muerta y un par de lanzas de pesca estaban colgadas del techo. Un balcón se asomaba a la puesta de sol y un par de extrañas formas se apoyaban en la pared lateral.

Braza tardó un momento en recordar lo que eran. La reina Laguna las había llamado "barcas"... Jorobado había encontrado menciones a ellas en algunos pergaminos antiguos. Servían para cabalgar sobre el agua en lugar de nadar en ella, lo cual era un concepto extraño. Pero Laguna había ordenado construirlos para poder llevar a los Alas Celestes al océano mañana.

Eso nunca va a pasar, Braza se dio cuenta mientras el shock lo inundaba de nuevo, *porque están muertos.*

—Nademos —dijo Índigo, corriendo hacia el balcón. —Tendrá que buscarnos por todo el océano.

—No —dijo Braza. —No puedo irme... mi familia... tengo que estar cerca para saber cuando... cuando es seguro.

—Entonces nos escondemos. Índigo rodeó los botes por un momento. Finalmente agarró uno con las garras y lo inclinó hacia atrás lo suficiente para que Braza pudiera arrastrarse bajo él. Lo levantó para que ella pudiera unirse a él, y luego lo dejó caer silenciosamente contra la madera.

Se acurrucaron en la oscuridad.

Braza sentía el aliento de Índigo en la cara, en el cuello. No estaba seguro de si se lo estaba imaginando, pero parecía como si pudiera sentir su corazón latiendo tan rápido como el suyo. Sabía que no se estaba imaginando el temblor de sus alas.

Ahora que habían dejado de moverse, podían oír los gritos lejanos.

Índigo rodeó con sus garras delanteras las de Braza e inclinó la cabeza.

—¿De verdad crees que me haría daño? —Braza susurró. —Somos compañeros. Es mi abuelo.

—No tuvo ningún problema en matar a su hermana —señaló Índigo. —Y tú eres el único al que tiene motivos para temer.

Porque soy especial. Por mi magia, que me parecía tan maravillosa.

—Si morimos... —él susurró.

—Shhh. No puedes morir —susurró sin levantar la vista.

—¿Crees que es cierto que los dragones animus pierden sus almas? —Braza dijo en voz baja. —¿Es por eso que está haciendo esto?

Sus hombros subían y bajaban, y podía oír su pensamiento sin que lo expresara: *La cuestión no es por qué... sino cómo sobrevivimos a esto.*

Pero pensó que el ¿por qué? también era importante.

—Quizá no debería haber huido —él susurró.

—Shhh —volvió a decir, apretando más fuerte sus garras.

Se quedó en silencio, escuchando.

Los gritos habían parado.

De alguna manera, eso fue peor.

Esperaron una eternidad, congelados en la oscuridad.

¿Qué está pasando?

Una pequeña barra de luz de luna se inclinaba en la ventana y avanzaba por el suelo hacia ellos.

¿Están todos muertos?

¿O lo detuvieron? Tal vez Madre logró hablar con él. Tal vez lo calmó. Tal vez todo está bien ahora.

Aparte de la reina muerta y su abuelo asesino, claro.

Braza respiraba entrecortadamente, tratando infructuosamente de ralentizar el ritmo de su corazón. No conseguía unirlos... el abuelo que había bromeado con él sobre el diseño del trono esta mañana y el dragón que había sostenido el cuchillo ensangrentado sobre el cadáver de su hermana.

Creeeak.

El más suave de los ruidos. Podría ser el viento moviendo la pasarela. Podría ser una tortuga chocando contra una de las columnas bajo ellos.

O podrían ser pasos de garras en los tablones de fuera.

Tal vez sea Madre, para decirnos que es seguro salir, pensó Braza desesperadamente.

Pero no se acercaría tan silenciosamente, con tanto cuidado.

Como un dragón cazando a su presa.

Más cerca.

Y más cerca.

Un paso a cada rato.

Estoy a punto de morir, pensó Braza. Su corazón intentaba salirse de su cuerpo, retumbando en sus oídos mucho más fuerte que los pasos sobre las tablas del exterior.

Por favor, no mates también a Índigo.

Quizá aún tenga tiempo de escapar si lo distraigo. No tiene ninguna razón para ir tras ella. No significa nada para él.

Pero no pudo enviar ningún mensaje a sus músculos petrificados. No podía moverse, apenas podía pensar mientras las garras entraban suavemente en el pabellón.

—Nieto. El siseo se deslizó por la habitación como el humo. —Escondiéndose como un cangrejo ermitaño nervioso. Interesante elección. Una que debería haber esperado, sin embargo, de un dragonet con una imaginación tan limitada.

Albatros se acercó lentamente. Índigo dejó de temblar y respiró hondo.

—Te estarás preguntando por qué sigues vivo —dijo Albatros. —Especialmente cuando toda tu familia está muerta.

No, pensó Braza, con pensamientos golpeándole la cabeza. *No. No puede ser. No.*

—Sabes que podría matarte fácilmente a distancia. Apenas lo pensaría. Pero has sido una espina en mi espalda los últimos años. Cada oportunidad que ella tenía... "Realmente no te necesito más. Tal vez Braza será mejor en esto que tú. Eres tan prescindible ahora que tengo un reemplazo. Qué criatura tan patética eres, hermanito, con tus dientes diminutos y tus escamas de extraños colores. Braza es mucho más presentable que tú." Albatros gruñó en el fondo de su garganta.

—Así que no, no podría deshacerme de ti desde lejos. Eso no sería satisfactorio en absoluto. Quiero ver tu cara mientras mueres.

El barco voló lejos de ellos mientras Albatros lo arrancaba de la pared y lo lanzaba al otro lado de la sala. Aterrizó con un estruendo que sacudió todo el pabellón.

Al mismo tiempo, Índigo se desenrolló y se abalanzó sobre Albatros. Sus garras delanteras se hundieron en su cuello y las traseras se clavaron en su pecho, mientras sus alas se encendían para cegarlo.

—¡Braza, sal de aquí! —gritó.

Va a morir por mí.

Albatros rugió, un sonido de pura rabia y odio.

Va a morir.

Braza nunca, nunca dejaría que eso pasara.

Se puso de pie de repente y estiró una garra hacia el techo. No podía tocarlas, pero sintió el poder surgir de sus garras y se apoyó en él.

—¡Lanzas! —gritó. —¡Matar a mi abuelo!

Las lanzas de pesca se arrancaron de la pared y salieron disparadas hacia Albatros.

—¡No! —Albatros gritó. —¡Lanzas...

Índigo le agarró el hocico, ahogando sus palabras, y le mordió con fuerza la oreja.

Una lanza se clavó en la espalda de Albatros. Agarró las perlas que rodeaban el cuello de Índigo y se retorció mientras ella lo soltaba con un aullido estrangulado de dolor. Una de sus garras le atravesó el cuello mientras la segunda lanza se clavaba en su espalda.

Ambos dragones se desplomaron en el suelo.

La sangre se filtraba sobre las escamas grises, las escamas azul pálido, las escamas índigo, por todas sus alas, por todo.

Las garras de Braza estaban llenas de sangre.

—Índigo —gritó. Los sollozos le subían del pecho, amenazando con arrancarle las costillas. —Índigo. Se deslizó por la sangre hasta su cuerpo y tiró de ella para liberarla del peso de Albatros. Los ojos oscuros de su abuelo miraban sin ver hacia las lunas. Las lanzas habían hecho bien su trabajo. Había desaparecido.

Pero Índigo no. Tenía moratones a lo largo de la garganta y un corte que le hacía burbujas horribles bajo la mandíbula, pero tenía los ojos abiertos y lo veía a él. Le acarició la cabeza con suavidad y le agarró la garra cuando se la acercó.

—Qué idiota —susurró, con una mueca de dolor cuando el esfuerzo hizo sangrar más la herida.

—Sí, lo eres —dijo él entre lágrimas, y ella logró esbozar una sonrisa.

—Te dije que no podías morir —dijo. Sus ojos se cerraron.

—Sí —dijo —bueno, tú tampoco.

Envolvió las perlas con sus garras y susurró: —Cura a esta dragona y sálvale la vida. Por favor. Por favor. Por favor, salva su vida.

Podía sentir el lento aleteo de su pulso bajo sus garras; lo sentía saltar, detenerse y luego empezar a latir con más fuerza y firmeza.

Las perlas brillaron cálidamente por un momento, como pequeñas rosas que respiran fuego.

Y entonces los moratones desaparecieron. El corte del cuello se cerró y las escamas volvieron a unirse. Al igual que las profundas heridas de su costado, a las que él ni siquiera había prestado atención.

Pasó el tiempo e Índigo respiró entrecortadamente y abrió los ojos.

La ayudó a sentarse y la rodeó con sus alas.

No dijo nada. No era necesario. Ambos estaban llorando demasiado fuerte para hablar en este momento de todos modos.

Braza sabía que habría pagado cualquier precio por salvar su vida.

Pero también sabía que ella debía estar preguntándose lo mismo que él.

¿El precio era un trozo de su alma?

¿Su poder le convertiría poco a poco en malvado?

¿Cada hechizo que lanzaba le acercaba un paso más... a convertirse en Albatros?

Capítulo 9

Clarividente

Clarividente se sintió aliviada cuando Omnisciente por fin los liberó y pudo encontrar el camino al aula 3A. Era una clase preciosa, espaciosa y luminosa, con plantas y pequeños juegos de agua por todas partes. La profesora le enseñó el aula y la ansiedad de Clarividente fue desapareciendo poco a poco.

—Estas son nuestras mascotas carroñeros —dijo la profesora, radiante, mientras palmeaba la parte superior de una gran jaula de cristal. —Dos hembras. Son bastante feroces, así que no metas las garras en la jaula, por seguridad. Nos turnamos para darles de comer y estamos estudiando su comportamiento durante un año. No sólo son adorables, sino también fascinantes.

Las dos criaturitas que había en los montones de hierba del interior no parecían fascinantes; parecían dormidas. Clarividente se preguntó qué comerían.

—Mucha fruta —dijo una dragona que revoloteaba cerca —frutos secos, semillas y, a veces, trozos de carne si se los asamos.

—Oh, Oyente —dijo la profesora. —¿Cuidarías de nuestro nueva estudiante por el resto del día?—

—Claro —dijo Oyente, animándose. Era grande para tener tres años, con curvas que sugerían que había sido una cazadora muy exitosa. Y tenía las escamas plateadas de los lectores de mentes junto a los ojos.

Oh, oh —pensó Clarividente. *Una lectora de mentes. Justo lo que necesito.*

La otra dragona se miró las garras, con las alas ligeramente caídas.

—Lo siento —dijo Clarividente rápidamente. —No estoy acostumbrada a los lectores de mentes. No sé cómo proteger mis pensamientos o pensar sólo cosas agradables o algo así. Probablemente pensaré muchas cosas horribles y acabarás odiándome muy rápido. O muchas cosas locas y entonces pensarás que estoy loca.

—Ya sé que estás loca —dijo Oyente riendo un poco. —Cuando entraste, miraste alrededor del aula e inmediatamente clasificaste a cada estudiante en "seguro para ser amigo" y "condenada si hablo con ellos". ¿A qué viene eso? Y por si acaso, yo no estoy en el bando de los condenados, ¿verdad?.

—No por lo que puedo ver —dijo Clarividente. De hecho, la mayoría de los caminos en los que participaba Oyente eran mucho más cálidos que los caminos sin ella, con más risas. Esta amistad sería definitivamente un giro hacia el futuro correcto. Siempre y cuando evitaran esa pelea sobre los pergaminos de la línea temporal de Clarividente, y esa otra pelea sobre Acechador Oscuro, y, oh cielos, todas las peleas sobre los enamoramientos de Oyente con varios...

—¡Por el Abrasamiento, muy bien, muy bien! —gritó Oyente, levantando las alas. —¡Eres una de esos! Me mantendré tan lejos de tu cerebro como pueda, lo prometo. No quiero saber nada de mi futuro.

—¿Nada? —preguntó Clarividente con curiosidad. —Incluso si eso significaba que pueda evitar que...

—¡Nada! —gritó Oyente. Se llevó las garras delanteras a las orejas. —¡No te atrevas!

Qué extraño, pensó Clarividente, parpadeando ante su nueva amiga.

—¿Pero por qué? —preguntó. —Podría cambiar tu futuro y hacerlo mejor.

—Mi familia es supersticiosa respecto a los videntes —dijo Oyente, bajando cautelosamente sus garras. —Preferimos que la vida nos sorprenda a saber demasiado.

Era un concepto tan desconcertante y desconocido que Clarividente se quedó en silencio, mirando fijamente a los carroñeros. Una de ellas se estaba despertando, bostezando, estirándose y frotándose la nube de pelo oscuro de su cabecita.

—Tengo un plan secreto —susurró Oyente. —Quizá ya lo sepas.

Clarividente negó con la cabeza. Es decir, conocía algunos planes locos de Oyente, pero no estaba segura de cuál en concreto podría estar surgiendo en ese momento.

—Algún día liberaré a los carroñeros. Oyente miró furtivamente por encima del hombro, pero la profesora estaba ocupada revisando el diario de otro alumno en el otro extremo del aula. —En cuanto descubra la mejor manera de hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Clarividente.

—Porque están tristes —dijo simplemente Oyente. —Puedo sentirlo. No les gusta estar atrapados aquí. Les gusta estar juntos, pero preferirían ser libres.

—¿Puedes sentirlo? —Clarividente hizo eco, inclinando la cabeza. —Como... ¿emociones reales?

Oyente asintió. —Pequeñas y confusas, pero muy poderosas. Lo siento todo el tiempo cuando estoy aquí. Pobrecitos.

El carroñero despierto tropezó con el carroñero dormido de camino al plato del agua, y el dormido se despertó con un montón de chirridos. Clarividente observó cómo chirriaban de un lado a otro, como si estuvieran manteniendo una conversación. Luego hubo una pausa y, al cabo de un momento, el primer carroñero trajo un trozo de manzana para compartir.

—Parecía una ofrenda de paz —dijo Clarividente.

—¡Exacto! Ese era exactamente su sentimiento —dijo Oyente. —Sus sentimientos son locamente similares a los nuestros. Tengo que preguntar a otros lectores de mentes si también lo han notado. O tal vez haya

pergaminos al respecto en la biblioteca. No creo que hayamos tenido muchos cautivos antes, así que quizá esté haciendo un nuevo descubrimiento asombroso.

—Te ayudaré —dijo Clarividente impulsivamente. —A liberarlos, quiero decir. Cuando estés lista, te ayudaré. Esto era algo completamente separado de su confuso y enredado futuro. Era algo que podía hacer sólo por sí misma. Porque había hecho una amiga, y nadie iba a morir por ello.

Ojalá. No a lo largo de la mayoría de los caminos de todos modos. Quizá debería estudiar esas dos vagas posibilidades oscuras un poco más detenidamente...

Estaba a punto de pedir un pergamino para tomar notas cuando Oyente le sonrió de lado y agitó la cola. Clarividente sintió una explosión de burbujas extrañas en el pecho. ¿Qué era aquello?

¿Felicidad?

Quizá su padre tenía razón. Tal vez no estaban todos completamente condenados después de todo.

—Oh, oh —dijo Oyente. —Aquí viene Rarita.

Clarividente se volvió, tratando de imaginar quién daría a su dragonet un nombre tan extraño, y vio a la hermana de Acechador Oscuro caminando hacia ellos. Sus sorprendentes ojos azul pálido estaban fijos en Clarividente.

—Tiene cuatro años —susurró Oyente —pero está con nosotros porque siempre que alguien le pregunta qué es dos más dos, dice algo como "¿Arqueología?" o "¿Lavanda?" y nadie sabe qué hacer con ella.

—Creía que se llamaba Nívea —balbuceó Clarividente.

—Sí —susurró Oyente —pero es súper rara.

—Hola —le dijo Nívea a Clarividente. Se detuvo frente a ella y se quedó muy quieta, y Clarividente tuvo la extraña sensación de que Nívea ya estaba

recopilando más información sobre ella de la que había podido obtener Oyente, incluso después de leerle la mente.

—Hola —respondió Clarividente.

—¿Eres la dragona que mi hermano ha estado esperando?

La pregunta quedó flotando en el aire durante un momento, mientras Clarividente se debatía entre todas las respuestas posibles. Podía ver que mentir les llevaría por mal camino. Nívea confiaba plenamente o no confiaba. Y podía ser muy importante... importante a vida o muerte, aunque Clarividente aún no sabía exactamente por qué... que Nívea confiara en ella. Las garras de la profecía le estrujaron el corazón, y sólo pudo dar una respuesta posible.

—Sí —admitió.

—Bien —dijo Nívea. —Me alegro de que por fin estés aquí. Inclinó el hocico hacia Clarividente y se puso a trabajar en un rompecabezas que había en una larga mesa en un rincón.

—¿Ves? —dijo Oyente cuando estuvo fuera del alcance de su oído. —Rarita.

—Creo que es... —Clarividente dudó, no estaba segura de cómo resumir a Nívea, especialmente cuando casi todo lo que sabía sobre ella aún no había sucedido. —Interesante —terminó.

—Es posible ser ambas cosas —dijo Oyente encogiéndose de hombros. —Entonces, ¿de qué iba eso? ¿Acechador Oscuro? ¿Le conoces?

—No, todavía no —admitió Clarividente.

—Es intenso —ofreció Oyente. —Tal vez el dragón más inteligente en la historia de los Alas Nocturnas. ¿Sabes que nació bajo tres lunas llenas? Puede leer las mentes y ver el futuro. Es un poco inquietante. Tiene una vibración total de saber demasiado sobre todo el mundo.

De repente, a Clarividente se le ocurrió preguntarse por qué Acechador Oscuro no había estado en la clase de formación para videntes. *Quizá fue más listo que yo, conoció primero a Omnisciente y se dio cuenta de que es terrible, así que sigue fingiendo que aún no ha encontrado la clase. O no quiere que nadie sepa que es un vidente lo suficientemente bueno como para haberla encontrado ya.*

Hasta ahora ha mantenido todos sus poderes bastante en secreto. Ojalá no pudiera ver tantas razones buenas y malas para eso.

Oyente la miraba con curiosidad. Clarividente tuvo que cerrar esa línea de pensamiento antes de revelar demasiado por accidente. Echó un vistazo al aula. —¿Cuándo nos sentamos y empezamos a aprender?

Su nueva amiga se rió. —No funciona así. Hay puestos por toda la clase y puedes trabajar en lo que te interese. Luego nos reunimos para debatir en grupo antes del tiempo libre al aire libre. Hay un horario en esa pared.

U h, pensó Clarividente. *Si puedo trabajar en lo que quiera... eso significa que podría seguir haciendo mis pergaminos sobre la s línea s temporal es.*

Espera... no. Había un viaje muy incómodo a la oficina de Verdades con sus padres en ese futuro. Mejor seguir con lo que los otros dragones estaban haciendo.

Hizo todo lo posible por actuar con normalidad, pero a medida que avanzaba la noche escolar, a Clarividente le resultaba cada vez más difícil respirar entre los latidos de su corazón.

No puedo posponerlo más.

Me reuniré con él pronto. Muy pronto.

Pero lo hago bajo mis condiciones.

El profesor los soltó en el patio cuando las lunas estaban altas en el cielo, dándoles dos horas para cazar, jugar o practicar el vuelo, lo que eligieran hacer.

Clarividente se detuvo a la sombra de un alto pino, observando las alas que se arremolinaban a su alrededor. Los dragones se saludaban unos a otros, lanzaban piñas, comprobaban sus reflejos en los charcos. Unos pocos se acomodaban en mesas al aire libre para estudiar juntos; otros lanzaban carreras por las ramas superiores. Un dragonet intentaba convencer a su amigo de que probara algo llamado granada.

Todo el mundo parecía feliz. Nadie parecía saber que algo muy importante estaba a punto de suceder.

¿Pero dónde estaba Acechador Oscuro?

Quizá estaba enfadado porque le había evitado esa mañana; quizá se había ido de caza y había decidido que no quería conocerla después de todo.

Hubo un futuro en el que eso ocurrió. No fue uno bueno.

—¡Eh! —gritó una voz desde uno de los grupos de dragonets. —¡Mira por dónde caminas!

Clarividente vio a Nívea salir del grupo con serenidad, como si no se hubiera dado cuenta de que alguien le estaba gritando. Detrás de ella, tres frustrados Alas Nocturnas luchaban por recuperar las canicas que había esparcido con su cola.

—¿No puedes usar esos ojos raros que tienes? —ladró uno de ellos.

—¿O es que los Alas Heladas son ciegos además de arrogantes y despiadados? —gruñó otro.

Y entonces Acechador Oscuro estaba allí, materializándose junto a su hermana como si las sombras lo hubieran desplegado.

—Eso ha sido un poco grosero, ¿no os parece? —dijo a los tres jugadores de las canicas.

Arrastraron las patas con nerviosismo. —¡Nos ha fastidiado el partido! —espetó el mayor.

—Qué desastre —dijo Acechador Oscuro. —No me extraña que hayáis tenido que recurrir a los insultos y a la intolerancia.

Silencio desconcertante. Parpadeos.

Acechador Oscuro puso un ala alrededor de los hombros de su hermana. —Nívea, estos dragones están molestos porque derribaste sus canicas cuando pasaste por aquí.

—Oh —dijo. —Creía que las canicas representaban la teoría del caos y que yo no era más que otro capricho impredecible del universo. Acechador Oscuro la miró y ella sonrió dulcemente a los tres dragones. —No era mi intención perturbar vuestra fe en los resultados controlables.

—No pasa nada —dijo el más grande bruscamente. —Sentimos haberte gritado.

—Sí —dijeron los otros dos. —Lo siento.

—¿Me? —dijo Nívea. —¿Gritasteis?

—No te preocupes —dijo Acechador Oscuro con una sonrisa. Señaló a cada uno de los jugadores. —Ella estaba haciendo trampas de todas formas, este sólo puede pensar que está enamorado de la hermana de su amigo, y él está completamente harto de los dos y desearía conocer a alguien interesante. Divertíos con vuestras canicas, amigos.

Se dio la vuelta y acompañó a Nívea lejos, dejando a los tres dragones mirándose el uno al otro.

Clarividente esperó a que pasaran junto a su árbol y se interpuso en su camino enarcando las cejas. Nívea la rodeó y siguió avanzando, pero Acechador Oscuro se detuvo con la expresión más maravillosa de deleite, ansiedad y triunfo que jamás había visto.

—Muy impresionante —dijo.

—¿Qué? —Le dedicó una sonrisa encantadora. —¿Qué he hecho?

—No sé cómo lo has hecho —dijo —pero, vaya, lo has cubierto todo, ¿verdad? Valor, comprobado. Preocuparse por su hermana, comprobado. Defendiendo a los vulnerables, plantando cara a los matones, asegurándose de que todo el mundo se disculpa limpiamente. Con una pequeña demostración de poder para mostrar su inteligencia al final, también. ¿Pagaste a esos tipos? Porque eso fue perfecto.

—¿Te conozco? —preguntó.

Se rió a su pesar, aunque intentaba ferozmente no hacerlo. Parecía tan herido y tan travieso al mismo tiempo.

—Oh, espera —dijo él. —¿Nos conocimos en ese viaje de pesca el mes pasado? No, espera, ya me acordaré. ¡Ajá! Estás en el Consejo de Ancianos de la reina, ¿no?.

—Idiota —le dijo, arrugando el hocico.

—Tú eres la que le quita todo el romanticismo a esto —dijo. —Se supone que debería ser, "¡qué valiente, cómo defendiste a tu hermana así!" "Oh, eso, qué, no, es lo que cualquier dragón haría". "No, no... tú eres especial. Me doy cuenta." "No tan especial como tú. Hay una magia en ti que nunca he encontrado en ningún otro dragón". "¿Por qué... por qué siento que te conozco desde siempre?" "Porque es así... y así será". ¡Fuegos artificiales! Amor verdadero y felicidad para el resto de nuestras vidas.

—No preparaste fuegos artificiales de verdad, ¿verdad? —ella preguntó.

—N-nooooo —dijo. —No si tú... ¿odias los fuegos artificiales?

—Umm —dijo, entrecerrando los ojos. —Veo un terrible incendio asolando los jardines de la escuela...

—¿Sí? —dijo él, sonando un poco asustado. —¿Cuándo? ¿Ahora? Yo... espera un segundo, te lo estás inventando.

Soltó una risita. —¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un vidente terrible? —preguntó. —Toda esa conversación goteante no sonaba nada a

mí.

—Eso es un alivio —dijo con una sonrisa aún más grande. —¿Pero no podríamos dejar que esto fuera un poquito más romántico? Quiero decir, no todos los días conozco a mi alma gemela. Sólo esta vez, de hecho. Ahora mismo.

Ahora, pensó Clarividente. *Es verdad. Está ocurriendo ahora mismo, el principio de todo.*

¿Qué era ese latido en su pecho? ¿Alegría, amor, terror? Quería envolverlo con sus alas y no soltarlo nunca, y también quería prenderle fuego. Definitivamente quería volar tan rápido como le permitieran sus alas, pero también quería mantener esta conversación tanto tiempo como fuera dragonianamente posible; por el resto de la eternidad estaría bien.

Había visto lo que podría suceder, pero nunca se había dado cuenta de lo que sentiría.

—No te preocupes por el futuro —susurró intensamente. —Sólo estate aquí, conmigo, en este momento, en el que ambos somos tan felices como nunca lo hemos sido en toda nuestra vida hasta ahora.

Quería hacerlo, lo habría hecho, pero cuando sus garras se tocaron, de repente se vio envuelta en un huracán de visiones tan brutales que pensó que se le abriría la cabeza.

Acechador Oscuro, más viejo, con la corona retorcida, matando dragones desde el otro lado de la habitación con un movimiento de su garra.

Acechador Oscuro, cercano a la edad que tenía ahora, le tendió un pergamino con una sonrisa esperanzada.

Una Ala Marina gritando de dolor.

Ella y Acechador Oscuro, mayores de nuevo, luchando con sus seis pequeños dragonets en una ruidosa casa propia en el acantilado.

Acechador Oscuro, desplomándose ante ella mientras retumbaba un trueno.

Sangre de Ala Helada por todas partes.

Un regalo de zafiros.

Una puesta de sol sobre un valle mientras ella caminaba chirriante sobre sus antiguas garras para descansar junto a él, en su porche, en paz.

Abriendo la sala del tesoro real para hacer regalos a sus nietos.

Cinco Alas Nocturnas retorciéndose ante el trono, gritando mientras se arrancaban los ojos.

Traición tejida en hilos de cobre.

Un viaje al mar.

Un dragón verde en lágrimas.

Finalmente volvió en espiral sobre sí misma y parpadeó, allí de nuevo, de vuelta en el presente. Donde ninguna de las cosas terribles o maravillosas había sucedido todavía.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—¿No viste todo eso? —Sacó suavemente sus garras de su agarre.

—Nunca invadiré tus pensamientos —dijo. —Te lo prometo. Me mantendré fuera de tu mente, siempre.

Eso es cierto... en algunos futuros. No en todos.

—Gracias —dijo ella.

—No es tan malo, ¿verdad? —preguntó moviendo la cabeza. —¿Nuestro futuro? He visto sobre todo cosas buenas.

—No, es genial —dijo ella —dependiendo de cuánto te guste el apocalipsis medio.

Él se echó a reír, lo que confirmó que al menos por ahora se mantenía fuera de su cabeza... porque no había estado bromeando.

Con otra sonrisa encantadora, dijo: —Por cierto, soy Acechador Oscuro.

—Oh, soy Mordedura —dijo. —No esperabas a otra dragona, ¿verdad?

Él reía y reía y reía, y a la luz del sol de esa risa, ella casi podía permanecer en el presente: en el momento en que las almas gemelas se encuentran, en el momento en que se enamoran.

Casi podía olvidar la violencia, las mentiras, el peligro... la sangre y la traición que aún estaban por llegar.

Capítulo 10

Acechador Oscuro

El tiempo era perfecto: llovía a cántaros desde un cielo gruñón que escupía fuego.

Los ríos del fondo de los cañones se hincharon, rugieron y se comieron las paredes, haciendo que todos los dragones que vivían allí abajo corrieran hacia tierras más altas. El viento era tan feroz que parecía enviado por unos vengativos Alas Heladas para arrancar del cielo a todos los Alas Nocturnas. Estaba pasando rápidamente de tormenta a un bebé huracán.

Acechador Oscuro había estado esperando un día como este. Seguro que ni siquiera Clarividente le esperaría hoy.

Pero cuando bajó en picado a la cornisa frente a su casa, allí estaba, sentada bajo la lluvia, esperándole. Aún no conocía todas sus expresiones, pero pensó que esta podría ser su cara de no reírse de él.

—¡Sorpresa! —gritó, tirándose al suelo junto a ella.

—¿Por qué? ¿Estás loco? —dijo ella, alzando la voz por encima de los truenos. —¡Vete a casa!

—¿Y estar atrapado en casa con mis padres que se pelean todo el día? —dijo —¡No, gracias! ¡Vamos al mar!

—El mar nos comerá vivos si vamos allí hoy —protestó ella.

—No me refiero a meternos en el agua. Agitó las alas, sin conseguir nada porque seguía empapándose. —Dije al mar.

—¡No soy una dragona que va volando en huracanes! —dijo —¿Sabes lo impredecibles que son? El más mínimo cambio de viento o un trozo de

escombro girando en la dirección equivocada, y de repente estás en otra línea temporal... o todos los demás, porque estás muerto.

—Es prácticamente imposible que muramos hoy —dijo Acechador Oscuro —Sería desperdiciar un montón de profecías muy dramáticas si lo hiciéramos. ¿Por qué discutes siquiera sobre esto? Sabes que nos vamos y es maravilloso.

—Al contrario —dijo. —Veo un futuro realmente impresionante en el que vuelvo dentro y bebo té junto al fuego y leo un pergamino sobre divertidas travesuras carroñeros durante el resto del día y también, por cierto, permanezco completamente seca. Esa es la que gana ahora mismo. Ella vio la expresión de su cara y cedió un poco. —Podríamos ir mañana, cuando brille el sol.

—Pero entonces habrá dragones por todas partes —dijo. —¡Hoy la playa es toda nuestra!

Clarividente dio un pequeño escalofrío y, aunque intentaba no escuchar, algo revoloteó en su mente: un susurro, un eco, su propia voz gritando: —*¡Todo es nuestro! Todo el reino es nuestro!*

Apoyó su ala contra la de ella, las escamas goteantes deslizándose una sobre la otra. —Vuelve —dijo en voz baja —Ven aquí ahora.

Respiró hondo y le miró a los ojos. —Estoy aquí —dijo. —Estoy aquí. Muy bien, vamos a ahogarnos allí antes de ahogarnos aquí. Ella miró hacia la puerta y él se preguntó si estaba tratando de salir de allí para que no conociera a sus padres. A veces le dolía esa idea, pero tampoco quería que ella conociera a sus padres. No quería los ojos despreciativos de su padre cerca de la única cosa feliz de su vida.

Se zambulleron en la tormenta, azotados por gotas de lluvia tan grandes como naranjas y un viento que aullaba como si reinos estuvieran cayendo bajo sus garras.

Clarividente no era la mejor voladora, algo en lo que tal vez debería haber pensado, pero no se quejaba, ni siquiera en su mente. Se dejó colar un poco

en sus pensamientos mientras volaban, ya que de todos modos no podían mantener una conversación a través de la lluvia.

Tick tick tick tick flip flip flip flip. Su cerebro no paraba. Estaba constantemente ejecutando escenarios, trazando caminos hacia futuros diferentes. Acechador Oscuro creía que se le daba bastante bien: podía ver no sólo el futuro más plausible, sino algunas alternativas en las que las cosas eran diferentes. Pero ella tenía miles de hilos reunidos en su mente, tejiéndose y entretejiéndose, anudándose y enredándose.

Se arrepintió de haber prometido quedarse fuera; aquello era fascinante.

También significaba que ella podía saltarle fácilmente a una línea temporal que él no había visto venir. Cambió una pequeña cosa, y todo su encuentro fue diferente. Movía el futuro como una larga cola, manteniéndolo fuera de balance. Fue divertido. Tal vez no siempre sería divertido, pero lo era por ahora.

Más que todo eso: ella le conocía. Sabía que no era sólo un error híbrido con padres ruidosos y que se peleaban y una hermana extraña. Sabía que era suyo; sabía que estaba más dotado que cualquier otro dragón del mundo; y sabía que iba a hacer cosas tan asombrosas que cambiaría la faz de Pirria para siempre.

No es que le impresionara nada de eso. Pero a él también le gustaba eso de ella. Algún día tendría suficientes adoradores.

Alcanzaron el borde de los acantilados y de repente se elevaron hacia el vacío; la tierra caía bruscamente bajo ellos, virando hacia una larga playa rocosa. En ese momento, las olas eran más altas que ellos.

—¡Parece divertido ahí abajo! —le gritó Clarividente a Acechador Oscuro.

—De acuerdo, sí —gritó. —Esto no es exactamente lo que me imaginaba.

Ella sonrió y se alejó volando hacia el sur, a lo largo de la costa. La siguió, luchando por mantener las alas rectas mientras el viento intentaba estrellarlo contra los acantilados de su derecha.

Justo cuando empezaba a preguntarse si le estaba castigando por mantenerlos fuera con este tiempo, ella bajó una de sus alas y se elevó hacia la playa. Se dio cuenta de que apuntaba a la boca de una enorme cueva que daba al océano. Normalmente habría tenido varios metros de playa entre la abertura y el mar, pero hoy estaba inundada hasta la puerta principal.

Entraron en picado en un mundo verde esmeralda de techos abovedados. El musgo fosforescente se aferraba a las rocas, las paredes y las estalactitas, confiriendo a la cueva un brillo espeluznante que hacía juego con los candelabros de luciérnagas de la parte superior. El agua goteaba suavemente aquí y allá, y un riachuelo atravesaba la cueva, conectando algunas de las pozas de marea y sorteando otras.

El viento chillaba fuera, pero sólo podía extender sus delgados zarcillos para intentar agarrarlos. Cuanto más se adentraban en la cueva, más cálido y silencioso era.

Clarividente aterrizó en un saliente inclinado de roca sobre una poza de marea llena de estrellas de mar alargadas y anémonas del color del amanecer.

—¿Cómo supiste de este lugar? —preguntó Acechador Oscuro, instalándose a su lado.

Le miró confundida, y él vio el cambio que se producía detrás de sus ojos mientras superponía el presente y el futuro e intentaba hacerlos encajar.

—De las visiones —dijo —Venimos... venimos... vamos a venir aquí mucho. Tal vez. Sacudió la cabeza. —Creía que me habías traído aquí en nuestro primer viaje al mar... es decir, hoy... pero si no lo sabías, entonces no puedo explicarlo. Es como un bucle en las líneas temporales que no se puede liberar. Se preocupó por un trozo de alga que se desprendía de la roca que tenía debajo.

—Oye —dijo, rozándole el ala —No importa. Estamos aquí ahora, y es genial, eso es todo lo que cuenta.

¿Y si meto la pata en algo? pensó ella. *¿Y si me he adelantado y me he saltado algo importante? ¿Y si aún no deberíamos estar aquí y esto cambia algo?*

Acechador Oscuro estuvo a punto de contestarle antes de recordar que no debía leerle la mente. Cerró la mandíbula, tratando de retraerse. Era difícil no dejar la mente abierta, escuchando todo lo que se decía y lo que no se decía. Pero había practicado lo suficiente para bloquear a su padre; debería ser capaz de hacer lo mismo con la dragona a la que amaba. Iba a amar, en algún momento. Estaba empezando a amar, estaba bastante seguro.

—¿Puedo preguntarte algo entrometido?—ella dijo al cabo de un momento.

—Ominoso —dijo con una sonrisa.

—Bueno, tú y Nívea sois los únicos híbridos que he conocido —ella dijo —así que no tengo ni idea de si es una pregunta grosera. Dime si lo es y me callaré, ¿de acuerdo?

—Puedes preguntarme lo que quieras —dijo él.

—Es sólo que... no pareces un híbrido —dijo. —Te pareces a todos los otros Alas Nocturnas. ¿Alguna parte de ti es Ala Helada?

—Oh —dijo. —Esa pregunta. Mi padre me la hace todos los días, pero mucho menos educadamente, no te preocupes. Extendió completamente las alas y señaló. En el interior, a lo largo del borde donde las membranas de sus alas se encontraban con su espalda, una larga hilera de escamas blancas plateadas marcaba la línea a cada lado de su cuerpo. —Irónicamente —dijo —son mucho más fáciles de ocultar a otros dragones que la identidad de mi padre.

Clarividente extendió la garra y pasó ligeramente una garra por la cresta de las escamas de Ala Helada. Le hizo cosquillas y se mordió la lengua para no reírse.

—Vaya —dijo. —Incluso se sienten frías.

—Lo sé —dijo. —Es raro. Vaciló —Hay... otra cosa que heredé de mi padre. Soy un animus.

—Claro —dijo ella. —Ya lo sé. Obviamente.

Por supuesto que lo sabía. —Nadie más lo sabe todavía —dijo.

—¿Nadie? ¿No has hecho ningún hechizo? —dijo ella, con los ojos muy abiertos. —¿En cuatro años?

Volvió a echar un vistazo y vio cómo una onda de esperanza saltaba por su mente. Estaba impresionada; confiaba un poco más en él.

—Sólo uno, para asegurarme de que podía —dijo —Sospechaba que era un animus, por mis visiones del futuro y esa sensación que tenía, pero necesitaba saberlo. El Reino Helado tiene una prueba para cualquiera que pueda haber heredado poderes de animus... me hice una especie de versión modificada.

—¿Tu padre no te puso a prueba? —preguntó Clarividente.

—Lo hizo, pero lo fallé deliberadamente —explicó Acechador Oscuro. —No quería que se le ocurriera controlarme cuando aún era demasiado joven para defenderme. Sin embargo, sospecha. El incesante redoble de tambores en mi casa es todo sobre tener cuidado con la magia animus. Acechador Oscuro encorvó los hombros y volvió a plegar las alas. —Básicamente, desde el momento en que pudimos oírlo, mi padre nos ha sermoneado a mi hermana y a mí sobre lo que significa la magia, lo que puede hacernos, cómo tenemos que tener TANTO cuidado o nos pasarán cosas absolutamente TERRIBLES— Puso los ojos en blanco.

—Pero tiene razón —dijo Clarividente con seriedad. —¿No puedes...?

—No, no —espetó Acechador Oscuro. Sabía que a ella no le gustaba cómo fruncía el ceño, pero no pudo contenerse. —Nunca, nunca me digas que mi padre tiene razón en algo. No si te preocupas por mí.

—Me preocupo —dijo Clarividente —Es que... he visto cosas absolutamente terribles.

—¿En mi futuro? —preguntó, sobresaltado.

—En el nuestro —respondió ella. —¿Tú no?

—No me fijé mucho más allá de conocerte —confesó —Sabía que ahora era cuando todo empezaría a mejorar. Que sería... bueno, que sería feliz, por fin. Le sonrió tímidamente.

Clarividente enroscó su cola con la de él y se apoyó en su hombro. —Esta versión de ti es la más dulce —dijo.

—Creo que merece la pena señalar —dijo —que ésta es en realidad la única versión existente de mí.

Estaba callada, pero el *tick tick tick* de su cerebro era casi demasiado fuerte para que él pudiera evitar oírlo.

—No estoy leyendo tu mente —dijo —pero puedo decir que estás pensando que sólo me quedaré así si no uso mi magia animus.

—No quiero asustarte —dijo —Si no has visto esos futuros... esos en los que lo usas demasiado, en los que empiezas a matar a otros dragones, en los que robas el trono para convertirte en rey... bueno, probablemente sean mejores. Si no los has visto, entonces no deben ser muy probables, ¿verdad?

Le tocaba callar.

Tal vez había vislumbrado un futuro en el que era el rey de los Alas Nocturnas.

Pero era un futuro impresionante. Era un gran rey. Haría de los Alas Nocturnas la tribu más poderosa de Pirria, y todas sus decisiones los harían más fuertes y seguros. Incluso si el camino para llegar allí era un poco oscuro... una vez que estuvieran allí, incluso Clarividente tendría que admitir que valía la pena. Mejor para todos. El mejor futuro posible.

No era el futuro más probable, todavía no. Pero a veces pensaba que debería serlo.

Sin embargo, a ella no le gustaría oír eso. Había que guiarla con cuidado hacia esa línea temporal, hasta que pudiera ver lo perfecta que era.

—He tenido visiones del futuro lejano —dijo encogiéndose de hombros —Pero tú, más que ninguna otra dragona, debes saber que es casi imposible predecir acontecimientos demasiado lejanos. Pequeños cambios ahora pueden causar cambios tan grandes más tarde que casi ni merece la pena mirar tan lejos, ¿verdad?

Por la tensión de sus alas, supuso que no era la respuesta que buscaba.

—Oye —dijo él, agachando la cabeza para mirarla a los ojos —No te enfades conmigo por cosas que pueda hacer algún día, ¿vale? Ahora no soy malo. No he hecho nada de eso. Y probablemente no lo haré. ¿Quieres concentrarte en eso, por favor? Quédate en el presente conmigo.

—Sí —dijo, dejando caer las alas. Se apartó de él y las sacudió, como si sus visiones fueran terrones de barro atascados entre sus escamas. —Lo sé. Lo intentaré. Le dedicó una sonrisa irónica. —Lo siento. Vamos a tener esta discusión muchas veces.

Bueno, eso suena divertido. Si ya lo sabes, pensó, *¿entonces no podemos no saberlo?*

—¿Y qué era? —preguntó ella —¿El único hechizo que has hecho?

Con un esfuerzo, se obligó a sonreírle de nuevo. —Si te lo digo, te vas a burlar de mí.

—Oooh, aún mejor —dijo, animándose —¡Cuéntame! —Le golpeó el pecho con la cola —¡Cuéntame!

—Era sólo... un juguete de Nívea —dijo —Es un pequeño carroñero tallado. Le encanta de una manera obsesiva. Una vez se perdió y estuvo llorando un día entero, hasta que por fin lo volvimos a encontrar. Así que

después de eso, lo encanté para que siempre volviera a ella. No importa dónde lo esconda, o dónde lo pierda, siempre aparece en su almohada esa noche. Se encogió de hombros —Es sólo una cosita.

—Awwwwwwwww —dijo —Estás trabajando muy duro el voto de simpatía en este momento.

—Soy lo que soy —dijo, desplegando de nuevo sus alas. —No puedo evitar mi noble corazón y mi naturaleza generosa.

—Aunque quizá podamos hacer algo con el tamaño de esa cabeza —dijo ella, riendo.

—¿Qué, este espécimen perfecto? —preguntó con fingida incredulidad.

Ella levantó las orejas de repente. —Shh —susurró. —¿Has oído eso?

Ambos se callaron y, con el goteo del agua y el lejano rugido de la tormenta como telón de fondo, Acechador Oscuro oyó un sonido extraño y sordo. Giró la cabeza. Hacia el fondo de la cueva, hacia las largas sombras.

Clarividente volvió a enroscar su cola alrededor de la de él y sintió la tensión que les recorría a ambos.

¿Hay alguien aquí? ¿O... algo?

El sonido se repitió... un grito bajo, lo bastante débil como para ser el viento, pero con algo inconfundible de dragón.

Acechador Oscuro saltó de la cornisa y se adentró cautelosamente en la oscuridad.

Clarividente le seguía de cerca, lo que resultaba tranquilizador, porque era de suponer que si iban a ser atacados por algo en esta cueva, lo habría visto venir.

Con su visión nocturna, pudieron ver que algo grande y abultado yacía en la última poza de marea, donde terminaba el riachuelo. Acechador Oscuro

miró a Clarividente, y luego dejó escapar una pequeña llamarada para darles más luz.

Era un dragón, pero en ese momento de luminosidad pudieron ver que no era un Ala Nocturna. Sus escamas eran azules.

El dragón hizo otro ruido de lamento y, lenta y dolorosamente, giró la cabeza para mirarlos.

—Alas Nocturnas —siseó suavemente.

—¿Estás herido? —preguntó Clarividente. Rodeó al dragón azul con cautela. —Oh, hay un corte en este lado ... pero no parece demasiado horrible.

—Es otra cosa —dijo Acechador Oscuro, escaneando la mente del Ala Marina. —Está exhausto. Lleva días nadando. Veo sangre y gritos y... ¿tentáculos?

El Ala Marina se estremeció e intentó incorporarse.

—No lo empeores —dijo Clarividente, empujándole de nuevo al agua. —Sólo descansa. ¿Puedes decirnos qué pasó?

—Albatros —susurró el dragón.

Acechador Oscuro se quedó helado. Había oído ese nombre antes. En la mente de su padre, en un compartimento secreto donde Ártico a veces daba los nombres de los otros dragones animus conocidos en Pirria. La reina Diamante, la madre de Ártico. Jerbo, una Ala Arenosa que había desaparecido de la corte Ala Arenosa años atrás y ahora era una fugitiva o muerta. Y Albatros, hermano de la reina de los Alas Marinas.

Si había otros, eran sólo rumores. Esos tres eran los que preocupaban a Ártico.

—¿Fuiste atacado por un albatros? —Clarividente dijo con escepticismo. —¿Con... tentáculos?

—Albatros es el hermano de la reina Laguna —le dijo Acechador Oscuro.

—Oh —dijo Clarividente. Sus ojos se nublaron, y él la vio unir todas las cosas que sabía y sabría sobre los Alas Marinas. —Oh no...

—Se volvió loco —susurró roncamente el Ala Marina. —Nos atacó. Mató... a todos. A mi hermano, a mi padre. Apenas escapé con vida. Nadé y seguí nadando...

—¿A todos? —Clarividente hizo eco. Sus pensamientos eran tan ruidosos y enredados en la pena que Acechador Oscuro no pudo evitar oírlos (o eso se dijo a sí mismo). *¿Toda la tribu? ¿O toda la familia real? ¿Y Braza? ¿Está muerto, está todo mal ahora?* Sacudió la cabeza, apartando las lágrimas. *No, sigo viendo las líneas temporales; no puede estar muerto. No puede estarlo.*

Acechador Oscuro sintió una oleada de celos. También había visto al Ala Marina en su futuro: un dragón verde tímido y nervioso, triste y solitario. Un amigo algún día, tal vez, pero ciertamente nadie por quien sentirse tan devastado si no lo lograba. Un personaje secundario en su gran historia de amor. Entonces, ¿por qué Clarividente estaba tan molesta? ¿Era alguien por quien debía preocuparse?

—No sé si queda alguien vivo. El Ala Marina miró fijamente a Clarividente con ojos azules atormentados —Albatros mató a la reina. Yo lo vi. Mató a dos Alas Celestes y a la princesa y al rey y a mi... —Se atragantó con las palabras y dejó escapar un sollozo —Seguía matando cuando huí al océano. Pero no sé por qué. Era nuestro príncipe. Le queríamos. Era leal a la reina. Hizo una magia tan hermosa para ella. ¿Por qué haría esto?

Clarividente levantó los ojos para encontrarse con los de Acechador Oscuro.

—Era un animus —susurró Acechador Oscuro. Ella asintió, ya lo sabía.

—Creo que sé por qué lo hizo —le dijo ella suavemente al Ala Marina. —Hizo mucha magia para la reina, ¿no? No era nada cuidadoso con su alma.

Lanzó a Acechador Oscuro una mirada de "¿qué te he dicho?". No le encantó.

—¿No me estabas escuchando? —Acechador Oscuro dijo, azotando su cola. —Mírame, Clarividente, tal y como soy ahora. No soy quien ves en tus visiones. Soy cuidadoso.

El Ala Marina se lanzó fuera del agua y agarró las garras de Clarividente.

—Tal vez fue otra tribu. Tal vez hechizaron a Albatros... eso podría pasar, ¿no? Los Alas Heladas también tienen magia; tal vez estaban tratando de aniquilarnos. O tal vez los Alas Lluviosas lo drogaron. Tienen todo tipo de plantas que hacen cosas raras en la selva, eso es lo que he oído. Eso tiene sentido, ¿no? Debe haber sido alguien más usándolo. No fue Albatros en absoluto.

Clarividente le guió de vuelta a la charca. —Vamos a buscarte ayuda —dijo —La reina Vigilancia querrá enterarse de esto. Se asegurará de que te cuiden a cambio de tu historia. Sólo... espera aquí.

El Ala Marina se inclinó hacia delante, dejando que el agua le cubriera el hocico. Respiró hondo, agitando las branquias, y volvió a cerrar los ojos.

—¿Cómo vamos a hacer llegar un mensaje a la reina? —susurró Clarividente a Acechador Oscuro, bordeando el charco y volviendo hacia la entrada de la cueva.

Gruñó en voz baja. —Tendremos que decírselo a mi padre. Él tiene su oído... puede decirle acerca de este dragón y lo que ha sucedido en el Reino del Mar.

Dudó frente a una pared de musgo brillante, con las alas desplegadas para parecer una silueta. —¿Es una buena idea? —dijo —La reina Vigilancia no atacaría a los Alas Marinas cuando están en apuros, ¿verdad? Arrugó la frente, sin esperar su respuesta; ya llevaba cien días, mil, estudiando todos los resultados posibles.

—Empezará con un mensajero o un espía —dijo Acechador Oscuro. Al menos podía fingir que Clarividente realmente quería saber lo que pensaba —Para saber con certeza lo que pasó. Aunque no tendría sentido que atacara. El Reino del Mar no es geográficamente útil para que lo invadamos.

No podía imaginarse el viaje que había hecho el Ala Marina superviviente... ¿todo el camino por el fondo del continente, pasando por la selva tropical? ¿O por el centro del continente, a lo largo de los ríos?

—Además —añadió —ya está bastante ocupada con la guerra de los Alas Heladas. Sabrá que no necesitamos otro frente ni otro enemigo al que enfrentarnos.

Clarividente le miró como si estuviera volviendo lentamente a la tierra. —No veo ninguna batalla Ala Nocturna contra los Alas Marina por delante —dijo —Creo que es seguro decírselo.

—Eso es lo que he dicho —señaló él.

—Y deberíamos averiguar qué pasó realmente —dijo —Cuanto más sepamos sobre la magia animus... más seguros estaremos todos, ¿no?

—Sé mucho sobre eso —dijo él. —Los Alas Heladas la han tenido más tiempo que cualquier otra tribu. Créeme, oigo hablar de eso todos los días.

—Entonces, ¿por qué no tienes miedo? —preguntó —¿No fue su poder animus lo que volvió loco a Albatros? ¿No fue por eso que mató a todos esos dragones? ¿No temes que... que...?

—¿Que ese podría ser yo algún día? —dijo —No, Clarividente, no me preocupa que eso me pase a mí. Si hay alguna magia animus que debería preocuparte, es la de mi padre.

¿Podría Ártico perder la cabeza como Albatros lo había hecho? Esos pedazos podridos dentro de él... provenían del uso de su magia, ¿no? Acechador Oscuro no sabía toda la historia, pero sí sabía que Ártico había hecho algo con su poder animus para escapar del reino Helado a salvo con

Sanguinaria. ¿Cuántas veces lo había usado? ¿De qué tamaño eran sus hechizos?

¿Cuánto le quedaba de alma por perder?

Acechador Oscuro no era el dragón peligroso en esta tribu. Era Ártico; no tenía ninguna duda.

¿Pero cómo iba a convencer a Clarividente? Necesitaba una forma de hacerle creer en él... de que dejara de tener tanto miedo de lo que podría ser algún día. Necesitaba que viera que era diferente a todos los demás dragones animus... que no se parecía en nada a su padre.

Algo sonó en su mente, como la campana que sonaba silenciosamente para señalar el final del tiempo de biblioteca en la escuela.

Era diferente. Era más inteligente. Y podía demostrarlo.

Sabía lo que tenía que hacer.

Capítulo 11

Braza

El Reino del Mar estaba en shock.

La reina Laguna y su marido, Jorobado, estaban muertos, al igual que su hija, Chapoteo. Corriente había desaparecido... una de las docenas que habían escapado al mar... pero su hermano, Vieira, y su padre, el tío de Braza, Anguila, no habían tenido tanta suerte. Uno de los músicos había intentado luchar contra Albatros cuando todos huyeron; también estaba muerto. Braza tendría que averiguar su nombre más tarde.

Los padres de Braza habían muerto. Manta había seguido a su padre a los jardines, suplicando por la vida de Braza, y la había matado a ella y a Arrecife juntos. Ni siquiera la magia de Braza pudo resucitarlos.

Pero cuando estaba con Índigo entre los escombros de la fiesta, con el corazón roto, una dragona había salido de debajo de uno de los asientos volcados.

Era Perla, sangrando por mil cortes, pero viva.

—Me corté con el cristal del acuario —le dijo a Braza, con la voz temblorosa y las alas heridas colgando torpemente —Me cubrí de sangre y fingí estar muerta. Pasó a mi lado.

Era la única dragona que quedaba para gobernar el reino, aparte de su tía loca, Zafiro. Cinco años y era la nueva reina.

De los dos Alas Celestes, la princesa Atardecer había muerto, pero Águila, milagrosamente, había sobrevivido. Sobrevivió para reprenderlos a todos sobre los peligros de los dragones animus. Sobrevivió para amenazar con la venganza, la guerra y el exterminio de la tribu Ala Marina. Y sobrevivió para llevar un mensaje a la reina Ala Celeste de que las aldeas costeras en disputa serían abandonadas inmediatamente.

La reina Perla prometió que los Alas Marinas no volverían a invadir el territorio Celeste, a cambio de una amnistía por la muerte de Atardecer. También les prometió tributos de gemas y mariscos durante los próximos cinco años, a cambio de mantener la masacre en secreto. Lo último que los Alas Marinas necesitaban ahora era que alguien descubriera lo vulnerables que eran.

En su primer día como reina, Perla emitió un decreto. Prohibía la magia animus en cualquier parte del Reino del Mar.

Braza estaba a su lado en la sala del trono mientras firmaba el decreto, y pensó que quizá era el único que se había dado cuenta de lo vacilante que seguía siendo su letra.

Cuando el mensajero se marchó para anunciar el decreto, Perla echó a todos menos a Braza.

—¿Cómo lo mataste? —preguntó cuando se quedaron solos.

—Fue Índigo —dijo —Le dio con una lanza. Me salvó. A nosotros. Miró hacia otro lado. —A algunos de nosotros.

Tendría que conseguir que Índigo coincidiera con su historia más tarde. Sabía que lo haría por él, aunque no entendiera por qué.

No quería que nadie supiera que había matado a su abuelo. No quería ser visto como un héroe... y menos por eso. No era un héroe en absoluto, ni siquiera un poco.

—Sé que el decreto es sobre mí —dijo —No tienes por qué preocuparte. No soy como él.

—Ahora piensas eso —dijo Perla con tristeza —Pero quizá los Alas Celestes tengan razón sobre qué hacer con los dragones animus.

Braza sintió un escalofrío en los huesos. ¿Había sobrevivido a la masacre de su abuelo sólo para que su propia hermana lo condenara a muerte?

—Quiero decir, ¿cómo se supone que voy a confiar en ti, Braza? —Perla preguntó —Cada vez que te miro, veo todo lo que él hizo. ¿No estarás siempre tentado a usar tu magia? ¿Qué podría detenerte? ¿Quién podría detenerte?

—No la utilizaré —prometió, inclinando la cabeza —El alma que aún conservo, y que deseo mantener. Reina Perla de los Alas Marinas, te hago este juramento, por mi vida y sellado con mi sangre: Nunca volveré a usar mi magia animus, no por el resto de mis días.

Cogió una espada de la pared y se dibujó una X de sangre en la palma de la mano. Le dolía mucho, un dolor agudo y brillante que era más fácil de soportar que el que sentía en su interior. Miró los cortes por toda Perla y sintió la tentación de hacerse lo mismo.

—De acuerdo —dijo Perla —Acepto tu juramento. Pero con una condición.

—Lo que sea —dijo Braza.

—Nunca puedes tener dragonets —dijo —Si este poder corre por tus venas, podrías transmitirlo. Pero si no tienes dragonets, puede morir contigo, y toda Pirria estará más segura por ello.

Braza se quedó callado un momento. ¿Se imaginaba a sus sobrinas animus disputándole el trono? Quería decirle que si él podía transmitirlo, pensaba que tal vez ella también podría. Pero para ella no era una opción evitar tener dragonets; el reino necesitaba herederos, sobre todo ahora, con la mayor parte de la familia real muerta.

—Estoy de acuerdo —dijo. De todos modos, nunca quiso dragonets. ¿Qué clase de padre podría ser?

—Braza —advirtió Perla —Eso significa que tienes que alejarte de Índigo.

—¿Qué? —gritó, con el corazón retorciéndose dolorosamente —¿Pero por qué?

—Porque estás enamorado de ella —dijo Perla sin rodeos —y harías cualquier cosa, romperías cualquier regla por ella. Tal vez incluso tu juramento hacia mí.

—Yo... no, yo... —Braza se interrumpió. Perla estaba preocupada por el juramento equivocado, pero tenía razón en una cosa: si Índigo volvía a sufrir un daño así, sabía que seguiría usando su magia para salvarla, sin importar lo que hubiera prometido.

—Además, no es justo para ella —dijo Perla, desenrollándose del trono —También es mi amiga y quiero que tenga una vida feliz. ¿Y tú? Piensa en ello. ¿Qué podría tener contigo? Sin dragonets, sin futuro, nada más que peligro constante. ¿Quieres eso para ella?

Braza se encogió en sus alas. ¿Era egoísta por su parte querer conservar la amistad de Índigo? ¿Y cómo podía tomar una decisión así sin hablar con ella? Era su vida. Se pondría furiosa si descubriera que estaba eligiendo su futuro sin decírselo.

Pero tal vez estar furioso era bueno. Tal vez estar furioso la mantendría lejos de él.

—¿No debería preguntarle qué quiere? —intentó él —O al menos explicarle...

—Yo lo haré —dijo Perla, cortándole —Te dirá lo que quieras oír, pero a mí me dirá la verdad. No te preocupes, Braza, cuidaré de ella. La haré parte de mi guardia de honor, la ascenderé rápidamente. En unos años, le encontraré un noble menor con quien pueda tener una familia. Tendrá una vida segura y normal.

Lejos de mí, pensó Braza miserablemente. *Con otr o dragón* .

Pero Perla tenía razón: así tenía que ser.

Ahora sabía la verdad sobre sí mismo. No era especial. Era alguien que huyó y se escondió mientras toda su familia era masacrada, cuando él era el único que podía haberlo evitado.

Debería haberlo detenido antes. Podría haber salvado a sus padres si hubiera sido más rápido, más valiente, más seguro de su poder. Más seguro de que su abuelo tenía que morir.

Perder su magia y su oportunidad de tener dragonets... y lo peor de todo, Índigo, el amor de su vida... eso era exactamente lo que se merecía.

Capítulo 12

Clarividente

—Aquí viene tu acechador —dijo Oyente olfateando.

—No seas mala —dijo Clarividente. También pudo ver a Acechador Oscuro, serpenteando por el atrio hacia ellos, y su corazón dio un pequeño respingo de felicidad. Era el final de la noche escolar, el sol estaba saliendo y los terrenos estaban llenos de dragones que iban y venían. Algunos de ellos detuvieron a Acechador Oscuro, bromeando e intercambiando historias, pero sus ojos no dejaban de mirarla, y en su sonrisa vio que estaba tan emocionado de verla como ella de verlo a él.

—Sólo digo. Oyente sacudió la cabeza. —Podrías hacerlo mejor. Hay al menos dos dragones en nuestra clase que piensan en ti todo el tiempo.

—Para —dijo Clarividente, golpeando su lado. —Si no me dejas usar mi poder para ayudarte a encontrar a alguien, entonces tampoco puedes usar el tuyo para mí.

—Eso es diferente —argumentó Oyente. —Y me parece raro que no pueda leer la mente de Acechador Oscuro. ¿Cómo me está bloqueando? Creía que era una habilidad que nadie aprendía hasta los siete años por lo menos.

—Si no quiere que le leas la mente, probablemente deberías respetarlo —observó Clarividente. —Se mantiene fuera de mi cabeza.

—No, te dice que se queda fuera de tu cabeza —dijo Oyente. —No tienes forma de saber si realmente lo está.

Era cierto. Clarividente tuvo que admitir... para sí misma, no para su amiga... que eso le había preocupado. A veces parecía saber lo que ella pensaba... ¿pero no era porque la entendía muy bien? Si leyera sus pensamientos, sabría lo asustada que estaba todo el tiempo... y entonces, ¿cómo podría seguir queriéndola?

Clarividente esperaba que dijera: —Confío en él —como haría cualquier dragón. Pero Clarividente aún no podía decir eso, ni siquiera para tranquilizar a su amiga.

—¿Y tú? —preguntó en su lugar. —¿Dónde está el nuevo dragón que estás acechando?

—¡Shh! —gritó Oyente, golpeando a Clarividente con la cola. —Está allí —añadió en un susurro escénico.

El dragón al que le sacudió la cola estaba a medio patio de distancia, bromeando con un par de amigos. Era alto y elegantemente apuesto, con una expresión distante que siempre enamoraba a Oyente.

—¡No me digas nada! —dijo rápidamente Oyente. —¡Ni siquiera mires hacia delante! Estamos totalmente destinados el uno para el otro, ¡así que no te atrevas a decirme que no lo estamos!.

—¿En serio? —dijo Clarividente, tratando de no ver los futuros en los que este dragón engañaba a Oyente y luego la dejaba. Ahhh, ya la odiaba. —Pero... ¿y si...?

—¡No! —Oyente se tapó los oídos y cerró los ojos. —¡Quiero vivir mi vida como una dragona normal! LA LA LA LA.

—Oh, Oyente —dijo Clarividente con un suspiro. —De acuerdo.

—Me voy ya —dijo Oyente sin abrir los ojos. —Antes de que pongas una cara que no quiero ver y me tenga que poner súper enfadada contigo. No me hables hasta que controles tu cara. Saltó al cielo, chocó contra un árbol, se enredó en las ramas durante un minuto y finalmente se fue volando, intentando parecer digna.

—¿Qué fue eso? —preguntó Acechador Oscuro, materializándose a su lado. A menudo conseguía hacer coincidir su llegada con la partida de Oyente, pero Clarividente intentaba no preocuparse por qué no se gustaban. La rodeó con un ala y ella se inclinó hacia él con un suspiro. Una enredadera verde con hojas en forma de corazón les cubría los hombros.

—Se está enamorando del tipo equivocado otra vez —dijo. —Pero no me dejará detenerla.

—Ah —dijo. —La extraña insistencia de Oyente en una vida sin profecías.

—Cierto —dijo ella. Acechador Oscuro olía a canela y caña de azúcar tostada, restos de sus clases de cocina extraescolares.

Hizo un "hmmm" y ella le miró a la cara. Acechador Oscuro intentaba parecer serio, pero le brillaban los ojos.

—¿Qué? —dijo ella. —Vaya, te mueres por decirme algo.

—Así es —estalló. —Tengo algo que enseñarte. ¿Puedes venir? ¿Ahora mismo?

—Pero... tus padres... —dijo. Todo lo que sabía sobre Sanguinaria y Ártico la aterrorizaba por completo. Tanto por sus visiones como por los rumores que corrían por la tribu.

—Madre está de guardia en la frontera, y Padre está en palacio —dijo. —Ayudando a interrogar al Ala Marina que encontramos ayer, probablemente. No volverán a casa en mucho tiempo. ¿Por favor? Es bastante genial. Te encantará. ¡No mires al frente! —Le pinchó el hocico. —Que sea una sorpresa.

Ya se imaginaba cuál podría ser la sorpresa. Aun así, por ahora podía evitar asomarse a las ramificaciones más cercanas, por él.

—Claro —dijo ella. —Siempre que también haya cosas para picar.

Clarividente se preguntó si no se estaría imaginando los murmullos que había detrás de ellos cuando se marchó con Acechador Oscuro. Nadie en la escuela sabía todavía lo importantes que eran los dos; ¿cómo iban a saberlo, a menos que pudieran ver todos los futuros como ella? Pero seguía teniendo la sensación de que les miraban más que a otras parejas y de que les seguían más murmullos cuando caminaban juntos por los pasillos.

Tal vez la atención extra se debió a los notorios padres de Acechador Oscuro. La mayoría de los dragones no dirían en voz alta que la guerra con los Alas Heladas fue culpa de Sanguinaria y Ártico, pero todo el mundo creía que era así.

A su lado, en el cielo, Acechador Oscuro hizo un extraño gesto despectivo con una de sus alas.

—¿Qué fue eso? —preguntó ella.

—Oh, nada —dijo. —Sólo una idea.

¿Mi pensamiento? se preguntó. *¿Me estaba escuchando?*

—Mira —dijo, señalando el palacio. —La reina Vigilancia tiene un nuevo prisionero en exhibición.

¿Está intentando distraerme?

Se giró para mirar la torre más alta del palacio, donde la reina había instalado una jaula para prisioneros especiales. Alguien con relucientes escamas blancas se encorvaba tras los barrotes, protegiéndose del calor del sol.

—Eso debe ser horrible —dijo Acechador Oscuro. —Ser tan miserable con todos tus enemigos mirándote.

—Quizá hagan otro intercambio —dijo Clarividente. Estaba tan contenta de que sus apacibles padres no formaran parte del ejército de la reina. Estaban a salvo en sus tranquilos trabajos de bajo nivel.

La casa de Acechador Oscuro estaba más cerca de la escuela que la suya, y mucho más arriba en la ladera del cañón. Parecía un poco avergonzado mientras descendían en picado hacia ella.

—Nos mudamos aquí cuando mi padre aceptó su puesto en el palacio —explicó. —El lado positivo es que es más grande y tiene mejores vistas; el negativo, que estamos más cerca de mi abuela, que nos odia a todos. Pero al menos tenemos un nuevo grupo de vecinos entrometidos.

Señaló con un gesto el hocico que asomaba por una ventana bajo la suya y quienquiera que fuese se retiró a toda prisa.

—Nuestros últimos vecinos tuvieron muy mala suerte con sus jardineras —dijo con demasiado regocijo. —En ellas crecían nabos en lugar de crisantemos, tomates o perales. Era TAN misterioso.

—¡No me digas que lo hiciste! —dijo ella.

—Se lo merecían —dijo cuando aterrizaron frente a la puerta de su casa. —Aún no he decidido qué voy a hacer con estos.

Ella le lanzó una mirada preocupada a la espalda, pero su excitación había vuelto a apoderarse de él y no se dio cuenta. Sus garras abrieron la puerta azul pálido y entraron en una habitación iluminada por el sol, decorada con alfombras blancas y cristales brillantes. Clarividente se preguntaba si Ártico había elegido la decoración o si Sanguinaria había intentado recordarle el Reino Helado.

Era mucho más grande que su casa; nunca había estado en un lugar tan grande, aparte de la escuela y la biblioteca. Una pared entera estaba forrada de pergaminos metidos en pequeños nichos, y la cocina, imposiblemente limpia, tenía artilugios que nunca había visto y que no podía imaginar cómo utilizar. La idea que tenía su padre de cocinar era prender fuego a un pescado y luego tragarse un limón entero con él.

Sobre la chimenea había un cuadro de la familia reunida: Acechador Oscuro a un lado, Ártico al otro, con Sanguinaria y Nívea entre ellos. Todo el cuadro estaba pintado en tonos azules, desde un azul oscuro de medianoche para las escamas de Acechador Oscuro hasta un azul pálido iridiscente para las de Ártico. Era un efecto interesante que los emparentaba más que en la vida real. También tenían un aspecto peculiarmente amable alrededor de los ojos y la boca, más que la mayoría de los dragones... y, Clarividente estaba bastante segura, más de lo que Ártico podría parecer en realidad.

—Lo pintó Nívea —dijo Acechador Oscuro, fijándose en la dirección de su mirada. —Es de lo que yo llamo su serie de "Pensamientos Deseosos". Señaló una habitación al final de un corto pasillo, y cuando Clarividente se

asomó vio que contenía varias pinturas de Alas Heladas y Alas Nocturnas volando juntos, todas en los mismos tonos de azul que el retrato. La habitación de Nívea era como un universo alternativo en miniatura de interacción pacífica entre dos tribus que en realidad se odiaban.

También había unas cuantas pinturas de las tres lunas y diferentes paisajes estelares detrás de ellas, diferentes constelaciones esparcidas por el cielo. Clarividente quería entrar a estudiarlos más de cerca, pero Acechador Oscuro estaba bailando detrás de ella, con una sonrisa de oreja a oreja y casi pisándole la cola.

—Por los grandes reinos, calmate —dijo Clarividente, dándole un codazo de lado. —¿Te has comido un canguro para desayunar o qué?

—Ven a ver, ven a ver. Acechador Oscuro corrió por el pasillo hasta la habitación del fondo y la abrió. Clarividente miró la cerradura mientras le seguía. Nunca se le había ocurrido intentar poner una cerradura en la puerta de su habitación. Se imaginaba el susto que se llevarían sus padres. Nunca fisgoneaban en sus pergaminos, y no esperaba que entendieran sus notas sobre el futuro aunque las vieran.

A primera vista, la habitación de Acechador Oscuro no parecía un lugar lleno de secretos. Su rincón de dormir estaba marcado por una pila de mantas púrpura y blanca pulcramente dobladas. En el escritorio sólo había tres pequeños tinteros (negro, azul real y verde esmeralda) y un paño para limpiarse la tinta de las garras. A su lado había un estante de pergaminos bien etiquetados, cada uno de los cuales era un texto aprobado por la escuela o el tipo de pergamino que todo joven Ala Nocturna poseía... *Geografía de Pirria; Mitos del Continente Perdido; Diez Pequeños Carroñeros (¡Recetas Incluidas!); Buenas Noches, Lunas.*

Había un baúl cerrado al pie de las mantas, pero en lugar de abrirlo, Acechador Oscuro fue directamente a su pergamino y lo deslizó hacia un lado. Metió las garras en el hueco que había alrededor de una de las piedras de la pared y lo abrió lentamente, revelando un agujero oculto que contenía un cuadrado de papel y un estuche de cuero negro.

—Esto —dijo, sacando un pergamino del estuche negro. Se volvió hacia ella, con el rostro radiante de esperanza, y una de sus visiones encajó suavemente en su lugar.

—¿Qué es el otro papel? —preguntó ella.

—Oh... es un dibujo tuyo —dijo tímidamente. —Lo dibujé antes de conocernos, a partir de mis visiones, así que no es muy bueno. No quería que mi padre lo viera o supiera de ti... pero necesitaba tenerlo, para mirarlo. Ya sabes, para recordarme que las cosas iban a mejorar.

Sintió una punzada de culpabilidad en el pecho. Había aplazado su encuentro durante años, temerosa de lo que significaría, mientras él la esperaba pacientemente.

Siempre había tenido fe en que algún día serían felices juntos.

¿Por qué no puedo ser feliz como él? ¿Por qué no puedo confiar en esto?

—Entonces —dijo ella suavemente, cogiéndole el pergamino y desenrollándolo. Enseguida se dio cuenta de que estaba en blanco. —Ummm. ¿Has decidido convertirte en escritor?.

—¿Puedes sentirlo? — preguntó. Tocó el borde del pergamino. —¿Puedes adivinar lo que es?—

Era tan ligero en sus garras. No parecía gran cosa. No como algo que pudiera cambiar todo el futuro.

Podía adivinarlo, pero sabía que él no quería que lo hiciera. —Dímelo —le dijo.

—Agarré todo mi poder animus —dijo —y lo puse aquí.

Ella parpadeó. —¿Todo?

—Ya no está en mí —dijo. —Ahora es como si no fuera un animus en absoluto, así que mi alma está a salvo. Todo el mundo está a salvo. Mira.

Agarró uno de sus tinteros. —Tintero, te ordeno que vueles hacia arriba y toques el techo.

Un pequeño escalofrío de miedo recorrió las alas de Clarividente... pero el tintero no se movió. Se posó inocentemente en la palma de la garra de Acechador Oscuro, completamente desinteresado en volar a ninguna parte.

—¿Has dado tu poder? —dijo, genuinamente asombrada.

—Pero aún podemos usarlo... sólo que está en otra parte, en vez de en mí.

Agarró el pergamino de sus garras y desenrolló el principio, colocando el tintero con cuidado para mantenerlo en su sitio. Hundió la punta de la garra en la tinta verde y escribió en el pergamino: *"Encanta este tintero para que vuele hacia arriba, toque el techo una vez y vuelva a volar hasta mis garras sin derramar ni una gota, y luego vuelva a la normalidad"*.

Cuando llegó al final de la frase, el tintero flotó en el aire, elevándose hasta las piedras que había sobre él. Golpeó ligeramente contra ellas una vez y luego descendió hasta posarse entre las garras de Acechador Oscuro.

—Por todas las estrellas —susurró Clarividente.

—¿Ves lo que esto significa? —preguntó, un poco ansioso. —He encontrado una forma de utilizar mi poder de animus sin perder mi alma ni volverme malvado ni que ocurra nada terrible. Podemos lanzar tantos hechizos como queramos con este pergamino. Pero como ahora todo está separado de mí, no afectará a mi alma. Siempre seré yo. Tocó el pergamino con una garra y estudió su rostro. —¿Te gusta?

—¿Puedo mirar? —le preguntó Clarividente.

Asintió, comprendiendo lo que ella quería decir. Cerró los ojos y vio los caminos en espiral. Sí, había visto visiones de este pergamino antes. En algunos futuros, se le había ocurrido a él mismo. A veces ella lo había sugerido y él había aceptado, con diversos grados de actitud defensiva. Pero en más de la mitad de esos caminos, el pergamino había sido creado para imitar su poder, no para contenerlo.

Aunque sabía que era posible, que ocurría en algunas líneas temporales, nunca había esperado que Acechador Oscuro eliminara por completo el poder de su animus de sus propias garras.

Y cambió el futuro... muchos futuros. De repente, los caminos hacia la felicidad y la paz eran más luminosos, brillaban con posibilidades. Los caminos más oscuros se desvanecieron. Las líneas temporales en las que su poder lo consumía casi habían desaparecido.

Aún podría lanzar un golpe para robar el trono; aún podría ser un peligro para los dragones que a ella le importaban.

Pero ahora mismo, el Acechador Oscuro que tenía delante había hecho un enorme sacrificio para que todo el mundo estuviera más seguro. Y para que se sintiera más segura.

También debió de mirar los futuros. Debió ver que las otras versiones del pergamino no serían suficientes... que esto era lo correcto.

Que esto era lo único que podía haber hecho para que ella confiara plenamente en él.

Abrió los ojos y lo miró. Su rostro esperanzado, sus garras manchadas de esmeralda, sus alas negras como la medianoche que temblaban apenas un poco.

Este es Acechador Oscuro antes de que haya hecho nada terrible. Esta es la mejor versión de él. El que es seguro amar.

Renunció a todo su poder por mí.

Le rodeó con sus alas y le abrazó con tanta fuerza que ambos cayeron de espaldas sobre sus mantas.

—Supongo que eso significa que funciona —dijo riendo, devolviéndole el abrazo.

—No puedo creer que lo hayas hecho de verdad —dijo ella sentándose y agarrando de nuevo el pergamino. —¿Qué pasa si el pergamino se

destruye? ¿Tu magia desaparece para siempre?

—No, entonces vuelve a mí —dijo. —Pero entonces haría otro pergamino, no te preocupes.

—¿Y si alguien lo roba? —preguntó.

Frunció el ceño. —Entonces pueden usarlo igual que yo. Se sentó también, arrugando el hocico ante el pergamino. —Debería haberlo encantado para que sólo yo pudiera usarlo. Fue una estupidez. Si alguien más le pone las garras encima, sería terrible. Quizá debería destruirlo y empezar de nuevo.

—No —dijo ella, interceptando su garra. —Entonces tendrías que volver a usar tu magia, y eso dañaría más tu alma. Tendremos mucho cuidado con ella. No dejes que nadie más sepa que lo tienes, y te prometo que yo también lo mantendré en secreto.

—Ese era mi plan de todos modos —dijo. Aún parecía preocupado.

—Esto es algo bueno —dijo ella. —Lo mejor. Créeme.

Se lo pensó un momento y volvió a sonreír. —¡Vamos a encantar algo! ¿Qué hacemos? Cualquier cosa, lo que quieras.

—¿En serio? —dijo ella. —Incluso... —Dudó. Era un poco horrible admitir que ya tenía algo en mente; que había pensado en lo que pediría, si alguna vez tenía la oportunidad.

—Lo que sea —volvió a decir, con más firmeza.

—¿Podrías hacerme algo que oculte mis pensamientos a cualquier lector de mentes? —preguntó.

Eso fue un error. Su expresión... tan dolida, casi la convenció de que había mantenido su promesa todo el tiempo.

—No se trata de ti —dijo rápidamente, y no del todo sinceramente. —Ya sabes que mi mejor amiga... Oyente... es una lectora de mentes, al igual que la directora de la escuela. No puedo proteger mi mente como tú. Siempre

me preocupa lo que puedan oír sobre el futuro. Y ahora también podrían ver algo sobre tu pergamino. ¿No sería más seguro que nadie pudiera escucharme?. Volvió a dudar. —Si quieres que sea sobre cualquier lector de mentes excepto tú, puedes hacerlo. Confío en ti, Acechador Oscuro.

Ahora sí, eso creía... pero seguía siendo una especie de prueba.

—No, no —dijo. —Lo comprendo. Tienes razón, mantendrá el pergamino a salvo... y a nosotros. Eso también lo veo. Agarró el tintero y apoyó el pergamino sobre su escritorio. —Toma, de todas formas quería darte esto. Acechador Oscuro abrió uno de sus cajones y sacó una pulsera hecha de alambres de cobre entretejidos, con tres piedras lunares de color blanco lechoso enganchadas en el centro.

Se estremeció. *He visto ese brazalete en algún lugar más adelante.*

Acechador Oscuro apoyó el brazalete en el pergamino, pensó un momento y luego escribió: *Encanta este brazalete para proteger los pensamientos de su portador de cualquier lector de mentes.*

—¿De su portador? —Clarividente se hizo eco, leyendo por encima de su hombro.

—Así podrás pasárselo a uno de nuestros dragonets —le dijo, sonriéndole. —Quiero decir, si voy a hacer un objeto poderoso tocado por un animus como este, ¿no debería ser algo que se pueda usar para siempre?

—Muy inteligente —dijo ella. Le puso la pulsera en la muñeca y ella la levantó para ver cómo brillaban las piedras lunares a la luz de las antorchas. Le sonrió. —Creo que a Eclipse le encantará, y será la que más lo necesite.

Dejó escapar un pequeño grito de sorpresa. Nunca había hablado de sus dragonets... y menos aún había admitido que sabía cómo se llamaban.

—¿Estamos seguros de ese nombre? —dijo después de un momento. —Estaba pensando en Sombrífera.

—Es una de sus hermanas mayores —dijo Clarividente, y volvió a reírse al ver su cara. —¿No lo sabías ya?

—Por supuesto que sí —dijo. —Eclipse, Sombrífera, y Feroz.

—No, no, no —dijo ella, riendo más fuerte. —¿Feroz? Definitivamente no ganas esa discusión. Obviamente, había pasado mucho más tiempo estudiando las líneas temporales que él.

—Podríamos ponerle el nombre de mi madre —sugirió Acechador Oscuro, un poco tímido. —Es bastante impresionante. Y Sanguinaria es un buen nombre, ¿no?

—Lo es —dijo Clarividente con una sonrisa. Tenía la extraña sensación de que habían llamado a una dragonet con el nombre de Sanguinaria en alguna línea temporal futura, pero había varias razones para ello que resultaban tristes y complicadas de descifrar.

—Hagamos otra cosa —dijo Acechador Oscuro, moviendo alegremente la cola.

Agarró una de las mantas de su cama y escribió: *Encanta esta manta para mantener a cualquier dragón que cubra a la temperatura perfecta.* Sonriendo, se la echó sobre los hombros a Clarividente.

—Ooooo —dijo. No se había dado cuenta de que tenía frío hasta que el calor mágico de la manta la invadió. —¡Tengo una idea! ¿Puedes encantar nuestro aburrido pergamino de historia para leérnoslo?

—Por supuesto —dijo. Sacó su pergamino de las *Guerras Antiguas de Pirria* de la mochila y lo puso sobre el escritorio. Con cuidado, esta vez mojó una garra en la tinta azul y escribió: *Encanta este pergamino de historia para que se lea a sí mismo en voz alta cada vez que un dragón diga: "¡Me voy a dormir!" y deje de leer cada vez que alguien diga: "¡Perdóname!".*

—Lunático —dijo ella cariñosamente.

—¿Listo? —Robó una esquina de la manta y se acurrucó a su lado con el pergamino de historia delante de ellos. —¡Me voy a dormir!

—Antiguas Guerras de Pirria —decía el pergamino. —Introducción. Todo dragón conoce la historia del Abrasamiento y los cambios y alineamientos tribales que le siguieron, pero puede que muchos no se den cuenta de que quinientos años después, el continente de Pirria estaba en un estado de guerra constante.

—Carroñeros gritones —dijo Clarividente. —¡Suena igual que la profesora Verdades!

—¡Tan aburrida, pero también muy desconfiada de todos nosotros! —Acechador Oscuro estuvo de acuerdo.

Se reían tanto que no oyeron abrirse la puerta principal.

No oyeron los pasos de las garras acercándose.

No se dieron cuenta de que el dragón estaba en la puerta, mirándoles a ellos y al pergamino parlante, hasta que habló con una voz atronadora y quebradiza como un glaciar.

—¿Qué está pasando aquí? —gruñó el príncipe Ártico.

Capítulo 13

Clarividente

Acechador Oscuro se puso en pie de un salto y se enfrentó a su padre, azotando con la cola.

Clarividente agarró el pergamino de historia y le susurró: —Perdóname. La voz zumbona se detuvo.

Un silencio frío y amenazador llenó toda la casa.

—Esta es mi habitación —espetó Acechador Oscuro. —No eres bienvenido aquí.

Ártico entró. Parecía estar creciendo mientras Clarividente lo miraba. Nunca había visto un Ala Helada de cerca. No se había dado cuenta de que en realidad irradiaban un escalofrío de sus escamas, como un glaciar siseante, con colmillos. Sus escamas eran de un blanco pulido con toques de azul pálido, pero no tan brillantes como ella esperaba. Parecía un poco... arañado, como si necesitara rodar por la nieve para limpiarse.

Sus ojos eran del color de un cielo despejado; eran penetrantes pero cansados al mismo tiempo. Se preguntó si tendría problemas para dormir tan lejos de su reino y con un horario en el que todos permanecían despiertos toda la noche y dormían todo el día. Debía de echar de menos el hielo y la nieve. Debía echar de menos a su familia, a su tribu, todo aquello con lo que había crecido. No podía imaginarse estar tan lejos de casa, rodeada de dragones que no se parecían en nada a ella.

Mientras lo miraba fijamente, una visión se clavó en su cerebro: Ártico sosteniendo uno de los dibujos de Nívea de Sanguinaria, con lágrimas medio congeladas goteando de sus ojos. Parpadeó, intentando no caer en las visiones. A veces le ocurría cuando conocía a un nuevo dragón, sobre todo a uno importante con un futuro alarmante. Pero aquí, en esta sala con estos dragones, quería llamar la atención lo menos posible.

—¿Has encantado ese pergamino para hablar? —preguntó Ártico, mirando fijamente a su hijo.

—Sí —respondió Acechador Oscuro. Levantó la barbilla desafiante.

—Así que. Ártico exhaló una pizca de aliento helado. —Eres un animus después de todo.

—Supongo que sí —dijo Acechador Oscuro.

Clarividente no podía imaginarse mantener una conversación con sus padres con tan pocas palabras y tantos sentimientos gigantescos sin expresar. Se alegró mucho de no ser una lectora de mentes en ese momento. Sólo podía imaginar los furiosos pensamientos que se empujaban y arañaban unos a otros en el aire ahora mismo.

¡El pergamino! recordó de repente. No el pergamino de historia... sino el tocado por un animus. El que contiene todo el poder de Acechador Oscuro. El que Ártico no debería descubrir nunca jamás.

Estaba abierto sobre el escritorio y mostraba los encantamientos de Acechador Oscuro con su letra irregular y desordenada.

Ártico aún no se había dado cuenta. Clarividente dio un paso lateral hacia el escritorio, y luego otro cuando nadie la miró. Los dos dragones parecían estar probando si era posible congelar a alguien sólo con los ojos.

—¿No has oído ni una palabra de lo que te he dicho —gruñó Ártico — sobre los peligros de usar la magia animus frívolamente?.

—No necesitaba oírlo —dijo Acechador Oscuro. —Puedo verlo en cada punto podrido de tu alma. Pero no tienes que preocuparte por mí; nunca seré nada como tú.

Clarividente hizo una mueca de dolor. Parecía más cruel de lo necesario.

Otra visión pasó por su mente: Ártico cortando la garganta de un Ala Nocturna que no conocía, con dos Alas Heladas acechando en las sombras detrás de él.

Eso fue... preocupante.

—Usé mi magia para mantener viva a tu madre —siseó Ártico. —La usé para ayudarla a escapar de los Alas Heladas que la querían muerta. Sólo la he usado por necesidad, nunca para hacer juguetes con los que impresionar a dragonas. Lanzó una mirada fulminante a Clarividente, que se quedó inmóvil frente al escritorio, esperando que sus alas ocultaran bien el pergamino.

—Eso ni siquiera es cierto —dijo Acechador Oscuro acaloradamente. —Sé lo que le hiciste a Madre cuando os conocisteis. Todavía lleva ese pendiente todo el tiempo.

Ártico siseó. —Eso es diferente.

—¿Por qué? —dijo Acechador Oscuro. —¿Porque tú y Madre tenéis un gran amor? ¿Por el que vale la pena empezar una guerra? —Hizo una pausa. —Vaya, eso es lo que piensas.

Una guerra, una guerra, una guerra, resonaba en la cabeza de Clarividente, que sintió cómo las visiones se apoderaban de ella. *¡Ahora no!* intentó dominar su poder, pero continuaron.

Sanguinaria blandiendo una larga lanza, en medio de una batalla, Alas Heladas y Alas Nocturnas enfrentados sobre un amanecer desértico.

Ártico muriendo en un charco de sangre azul real de Ala Helada.

Ártico conduciendo a Nívea a través de un palacio de hielo, con sus las alas temblorosas.

Acechador Oscuro con una lanza en el pecho, sus ojos se quedaban en blanco.

Ártico en la prisión de exhibición de la reina Vigilancia, gritando furiosamente a través de los barrotes.

Un escuadrón de Alas Nocturnas siguiendo a Ártico en la batalla contra un mar de dragones blancos.

Acechador Oscuro escribiendo en su pergamino a la luz del fuego, escribiendo como si su vida dependiera de ello.

Había tantas cosas, tantos caminos por delante, y la mayoría de ellos tendían hacia una terrible violencia. Este Ala Helada perdido no tenía casi ninguna posibilidad de un futuro pacífico. Traicionado, traidor, asesinado, asesino; la muerte y la traición le rodeaban con sus vastas alas, hiciera lo que hiciera.

¿Era ése el precio de su magia animus? ¿Había perdido ya demasiado de su alma por su poder?

¿Puedo salvarlo? ¿Puede alguien?

—¿Qué le pasa? —La voz de Ártico no era tan dura como ella había esperado. Sonaba realmente preocupado.

Clarividente abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba agachada, con las garras pegadas a la cabeza y las alas plegadas a su alrededor. Acechador Oscuro estaba a su lado, tocándole suavemente la espalda.

—¿Estás bien? —dijo. —¿Qué has visto?

—No estoy... segura —dijo. Parecía decepcionado, pero era cierto. Todas aquellas visiones no podían hacerse realidad; necesitaba estudiarlas para averiguar en qué orden habían sucedido, cuáles eran las más probables, cuáles eran los puntos de inflexión que habían conducido a cada una de ellas. Y cómo detenerlas, o qué línea temporal era la menos horrible. Si había alguna forma de sacar a este Ala Helada del abismo que le esperaba.

Y salvar a Acechador Oscuro, susurró su voz interior, recordando la peor de las visiones. Estaba segura de que no debía contárselo a Acechador Oscuro. Se preguntaba si él mismo la habría visto, si habría seguido el camino que llevaba de su padre a su propia muerte, y si eso era parte de la razón por la que se odiaban tanto.

—¿Eres una vidente? —dijo Ártico, entrecerrando los ojos. —Eso parecía bastante una visión. ¿Tienes alguna profecía para compartir?

Negó con la cabeza, pero de su interior brotaban palabras que normalmente sólo escribía. —Cuidado con tus dos reinas —susurró. Ártico se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos. —Cuidado con tu propio poder. Tus garras te traicionarán en tu hora final.

Cerró la boca. Odiaba ese tipo de profecías, las que te poseían y confundían a todo el mundo. Del tipo que Omnisciente enseñaba a sus alumnos a imitar. Si le preguntabas a Clarividente, a los dragones no les servía de nada decirles cosas vagas y misteriosas sobre el futuro, que luego trataban de interpretar, adivinar, cumplir y evitar.

No. Sin la charla de fantasía, podía dar a todo el mundo información real: detalles, un plan de acción, conocimientos para guiarles por el buen camino. Sólo tenía que concentrarse y resolverlo.

Pero la mente de Ártico ya estaba dando vueltas a las posibilidades, intentando adivinar qué significaban sus palabras.

—Tengo que apuntarlo —dijo, dirigiéndose hacia el escritorio y el pergamino de Acechador Oscuro.

—Aquí no, son mis deberes —dijo Clarividente rápidamente. Barrió el tintero del pergamino y lo enrolló, deslizándolo rápidamente en su estuche. —Debo irme. Te veré mañana en la escuela, Acechador Oscuro. Gracias por... estudiar conmigo. Estuvo a punto de decir "gracias por el brazalete" pero estaba segura de que él no quería que su padre se enterara de ningún otro hechizo de animus que hubiera lanzado.

—Espera —dijo Acechador Oscuro mientras deslizaba su pergamino en su bolsa. —Yo...

—No te preocupes —dijo ella, rozando ligeramente su ala con la suya. —Me ocuparé de nuestro proyecto —Lo traería de vuelta mañana, cuando fuera seguro.

Retrocedió rápidamente hacia la puerta, pero Ártico no pareció notar su nerviosismo ni nada sospechoso en el pergamino. Seguía aturdido por la profecía, murmurándola para sí y estudiándose las garras con preocupación.

Mientras se alejaba volando, Clarividente se preguntó si había algo en su profecía... algo de lo que debiera preocuparse.

— *Cuidado con tus dos reinas; cuidado con tu propio poder. Tus garras te traicionarán en tu hora final.*

Al menos no decía nada sobre Acechador Oscuro, se dio cuenta. Pero Ártico seguro que está más preocupado por él ahora que sabe que Acechador Oscuro es un animus.

¿Cómo había sido tan descuidada como para dejarse atrapar por Ártico?

Debería haber sabido que él llegaría pronto a casa.

Debería haber protegido mejor a Acechador Oscuro.

Excepto que... ahora podía sentir algo en las cambiantes líneas temporales. Algo en los eventos de hoy tendría efectos en el futuro.

Algunas de ellas terribles... pero otras buenas.

Alguien vendrá, susurró su voz de vidente.

¿Fue una de las cosas buenas, o una de las cosas terribles?

Sólo hay una manera de averiguarlo, pensó. *Bueno, dos maneras: Puedo esperar y ver qué pasa. O puedo ir a casa y tratar de estudiarlos a tod a s.*

Atrapó una corriente de aire y se zambulló en ella, volviendo a casa en picado hacia sus pergaminos y sus notas tan rápido como sus alas podían llevarla.

Capítulo 14

Braza

Braza arrastró la cola por los pasillos hasta llegar a la sala del trono de su hermana. Una citación de la reina: esto no podía ser bueno.

Había pasado más de un año desde la masacre. Un año largo y solitario.

Había cumplido su promesa; se había mantenido alejado de Índigo, aunque eso le hacía sentir como si le hubieran cortado las alas.

Era difícil dividir su pena, cuando tenía tantos dragones por los que llorar... sus primos, su tío, su reina, sus padres sobre todo, pero incluso su abuelo, o al menos el abuelo que creía conocer.

Sin embargo, perder a Índigo... la mayoría de los días era lo peor de todo.

Como dragona que detuvo la masacre, Índigo era la heroína del Reino del Mar. Perla había cumplido su palabra: Índigo había sido ascendida inmediatamente a la guardia de honor de la reina y asignado al escuadrón que protegía a la propia reina, día y noche. Perla rara vez dejaba que Índigo se apartara de su lado... lo que sin duda facilitaba que Braza la evitara.

Hacía meses que no veía a ninguna de las dos, ni siquiera de lejos. Pasaba la mayor parte del tiempo estudiando en silencio en una habitación trasera del Palacio Profundo, solo.

Ya no sabía qué iba a hacer con su vida.

Los tres guardias de la puerta de la sala del trono lo vieron llegar y se erizaron peligrosamente, con las lanzas preparadas y los dientes enseñados. Esa era más o menos la forma en que la mayoría de los Alas Marinas reaccionaban a él en estos días. Lo entendía. No podía mostrar su alma como prueba de que aún tenía una.

Braza se detuvo a varios pasos de los guardias e inclinó la cabeza. —La reina Perla envió un mensaje pidiéndome que la atendiera en la sala del trono.

Los guardias hablaron en murmullos suspicaces y luego uno de ellos se metió dentro. Unos minutos después, volvió a salir y le hizo señas.

—De acuerdo —dijo. —Entra. Pero te estamos vigilando, animus.

Asintió y se escabulló entre la barricada de puntas afiladas y ojos poco amistosos.

Perla estaba en su trono, con otra fila de guardias montados al otro lado de la habitación entre él y ella. Seguramente sabía que eso no serviría de nada. Si se volvía malvado, podría matarla sin importar lo que hicieran los guardias. Ni siquiera tendría que estar aquí, frente a ella.

Pero todo formaba parte de la actuación: asegurar al tribunal que era fuerte, segura e invulnerable. Una demostración de fuerza era lo que necesitaban ver.

Se había prometido a sí mismo que no lo haría, pero sus ojos recorrieron la habitación en contra de su voluntad, buscando escamas de color azul púrpura intenso.

Y allí estaba ella, de pie justo detrás de su hermana. Mirando la lanza en sus garras. Lista para morir por su reina.

Un maremoto se abatió sobre él, recuerdos, añoranza y desesperación que le sacaban el aire del pecho. Recordaba pintar con las garras con Índigo cuando eran dragonets diminutos, mojando las garras en pintura azul y dorada y pisoteando los pergaminos del otro hasta que ella lo derribó y él acabó rodando patrones de escamas doradas por sus pinturas, pegajoso y encantado de sí mismo.

Recordó las horas que había pasado tallando aquel primer delfín para ella, intentando que quedara perfecto. Recordaba haber nadado y buceado con ella, rellenando sus diarios de peces hasta que habían visto todas las

variedades del mar. Recordaba cómo se burlaba de él por tomarse tan en serio a sus tutores.

Recordaba haberle ajustado las perlas al cuello, el latido de su corazón tan cerca del suyo. Recordaba haberla abrazado mientras le devolvía la vida a su cuerpo, sus lágrimas cayendo como lluvia sobre sus maltrechas escamas.

Lo volvería a hacer, pensó. *Una y otra vez, cualquier cosa para salvarla. Entregaría toda mi alma, dejaría que se desmoronara en la oscuridad, si fuera necesario.*

Perla seguía teniendo razón sobre él e Índigo, incluso después de todo este tiempo separados.

—Hola, hermano —dijo la reina Perla, y él obligó a sus ojos de nuevo a ella.

Su rostro era cómplice, cauteloso, como si ponerle en la misma habitación que Índigo fuera una prueba y ella estuviera viendo cómo la fallaba.

—Su Majestad —dijo con una reverencia.

—Mira quién ha venido a casa —dijo ella, agitando la cola hacia un Ala Marina que se enroscaba unos pasos por debajo del trono.

Braza tardó un buen rato en reconocerlo. La última vez que había visto a su primo Corriente, estaba riendo y bromeando con el resto de la familia. Cuando no volvió a aparecer tras la masacre, todos supusieron que había sido herido y había muerto en algún lugar del océano.

Pero aquí estaba, vivo... y sin embargo este dragón no era el primo confiado y de sonrisa fácil que Braza recordaba. Este dragón era delgado y temblaba constantemente, y no podía mirar a Braza sin retroceder.

—¿Corriente? —dijo Braza.

—Yo n-n-no... y-yo no... —tartamudeó Corriente.

—¿Dónde has estado? —preguntó Braza, preocupado. Se acercó un paso.

Los guardias alzaron sus lanzas y Corriente se sobresaltó tanto que casi se cae.

—Nunca lo adivinarás —dijo Perla, y por un momento oyó a su hermana bajo la voz regia, entusiasmada por conocer un secreto que él desconocía.

—¿Otro reino? —dijo él.

—El Reino de la Noche —dijo ella.

Braza alzó las cejas. Aquello era lo más lejos que podía llegar alguien del Palacio Isla sin convertirse en un carámbano.

Pero, ¿por qué Corriente había estado fuera tanto tiempo? Debe haber oído las noticias sobre la nueva reina de los Alas Marinas, incluso a través del continente.

—N-no quiero verle —susurró Corriente, tapándose los ojos. —P-por favor, no me obligues.

Perla suspiró. —De acuerdo. Llevároslo —dijo a uno de los guardias, y por un horrible momento Braza pensó que eso era todo... menos de un minuto de estar en la misma habitación con Índigo, como para atormentarlo antes de arrancarla de nuevo.

Pero el guardia se dirigió a Corriente, agarró al Ala Marina por el ala y lo sacó de la sala del trono.

—Corriente ha sido un... invitado... de la reina Ala Nocturna todo este tiempo —dijo Perla, viéndolo partir. —Y ahora finalmente lo ha enviado de vuelta con un mensaje, y una oferta.

Oh, oh. Su pulso latía ominosamente en su cráneo. *Aquí viene. La razón por la que fui convocado.*

Perla agarró una tablilla y miró las palabras como si le costara encontrarse con los ojos de Braza. —Al parecer, los Alas Nocturnas de repente tienen un animus propio. El primero.

—Pero... —Braza comenzó.

—¿Cómo? —le cortó ella. —¿Recuerdas los rumores sobre ese príncipe Ala Helada que huyó con una Ala Nocturna? Debían de ser ciertos. Este animus es su hijo, un dragón llamado Acechador Oscuro.

Otro animus por ahí.

¿Va a matar también a toda su familia?

—Al parecer, Corriente le contó a la reina Vigilancia todo sobre Albatros y la masacre —dijo Perla. Frunció ligeramente el ceño. Braza sabía que llevaba mucho tiempo queriendo ocultárselo a las demás tribus. —La reina Vigilancia está, naturalmente, preocupada por si su animus podría enloquecer homicidamente también. Dice que, al parecer, es bastante descuidado con su magia, por mucho que su padre, el Ala Helada, le advierta de sus efectos.

Una punzada de culpa y miedo atravesó el pecho de Braza.

—Tenemos que hacer algo —gritó. —¡Alguien tiene que detenerlo!

—Estoy de acuerdo —dijo Perla, un poco sorprendida por la urgencia en su voz. —Alguien va a detenerlo. Tú.

Braza miró a su alrededor, a todos los ojos azules y verdes que le clavaban en el suelo. —¿Yo?

—Te vamos a enviar al Reino de la Noche. Perla golpeó limpiamente la tablilla contra el brazo de su trono. —La reina Vigilancia te dará cobijo y te presentará a este animus. Le contarás tu triste historia y le enseñarás el error de sus caminos.

Pero nadie me escucha. ¿Por qué iba a escucharme alguien?

—Y entonces los Alas Nocturnas serán nuestros nuevos aliados —dijo Perla, examinando sus garras. —Todos ganan.

Junto a la reina, Índigo levantó por fin la vista y se encontró con los ojos de Braza.

—Pero —soltó ella, y Perla le lanzó una mirada peligrosa.

Índigo siguió adelante con valentía. —¿Pero es seguro para... es seguro? —le preguntó a la reina. —¿Y si esto es una trampa de los Alas Nocturna para robar nuestro animus, como robaron el de los Alas Heladas?

—Esa historia no tiene sentido —dijo Perla, poniéndose ya en pie para salir de la habitación. Se detuvo para mirar a Braza. —¿Quién querría un animus?

Por un momento, se dio cuenta de la cruda realidad.

—Su Majestad —dijo Índigo bruscamente. Sus garras se clavaron en la madera de su lanza. —Pido permiso para acompañar al príncipe Braza al Reino de la Noche. Como jefa de su guardia personal.

A Braza le dio un vuelco el corazón y enseguida se hundió. *¿Conmigo? ¿Índigo y yo, juntos?* Era lo que quería, desesperadamente, pero también era demasiado peligroso, y Perla nunca lo permitiría.

Perla entrecerró los ojos mirando a Índigo. —¿Quién dice que voy a enviar a algún guardia con él?

—Muy divertido, mi reina. Sé que eres demasiado sabia para enviar a un poderoso y mágico miembro de la familia real a un reino lejano sin vigilancia —dijo Índigo. —Podrían ocurrirle todo tipo de cosas terribles. Ese otro animus podría matarlo.

Braza pensó que tal vez a Perla no le importara en absoluto. Era una forma cómoda de deshacerse de un dragón que incomodaba a todo el mundo... y si no volvía nunca más, bueno, problema resuelto para siempre.

—Por favor, Su Majestad. Índigo plegó sus alas y se inclinó respetuosamente. —Parece que el animus Ala Nocturna podría ser una amenaza. Podría evaluar la situación e informarle. No temo a su magia.

—¡Ella puede salvar a todos de él! —gritó uno de los consejeros de la reina.

—¡Es cierto! —gritó otro. —¡Envía a la Cazadora Animus!

—¡Debería estar dondequiera que haya peligro de un dragón animus! ¡Puede detenerlo antes de que amenace nuestro reino!

—¡Sí! ¡Puede matarlos a los dos si tiene que hacerlo!

Hubo una pausa incómoda tras el último grito. Braza no miró deliberadamente a su alrededor para ver quién lo había dicho. Sabía que bastantes de ellos lo estaban pensando.

¿Es eso lo que Índigo está pensando? ¿Que podría tener que proteger al mundo de mí?

Por la expresión de la cara de Perla, supuso que la reina dudaba mucho de que Índigo fuera capaz de conseguirlo. Pero también estaba atascada. No podía negarle a la Heroína de la Masacre, la Cazadora Animus, lo único que Índigo le había pedido, no delante de su corte.

No necesito guardias —se obligó a decir. —Puedo ir solo.

Índigo le lanzó una mirada herida y él se sintió como la babosa más baja del océano.

Se incorporó y apartó los ojos de él. —Con todo respeto, Su Majestad —dijo. —Su animus no debería salir del reino sin supervisión.

—Muy bien —dijo Perla, con una expresión como si acabara de tragarse una ostra en mal estado. —Te asignaré otros dos guardias, y podrás acompañar a mi hermano al Reino de la Noche.

Se dio la vuelta con un batir de alas y salió de la sala del trono agitando la cola con furia. Tal vez, después de todo, era un buen momento para viajar al otro lado del mundo.

Y estaré con Índigo, pensó. *Sé que no debería alegrarme por eso. Debería estar aterrorizado.*

Los guardias avanzaban para acompañarlo a la salida, pero al otro lado de la sala pudo atraparla y sostenerle la mirada un momento.

No pudo leerle la cara. ¿Estaba enfadada con él? ¿Realmente se iba con él porque no confiaba en él?

¿O está preocupada por est e otr o anim us?

Se dio cuenta, con una oleada de culpabilidad, de que estaba volando directamente hacia un peligro nuevo, desconocido y potencialmente enorme... y estaba arrastrando a Índigo con él.

PARTE 2 | Capítulo 15

Acechador Oscuro

La primera invitación al palacio llegó dos meses después de que Ártico descubriera que Acechador Oscuro era un animus.

Acechador Oscuro sabía lo que se avecinaba, y no por ninguna visión profética. Lo esperaba desde la noche en que Ártico se lo contó todo a Sanguinaria, en la cena después de que Clarividente se hubiera ido. Llevaba toda la noche escuchando cómo Ártico se debatía entre contárselo a alguien o no. En realidad le hizo que le cayera bien su padre un poco cuando Ártico finalmente decidió que no podía soportar para mantenerlo de Sanguinaria.

—¿Sabías —había dicho Ártico clavando sus garras en el conejo de la mesa —que nuestro hijo nos ha estado ocultando un secreto?

—Sé que hoy ha venido una chica —había respondido Sanguinaria. Sonrió a Acechador Oscuro. —¿Cómo se llama?

—Clarividente —dijo Acechador Oscuro, devolviéndole la sonrisa. —Te gustará, Madre.

Ya no había necesidad de esconderla. Ártico estaba demasiado desconcertado por su profecía como para molestarla o intentar arruinar su relación.

—Tiene toda la razón —dijo Nívea. —Definitivamente azul en el interior. Me gusta cómo teje.

Acechador Oscuro no tenía ni idea de lo que eso significaba. Nunca había visto tejer a Clarividente. Pero el hecho de que a su hermana le gustara era todo lo que necesitaba saber.

—¿Cuándo vamos a conocerla? —había preguntado Sanguinaria, con los ojos brillantes.

—Ese no es el secreto —ladró Ártico. —Presta atención. Acechador Oscuro es un animus. Probablemente lo ha sabido durante años sin decirnos. Y está usando su magia.

Sanguinaria dejó caer su conejo y miró fijamente a Acechador Oscuro.

—Hermano mágico —dijo Nívea pensativa. Extendió la pata por encima de la mesa, levantó una de las patas de Acechador Oscuro y le dio la vuelta, trazando las líneas de las escamas. —Está bien; no va a nevar durante un tiempo.

—Gracias —dijo Acechador Oscuro con una sonrisa, resistiendo el impulso de abrazarla. Percibió un nuevo miedo en sus dos padres, pero nada diferente en el paisaje estelar de la mente de Nívea. No sabía lo que estaba pensando, pero sabía que lo amaba con toda su rareza, del mismo modo que él la amaba a ella.

Se encogió de hombros ante Sanguinaria. —No es para tanto.

—Sí lo es, en realidad —dijo. Se frotó el hocico entre los ojos. —Oh, Madre se va a poner muy contenta.

Acechador Oscuro y Nívea rara vez veían a su abuela, que solía ser una de las consejeras más cercanas de la reina Vigilancia. Había sido ascendida después del fracaso con Sanguinaria y su visita diplomática al Reino Helado, aunque la reina había perdonado oficialmente a Sanguinaria. La abuela siempre había mirado por encima del hombro a la descendencia híbrida de Sanguinaria, murmurando que la única forma de que este lío hubiera merecido la pena era que uno de ellos hubiera resultado ser al menos un animus.

Va a ser muy bonito, pensó Acechador Oscuro. La abuela tendría que admitir que tal vez el amor prohibido de Sanguinaria no era el mayor error que un Ala Nocturna había cometido. Porque si trajo sangre animus a la tribu Ala Nocturna... ¿seguramente eso valía una pequeña guerra con los Alas Heladas?

Y entonces tal vez incluso tendría que ser amable con su hija de vez en cuando. Acechador Oscuro disfrutaría viendo eso.

—Se va a comer la lengua —asintió Nívea.

—Qué asco —dijo Acechador Oscuro, haciéndole una mueca. Ella soltó una risita.

—¿Cómo propones que lo atamos? —preguntó Ártico a Sanguinaria. Acechador Oscuro vio burbujeantes destellos de ideas en su mente... cosas que podría encantar para mantener a su hijo bajo control.

—Deja de pensar lo que estás pensando —dijo Acechador Oscuro en voz baja, peligrosamente.

Ártico le dirigió una mirada cortante. —Deja de escuchar lo que estoy pensando.

—No puedes permitirte volver a usar tu magia —dijo Acechador Oscuro. —Te destruirá. Terminarás como ese Ala Marina. Lo sé; puedo ver los agujeros en tu alma.

En el interior de Ártico había una pizca de auténtico miedo, lo que sorprendió un poco a Acechador Oscuro. Ártico no sólo estaba más preocupado por su alma de lo que Acechador Oscuro esperaba, sino que al parecer también creía que Acechador Oscuro podía ver lo cerca que estaba de convertirse en malvado.

Al otro lado de la mesa, Nívea asintió. —Una vez comí una manzana así —dijo con pesar.

Sanguinaria se inclinó hacia Acechador Oscuro. —Si puedes ver el daño que le ha hecho a tu padre —dijo —¿No te asusta? ¿No te hace querer tener cuidado?.

—No estoy dañado —gruñó Ártico, pero internamente estaba contando todas las veces que había usado su magia. *Debe ser la magia que usé para escapar del r eino Helado. O el hechizo que impide que la magia de Madre*

actúe sobre mí. Pero esos encantamientos eran necesarios... ¿De verdad me volveré loco si vuelvo a usar mi poder? Debería hacer algo para contener a mi hijo... pero ¿y si me vuelvo malvado y hago daño a Sanguinaria?

—Sí —respondió Acechador Oscuro a su madre. —No te preocupes, Madre. Tengo cuidado —Extendió las garras. —No hay manchas en mi alma.

—Sólo rayas —dijo Nívea, y se echó a reír.

Vaya, pensó Sanguinaria, mirando a su hija con expresión de desconcierto. *¿Por qué ninguno de mis dragonets puede ser al menos un poco normal?*

—La vida es más interesante así, ¿verdad? —dijo Acechador Oscuro, y ella le sonrió.

Al otro lado, podía oír a su padre pensando cosas venenosas.

Incluso después de todos estos años entre los Alas Nocturnas, y a pesar del poder de su propio hijo, Ártico no podía ocultar lo que pensaba y ni siquiera se molestó en intentarlo. *Odio cuando se comunican así,* pensó en un oscuro gruñido. *Yo no puedo saber lo que ella piensa, ¿pero él sí? Y no le importa que él invada así su mente. Alas Nocturnas y sus horribles poderes.*

—Deberíamos decírselo a la reina Vigilancia —dijo Sanguinaria. —¿No deberíamos? —Se preocupó en la esquina de la mesa. *Es lo correcto, como Ala Nocturna leal (y para demostrar que soy una Ala Nocturna leal, a pesar de las sospechas de todos) ¿ P ero qué hará la reina al respecto? ¿Intentará utilizar a mi hijo? ¿Qué le pedirá que haga?*

—Hablemos de eso en privado —dijo Ártico.

—Oh, bien —dijo Acechador Oscuro. —No hay razón para involucrarme en esa decisión.

Pero lo había dejado caer, sabiendo que decidirían contárselo a la reina. No le importaba si lo hacían. Estaba listo para que toda la tribu lo supiera.

Lo que no tardó mucho, porque Nívea empezó a mencionarlo en la escuela. Guardar secretos no era algo que hiciera. Acechador Oscuro tenía a veces la impresión de que pensaba que si ella sabía algo, todo el mundo debía saberlo, como si todos compartieran una misma mente.

Así que ella deslizaba comentarios sobre su poder de animus en conversaciones ordinarias, sin parecer darse cuenta de cómo le explotaban las mentes. Era divertido de ver.

De repente, Acechador Oscuro tenía multitud de nuevos amigos entre los que elegir.

Todo el mundo trataba a Clarividente como si fuera de la realeza, o al menos afín a ella. Sus profesores eran más cautos con sus críticas, más propensos a querer sus ideas. Ya nadie se burlaba de su hermana. Y todos los dragones más viejos a su alrededor parecían sentirse con derecho a hacerle miles de preguntas fisgonas a diario sobre su nuevo poder.

Le gustaba ser el primer animus de la tribu Ala Nocturna.

Entonces llegó la primera invitación al palacio, y Acechador Oscuro se reunió con la reina en un incómodo encuentro privado, en el que le aseguró que estaba deseando escuchar cualquier idea que tuviera sobre la mejor forma de utilizar su poder. Tal vez contra los Alas Heladas. Guiño, guiño. Le prometió que pensaría mucho en ello, para asegurarse de que todo lo que hiciera por ella valiera la pena por el riesgo que corría su alma, y luego ambos pensaron en la masacre de los Alas Marinas durante un minuto, y luego ella lo excusó rápidamente.

Pero siguieron más invitaciones, una tras otra. Cenas, té con la reina, fines de semana de caza, carreras, torneos y juegos: todo aquello de lo que él y Sanguinaria habían sido cuidadosamente excluidos durante años, incluso después de que Ártico se convirtiera en un elemento fijo de la vida de la corte. La reina Vigilancia estaba más interesada en lo que su poder podía aportarle que asustada por lo que pudiera ocurrirle. Lo quería cerca de ella, dependiente de ella, y a Acechador Oscuro le gustaba ir para poder estudiarla y ver cómo funcionaba la vida en palacio.

El único problema era que Clarividente se negaba a ir con él a las reuniones reales. Le decía que otros dragones llevaban invitados. Él podía llevar a su alma gemela. Pero ella quería ser invitada a palacio por méritos propios... haciendo algo para ayudar a la tribu y llamar la atención de la reina, no yendo del brazo de otro dragón.

No había mucho que pudiera hacer para hacerla cambiar de opinión. Pero sus visiones le decían que no pasaría mucho tiempo; había tenido una visión de ellos dos en palacio que estaba seguro que ocurriría pronto. Y mientras tanto, sólo tenía que soportar un montón de aburridas conversaciones en la corte.

Sin embargo, había algo diferente en esta última invitación. Mientras se preparaba en su habitación, sintió una extraña chispa de expectación.

Una fiesta de bienvenida. Eso es todo lo que había dicho. ¿Dar la bienvenida a quién?

Acechador Oscuro había mirado hacia el futuro inmediato y había visto un grupo de Alas Marinas, lo cual era sorprendente. Pero no se entretuvo en ello. Estudiar el futuro era la obsesión de Clarividente, no la suya. Sabía lo rápido y fácil que podía cambiar el futuro, por lo que intentar controlar todas las posibilidades era una pérdida de tiempo. Aceptaba las visiones que irrumpían en su cabeza, ya que solían ser advertencias. Y a veces miraba hacia el futuro en el que él y Clarividente estaban casados y tenían sus propios dragonets. Un futuro sin Ártico... ésa era la promesa que le hacía su don de previsión.

Sacó de su joyero un pendiente de plata que parecía una serpiente enroscada en su oreja. Estaba encantado para que todos los que lo conocieran pensaran que era excepcionalmente guapo y encantador. Clarividente le había hecho prometer que nunca lo llevaría con ella cerca.

—Me gusta verte como realmente eres —había dicho.

—¿Qué no es excepcionalmente guapo y encantador? —preguntó, medio en broma, medio ofendido.

—Lo suficientemente guapo —había dicho —con una cabeza que aún cabe por las puertas. Además, no me gusta ver a otros dragones halagándote.

—¿Celosa? —preguntó con una sonrisa.

—No, es que es... espeluznante —había respondido ella, sin bromear en absoluto.

Bueno, ella no estaría allí esta noche, y él debería intentar causar una buena impresión a quienquiera que fuera a ser bienvenido, seguramente.

El otro accesorio que eligió para la velada fue una banda para la cola, la última tendencia de la moda. También era plateada, como su pendiente, y estaba tallada para que parecieran escamas de dragón. Era un poco más pesada de lo que le gustaba y, además, le parecía ridícula. Pero ésta tenía un encantamiento especialmente útil, así que, aunque era poco manejable, no dejaba de ser una buena idea llevarla.

—¿Todavía te estás preparando?—Ártico exigió, metiendo la cabeza en la habitación de Acechador Oscuro. —La reina no estará contenta si llegamos tarde —Era de los que hablaban de prepararse: sus escamas blancas como la luna estaban realzadas por collares de azabache negro y esmeraldas verdes brillantes, y anillos a juego relucían en algunas de sus garras.

—Puedes seguir adelante sin mí —dijo Acechador Oscuro, tratando de no mostrar lo mucho que eso le complacería. Rara vez asistían a los mismos actos de la corte si podían evitarlo. Pero en este caso ambos habían recibido la orden expresa de asistir.

—Esperaré —dijo Ártico con un fuerte suspiro. *Necesito asegurarme de que llegue allí,* su cerebro murmuró. *Es una noche importante. No puedo llegar tarde. Una de las condiciones era que no debemos avergonzarla delante de los Alas Marinas. O de lo contrario ella los enviará de vuelta, o matarlos, o lo que ella planea hacer.*

Umm, Acechador Oscuro pensó para sí. Eso era misterioso. Pero si el destino de los Alas Marinas podía depender de su puntualidad, supuso que podía darse prisa.

Sanguinaria les esperaba junto a la puerta, con esmeraldas y piedras lunares blancas que complementaban las gemas negras de su padre... un truco que solían hacer con sus joyas. Les daba la ilusión de que hacían juego, de que encajaban a la perfección. Sanguinaria alargó la pata y ajustó una de las cadenas de Ártico; sus garras se deslizaron ligeramente por su cuello.

Va a estar bien, pensó. *La idea de Ártico es inteligente. Es justo lo que necesita Acechador Oscuro.*

—¿Yo? —le dijo Acechador Oscuro, repentinamente suspicaz. —¿Qué necesito?

—Fisgón entrometido —le gruñó Ártico.

—Ya verás —dijo Sanguinaria pacientemente, rozando su ala contra la de Acechador Oscuro. —Nívea, pórtate bien mientras estemos fuera.

—Nada de fiestas salvajes —bromeó Acechador Oscuro.

—Tú eres el que se va a lo salvaje —respondió Nívea desde su lugar junto a la chimenea sin levantar la vista de su pergamino.

—Oh —dijo Sanguinaria. —Muy bien, entonces.

Por lo general, Nívea no estaba incluida en las invitaciones. Se habían dado varias excusas, pero la verdad era que la reina aún no se sentía del todo cómoda con una híbrida tan evidente vagando por su corte. Nunca lo decía en voz alta, pero Acechador Oscuro podía verlo en los pensamientos que la reina Vigilancia trataba de ocultarle. Se sentiría más ofendido en nombre de su hermana, pero sabía que ella odiaría la formalidad de las funciones de palacio.

—Vamos —espetó Ártico con impaciencia. —Vamos, vamos.

Fue un corto vuelo hasta el palacio, que estaba iluminado de punta a punta, con la luz del fuego ardiendo en casi todas las ventanas. No había ningún prisionero en la jaula de exhibición, tal vez para no asustar a sus visitantes. Había empezado a caer una ligera llovizna, que los roció a cada uno con

destellos húmedos y vapor mientras avanzaban desde la cornisa del rellano hacia el gran salón de baile.

—El príncipe Ártico, Sanguinaria, y su hijo, Acechador Oscuro —anunció el dragón a la cabeza de la escalera. A Acechador Oscuro siempre le divertía oír la conmoción interior de su padre por no ser proclamado "príncipe Ártico de los Alas Heladas" ...aunque en realidad debería estar agradecido de seguir teniendo algún título real.

Las cabezas se volvieron hacia ellos en toda la sala, decorada para la velada con telas azules y verdes. En el suelo había pequeños estanques de roca y en las esquinas caían pequeñas cascadas. La mesa del banquete olía más a pescado, gambas y algas de lo normal.

En la escuela había clases especiales para los lectores de mentes, que les enseñaban a sobrevivir entre multitudes sin agobiarse. Acechador Oscuro, por suerte, había aprendido rápidamente a fundir las voces de todos en un segundo plano. Sabía que la mayoría de esos dragones eran demasiado aburridos para escucharlos.

—Hola, querido —dijo la reina Vigilancia, barriendo para captar la atención de Acechador Oscuro en cuanto llegó al pie de la escalera. Llevaba una corona ostentosa y sus alas estaban cargadas con una cantidad innecesaria de diamantes. Se la consideraba una de las reinas más astutas de la historia reciente de los Alas Nocturnas, y desde luego hacía un magnífico trabajo intimidando a sus hijas, hasta el punto de que ninguna de ellas había reunido aún el valor suficiente para desafiarla.

Pero Acechador Oscuro había estado dentro de su mente. Sabía que gran parte de su aparente amenaza se debía a un truco: el hecho de que hablaba muy poco, lo que permitía a los dragones que la rodeaban rellenar todos los huecos con su propio parloteo nervioso. También era muy paranoica, y a menudo acababa con las amenazas que percibía mucho antes de que fueran realmente peligrosas. Eso podía parecer astuto a los observadores externos, pero Acechador Oscuro pensaba que era un signo de su propia ansiedad y falta de poder ver el futuro.

—Su Majestad —intervino Ártico antes de que Acechador Oscuro pudiera hablar. —Te ves radiante y real, como siempre.

—Umm —dijo la reina, tocándose la corona. Acechador Oscuro se preguntó cómo su padre nunca se había dado cuenta de que ella no era susceptible a los halagos. Vigilancia encontraba los cumplidos muy sospechosos. El comentario de Ártico sólo la hizo pensar: *¿Qué quiere ahora este escurridizo Ala Helada?*

—¿Es esta la nueva composición de Tunesmith? —preguntó Acechador Oscuro, desviando su atención. Inclinó la cabeza hacia los músicos que tocaban en un escenario al final de la sala.

—Lo es —dijo Vigilancia, satisfecha.

—Tiene mucho talento —dijo Sanguinaria.

Nuestro compositor laureado podría estornudar una canción mejor que ésta, pensó Ártico con amargura. —¿Alguna noticia de la guerra? —le dijo a la reina.

Entornó los ojos hacia él, sólo un poco. En su mente: *Ya podría haber terminado si fueras de la más mínima ayuda* . Su mirada se detuvo brevemente en Acechador Oscuro y él la oyó preguntarse si sería más útil que su padre.

—Nada nuevo —dijo en voz alta.

La reina Vigilancia dejó uno de sus habituales silencios momentáneos tras este comentario, y Sanguinaria fue la primera en darse prisa a llenarlo. *Pobre Madre*, pensó Acechador Oscuro, *exactamente el tipo de dragona nerviosa con el que a la reina le encanta jugar.* Tendría que encontrar una forma sutil de hacer pagar a Vigilancia por incomodar tanto a su madre.

—Sin embargo, la semana pasada fue una batalla muy exitosa —dijo Sanguinaria. —Hicimos retroceder a los Alas Heladas y tomamos mucho territorio desértico, con muy pocas bajas. Y nuestro equipo de defensa aérea

es imbatible. Es un honor trabajar con ellos. Ningún Ala Helada entrará jamás en el Reino de la Noche con ellos de guardia.

Bueno, pensaron varias mentes a la vez, *excepto por el que ya está aquí.*

Ártico se permitió una pequeña y sombría sonrisa mientras Sanguinaria jugueteaba con sus garras.

—Umm —dijo de nuevo la reina. Se volvió hacia Acechador Oscuro. —Ven a conocer a alguien. Sus padres empezaron a seguirlos y hizo un gesto para detenerlos. —Vosotros no.

Sanguinaria era todo alivio y ansia por llegar a la comida, pero pequeños géiseres de resentimiento estallaban en el interior de Ártico cuando Acechador Oscuro se alejaba con la reina.

No parecerás tan engreída cuando los Alas Heladas entren en tu reino.

Acechador Oscuro se volvió para mirar atrás, preguntándose si había oído bien el último pensamiento de su padre. Pero Ártico se había desvanecido entre la multitud, su mente no era más que otra parte de la conmoción procedente de todos los demás dragones de la sala.

No importaba. Ártico tenía pensamientos amargos sobre la caída de la tribu Ala Nocturna todo el tiempo, pero ninguno de esos pensamientos se había llevado nunca a la acción. Acechador Oscuro estaba seguro de que no tenía que preocuparse por las fantasías traicioneras de su padre... no por un tiempo, al menos, de acuerdo con Clarividente.

La reina lo condujo a una zona acordonada con sofás bajos de color púrpura y mesas con bebidas espumosas. Cuatro Alas Marinas se encontraban en el interior, más atrapados que honrados. Dos de los hijos de la reina estaban charlando con ellos y una de sus consejeras había ocupado un sofá como si se hubiera rendido.

—Príncipe Braza de los Alas Marinas —dijo la reina, indicando a un dragón verde sólo un año mayor que Acechador Oscuro. Tenía un aura

extrañamente ansiosa, como si se estuviera agarrando al suelo con las garras para evitar salir volando por los aires. —Este es Acechador Oscuro.

El otro animus, pensó Braza con una sacudida de miedo. Dio un paso inconsciente y se acercó a la dragona que tenía al lado, cuyas escamas eran de un azul intenso casi púrpura. Aparentemente parecía más tranquila que él, pero su corazón latía tan deprisa como el suyo y por su cabeza pasaban imágenes aterradoras. Ninguno de los dos parecía afectado por el hechizo de su pendiente; estaban demasiado ocupados asustándose como para encontrarlo guapo.

Acechador Oscuro se dio cuenta de varias cosas a la vez.

Braza también era un animus.

Braza había estado en muchas de las visiones del futuro de Acechador Oscuro.

Braza estaba aquí para él.

Y: ambos dragones habían presenciado la masacre cuando el animus de los Alas Marinas se volvió violento... en una fiesta muy parecida a ésta.

No es de extrañar que estuvieran aterrorizados... una fiesta más un animus desconocido, donde ellos eran los invitados, como aquellos Alas Celestes que habían sido atacados.

Acechador Oscuro revisó el cerebro de la reina Vigilancia, pero no encontró malicia intencionada en él. No estaba tratando de traumatizar a los Alas Marinas. Simplemente no había pensado en el efecto que podría tener esta bienvenida en particular.

—Hola —dijo Braza, tratando de recordar años de lecciones de etiqueta. —E-encantado de conocerte. Estos son... mis guardias, Muelle y Pez León... e Índigo.

No es una simple guardia, supuso Acechador Oscuro, pero se comportaba como tal, fuerte y de aspecto serio. Los otros dos eran ruido de fondo,

irrelevantes para el futuro de Acechador Oscuro.

—Para mí también es un honor conocerte —dijo. *Tengo que sacar a este pobre Ala Marina de aquí.* —¿Alguien te ha mostrado ya la vista desde la Torre Real? ¿Puedo? —Se volvió hacia la reina. —Sé que tiene muchas obligaciones con sus invitados, Majestad. Hubiera preferido separar a Braza de los demás, pero podía intuir que Índigo nunca lo permitiría. —Me llevaré a Braza y a Índigo para un vuelo corto y volveremos pronto.

A la reina, como era de esperar, le pareció muy sospechoso, pero no se le ocurrió ninguna forma de detenerlo sin ofender a los Alas Marinas. —Por supuesto —dijo. Señaló con una garra a Acechador Oscuro. —Pero no tardes.

—Sí, Majestad. Se inclinó y extendió un ala para señalar el camino de salida del salón de baile, ignorando el tumulto de preocupaciones en el interior de ambos Alas Marinas.

¿Deberíamos insistir en traer a los otros dos guardias? se preguntaba Índigo, mientras Braza pensaba, *¿Nos lleva para matarnos?*

TRANQUILIZAOS, Acechador Oscuro, pensó con un gesto interno en los ojos. *Estoy intentando ayudaros.*

La salida más cercana conducía del salón de baile a uno de los jardines colgantes. El ruido de la fiesta se desvaneció tras ellos mientras los tres dragones volaban entre los árboles centenarios, donde el musgo y las lianas colgaban de las ramas como alas envueltas. Los espejos colocados por los jardines captaban y reflejaban la luz plateada de las tres lunas. Había dejado de llover, pero todo seguía brillando y las hojas mojadas revoloteaban húmedas en sus escamas.

Acechador Oscuro aterrizó en una pequeña isla de uno de los lagos creados por dragones.

La luz de la luna brillaba aquí, derramándose sobre las columnas de un templo que había sido construido para honrar a los primeros bibliotecarios del Reino de la Noche. *Damos gracias a aquellos que reunieron los*

pergaminos, que preservaron el conocimiento de las generaciones anteriores, etcétera, etcétera.

—Esto no parece una torre —dijo Braza, aterrizando pero manteniendo las alas desplegadas. Índigo dio una vuelta en picado alrededor de la isla y luego empezó a recorrer cada centímetro de ella, comprobando todos los rincones oscuros. Siguiendo con su concienzudo acto de guardaespaldas, cuando Acechador Oscuro pudo ver que lo que realmente quería hacer era poner sus alas alrededor de Braza y llevárselo lejos, muy lejos de aquí.

—Os estoy dando el gran tour —dijo Acechador Oscuro a Braza. —Bueno, en realidad, sólo estoy tratando de salvarte de esa horrible fiesta.

—Oh —dijo Braza, poniéndose nervioso. —No es... quiero decir, es muy amable por parte de la reina... yo sólo...

—Es una tortura —dijo irónicamente Acechador Oscuro. —Quiero decir, es una tortura para mí, y nunca me han matado a toda mi familia delante de mí en una fiesta así.

Índigo se detuvo y le miró fijamente. La mirada de Braza bajó hasta sus garras. —Oh, ¿nadie habla de eso en el Reino del Mar? —Acechador Oscuro adivinó. —Está bien, no lo haré si no queréis. Pero si te enviaron aquí para ser mi amigo, entonces no tienes que sufrir todo ese tedio diplomático... especialmente con el estrés postraumático adicional.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —dijo Braza.

—Porque los dos somos animus —respondió Acechador Oscuro.

Se oyó un chasquido suave, y Acechador Oscuro se dio cuenta de que Índigo sostenía de repente dos estrellas arrojadizas peligrosamente afiladas en sus garras.

—Índigo... —dijo Braza con ansiedad.

—Está aquí —dijo Índigo a Acechador Oscuro —para asegurarse de que no te vuelvas como su abuelo.

—Será una misión fácil —dijo encantadoramente Acechador Oscuro. —No soy un asesino en absoluto. Soy completamente encantador.

También lo era Albatros, pensaron ambos.

Índigo y sus estrellas arrojadizas no eran la verdadera amenaza aquí. El peligro era que estos dragones nunca lo vieran por sí mismo. Si sólo veían a Albatros cuando lo miraban, siempre le temerían, y eso podría hacer que uno de ellos hiciera algo estúpido.

Acechador Oscuro decidió centrar toda su atención en Braza.

—Escucha, si estás preocupado —dijo —¿por qué no haces algo? Podrías llamarlo un lector de almas. Podría asegurarte quién es inofensivo y lleno de alma, como yo, o quién está al borde de la furia asesina sin alma. Cooooomo yo no. Era una idea bastante buena, si el propio Acechador Oscuro lo decía. Podría utilizar uno de ellos para realizar un seguimiento del alma de Ártico, tal vez.

Pero Braza sacudía la cabeza furiosamente. *No puedo, no puedo, no puedo*, gritaba su mente.

—Muy bien, cálmate —dijo Acechador Oscuro, sorprendido. —Puedo hacerlo por ti.

—¡No! —Braza gritó. —No debes. Tienes que dejar de usar tu magia. Por eso estoy aquí, para ayudarte a parar.

Acechador Oscuro lo miró por un momento, escuchando el tornado de dolor, culpa y preocupación que, al parecer, había ocupado el lugar del pensamiento lógico en la cabeza de aquel dragón. ¿Debía contarle a Braza lo de su pergamino? Seguro que le tranquilizaría. Tal vez Braza podría incluso fabricarse uno y dejar de preocuparse tanto.

Por otra parte, aún no conocía a Braza. ¿Se le podía confiar un secreto tan grande?

Completamente, y para nada, susurró una visión a medias del futuro, que era bastante poco útil.

Aún no, decidió Acechador Oscuro. *Primero hay que conocerlo.*

¿Cómo voy a hacerlo? pensaba Braza. *He fracasado tanto antes. ¿Cómo puedo salvarlo a él y a todos?*

—No tienes por qué ser tan miserable —dijo Acechador Oscuro en voz baja.

Braza levantó la barbilla e Índigo pensó con tristeza: *Ojalá pudiera ayudarle.*

—Viviste algo horrible —Acechador Oscuro extendió una garra como si pudiera aplastar los recuerdos en sus garras. —Todo lo que necesitas hacer es encantar algo para que el dolor sea soportable. Sólo... un pendiente que te ayude a dejar de pensar tanto en ello. Un brazalete que alivie la pena o detenga los recuerdos.

Los ojos de Índigo se desviaron hacia las joyas de Acechador Oscuro, y la oyó preguntarse qué magia estaría usando ya con ellos. *Dragona inteligente,* pensó. *Debería tener cuidado con ella.*

—Tengo que acordarme —dijo Braza, mirando directamente a los ojos de Acechador Oscuro. Los suyos eran verde grisáceo, como océanos en miniatura después de una tormenta. —Nunca puedo dejar de pensar en ello *— Si no, podría pasarme a mí. Los recuerdos me aseguran mantener mi juramento a Perla.*

Su juramento se formó, palabra por palabra, en su mente, y Acechador Oscuro reprimió un suspiro. ¿Qué clase de animus renunciaba a todo su poder para siempre? ¿Qué clase de vida podía tener, siempre atormentado por el pasado y gobernado por el miedo?

—¿No quieres ser feliz? —Acechador Oscuro preguntó. —Puedo ayudarte con eso.

De repente, sintió el frío acero apretado contra su cuello. De repente, Índigo estaba detrás de él, con sus alas clavadas en las suyas, con la garganta en el filo del cuchillo. Se había movido con una rapidez asombrosa, y Acechador Oscuro vislumbró en su mente las horas que había pasado entrenando en el año transcurrido desde la masacre, haciéndose más fuerte y más rápida para que ningún dragón pudiera volver a hacerles daño ni a ella ni a Braza.

—¡Índigo, no! —Braza se quedó inmóvil, con los ojos clavados en la espada del cuello de Acechador Oscuro.

—Es demasiado peligroso —gritó Índigo. —Ya está intentando meterse con tu cabeza, ¿no te das cuenta? Esto no es seguro, Braza. Debería matarlo ahora mismo, para proteger a todos. *Para protegerte, confesó su mente.*

Acechador Oscuro levantó la cola en silencio. Un toque de la banda plateada de su cola, y ella estaría muerta. No era tan seguro como tener todo el poder de su animus en sus garras, a su disposición siempre que lo necesitara. Pero estaba seguro de que podría matarla antes de que ella lo matara a él.

Pero primero quería ver la reacción de Braza.

—No, Índigo, no podemos —dijo Braza. —No es Albatros... no ha hecho daño a nadie. *Todavía*, sonó en sus mentes. —Y matarlo podría iniciar una guerra con los Alas Nocturnas.

—O tal vez salvarlos —señaló. —Quizás salvar a toda Pirria.

—Pero quiero conocerlo —dijo Braza. —No parece peligroso. *Parece... parece que podría ser un amigo,* pensó el Ala Marina con nostalgia. El pendiente debe estar funcionando en él... junto con el encanto natural de Acechador Oscuro, por supuesto.

—Podría ser un truco... podría estar usando un hechizo contra nosotros ahora mismo —dijo Índigo. —Tal vez está planeando matarnos más tarde.

No, sólo a ti, pensó agradablemente Acechador Oscuro.

—Y apuesto a que puede leer mentes —añadió, apretando la hoja un poco más contra su garganta. —¿Puedes leer mentes? ¡No nos mientas!

Acechador Oscuro movió la cola un pelo más cerca de ella. —Sí puedo —dijo. —No es un secreto. Cualquier Ala Nocturna con escamas plateadas en forma de lágrima junto a sus ojos es un lector de mentes... ciertamente no soy el único en la tribu.

—¡Un animus que puede leer nuestras mentes! —dijo Índigo a Braza, con los pensamientos encendidos por la alarma. *Si Albatros hubiera podido hacer eso, ambos estaríamos muertos.* —Braza, esta podría ser nuestra única oportunidad de acabar con el dragón más peligroso de Pirria.

—Índigo —dijo Braza con tristeza. —Piensa un momento. ¿No es esto lo que nuestra tribu quiere hacerme?

Ummm. Interesante. Braza era más listo de lo que parecía... o al menos sabía exactamente qué decirle a esa dragona. Los pensamientos de Índigo chocaron contra un muro de simpatía y vaciló, luchando contra él.

Acechador Oscuro aprovechó el momento para comprobar los posibles futuros inmediatos. Que Índigo lo matara... bastante improbable. Que él la matara a ella... bastante fácil. Pero, vaya, eso destruiría a Braza. Oooh, de esa decisión podrían salir todo tipo de cosas terribles. Un animus desconsolado sin nada que perder sería una compañía bastante peligrosa.

Tengo que dejarla vivir... por ahora... y que piense que podría haberme matado, se dio cuenta. *Eso hará que Braza confíe aún más en mí.*

Pero si quiero que realmente confíe en mí, por el bien de nuestra futura amistad, tendré que deshacerme de ella de alguna manera. De alguna manera inteligente que él no sospeche.

Si no, siempre estará preocupado por lo que ella piense de él. Son sus ojos los que le hacen temer su magia. Sería mucho más feliz y estaría menos preocupado sin ella cerca.

Como yo, sinceramente. No me gustan especialmente los dragones que me apuntan con cosas afiladas.

—De acuerdo —dijo Índigo finalmente. Dio un paso atrás, sosteniendo aún las estrellas en sus garras. —Espero que tengas razón, Braza.

—Por favor, no te enfades —le dijo Braza a Acechador Oscuro. —Está tratando de protegerme. Es su trabajo.

Un pequeño parpadeo de dolor de Índigo. Era mucho, mucho más que su trabajo.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Acechador Oscuro, frotándose el cuello. —No estoy enfadado en absoluto.

Si estuviera enfadado , pensó Braza, *podría usar su poder contra nosotros ahora mismo. Podría haberlo usado para escapar de ella. Tal vez realmente se puede confiar en él, después de todo.*

Espero no haber hecho un terrible enemigo, pensaba Índigo.

Ja, ja, pensó Acechador Oscuro. *Desde luego que sí lo has hecho* .

—Oye, os prometí una vista desde la Torre Real —dijo, dando un codazo a Braza con una de sus alas. —Desde allí arriba se puede ver casi todo el Reino de la Noche. Vamos, tendremos mucho tiempo para hablar en serio más tarde.

Se elevó hacia el cielo, extendiendo las alas y dejando que la luz de la luna cayera en cascada sobre él. No hay por qué enfadarse, pensó. *De hecho, he aprendido mucho aquí esta noche.*

Pobre Braza, con toda su ansiedad y autodesprecio. Puedo mejorarlo.

Voy a mostrarle el don que es el poder de animus. Le daré una razón para alegrarse de estar vivo. Le quitaré el miedo y la culpa y los reemplazaré con alegría.

Y entonces, una vez que tenga algo más por lo que vivir... será cuando me ocupe de su problemática Índigo.

Capítulo 16

Clarividente

—Es una idea terrible —susurró Clarividente, inclinando las alas para atrapar el viento. Debajo de ellos, la escuela estaba oscura y quieta, como si toda la luz y el ruido hubieran sido absorbidos por la fiesta en el palacio de al lado.

Acechador Oscuro estaba allí esta noche, de nuevo, pero eso era lo mejor, ya que significaba que no podía detenerla de hacer esto, o incluso darse cuenta de que lo estaba haciendo.

—Tal vez vea que aprendes una valiosa lección de tus errores criminales —dijo Clarividente con ligereza. —Tal vez necesites que te atrapen para que eso ocurra.

Oyente la miró con desconfianza. —Tú no me harías eso.

—Tal vez esta sea la única manera de salvarte de caer en una espiral de crimen e infamia. Clarividente puso su cara más piadosa.

—¡Deja de asustarme! —Oyente golpeó a Clarividente con la cola y Clarividente empezó a reírse tan fuerte que casi pierde la corriente de aire que la sostenía.

—Además —dijo Oyente, dirigiéndose hacia la entrada superior de la escuela —no somos criminales, ¡somos heroínas! Estamos liberando a los oprimidos. ¡Corregimos todos los males! ¡Salvamos el día!

—No creo que los profesores lo vean así —señaló Clarividente. Aterrizaron y entraron con cuidado en el oscuro pasillo en espiral que conducía a las aulas. Los proyectos y las obras de arte de los alumnos se alineaban en las paredes y se iban enfocando a medida que su visión nocturna se ajustaba. Aquí estaba el estudio de investigación de un estudiante sobre el camuflaje

de los Alas Lluviosas; allí había un diagrama que comparaba la fisionomía de los Alas Lodosas y de los Ala Marinas.

Un poco más abajo estaba el retrato de ella que había pintado Acechador Oscuro, con lo que parecía una telaraña de fuegos artificiales detrás. Sólo ellos dos sabían que se suponía que eso representaba la intersección de las líneas temporales del futuro. Por desgracia, su habilidad para la pintura no se acercaba ni de lejos a la de Nívea, y Clarividente se parecía un poco más a un caballo con culo de hipopótamo de lo que a ella le hubiera gustado. Se había abstenido educadamente de decírselo.

Oyente suspiró. —Traté de hacer esto por las buenas, ya sabes. Hablé con Verdades... Me refiero, que si yo puedo sentir lo que sienten los carroñeros, seguro que ella también puede. ¡Pero no le importó en absoluto! Dijo que eso los convertía en sujetos de estudio fascinantes, pero que no debíamos identificarnos demasiado con ellos, porque "al fin y al cabo, no son dragones". Según ella, por muy tristes, asustados o solos que se sientan, no dejan de ser animales. "Ardillas grandes y sin pelo que pueden hacer algunos trucos más que un mono normal". ¿No es una locura?

—Acechador Oscuro está de acuerdo contigo —ofreció Clarividente. No añadió que pensaba que la obsesión con los carroñeros de Oyente era un poco chiflada. —Dice que el nuevo que tienen para su clase está gravemente deprimido. Está totalmente a favor de la Operación Rescate de los Carroñeros.

—¿Le has dicho que vamos a hacer esto esta noche? —preguntó Oyente, deteniéndose bruscamente para que Clarividente chocara con ella.

—No —dijo Clarividente. —Está en una fiesta en el palacio y no quería que se preocupara. Se lo contaré mañana cuando terminemos y los carroñeros estén todos libres.

—¿Había alguna razón para que tuviera que ser esta noche? —preguntó Oyente, escrutándola en la oscuridad. —Llevamos hablando de esto desde el primer día que te conocí, y de repente me dices que ya es hora. ¿Porque esta noche es el momento más seguro para hacerlo? ¿Es por eso?

—Así es —la tranquilizó Clarividente. —Y también es el mejor momento para los carroñeros... no hace demasiado frío fuera y la noche es brillante para que puedan ver el camino.

Era más que eso. Clarividente sabía que la fiesta de esta noche en palacio no era una reunión cualquiera. Nuevos dragones llegaban a sus vidas y pronto todo sería diferente. No sabía exactamente cómo iban a cambiar las cosas... más dragones significaba más variables, lo cual era difícil de predecir... pero quería asegurarse de hacer esta cosa increíble con su mejor amiga mientras pudiera.

—Aquí está la primera clase —susurró Oyente. Entraron sigilosamente en la sala, un laboratorio de ciencias para los alumnos de último curso de siete años. Las mesas y las paredes estaban cubiertas de acuarios y terrarios, algunos de los cuales brillaban con pequeñas rocas fosforescentes o plancton fosforescente. Los peces luchadores de aleta larga flotaban a la deriva en sus peceras separadas, de color púrpura oscuro y rojo. Una tortuga dormitaba bajo un helecho en una jaula de cristal que olía a plátano y lechuga vieja.

Un batir de alas junto a la ventana hizo saltar a Clarividente, pero sólo eran las dos lechuzas, muy despiertas y dando saltitos alrededor de su jaula con impaciencia. Estaba segura de que preferirían estar merodeando por el cielo nocturno, pero esta no era una misión para rescatar a todos los animales. Los carroñeros eran los que siempre preocupaban a Oyente. Los que tenían emociones intensas, como los dragones, al parecer.

—Están dormidos —susurró Oyente, agazapada junto a la pequeña madriguera que alguien había construido para los carroñeros del estudio superior. —¿Deberíamos coger toda la jaula?

—No —Clarividente negó con la cabeza. —Tenemos que hacer que parezca que los carroñeros escaparon por su cuenta.

Oyente la miró con escepticismo. —¿Los seis? ¿De cuatro aulas diferentes?

—Tú eres la que piensa que son como dragones —argumentó Clarividente. —Si un dragón tuviera que escapar de un lugar como este, ¿no rescataría a

los otros dragones atrapados aquí junto con ella, aunque no los conociera?

—Lo harías —dijo Oyente. —No estoy segura de que la mayoría de los dragones se arriesgarían. ¿Pero de verdad crees que los carroñeros tienen tanta... no sé, empatía?

—Bueno, esperemos que esa sea la explicación más convincente mañana —dijo Clarividente. —Aunque debo advertirte que si has hablado con Verdades sobre esto, probablemente te convertirá en su sospechosa número uno.

—¡No me importa! —Oyente se erizó, las púas de su cuello flameando. —¡Puede expulsarme si quiere! ¡No necesito la escuela para convertirme en una activista por los derechos de los animales!

—Todo Ala Nocturna necesita una escuela —dijo Clarividente, rebuscando en su mochila. —Toma, pensé que podríamos llevarlos en estos.

Oyente agarró uno de los sacos de tela entre las dos garras y lo apartó de ella, frunciendo el ceño. —¿Vamos a meter a los carroñeros en un saco?

—¿Esperabas pegártelos a los hombros como bebés lémures? —Clarividente respondió. —Estarán bien; no los dejaremos ahí mucho tiempo —. Desbloqueó la jaula con cuidado, moviendo las palancas tan silenciosamente como pudo, y luego abrió la puerta.

Un carroñero dormía bajo un trozo de manta; el otro estaba tirado sobre un montón de papel triturado. Clarividente agarró primero al de la manta, recogiendo la tela junto con él.

El carroñero se despertó de inmediato y empezó a gritar como si su pelaje estuviera ardiendo. Clarividente se sobresaltó tanto que estuvo a punto de dejarlo caer.

—¡Lo estás asustando! —Oyente gritó.

—¡Me está asustando! —gritó Clarividente. Se metió el bulto en el saco. —¡Agarra el otro!

El segundo carroñero estaba despierto y correteaba por la jaula, quizá buscando un lugar donde esconderse. Cuando Oyente metió la pata, esquivó sus garras y empezó a trepar por el lateral de alambre hacia la puerta abierta de la parte superior.

—¡Deja de molestar! —le espetó Oyente. —¡Te estamos rescatando! Si escapas dentro de la escuela, ¡acabarás comido mañana!

El carroñero se balanceó hacia el interior del techo de la jaula y pateó las garras de Oyente. Lo soltó de un tirón y lo metió rápidamente en su propio saco.

—Son más feroces de lo que esperaba —dijo Clarividente. El corazón le latía con fuerza y todos los animales del laboratorio estaban despiertos. Los monos tamarinos sacudían la jaula y lanzaban gritos de indignación. En el terrario más grande, un cocodrilo la miraba con unos desagradables ojos amarillos.

—Démonos prisa antes de que alguien nos oiga —Oyente salió corriendo de la habitación y Clarividente la siguió. Bajaron al aula de Acechador Oscuro, donde recogieron sin problemas al deprimido carroñero solitario. Se dejó caer tristemente en las garras de Clarividente, totalmente resignado a ser devorado.

Luego a su antigua aula de tercer curso, a los dos carroñeros que Clarividente había admirado en su primer día. Estos dos estaban despiertos... quizá despertados por el ruido procedente de otras partes de la escuela... y tardaron varios minutos en capturarlos. Al final, Clarividente casi estaba dispuesta a apostar que Oyente tenía razón sobre que eran como dragones. Estos dos parecían trabajar juntos, colaborando para engañar o distraer a las dragonas. Era algo adorable e inquietante al mismo tiempo.

El último carroñero había sido adquirido recientemente por un profesor de primer curso como mascota de clase para entretener a los dragonets más jóvenes. Oyente cogió una de las mantas de la siesta y envolvió con cuidado al carroñero, que la miraba con ojos brillantes y curiosos en lugar de defenderse.

—Este todavía tiene esperanza —explicó Oyente a Clarividente. —Creo que se hace a la idea de que la estamos rescatando.

—Estos otros no —dijo Clarividente, levantando su saco que se retorcía. —No sé leer mentes, pero tengo la sensación de que creen que les vamos a comer.

—Creo que son tus espeluznantes sacos —dijo Oyente. —Parecen algo en lo que el terrorífico padre de Acechador Oscuro podría ahogar tigres.

—Que el padre de Acechador Oscuro sea un Ala Helada no significa que dé miedo —argumentó Clarividente. —Además, estoy segura de que quienquiera que se encargue de adquirir pieles de tigre tiene un método mejor que ahogarlos en sacos.

—El padre de Acechador Oscuro es absolutamente aterrador —dijo Oyente, sacudiendo la cabeza. —Una vez me lo encontré en el colegio y me pidió que le indicara cómo llegar al despacho de la directora. Toda su cabeza vibraba con todos sus pensamientos sobre odiar todo y a todos aquí.

Se congeló de repente, aguzando el oído. El corazón de Clarividente se aceleró. Puso una garra sobre su saco, tratando de amortiguar su chirrido.

—Alguien está aquí —susurró Oyente. —Acaba de aterrizar en la entrada superior. Se pregunta a qué viene tanto ruido en el laboratorio de animales.

—Vamos, rápido —susurró Clarividente.

Huyeron rápidamente a través del patio, a lo largo del vestíbulo, y fuera de la entrada del atrio. Clarividente comprobó el cielo... despejado hasta donde alcanzaba su vista... mientras Oyente se llevaba las garras a la cabeza.

—Ahora está llegando al laboratorio —dijo.

Juntas desplegaron las alas y se lanzaron al aire, agarrando los sacos de carroñeros con las garras. Su peso hacía que el vuelo de Clarividente fuera un poco desigual, sobre todo cuando las pequeñas criaturas se agitaban.

Pero el júbilo recorrió todo su cuerpo mientras se alejaba de la escuela con Oyente. ¡Lo habían conseguido! ¡Habían liberado a los carroñeros!

—¿Adónde los llevamos? —llamó a su amiga.

—¡Creía que tenías un plan! —Oyente respondió.

—¿Yo? ¡Esta fue tu loca idea! En todos tus años de planificación, ¿nunca se te ocurrió dónde soltarlos?

—Muy bien, muy bien —Oyente se desvió para dirigirse al norte. —No es seguro para ellos en el Reino de la Noche. Tendremos que esperar que puedan encontrar una guarida de carroñeros en algún lugar del desierto.

—Espera —Clarividente batió las alas para ponerse a su altura. —No podemos cruzar la frontera. Ahí fuera es un campo de batalla—. Hasta ahora la guerra con los Alas Heladas se había mantenido fuera de las murallas, consistiendo principalmente en escaramuzas en los cielos del Reino de Arena. Las Alas Nocturnas no podían atravesar el Gran Acantilado Helado que protegía el Reino Helado, y los Alas Heladas no podían romper la defensa aérea de los Alas Nocturnas. Cada pocos meses había un alto el fuego mientras la reina Diamante y la reina Vigilancia "negociaban". Según Acechador Oscuro, eso significaba que intercambiaban cartas cada vez más furiosas en las que se acusaban mutuamente de traición, hasta que una de ellas estallaba y enviaba a sus tropas a atacar de nuevo.

Así que, dentro del Reino de la Noche: seguro. Al otro lado de la frontera: zona de guerra. No es exactamente algo que Clarividente quisiera arriesgar para ayudar a unos pocos carroñeros.

—De ninguna manera —estuvo de acuerdo Oyente. —Los dejamos caer tan al norte como podamos, eso es todo.

—La Playa Norte —sugirió Clarividente. —Eso no está muy lejos de aquí, y tal vez puedan cruzar a nado hasta el Reino de Arena. ¿Pueden nadar los carroñeros?

—Lo dudo dijo Oyente. —Sus patas serían aletas inútiles, y apenas tienen grasa para mantenerse a flote. Pero sí, llevémoslos a la Playa Norte y que puedan valerse por sí mismos desde allí.

La extensión de playa en el extremo norte de la península del Reino de la Noche era rocosa y de guijarros, a diferencia de las suaves playas de arena de las costas del sur. Daba a una bahía con el Reino de Arena al otro lado, justo fuera de la vista de los dragones pero lo bastante cerca como para que la mayoría de los Alas Nocturnas evitaran la zona. Clarividente temía que hubiera algunos nadadores intrépidos practicando a medianoche, pero cuando llegaron allí, la playa iluminada por la luna estaba desierta.

Aterrizaron entre las rocas gigantes esparcidas por la playa. Clarividente depositó con cuidado primero sus garras traseras, sosteniendo el saco para que los carroñeros no se aplastaran.

—Esto es muy emocionante —dijo Oyente con los ojos brillantes. —¡Lo estamos haciendo de verdad! ¡Clarividente! Eres mi mejor amiga!

Clarividente le devolvió la sonrisa, preguntándose cuánto duraría esta vez. Podía ver al menos tres posibles discusiones que podrían estallar en los próximos meses, provocando la ira de Oyente, que no hablaría con Clarividente durante un tiempo.

Deja de vivir en el futuro, la voz de Acechador Oscuro resonó en su mente. *Estate aquí ahora.*

Tenía razón. Porque ahora, aquí, tenía una mejor amiga, y estaban haciendo algo salvaje y maravilloso juntas.

—¿Lista? —dijo. Oyente asintió con una sonrisa.

Clarividente dejó su saco en el suelo y abrió la boca. Hubo una pausa sorprendentemente larga, como si los carroñeros del interior tuvieran que averiguar primero cómo levantarse y luego decidir si aquello era un truco.

Finalmente, uno de ellos se arrastró hasta la abertura y se asomó. Al ver a las dos dragonas mirándolo fijamente, soltó un gritito y salió corriendo

hacia el océano. Al cabo de un momento, otro carroñero salió del saco y corrió tras el primero.

Clarividente esperó un momento y sacudió la tela hasta que el tercer carroñero... el triste de la clase de Acechador Oscuro... salió disparado. Se acurrucó en la arena, cubriéndose la cabeza peluda con las patas. Bajó el hocico y lo empujó suavemente, pero sólo lloriqueó. Por último, utilizó sus garras para deslizarlo al abrigo de una roca, donde al menos con suerte no se mojaría demasiado cuando subiera la marea. Tal vez se sentiría mejor por la mañana, cuando las dragonas se hubieran ido.

Miró a Oyente, que estaba colocando su saco de la misma manera, con el lado abierto hacia el océano. De repente, los tres carroñeros de Oyente salieron disparados del saco al mismo tiempo, agarraron los guijarros más cercanos que pudieron levantar y empezaron a lanzárselos a las dos Alas Nocturnas.

—¡Eh! —Oyente gritó, saltando hacia atrás. —¡Ay! ¡Groseros! ¡Somos vuestros salvadoras, gorilas gritones!

Dos de los carroñeros echaron a correr, zigzagueando por la playa y agitando las patas hacia los dos carroñeros del saco de Clarividente. El carroñero de ojos brillantes empezó a seguirlos, y entonces se fijó en el que estaba acurrucado en la arena. Corrió hacia él, lo pinchó, lo agarró y lo levantó hasta que corrió con ella, apoyado en su espalda.

—¿Has visto eso? —dijo Clarividente con entusiasmo. Pinchó el costado de Oyente. —¡Tu carroñero se llevó a mi carroñero con ella! Vamos, ¿eso no te pareció empatía?

—Sí —dijo Oyente, frotándose el cuello donde le había dado una pedrada. —Aunque, caramba, un poco de gratitud también habría estado bien. ¿Dónde está la empatía por sus heroicas dragonas salvadoras? Les pregunto.

Clarividente plegó las alas y observó a los carroñeros huir con una agradable sensación de logro.

Pero entonces...

Algo tira de los hilos... un nudo en las líneas temporales...

Se acercaba el peligro. Un peligro que podía acabar con su vida y con la de Oyente ahora mismo, aquí, esta noche.

—¡Agáchate! —gritó, lanzándose sobre Oyente. Tiró a su amiga al suelo y desplegó sus alas sobre ella, fundiéndolas a ambas en los bultos y sombras de las rocas.

—¿Qué...? —Oyente comenzó.

—Shhhh —susurró Clarividente. —No te muevas.

Su amiga yacía quieta, aunque Clarividente podía sentir el latido de su corazón a través de sus escamas. La arena le hacía cosquillas en el hocico. Cautelosamente se asomó con un ojo. ¿De dónde venía el peligro?

Del océano.

Una onda antinatural se desplazó por las olas, deslizándose hacia la arena.

Y entonces, de repente, una cabeza blanca y pálida salió del agua y cerró sus mandíbulas en torno a uno de los carroñeros que huían.

Clarividente se mordió la lengua intentando no sisear. Los cinco carroñeros restantes gritaron y cambiaron de rumbo. Vio cómo el triste soltaba al de ojos brillantes y corría por su cuenta, sobresaltado por el nuevo terror.

Deberíamos salvarlos, pensó. Pero era demasiado tarde para el que estaba en las fauces del Ala Helada. Y el dragón no parecía interesado en perseguir a los otros. Se acomodó en las olas con su presa.

Además, cabía destacar que el Ala Helada era mucho, mucho más grande que ella o que Oyente.

Eso es un Ala Helada, finalmente registró con una ráfaga de pánico. *Aquí. En las costas del Reino de la Noche.*

Otra dragona blanquiazul emergió junto al primero. —¿Qué haces? —gruñó.

—Tomando un aperitivo —gruñó.

Miró hacia arriba y hacia abajo por la playa, su mirada se detuvo sospechosamente en el bulto oscuro de Oyente y Clarividente. —Vuelve al agua —espetó. —Ahora mismo.

Refunfuñando en voz baja, el Ala Helada arrastró a su presa al agua. La segunda Ala Helada volvió a explorar la playa y se zambulló tras él. Hubo algunos chapoteos más y luego silencio.

La cabeza de Clarividente empezaba a dar vueltas. Las visiones se amontonaban unas sobre otras. Vio esta misma playa, pero en una noche diferente, con las lunas en distintas posiciones en el cielo y nubes amontonadas que ocultaban la mayor parte de su luz. Vio una oleada de Alas Heladas de color plateado pálido deslizándose hacia la orilla, con más detrás de ellos, y más, y más. Todo un ejército de Alas Heladas, deslizándose hacia el Reino Nocturno bajo el agua y muy por debajo de las narices de los protectores del cielo Ala Nocturna.

Estaban planeando una invasión. Los dos dragones de esta noche eran exploradores avanzados en una prueba. Los Alas Heladas habían encontrado una manera de entrar en su territorio, y algún día pronto, la guerra sería aquí, dentro de las murallas.

Excepto que no pasará, pensó Clarividente. *Los detendré.*

Por eso mis instintos me trajeron aquí esta noche. Para poder ver a los Alas Heladas, tener esta visión y advertir a la reina.

Era el momento decisivo que había estado esperando. Su momento para servir a la reina, salvar a la tribu y mejorar la posición de su familia. Sabía que al final habría un camino, pero no estaba segura de qué línea temporal se desplegaría primero para ella.

Y ahora que había sucedido... ahora que tenía que enfrentarse a la reina... estaba aterrorizada hasta los huesos.

—¿Se han ido? —le susurró a Oyente.

—Sí —susurró Oyente. —Podía oírles pensar malhumorados el uno del otro mientras se alejaban nadando.

Clarividente se levantó con cautela. —Tengo que decírselo a la reina.

—Mejor tú que yo —dijo Oyente. —No quiero explicar a mis padres lo que estaba haciendo aquí.

—Puedo dejarte al margen, si eso es lo que quieres —dijo Clarividente. Su mente iba a toda velocidad. ¿A quién decírselo primero? Sus padres tendrían que pasar por los canales oficiales, pero Acechador Oscuro podría conseguirle una audiencia con la reina mañana.

Mañana era mejor. Había varias noches posibles por delante en las que podría lanzarse la invasión, pero cuanto antes averiguaran cómo detenerla, mejor.

Oyente empezó a trazar formas en la arena con una garra, mirando al océano. —Clarividente —dijo vacilante. —Escucha, sé que te dije que no quiero saber el futuro. Pero si... si alguna vez tengo que evacuar a mi familia... quiero decir, si se trata de salvar sus vidas... si algo muy, muy malo está a punto de ocurrir... entonces supongo que sí quiero que me lo digas.

—Todavía no es tan grave —dijo Clarividente, envolviendo a su amiga con un ala. —Pero prometo que lo haré, si alguna vez me preocupa.

No llegaremos a eso, se aseguró. *Los detendremos. Salvaré a toda la tribu.*

Estaba segura de que podría hacerlo. La reina la escucharía y la invasión de los Alas Heladas quedaría resuelta sin que ninguna garra blanca y dentada pisara sus costas.

¿Por qué, entonces, seguían girando visiones ominosas detrás de sus ojos?

¿Visiones de Alas Nocturnas volando en manada, como si toda la tribu huyera de un peligro espantoso?

Clarividente no estaba segura... pero tenía la terrible sensación de que esta noche, algún oscuro futuro se había hecho un poco más real.

Capítulo 17

Braza

A Braza le habían dado su propia serie de habitaciones en el Palacio de la Noche, que estaba seguro de que apreciaría mucho si alguna vez volvía a encontrarlas.

—Este pasillo me resulta familiar —dijo, dudando en otra intersección.

—¿Paredes de mármol negro y espejos cada tres pasos? —dijo Índigo. —Tienes razón. Porque así son todos los pasillos de este castillo.

—Lo del espejo es raro, ¿verdad? —susurró. —¿No soy el único que lo piensa?

—Los Alas Nocturnas son muy bonitos y muy especiales —le dijo. —Merecen que se lo recuerden todo el tiempo, dondequiera que vayan.

Se rió. Tenían suerte de que no hubiera ningún Ala Nocturna cerca para oírlos. —A Perla probablemente también le encantaría.

—Bueno, puede decorar el Palacio de Verano con todos los espejos que quiera —dijo Índigo. Empezó a recorrer el nuevo pasillo y él se dio prisa para alcanzarla.

—¿El Palacio de Verano? —se hizo eco. —Pensé que no quería tener nada que ver con ese lugar.

—Ha cambiado de opinión, ¿no te has enterado? —Índigo le echó un vistazo y luego bajó las garras como si acabara de recordar que nadie le hablaba. —Todos creen que el Palacio Isla está embrujado. No puede mantener a ningún sirviente allí, y la mayoría de los dragones que estuvieron en la... la fiesta no quieren volver allí nunca más. Así que está trasladando todos los asuntos superficiales del palacio al Palacio de Verano y abandonando el Palacio Isla.

—Oh —Braza parpadeó. Tenía sentido. Él mismo tenía problemas para caminar por el Palacio Isla sin recordar huellas de garras ensangrentadas por todas partes. El olor a jazmín a veces le revolvía el estómago, y no quería volver a ver un hibisco rojo mientras viviera.

Pero aún así... ese había sido el palacio sobre el agua de los Alas Marinas durante generaciones. ¿Había desaparecido para siempre?

Un dragón negro que llevaba una bandeja salió de una puerta unos pasos por delante de ellos.

—Disculpe —llamó Índigo. —Estamos buscando las habitaciones de los invitados.

—Puedo llevaros allí —dijo con una reverencia. —Por aquí.

Mientras le seguían, Braza observó a Índigo con el rabillo del ojo. No se lo estaba imaginando... cambiaba por completo cuando había otros dragones cerca. Enderezó los hombros y se irguió; su voz se volvió más grave y dominante. De repente, la lanza que llevaba en las garras era un arma y no un accesorio. Parecía realmente dispuesta a matar a alguien para protegerle. Como una auténtica guardaespaldas.

Eso le facilitaría mantenerla a distancia, si recordaba pensar en ella de ese modo. *Sólo una guardia. No la dragona más importante de mi vida.*

—Aquí tienen —dijo el sirviente Ala Nocturna, señalando con su cola una gran puerta negra que se parecía mucho a todas las otras puertas que habían pasado. —La habitación de invitados para los Alas Marinas visitantes.

—Gracias —dijo Braza. —Em. ¿Cuándo es el desayuno?

El dragón negro soltó una carcajada. —Alrededor del mediodía —dijo. —Los Alas Nocturnas nunca se despiertan antes de esa hora, a menos que la reina se levante temprano y ordene nuestra asistencia. Normalmente nos quedamos despiertos toda la noche y nos vamos a dormir al amanecer.

—Oh —dijo Braza, estremeciéndose ante la extrañeza de este reino.

El Ala Nocturna se detuvo un momento y miró a Braza de arriba abajo, como si esperara que ocurriera algo mágico. Evidentemente decepcionado, volvió a inclinarse y se marchó.

—Esta tribu es rara —observó Índigo, sacudiendo la cabeza.

La puerta se abrió a una antecámara oscura, donde unos ronquidos zumbantes anunciaban que Muelle y Pez León dormían profundamente. Índigo frunció el ceño y se acercó a ellos, pero Braza la detuvo con un ala extendida.

—Déjalos dormir —susurró. —Fue un largo vuelo hasta aquí.

—Se supone que se despiertan cuando alguien pasa por aquí —susurró ella. —Como por ejemplo alguien que planea atacarte. Ese es su trabajo.

—Y ya lo odian —observó, dirigiéndose hacia la cámara interior. —No necesitamos empeorarlo despertándoles para gritarles en su primera noche aquí.

Se deslizaron hasta la habitación contigua y cerraron la puerta para evitar los ronquidos. Aquí, donde Braza debía dormir, sólo se oía el chapoteo de una fuente en un rincón y el viento que soplaba en el balcón. Había varias velas pequeñas alrededor de la habitación, que parpadeaban con su luz anaranjada en la oscuridad.

Se dio cuenta de que era la primera vez que estaba a solas con Índigo desde... desde la masacre.

—Tendré que gritarles mañana —dijo Índigo, con cara de pocos amigos. —Me pregunto si se habrán molestado en registrar esta habitación. Sacudió las alas y volvió a ponerse en modo guardaespaldas, clavando su lanza en todos los rincones y levantando todas las alfombras.

—No tienes que hacer eso —dijo Braza en voz baja. —Sé que yo soy el verdadero peligro aquí. Agarró una de las cortinas ondeantes y la ató, evitando sus ojos.

—¿Eso es lo que crees? —dijo ella. Se detuvo a pocos pasos de él. —¿Crees que estoy aquí para salvar a otros dragones de ti?

—Deberías estarlo —dijo. Extendió sus garras delanteras, viendo la luz de las velas brillar a través de las telarañas entre sus garras. —Estas son peligrosas.

—No para mí —De repente, Índigo juntó sus garras entre las suyas y se acercó, acercándolas a su corazón. —Braza, no para mí.

Las cortinas ondulaban con la brisa, llegando hasta ellos con largos y suaves zarcillos. Estaba lo bastante cerca como para sentir su aliento en sus escamas. Quería sumergirse en sus ojos y captar las pequeñas llamas que allí se reflejaban. Quería decirle cuánto la había echado de menos.

—Especialmente para ti —dijo. —No deberías haber venido aquí conmigo —Se soltó de su mano y se dio la vuelta, parpadeando.

—Pensé... pensé que era Perla quien nos mantenía separados —dijo Índigo. —Dijo que fue idea tuya, pero yo no la creí.

—Pero tiene razón —dijo Braza. —Tú me haces más peligroso. No importa cuántos juramentos haga, siempre estás tú... la única dragona que podría hacerme usar mi poder de nuevo. ¿No lo entiendes?

Hubo una larga pausa. Finalmente se frotó los ojos y se volvió para mirarla.

Índigo tenía las alas plegadas hacia atrás y lo estaba estudiando seriamente. Ya la había visto antes con ese rostro pensativo, cuando en clase de historia les habían pedido que debatieran las dos caras de un mismo tema. *Su forma de escuchar. Su forma de pensar.* Dos cosas más de ella que había olvidado que echaba tanto de menos.

—No eres Albatros —dijo.

—Pero podría serlo —dijo.

—No voy a dejarte —dijo ella. —¿Quieres que te deje?

Di que sí. Di que sí inmediatamente para que te crea y tenga que irse.

Pero no le salió nada. Las palabras quedaron atrapadas en su garganta, tragadas por la oscuridad de la habitación y la cercanía de ella, después de haberla echado de menos durante tanto tiempo.

Pasó un momento y ella volvió a acercarse a él, rozando una de sus alas con las suyas. Se olvidó de respirar.

—Confío en que no usarás tu poder —dijo en voz baja. —No te tengo miedo. Creo que estamos más seguros juntos, y creo que puedo protegerte de Acechador Oscuro. Así que no me voy.

Braza luchó consigo mismo, sabiendo lo que debía decir, sabiendo que debía apartarla y enviarla a casa. Allí le esperaba una vida normal y feliz.

—Debería irme a dormir —dijo finalmente en su lugar.

—Sí —dijo, poniendo de nuevo su "cara de guardaespaldas". —Voy a dormir aquí, en la puerta del balcón, para asegurarme de que nadie intenta entrar por aquí.

—De acuerdo —dijo Braza. Estaba dividido entre el alivio... no quería dormir solo en esta habitación tan grande y desconocida... y la rabia contra sí mismo. *¿Por qué dejas que se quede? ¿No te importa?*

Índigo se tumbó en el arco abierto que daba al balcón y enroscó la cola alrededor de las garras. A la luz de la luna, era una silueta solemne, tranquila como las profundidades del océano.

Braza arrastró un montón de almohadas verdeazuladas hasta un lugar cercano a la fuente y los golpeó durante un buen rato antes de acomodarse finalmente sobre ellos.

—Bien hecho —dijo Índigo somnolienta. —Esas almohadas nunca volverán a cuestionar tu autoridad.

Se ahogó la risa. No quería que ella pensara que todo estaba bien, que podían volver a ser amigos como antes. Si ella tenía que quedarse, la única

manera de que esto funcionara era si la mantenía a distancia.

No debo dejar que los Alas Nocturnas sepan que es importante para mí, se dio cuenta. *Eso también podría ponerla en peligro.*

Preocupaciones revoloteaban en su cabeza mientras se quedaba dormido. *¿Es seguro que me guste Acechador Oscuro? ¿Qué espera de mí la Reina Vigilancia? ¿Están Muelle y Pez León espiándonos a Índigo y a mí e informando a Perla?*

¿Qué nos va a pasar ahora?

Capítulo 18

Acechador Oscuro

La noche empezaba a desvanecerse hacia la mañana cuando Acechador Oscuro llegó a casa desde el palacio. De camino se había pasado por casa de Clarividente para ver si la encontraba, pero sus padres le dijeron que había salido con Oyente, lo que le hizo sentirse algo disgustado y abandonado.

Ártico y Sanguinaria ya dormían, o al menos estaban tranquilos tras la puerta de su habitación, pues habían abandonado la fiesta mucho antes que él.

Acechador Oscuro pasó suavemente por delante de la habitación de su hermana y abrió la puerta.

No le gustaba esta hora del día. Cuando los pájaros empezaban a piar y el cielo empezaba a tornarse gris violáceo, significaba que era casi la hora de dormir. Deseaba no tener que dormir nunca. Tenía tanto que hacer, tanto que quería terminar. Dormir no sólo le parecía una pérdida de tiempo, sino que además le producía una sensación de intranquilidad que le hacía perderse cosas... como si algo importante pudiera ocurrir sin que él estuviera allí para afectarlo.

Con cuidado, guardó el pendiente en su joyero y desabrochó la cinta de la cola. Se quedó un momento sosteniéndola, recorriendo las escamas de plata repujada. Esta noche había sido su única protección contra una posible asesina. Si Índigo se hubiera movido más rápido... si no se hubiera detenido a discutir su plan con Braza... ¿podría haberlo matado?

Ni siquiera habría podido usar su poder para curarse. Estaba todo aquí, oculto en su pergamino. Podría haberse desangrado hasta morir, completamente indefenso... ¡él, Acechador Oscuro, el dragón más poderoso del mundo!

Respiró hondo. El ataque de Índigo debía de haberle afectado más de lo que pensaba. *Así que haz algo al respecto,* se dijo a sí mismo. Se le daba bien resolver problemas. Aquí había un problema: ¿cómo podía usar su magia para defenderse si no tenía su pergamino con él?

Acechador Oscuro extendió las garras y las estudió, luego se las pasó ligeramente por la garganta. ¿Otra joya? Pero las joyas podían quitarse o salir volando durante una pelea, y, de todos modos, ¿no sería sospechoso que llevara lo mismo todos los días?

Tal vez podría incrustar una joya en algún lugar de su cuerpo. Había visto dragones con pequeños diamantes enterrados entre sus escamas. O algo en sus dientes... una vez hubo un enviado Ala Arenosa en el palacio con dos dientes de oro.

Volvió a tocarse el cuello. No, nada removible. Necesitaba algo que siempre formara parte de él. Índigo era una dragona lista; ya sospechaba que había encantado sus joyas. Podría ser capaz de detectar cualquier otra cosa que añadiera y averiguar lo que hacía.

¿Y si...

¿Podría encantar sus propias escamas?

¿Por qué no?

Se deslizó las garras por el cuerpo y, de repente, se sintió hiperconsciente de todas las formas en que podían apuñalarle, rebanarle, quemarle o congelarle. Cuantos más dragones conocieran su poder, más peligro correría. Y no quería abandonar el mundo antes de lograr todo lo que veía en su brillante futuro.

Acechador Oscuro se dirigió rápidamente a la pared y al cuadro encantado para ocultar y proteger su pergamino. Sacó el pergamino con cuidado, lo hizo rodar hasta el siguiente lugar en blanco... y luego se detuvo.

Clarividente.

Siempre leía los nuevos hechizos en su pergamino. Le gustaba discutirlos con él y aportar nuevas ideas. Normalmente decía cosas admirables.

Pero, ¿qué pensaría de esto?

Una silenciosa advertencia empezaba a sonar en el fondo de su mente. Intuía una discusión en un futuro próximo... de esas en las que ella se ponía crítica y ansiosa y le hacía cuestionarse todas sus decisiones. El tipo de discusión que odiaba.

Y tal vez podría evitarlo. ¿No les haría eso más felices a ambos?

Hizo rodar el pergamino hacia atrás, examinando los hechizos que ya había lanzado.

Aquí, cerca del principio... había espacio para que escribiera un nuevo hechizo entre las líneas de los otros. Con suerte, Clarividente no volvería a releerlos; tal vez nunca se daría cuenta. Y si no se daba cuenta, no podría preguntarle al respecto.

Era una solución improvisada, pero serviría por ahora. Ya se le ocurriría una forma mejor de ocultar sus hechizos secretos más tarde.

Mojó su garra en la tinta verde y escribió:

Hechiza las escamas de Acechador Oscuro para que sea invulnerable a cualquier tipo de daño, se cure al instante si sufre una herida y lo proteja indestructiblemente de cualquier amenaza de muerte.

Era un poco dramático, pero le gustaba cómo sonaba. Tal vez debería ir un paso más allá y lanzar un hechizo que lo hiciera inmortal. Era algo en lo que pensar. Imagina todo lo que podría hacer por Pirria si pudiera vivir para siempre.

Pero primero debía probar el hechizo, ya que era bastante inusual. Fue a su baúl y rebuscó entre las mantas sobrantes hasta que encontró una de sus dagas... larga, malvadamente curvada, con un filo brillante.

Respira hondo. No hay nada que temer. (Nunca más, si esto funcionó.)

Apoyó la hoja contra las escamas de su hombro y la deslizó con firmeza hacia su cuello.

Era como intentar cortar diamantes. Sus escamas repelieron el cuchillo suavemente, maravillosamente, sin ningún problema.

Acechador Oscuro trató de apuñalarse en otros puntos, su excitación iba en aumento. La daga rebotó en él, incapaz de extraer sangre.

Lo había conseguido. Se había hecho invencible.

No te pongas demasiado arrogante todavía. Piensa en qué más podría hacerte alguien y busca formas de protegerte de todo. Veneno, por ejemplo. El veneno no parecía el estilo de Índigo, pero alguien podría intentarlo algún día.

Por ahora, sin embargo, podría tomarse un momento para sentirse orgulloso de sí mismo. *Me pregunto si algún otro animus ha pensado alguna vez en encantar sus propias escamas.*

Sospecho que soy el único al que se le ha ocurrido algo como mi pergamino. Ves, obviamente se me dieron estos poderes por una razón. Puedo usarlos más sabiamente que cualquier otro dragón antes que yo. Sólo tengo que ser cuidadoso e inteligente, eso es todo.

Y ahora que se había ocupado de su seguridad, podía centrarse en un proyecto más divertido.

¿Qué podría usar para hacer un lector de almas?

Cuando empezó a rondar por su habitación en busca de inspiración, se le ocurrió otro pensamiento.

Si puedo encantar todo mi cuerpo así... ¿qué podría hacer a otros dragones?

Capítulo 19

Clarividente

Acechador Oscuro tenía un brillo extraño en los ojos cuando vino a recogerla la tarde siguiente a la visión de Clarividente en la Playa Norte. Pero no le explicó por qué, y no tenía la energía nerviosa que normalmente significaba que quería decirle algo, así que ella lo ignoró. Tenía cosas más importantes en la cabeza, como salvar a toda la tribu de la invasión de los Alas Heladas.

—¿De verdad crees que la reina me escuchará? —volvió a preguntarle, jugueteando con su cola. Estaban esperando fuera de la sala del trono de la Reina Vigilancia. Le parecía temprano, con el sol en lo alto del cielo, pero Acechador Oscuro le aseguró que la reina estaba despierta a todas horas y que le gustaba especialmente hacer negocios siempre que a otros dragones les parecieran extraños.

—Por supuesto —dijo él. Le tendió la pata y ajustó la longitud del collar que le había dado para que se lo pusiera, lo cual fue un detalle, pero la hizo sentirse aún más avergonzada. Sabía cómo llevar un collar, por amor de las lunas.

—Debería haber encantado esto para que te sintieras tan segura y hermosa como pareces —le susurró al oído.

Arrugó la nariz. —No, gracias. Realmente no harías eso, ¿verdad? ¿Cambiar mis sentimientos con magia? Sabes que eso no me parecería nada bien, ¿verdad?

Las puertas de la sala del trono se abrieron antes de que pudiera responder. Dos guardias los condujeron al interior, y Clarividente vio con consternación que había varios miembros de la corte Ala Nocturna presentes, incluido su profesora de formación de videntes, Omnisciente.

Omnisciente brillaba con aplomo y diamantes, de pie en el estrado junto al trono de la reina. Su rostro estaba sereno, pero sus fosas nasales se encendieron ligeramente cuando vio a su alumna esperando para ver a la reina.

—Vaya —dijo Acechador Oscuro, haciendo una mueca de dolor. —Aquí hay una dragona a la que ya no le caes muy bien.

—Es la profesora de la que te hablé —susurró Clarividente. —La mejor vidente de la reina.

—Acercaos —gritó la reina Vigilancia.

Oh-oh. La cabeza empezaba a latirle con fuerza: las visiones se acercaban. *Mantén la calma. No te derrumbes.*

Acechador Oscuro sentado en ese mismo trono, llevando la corona retorcida.

Acechador Oscuro de pie junto al cuerpo de la reina, con las garras manchadas de sangre.

Apretó las garras. Esos eran los caminos oscuros, los caminos violentos. No tenían por qué ocurrir. No iban a ocurrir; no lo permitiría.

Sigue las visiones brillantes, como siempre me dice Acechador Oscuro. Como esta en la que Acechador Oscuro y yo presentamos nuestros seis dragonets a la reina. El nieto de la reina persiguiendo a Eclipse en círculos, los dos riéndose, Vigilancia esbozando una rara sonrisa.

Poco a poco, el corazón de Clarividente se calmó y las visiones se desvanecieron, pero sus alas seguían temblando mientras se acercaba a la reina. Nunca había tenido tantos dragones importantes mirándola. Tampoco había revelado nunca a nadie el alcance de su poder, excepto a Acechador Oscuro. Pero ahora no tenía elección.

—Su Majestad —dijo con una reverencia.

—¿Esta es? —dijo la reina Vigilancia a Acechador Oscuro.

—Clarividente, Su Majestad —respondió. —Es una vidente muy dotada.

—Ah —dijo la reina con un suspiro, mientras los ojos de Omnisciente se entrecerraban. —Videntes. Siempre tan iluminadores. Puedes hablar.

—Vengo con una advertencia —dijo Clarividente, lanzando el discurso que había ensayado durante toda la noche. —Los Alas Heladas están planeando una invasión por mar en la Playa Norte. Creo que tienen intención de atacar muy pronto... muy probablemente la próxima vez que haya dos lunas nuevas a la vez, cuando puedan escabullirse al amparo de la oscuridad.

Hizo una pausa, al darse cuenta de que la reina se inclinaba hacia delante con los ojos brillantes.

—¿Qué es esto? —dijo ávidamente la Reina Vigilancia. —¿No tienes una profecía para mí?

Clarividente volvió a dudar. Pensó en las lecciones que había tomado con Omnisciente, en las que todos tenían que tomar sus visiones y convertirlas en enigmáticas coplas rimadas. ¿Debería haber hecho lo mismo con esta advertencia para la reina? Pero no tenía nada de enigmático. Los Alas Heladas iban a llegar, y Clarividente sabía exactamente cómo y dónde, además de algunas conjeturas inteligentes sobre cuándo. ¿Por qué hacerlo enigmático y confuso? La reina necesitaba saber exactamente lo que Clarividente había visto para proteger a la tribu.

—Anoche vi un par de Alas Helada explorando la Playa Norte —dijo Clarividente. —Eso desencadenó una visión de cientos de Alas Heladas nadando para invadir nuestro territorio. Vendrán pronto y supe que tenía que venir a decírtelo.

—Vaya, vaya —dijo la reina, lanzando de reojo una mirada de sospecha a Omnisciente. —Qué directo.

—Siento que no suene más elegante —Clarividente extendió sus alas. —Pero estoy segura de que es verdad. Los únicos futuros que veo en los que no atacan son aquellos en los que encuentras una forma de detenerlos.

Un murmullo curioso recorrió la sala del trono. La reina no era la única que miraba a Clarividente como si fuera una piedra preciosa por descubrir.

La reina Vigilancia inclinó lentamente la cabeza para mirar a su propia vidente. —Omnisciente. ¿Qué has visto de esto?

Omnisciente enseñó los dientes. —Si recuerda mi última profecía, Majestad, había referencias a oleadas de dragones de hielo y a una amenaza de medianoche.

—Sí —dijo Vigilancia con fría quietud. —Muy poético. Pero no recuerdo nada sobre un ataque submarino centrado en la Playa Norte en el próximo mes.

—Eso... eso... —Omnisciente balbuceó. —La naturaleza de las visiones... los detalles específicos no son... así no es como funciona.

—Tal vez no para ti —dijo Vigilancia. —Dragonet.

Clarividente tardó un momento en darse cuenta de que se dirigían a ella. —¿Sí, Majestad?

—Ahora trabajas para mí. Múdate al palacio esta noche.

—Oh —dijo Clarividente, sorprendida. Esa había sido una opción en una o dos líneas temporales, pero no se la había tomado en serio. Se suponía que la enviarían a casa con una pila de oro, seguida de una cena de celebración con sus padres. ¿Qué había dicho para acabar aquí? ¿O había sido otro dragón el que accidentalmente había inclinado el futuro en esa dirección? ¿Quizá Omnisciente, molestando de algún modo a la reina? —Pero... mis padres...

—Serán ampliamente recompensados. La reina se levantó y habló con el general a su izquierda. —Convoca una reunión del consejo de guerra. Bajó los escalones y se detuvo un momento junto a Clarividente. —Quiero todo lo que sepas sobre este ataque por escrito para mañana.

Un momento después, había desaparecido, y casi todos los presentes en la sala del trono la seguían.

Acechador Oscuro saltó y lanzó sus alas alrededor de Clarividente.

—¡Qué lista eres! —exclamó. —Tenías razón, ha sido una forma genial de presentarte a la reina. La espera ha merecido la pena.

Omnisciente bajó de la tarima con el ceño tan fruncido que le salieron chispas por la nariz. —Sabía que causabas problemas —gruñó. —Pero no sabía que planeabas traicionarme.

—Eh —dijo Acechador Oscuro pensativo. —Parece que no eres muy buena vidente, entonces.

—No te estoy traicionando —protestó Clarividente, dándole un codazo en las costillas. *Ay. ¿Por qué parece que lleva una armadura?* —Es una amenaza seria, así que tenía que avisar a la reina, ¿no?

—Bueno, disfruta de su atención ahora que la tienes —gruñó Omnisciente. —Pronto verás lo que les pasa a los dragones que presumen por aquí —Lanzando una mirada fulminante a Acechador Oscuro, se deslizó fuera de la sala del trono, siseando para sí misma.

—Oh, cielos —dijo Clarividente, apretando sus garras.

—No te preocupes por ella —Acechador Oscuro le dio un codazo felizmente. —Creo que ahora eres la mejor vidente de la reina.

—¡Ese no era el plan! —Clarividente cerró los ojos y trató de estudiar los futuros. ¿De verdad iba a vivir ahora en palacio? ¿Y compartir todas sus visiones con la reina?

No todas. De ninguna manera. No si quiero mantener vivo a Acechador Oscuro.

Volvió a abrir los ojos cuando salieron del salón del trono al patio central. Acechador Oscuro le había dicho que era el corazón del palacio: una serie de grandes salones de baile, jardines y atrios con altos techos de cristal,

donde se había celebrado la fiesta la noche anterior. Unos cuantos sirvientes Ala Nocturnas, con aspecto somnoliento, andaban por allí quitando los adornos y puliendo el suelo.

Y al otro lado del camino, cuatro dragones azules y verdes se reunían en torno a uno de los estanques, mirando fijamente las siluetas de los brillantes koi dorados y blancos.

Con la mente puesta en el futuro, Clarividente vio una cara conocida Ala Marina y reaccionó instintivamente.

—¡Braza! —gritó, saltando con las alas desplegadas para abrazarlo. —¡Estás aquí!

Otra de los Alas Marinas saltó hacia delante, rápida como un rayo, y se lanzó delante de Braza. —¡Alto ahí! —gritó. —¡No lo toques! —Su lanza se elevó y casi alcanzó a Clarividente en la garganta.

—¡Ey! —Acechador Oscuro rugió. —¡Innecesario!

Clarividente aulló, patinó hasta detenerse y se cubrió la cara con las garras delanteras. —¡Oh, no! ¡Lo siento mucho!— *Galaxias y gecos, ¿qué me pasa?* —Aaargh, nunca había hecho eso antes.

—¿Quién eres? —preguntó la guardaespaldas.

—Soy Clarividente —Extendió las alas, tratando de no parecer amenazadora.

—Está conmigo —dijo Acechador Oscuro, frunciendo el ceño.

¿Ah, sí? pensó Clarividente. *Creía que era la nueva vidente principal de la reina* . —Veo el futuro y he visto a Braza en mis visiones, pero olvidé que aún no nos conocíamos. Lo siento —le dijo directamente a Braza.

—¿Yo? —dijo el nervioso dragón verde. —¿Me has visto en tus visiones?

—Muchas veces —le tranquilizó. —Vamos a ser amigos, te lo prometo.

El Ala Marina trae la muerte. El Ala Marina trae la salvación. No dejes que venga. Debe venir, o todo está perdido.

Dudó mientras la vieja frase de sus pergaminos rondaba por su mente. *Bonita y enigmática. Omnisciente estaría encantada.*

Pero no iba a preocuparse por eso ahora, en su primer encuentro con Braza, por fin.

—¡Oh! —dijo, volviéndose hacia la guardaespaldas. —Y tú debes de ser Índigo.

También había visto esa cara Ala Marina... a veces feroz y gruñendo, a veces llorando, a veces cubierta de sangre. Tal vez no debería fijarse demasiado en esas líneas temporales ahora mismo. Ya estaba asustando bastante a los nuevos dragones con sus visiones.

—Está bien, Índigo —dijo Braza. —Muelle, Pez León, podéis ir a cazar. Estaremos bien —Le dio a Clarividente una sonrisa tentativa mientras los otros dos Alas Marinas se encogieron de hombros y se fueron volando. Oh, sintió como si lo conociera tan bien... lo tímido que era, lo inseguro de qué decir a continuación. Cómo la culpa y la preocupación pesaban sobre sus alas.

—¿Adivinad qué? —les dijo. —¡Yo también me mudo al palacio! Básicamente seremos vecinos. Ya conocéis a Acechador Oscuro, ¿verdad?

—Anoche —Acechador Oscuro se inclinó como si fuera a empujar el ala de Braza con la suya, pero luego miró de reojo a Índigo y se echó atrás. —En realidad, me dio una gran idea. ¿Puedo enseñárosla?

—De acuerdo —dijo Braza. La forma en que miraba a Acechador Oscuro... como si deseara tanto confiar en él. Clarividente reconoció ese sentimiento. —No estamos haciendo nada en este momento —continuó el Ala Marina. —No estoy seguro de lo que debemos hacer. Temo que la reina haya olvidado que estamos aquí.

—Hoy tiene una pequeña emergencia —explicó Acechador Oscuro. —Y estoy bastante seguro de que tu única misión real es pasar el rato conmigo, así que estás haciendo un trabajo excelente en este momento.

La sonrisa de Braza se hizo un poco más real.

—Bueno, también se supone que tienes que enseñarle cosas. Intenta parecer más severo —sugirió Clarividente, sonriendo a Braza. —O un poco amenazador. Di algo sabio y perspicaz de vez en cuando.

—Um —dijo Braza. —Como, ¿nunca comer la variedad púrpura de cangrejo de mar de patas largas?

Acechador Oscuro se echó a reír, y Braza parpadeó encantado.

—Así de simple —le aseguró Acechador Oscuro. —Ese es el tipo de consejo que me gusta.

Clarividente inclinó la cabeza hacia él, preguntándose si eso era una indirecta hacia ella.

Sabía que a él no siempre le gustaban las cosas que tenía que decir sobre sus experimentos animus. Pero era una lástima; también estaba segura de que él necesitaba estar con alguien que dijera esas cosas, en lugar de alguien que sonriera y asintiera sin tener opinión propia.

—En fin —dijo Acechador Oscuro, abriendo su mochila. —Así que me fui a casa y empecé a pensar y acabé sin dormir porque estaba demasiado emocionado y esto es lo que se me ocurrió —Sacó un extraño artilugio que parecía un telescopio con un pequeño reloj de arena dorado montado en un lateral. —Mirad esto —Apuntó a Clarividente y el reloj empezó a girar. Dio tres vueltas. Cuando se detuvo, había una montaña de arena negra en la mitad inferior del reloj de arena, y una pequeña cantidad de arena blanca en la parte superior.

—Awww —dijo Acechador Oscuro. —Mira lo buena que eres.

Clarividente miró más de cerca. La arena no se movía de un lado a otro. Ahora que había dejado de girar, el reloj de arena estaba perfectamente quieto.

—¿Qué demonios? —dijo. —¿Qué significa?

—Esto es un lector de almas —dijo Acechador Oscuro con orgullo. —Apunta a cualquiera y te dirá cuál es el equilibrio entre el bien y el mal en su interior. Piensa en toda la arena como si fuera tu alma, y esto te mostrará cuánta de ella es malvada. Arena negra para el bien, como los Alas Nocturnas, blanca para el mal, como los Alas Heladas. Ves, eres casi totalmente buena, con sólo pequeños trozos de maldad.

¡Pequeños trozos de mal! Clarividente entornó los ojos hacia la arena blanca. *¿Por qué soy mala? ¿Qué he hecho? ¿Por qué tengo arena blanca?*

—Lo has hecho —susurró Braza. Clarividente lo miró y vio que el Ala Marina parecía enfermo del estómago. —¿Pero no me has oído? Te lo advertí: tienes que dejar de usar tu magia. Cada vez que lo haces, empeora. No puedes... no puedes simplemente... —Se estremeció de pies a cabeza.

Acechador Oscuro aún no le ha hablado del pergamino, se dio cuenta Clarividente. Podía entender por qué... pero pobre Braza.

—Está bien —dijo Acechador Oscuro. —Aquí, mira. Clarividente, apúntame. Le entregó el telescopio. Lo levantó y miró por el ocular, encontrando a Acechador Oscuro al final del mismo.

El reloj de arena empezó a girar... y a girar... y a girar...

—Lo has confundido —intentó bromear Clarividente.

—A veces tarda —dijo encogiéndose de hombros.

Finalmente, el reloj de arena se asentó. La mitad inferior estaba cubierta de arena negra. Un montón bastante más pequeño de arena blanca se apiñaba en la parte superior. Más de la que tenía Clarividente, pero no mucha, se dijo a sí misma.

—¿Ves? —Acechador Oscuro señaló al lector de almas. —Estoy bien. Mi alma es buena casi por completo. ¿No es genial?

Clarividente pensó que era bastante inteligente, en realidad. Podría ser un dispositivo útil para vigilar a otros dragones animus. Lo giró hacia Braza.

—No le apuntes con eso —objetó Índigo, impidiéndole el paso. El lector de almas aterrizó sobre ella, giró y acabó con un montón de arena negra tan grande como el de Clarividente.

—No le hará daño —dijo Clarividente. —Ya viste, sólo nos apuntamos el uno al otro.

—Pero podría estar especialmente encantado —dijo Índigo. —Para... para hacerle algo. —A sus espaldas, Acechador Oscuro puso los ojos en blanco ante Clarividente.

—Déjala —dijo Braza, tocando la cola de Índigo con la suya. —¿Por favor? Quiero saberlo.

Índigo le dirigió una mirada muy preocupada, y Clarividente adivinó qué era lo que realmente le preocupaba: que Braza descubriera que llevaba dentro más maldad que bondad. *Está intentando protegerlo en más de un sentido*, pensó Clarividente con simpatía.

Pero la Ala Marina dio un paso atrás y Clarividente alineó el telescopio para poder ver la cara de angustia de Braza al otro lado.

Una vez más, el reloj de arena giró... y cuando se detuvo, la arena negra superaba a la blanca. De hecho, se parecía mucho a la balanza de Acechador Oscuro, con una cuarta parte de arena blanca y tres cuartas partes de negra.

Braza se acercó vacilante al telescopio y tocó el reloj de arena con una garra. —¿Esto es real? —le dijo a Acechador Oscuro.

—Lo prometo —respondió Acechador Oscuro. —Tenemos almas parecidas, ¿no? ¿No te hace sentir mejor?

Braza se quedó mirando el reloj de arena un minuto más y luego a Clarividente.

—Sí —admitió. Se volvió de nuevo hacia Acechador Oscuro. —Pero por favor, por favor, deja de usar tu magia. Mi abuelo... no sé qué fue lo que lo llevó a la locura y al mal. Podría ser cualquier cosa. Un hechizo podría marcar la diferencia.

—Braza —dijo Acechador Oscuro con suavidad. —Tu poder es un don. No deberías tenerle tanto miedo. Sólo tienes que averiguar cómo usarlo de forma segura y hacer que funcione para ti —Hizo una pausa y lanzó una mirada sorprendentemente hostil a Índigo. —No es un truco. Sólo quiero que sea feliz. ¿Tú no?

Índigo le miró directamente a los ojos. —Creo que puede ser feliz sin magia.

A Clarividente no le gustaba la energía que de repente vibraba entre ellos. Especialmente no le gustó la forma en que se convirtió en un hilo que terminó en un mundo sin Índigo.

No va a pasar, se dijo a sí misma con fiereza. *Los vigilaré. Arreglaré esto.*

—Hace un día precioso para volar —dijo, tratando de distraer a los dos. Le dio un codazo a Braza. —¿Por qué no te enseñamos el Reino de la Noche? Hay una playa estupenda no muy lejos de aquí.

La cara de Braza se iluminó y Clarividente sintió que la tensión cedía un poco. Aún así, tendría que tener cuidado. No veía un camino claro hacia un lugar donde Índigo y Acechador Oscuro pudieran confiar el uno en el otro, pero tal vez si los mantenía separados, todo iría bien.

Lo importante era que por fin había llegado Braza... su futuro mejor amigo, el futuro padrino de sus dragonets. Era un día feliz.

Despegó hacia el cielo, sorteando las nubes y manteniendo el sol brillante en sus ojos.

No mires hacia abajo.

No persigas la tormenta.

No dejes que las visiones oscuras ganen.

Capítulo 20

Braza

Las semanas pasaban borrosas y cada día más felices. Tras un año de fríos silencios, miradas poco amistosas y soledad, Braza se encontró de repente envuelto en calidez y atención. Acechador Oscuro y Clarividente no le temían ni a él ni a su magia. Es más, parecía gustarles de verdad. Lo buscaban todos los días, lo llevaban a volar y a cazar, compartían pergaminos y secretos sobre la corte real. Le hacían reír. Le hacían olvidar, durante horas, lo que había pasado y lo que había tenido que hacer.

Sin embargo, nunca olvidó su misión. Seguía vigilando constantemente a Acechador Oscuro en busca de señales de que estuviera usando su magia... o a punto de volverse malvado. Una noche encontró el lector de almas en su escritorio con una nota que decía:

Por todas las lunas brillantes, tu cerebro me está volviendo loco. Toma, quédate con esto, úsalo conmigo siempre que quieras y DEJA DE PREOCUPARTE TANTO.

—MUY sospechoso —dijo Índigo cuando le mostró la nota. —Probablemente la haya hechizado para demostrarte que siempre es bueno, haga lo que haga. O peor aún, tal vez tenga un hechizo para que confíes más en él cada vez que lo tocas.

—Qué paranoica y qué lista eres —dijo Acechador Oscuro, entrando por el balcón. —Tenemos suerte de que no seas una animus, con ideas así.

Índigo se quedó paralizada, tratando de poner su cara de guardaespaldas inexpresiva, y Braza se interpuso entre ellos a toda prisa. —Gracias —le dijo a Acechador Oscuro. —¿De verdad no te importa que me lo quede?

—Ya lo he usado con mi padre —dijo Acechador Oscuro, plegando las alas —Es casi tan malo como pensaba, pero aún no del todo malvado. Puede que algún día necesite que me lo prestes para enseñárselo a mi madre, pero

ahora ya tiene bastante con la guerra. Así que guárdalo por mí, si te hace sentir mejor.

Braza inclinó el telescopio hacia Acechador Oscuro y comprobó... los mismos niveles de arena blanca y negra que antes.

—¿Ves? Totalmente no malvado —dijo Acechador Oscuro con una sonrisa. —¡Vamos a molestar a Clarividente!

Braza le siguió hasta el pasillo con Índigo detrás. —Dijo que tenía que trabajar hoy, ¿recuerdas?

—La reina Vigilancia quiere que trabaje todos los días —dijo Acechador Oscuro, poniendo los ojos en blanco. —Ya ha dejado la escuela para dedicarse a esto a tiempo completo. No es bueno para ella. Volar, cazar y nadar conmigo es lo bueno para ella.

Entrecerró los ojos hacia Índigo. —¿Tus otros dos guardaespaldas hacen algo útil? Parece que ésta es la única que siempre está de servicio.

Braza se estremeció. No disimulaba muy bien lo importante que era Índigo para él; realmente iba con él a todas partes. Pero eso se debía en parte a que ninguno de los dos confiaba en Muelle ni en Pez León, y en parte a que ninguno de los otros Alas Nocturnas parecía darse cuenta de con quién estaba Braza. Aunque por supuesto que Acechador Oscuro sí.

—Bueno... Índigo es la más fuerte —tartamudeó Braza con torpeza. —Los otros dos no se han adaptado exactamente al ciclo de sueño por aquí. Eso era bastante cierto. Muelle y Pez León a menudo dormían durante las horas de vigilia de los Alas Nocturnas.

—Bueno, tienes suerte de tener a esta —dijo Acechador Oscuro, con un toque de algo parecido a la diversión en su voz. —Parece ser muy buena en su trabajo.

Braza miró a Índigo. Tenía expresión preocupada, pero no dijo nada.

Golpearon la puerta de Clarividente y oyeron un estrépito de cosas que caían mientras las garras golpeaban la puerta. Finalmente asomó la cabeza y miró a Acechador Oscuro con severidad.

—Sabía que eras tú —dijo.

—¿EN SERIO? —dijo Acechador Oscuro con un grito ahogado. —¡Es como si pudieras PREDECIR EL FUTURO!

—¡Hoy no me vas a distraer! —gritó ella. —¡Vete! La reina quiere un informe completo sobre el próximo año de maniobras sobre los Alas Heladas para mañana por la mañana.

Acechador Oscuro entró en la habitación, arrastrando a Braza con él. El suelo, como de costumbre, estaba cubierto de pergaminos, al igual que todas las superficies disponibles. Braza ya podía reconocer la letra de Clarividente de un vistazo; parecía como si hubiera llenado cien pergaminos con sus notas densamente empaquetadas desde que se había mudado al palacio.

—Por todos los reinos —dijo Índigo, sobresaltada, desde la puerta. Bajó la mirada hacia sus garras como si no supiera dónde podría ponerlas en este volcán de papel en erupción.

—Tienes que decirle a Vigilancia que un año entero de información es imposible —le dijo Acechador Oscuro a Clarividente. —Especialmente cuando estás tratando con una tribu entera, una reina impredecible, y todas las pequeñas cosas ridículas que pueden salir mal en una guerra.

—No son pequeñas o ridículas cuando cientos de vidas están en juego —dijo Clarividente, presionando sus garras contra sus ojos. —Y la reina Diamante no es completamente impredecible; sólo cambia mucho de opinión. Además, esto es importante... ayudé a ganar la escaramuza en el mar la semana pasada y me aseguré de que el ejército evitara esa emboscada en los laberintos de cactus. Pero cada vez que tengo razón, la reina Vigilancia quiere más detalles. Cuántos dragones hay exactamente en este lugar; a qué hora del día atacarán exactamente...

—Cuántos granos de arena en la próxima tormenta de arena —terminó Acechador Oscuro. —Vas a perder la cabeza, tratando de rastrear todo esto. Ven a volar con nosotros —insistió. —Te despejará la cabeza.

—¡No puedo despejarme! —Protestó Clarividente. —¡La necesito llena de información! Esta información. ¡Información importante! ¡En tres meses puede haber un ataque al amanecer en una de nuestras rutas de suministro! Rápido, pásame ese pergamino —Alcanzó un tintero y casi lo derramó sobre uno de los mapas del Reino de Arena.

Acechador Oscuro le dio el pergamino que le había señalado, vadeó el papel y abrió la ventana de un tirón. La luz de la luna entraba a raudales, junto con el olor del lejano océano y el sonido de los dragones cantando allá abajo, en el Gran Diamante.

—Vas a venir volando con nosotros—dijo —porque te he hecho un regalo, y porque hay una manada de lobos deliciosos corriendo por los bosques de la Montaña de la Frontera, y porque mañana es tu día de eclosión, así que la reina Vigilancia puede inhalar un cubo de gusanos por lo que a mí respecta.

—¿Mañana es tu día de eclosión? —Braza le dijo a Clarividente. —¿Cuántos años tendrás?

—Oh —dijo ella, tocándose la cabeza. La tinta negra de sus garras hacía juego con el negro de sus escamas. —Supongo que sí. Cinco. Vaya, no puedo creer que sólo tenga cinco años —Parpadeó ante los pergaminos, como si hubiera vivido varias vidas más a través de sus visiones.

—El día de la eclosión de Clarividente: ¡lo mejor que ha pasado en la historia del mundo! —gritó Acechador Oscuro. Barrió a Clarividente y la hizo girar, esparciendo pergaminos por todas partes. —¡Vamos a celebrarlo! Volemos —La lanzó por la ventana y ella atrapó el viento con sus alas, riendo sin aliento.

—¡Loco! —le gritó, volando en círculos. —¿Qué le voy a decir a la reina?

—Que te quiero y que puede hablar conmigo si tiene alguna duda —proclamó Acechador Oscuro. —¡Vamos, Braza!

—¿Yo? —dijo Braza. —¿De verdad quieres que vaya? ¿No preferirías...

—¡Shh! —Acechador Oscuro golpeó la cabeza de Braza y tiró de él hacia la ventana. —¡Basta de dudas! Eres nuestro amigo, y el presente es parte para ti, así que ¡vamos, vamos! —Saltó al cielo y se estrelló contra Clarividente, cayendo por el cielo con ella.

Braza se subió al marco de la ventana y los observó con nostalgia. Parecía tan fácil ser feliz y estar enamorado. Nunca parecían preocuparse por todas las razones para estar separados. Estaban seguros de que algún día tendrían dragonets; Clarividente incluso pensaba que uno de ellos podría ser un animus, pero a ella no le importaba. Acechador Oscuro no temía lo que pudiera hacer con su poder por ella, y no parecía temer por su alma.

Lo que tenía que significar algo, ya que ella podía ver el futuro.

Tal vez... tal vez Acechador Oscuro tuviera razón, y Braza también debería dejar de preocuparse tanto.

Miró a Índigo por encima del hombro. Tenía la cabeza gacha, leyendo uno de los pergaminos del suelo.

Con una repentina oleada de horror, Braza recordó la mirada de Albatros mientras estrangulaba a Índigo. Recordó el brillo de la locura en los ojos de su abuelo y el rastro de sangre que había llevado desde el pabellón hasta el lugar de la masacre.

No, pensó, con el corazón latiéndole con fuerza. *Hago bien en preocuparme. Acechador Oscuro debería preocuparse más. Eso es lo que he venido a decirle, si consigo averiguar cómo hacerle caso.*

Despegó en el aire, siguiendo a sus amigos. Ahora corrían por las nubes, lanzándose bocanadas de humo unos a otros. Podía oír la risa de Clarividente resonando en el cielo.

Le gustaría poder tratar a Índigo como a una amiga delante de ellos... pero ella no quería. Estuvo de acuerdo en que era más seguro si todos pensaban

que sólo era su guardaespaldas, y así fue como actuó, siguiéndolos en silencio a dondequiera que fueran.

Esta noche, Acechador Oscuro los condujo a un bosque que se extendía a lo largo de la parte baja de la montaña, más allá del palacio. Él y Clarividente cazaron un lobo cada uno y luego aterrizaron junto a un lago para que Braza pudiera pescar un pez y unirse a ellos. Acechador Oscuro encendió un fuego y sacó un festín de la bolsa que llevaba colgada al hombro: tomates gigantes, nueces asadas, algo que él llamaba "queso" y que Braza nunca había probado, patas de oso, cecina de camello y varias frutas misteriosas que le había comprado a un vendedor ambulante Ala Lluviosa en el mercado.

—Esta ya la había probado antes —ijo Clarividente, pinchando una pequeña esfera marrón peluda. —Se llama kiwi y produce un cosquilleo en la boca. Ooo, no te comas ese que tiene manchas moradas; te hará que tu aliento apeste a buitre durante una semana.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Braza. —¿Una visión?

—Experiencia —dijo ella, señalando significativamente a Acechador Oscuro. —¡No puedo creer que lo hayas vuelto a comprar, después de la última vez!

Él se rió, dándole un golpecito con la cola. —¡Había olvidado cómo era! De todos modos, creo recordar que valía deliciosamente la pena.

—¡Para ti, quizá, pero no para mí! —protestó ella. —Puedes quedártelo si prometes mantenerte lejos de mí durante la próxima semana. En realidad, teniendo en cuenta la cantidad de trabajo que tengo que hacer, claro, adelante.

Acechador Oscuro recogió la fruta y la arrojó al lago. —Ya está —dijo. —Ahora algún pobre pez desprevenido probablemente tendrá una terrible primera cita por tu culpa.

—Gracias, guapo —Clarividente se rió, pinchándole suavemente con la cola.

—¿Hora de los regalos? —Acechador Oscuro dijo. —¿Sí, absolutamente sí?

—No tengo nada para ti —dijo Braza. —Lo siento.

—No pasa nada —dijo Clarividente. —Acechador Oscuro está siendo dramático. No necesito regalos.

—Espera... tal vez... espera —Braza saltó y corrió hacia los árboles. Índigo se paseaba fuera del círculo de fuego, observando las sombras y el cielo. Se detuvo cuando Braza pasó junto a ella y le vio dar zarpazos en el suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Claro —dijo ella en voz baja, mirando a los dos Alas Nocturnas. —Sólo estoy... preocupada. Siento que algo malo está a punto de pasar.

—Deberías unirte —dijo él, bajando la voz para igualarla a la de ella. *Ojalá pudieras. Ojalá esto pudiera ser normal, que pudiéramos ser como ellos.*

Negó con la cabeza. —Debería vigilar.

Si alguien nos ataca, Acechador Oscuro probablemente usaría su magia para protegernos, pensó Braza. *Es malo que eso me reconforte un poco.*

Encontró lo que buscaba: un trozo de madera del tamaño y la forma adecuados. La llevó para mostrársela a Índigo, acercándose lo suficiente como para sentir sus alas casi rozando las suyas.

—¿Recuerdas el delfín? —dijo.

—¿La beluga? —le corrigió ella con una pequeña sonrisa. —La traje conmigo.

—¿Y... Gota? —preguntó. El pulpo había desaparecido de su bungaló junto con Índigo y todas sus cosas, pero nunca lo había visto con ella, ni siquiera aquí. Temía que Perla le hubiera hecho algo.

—También tengo a Gota —dijo en voz baja. —Lo tengo escondido. No quería recordarle a nadie... lo que puedes hacer.

—Claro. *Por supuesto,* pensó amargamente. *Porque lo que puedo hacer es tan terrible, incluso cuando es sólo un inocente pulpo mascota.*

Vio que Acechador Oscuro se volvía para buscarlo y se apartó rápidamente de Índigo, apresurándose a volver al fuego.

—¿Qué haces? —preguntó Acechador Oscuro, mirando la madera.

—Ya verás —dijo Braza, empezando a cortarla y tallarla con las garras. Era más blanda que la madera con la que trabajaba normalmente, pero pensó que saldría bien.

—Estrellas fugaces —dijo Clarividente con voz asombrada. —Mira lo rápido que puedes hacer eso.

—Mucha práctica —dijo encogiéndose de hombros. *Mucho tiempo solo, sin nada más que hacer.*

Rápidamente empezó a tomar forma entre sus garras, como si un pequeño dragón intentara salir de la madera. Talló las pequeñas garras, alisó una cola en el extremo y excavó afiladas púas a lo largo del lomo del dragón.

—Nunca había hecho un Ala Nocturna —se disculpó.

—Guau —dijo Clarividente. —Me encanta —Extendió sus garras y él colocó suavemente el dragón terminado en la curva de sus garras. —Se parece mucho a mi amiga Oyente, ¿verdad, Acechador Oscuro?

Acechador Oscuro inclinó la cabeza ante la pequeña talla. —¿Puedes hacerme uno de esos? —preguntó. —Ahora mismo no, cuando puedas. Quiero un Ala Marina.

—Sí, por supuesto —dijo Braza, sintiéndose cálidamente complacido. Le encantaba hacer cosas, pero en casa ya nadie quería nada de él. Era emocionante volver a tener amigos a los que hacer regalos. Miró a Índigo, pero no miraba hacia ellos.

—Bueno —dijo Acechador Oscuro —me parece un poco injusto tener que seguir eso. Pero, de todos modos, espero que os parezca increíble. Braza, no te asustes. Sólo fue un pequeño hechizo.

El corazón de Braza se hundió cuando Acechador Oscuro tanteó con su bolsa. —¿Usaste tu magia otra vez?

—¡Tachán! —dijo Acechador Oscuro, abriendo sus garras. Tres zafiros brillaban a la luz del fuego, como estrellas azules capturadas. —Uno para cada uno —Le pasó uno a Clarividente. Como Braza no cogió el suyo, Acechador Oscuro se lo lanzó y Braza tuvo que saltar para cogerlo.

El zafiro era frío y pesado y no parecía irradiar especial amenaza, pero Braza se sintió mareado al mirarlo. ¿Cómo era posible que Acechador Oscuro hubiera hecho otro hechizo después de todo lo que Braza le había contado?

—He dicho que no te asustes —Acechador Oscuro golpeó el ala de Braza. —Acabas de leerme el alma, ¿recuerdas? —Braza se dio cuenta de que era cierto. Y el equilibrio de la arena no había cambiado ni un ápice, que él supiera. ¿No inclinaba cada hechizo un animus un poco más hacia el mal? ¿O algunos hechizos eran seguros? ¿O estaba el lector de almas de Acechador Oscuro encantado para dar resultados erróneos, como había adivinado Índigo?

—Shh —dijo Acechador Oscuro, golpeando de nuevo el cráneo de Braza. —Escuchad. A estos los llamo visitadores de sueños —Extendió el suyo hacia las llamas, girándolo para que pudieran ver todas las facetas de la gema. —Puedes usarlo para caminar en los sueños de cualquier dragón dormido que conozcas o que hayas visto alguna vez. Así podremos estar juntos aunque estemos dormidos. Puedo visitaros a cualquiera de vosotros en vuestros sueños, o vosotros podéis visitarme a mí. Incluso puedes entrar en los sueños de alguien del otro lado del continente, si quieres. Aunque dudo mucho que alguien más tenga sueños tan interesantes como los nuestros —Sonrió a Clarividente. —Feliz día de tu eclosión.

—Es precioso —dijo ella, inclinándose para abrazarle. —¿Verdad, Braza? Y ahora tenemos algo que es sólo nuestro, de los tres. Porque somos

mejores amigos.

Mejores amigos.

¿No era un pequeño milagro tener mejores amigos, después de todo lo que había pasado?

Capítulo 21

Acechador Oscuro

—¿Dónde está ahora? —Acechador Oscuro llamó a Clarividente mientras surcaban el cielo.

—No lo sé —respondió. —En mi visión, estaba en el Reino de Arena, separada del resto de su ala, rodeada de Alas Heladas, y la reina Diamante estaba allí. Pero no sé cuándo fue. Me pareció muy pronto, pero no lo sé, lo siento —Los latidos de sus alas vacilaron y sacudió la cabeza. —¿Por qué no lo vi antes? Debe de haber pasado algo, salió de la nada. Lo siento, Acechador Oscuro.

—No lo sientas —gritó. —La salvaremos.

Ella no respondió, lo que sintió como una lanza atravesándole el corazón. Debe haber una línea temporal en la que él la salvó. ¿De qué servían las visiones de Clarividente si ni siquiera podían mantener a salvo a los dragones que amaban?

—Madre estaba en casa esta mañana —dijo. —Se supone que estará en casa los próximos tres días. Probemos allí primero. Tal vez no ha sido enviada todavía.

Se elevaron hacia el sur, en picado hacia los barrancos. Era medianoche, y había dragones por todas partes, llenando el aire con el batir de las alas. Acechador Oscuro deseaba poder arrojarlos a todos fuera de su camino.

La puerta de su casa estaba abierta y la luz se derramaba por el cañón, pero no oía a sus padres peleando. Algún otro ruido extraño e irreconocible provenía de su casa. Aterrizó y se precipitó al interior con un solo movimiento, deteniéndose justo antes de derribar a Nívea.

Era su hermana la que hacía ruido; estaba de pie en medio del salón, con las alas blancas desplegadas, lanzando al techo un extraño grito de socorro.

Sonaba como un gran pájaro alienígena, penetrante, triste y enloquecedor a la vez.

—¿QUÉ LE PASA? —bramó su padre desde el otro extremo de la habitación. —¡LLEVA UNA HORA HACIENDO ESTO SIN PARAR!

Todo lo que Acechador Oscuro podía obtener de la mente de Nívea eran destellos de plata que se clavaban como agujas venenosas, una y otra vez. No podía bloquearlo; apenas podía pensar en la misma habitación que ella.

Clarividente voló al lado de Nívea y la envolvió con sus alas, obligando a la dragona chillona a plegarse y encogerse hasta que volvió a ser pequeña, enterrada en el pecho de Clarividente, y el sonido quedó amortiguado por las alas de Clarividente.

—Shhh —le murmuró Clarividente al oído. —Lo sé, lo sé, es horrible, lo sé...

—¿Dónde está Madre? —Acechador Oscuro gritó a Ártico.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió su padre. *Empezó otra estúpida pelea conmigo, como siempre. Se fue volando al atardecer,* refunfuñó su mente.

—¿Volvió a la zona de guerra? —Acechador Oscuro exigió.

—¿Por qué? —Ártico se puso en alerta de repente, de los cuernos a la cola, concentrándose en Clarividente. —¿Tuviste una visión?

—La reina Diamante va tras ella —gruñó Acechador Oscuro. —Tenemos que encontrarla antes de que lo haga tu madre.

—¡Diamante está a kilómetros de distancia! —Ártico gritó tras él como Acechador Oscuro corrió por el pasillo a su habitación. Cerró la puerta de un portazo y sacó su pergamino. No había tiempo para elegantes hechizos cuidadosamente construidos en este momento.

Agarró el primer trozo de papel que encontró y lo colocó sobre el

pergamino, garabateando *Encanta este papel para que me muestre dónde se encuentra Sanguinaria en este momento.*

Un mapa floreció en tinta por toda la página: el Reino de la Noche, el Reino de Arena y el Reino Helado, con las posiciones de las tropas marcadas en diferentes colores: azul para los Alas Heladas, negro para los Alas Nocturnas. Y allí, un pequeño punto rojo, cruzando la frontera hacia el territorio de los Alas Arenosas, apuntando directamente a un campamento de Alas Heladas.

¿A dónde se va ? ¿Por qué deja el Reino de la Noche ahora, cuando se suponía que estaría en casa tres días más?

Miró frenéticamente a su alrededor y se abalanzó sobre uno de sus brazaletes plateados. *Encanta este brazalete para proteger a S...*

Se detuvo. Ya tenía algo así.

Acechador Oscuro volvió corriendo al salón y agarró a Clarividente por el hombro. Dio un respingo y dejó de mecerse con Nívea. Su hermana levantó la vista, con lágrimas corriéndole por la cara.

—Madre no puede estar en peligro —les dijo Acechador Oscuro a ambos. —Diamante no puede llegar a ella, porque tiene el pendiente que Padre le encantó cuando se conocieron. Mantiene a Madre a salvo sin importar la amenaza... ¿verdad? —Se volvió hacia Ártico.

Y leyó la verdad en la furia agonizante del rostro de Ártico, incluso antes de oírla en la mente de su padre.

La lucha.

Sanguinaria le acusó de no preocuparse por ella ni por las tropas, de ser demasiado cobarde para sacrificar algo para salvarla a ella o a sus amigos.

Ártico le había replicado a gritos que no arriesgaba precisamente sus propias escamas, pues sabía que nada podría herirla mientras llevara el

pendiente que él le había regalado.

No lo llevo para protegerme, había gritado. Lo llevo porque te quiero.

Amas mi poder, le había gritado él. Es lo único que siempre has amado. Querías mi magia y la conseguiste. Es por eso que viniste al Reino Helado en primer lugar, ¿no? Me estabas buscando. Todo esto fue un plan de los Alas Nocturnas. Nunca fue por mí. Nunca me amaste. Viniste a robar mi poder.

¿Cómo te atreves? Gritó. Te amo más que a nada. Desearía que no fueras un animus. Ojalá nunca hubieras tenido una pizca de magia. No la quiero; ¡no quiero tener nada que ver con ella!

Y entonces se quitó el pendiente

y se lo tiró

y voló

hacia el norte

al Reino de Arena

donde la esperaba Diamante.

Acechador Oscuro siguió la mirada de su padre hasta la esquina, donde el pendiente de diamante de su madre brillaba como el último carámbano obstinado del invierno.

—Se quitó el pendiente —dijo, incrédulo. —¿Y la dejaste volar sin él?

Ártico siseó y agitó la cola. —Estaba enfadada. Volverá por él pronto, cuando esté lista para admitir que lo necesita.

—No, no lo hará —gritó Acechador Oscuro. —¿Sabes quién odia a Madre más que nadie en el mundo? Cierta reina loca que está emparentada contigo, y que resulta ser una animus.

Ártico ya estaba sacudiendo la cabeza. —Mi madre no usaría su magia contra Sanguinaria. Ya la usó una vez, para su regalo a la tribu. La regla es que no puede volver a usarla.

—Está haciendo una excepción por venganza —dijo Acechador Oscuro. Se volvió hacia Clarividente. —Es un encantamiento, ¿no? Un hechizo que convoca a mi madre. Probablemente lo puso en marcha hace años, pero nunca pudo funcionar porque el pendiente protegía a Sanguinaria. Pero entonces Madre se quitó el pendiente... y ahora no hay nada que la proteja. Eso es lo que ha cambiado tan repentinamente esta noche; eso es lo que no viste venir —Miró fijamente a su padre. —Esto es culpa tuya —siseó.

—Acechador Oscuro —dijo Clarividente. —No... tu hermana...

Nívea había enterrado la cara en el cuello de Clarividente y empezaba a hacer ruido de nuevo; remolinos de un horrible color azul enfermizo giraban en espiral en su mente.

—Lo arreglaré —dijo Acechador Oscuro. —Puedo salvarla.

Volvió corriendo a su habitación, intentando pensar. ¿Qué tenía? ¿Qué podía usar?

¿Podría hacer el mismo hechizo, invocándola aquí? Tenía la sensación de que el hechizo de Diamante sería infalible. Una vez que tuviera sus garras en Sanguinaria, nunca la dejaría ir.

¿Puedo encantar el pendiente para que vuele hacia ella, para alcanzarla antes de que llegue a los Alas Heladas? No, mirando el mapa, no había forma de que llegara a tiempo.

Tal vez debería matar a Diamante. Podría enviar algo para hacerlo ahora mismo.

Se volvió hacia su baúl de armas y encontró a Clarividente de pie en la puerta.

—No puedes matar a la reina Diamante —dijo.

—Pensé que yo era el que leía la mente por aquí —dijo él. —Y sí, puedo, y además es una gran idea —Abrió el baúl y empezó a sacar cuchillos y dagas. ¿Cuál era su arma más afilada? ¿Cuál funcionaría con garantías?

—No puedes —volvió a decir Clarividente —porque su única heredera es una sobrina mucho más despiadada y astuta que la reina Diamante. Diamante está obsesionada con Sanguinaria, Ártico y la venganza, pero al menos no hay una línea temporal en la que aniquile a toda la tribu Ala Nocturna.

—¿Toda la tribu? —Acechador Oscuro dijo. Encontró una daga con una curva satisfactoriamente malvada. —Creo que estás exagerando.

—No —dijo Clarividente. —Si la Reina Diamante muere ahora, y Zorro Ártico asciende al trono, hay al menos cuatro futuros altamente probables que implican un genocidio que aniquila a los Alas Nocturnas. No puedes matarla ahora, Acechador Oscuro. Por favor, créeme.

—Pero va a matar a mi madre —dijo Acechador Oscuro. —¿Estás sugiriendo que la deje salirse con la suya?

Clarividente inclinó la cabeza. Después de un momento, dijo: —Zorro Ártico tiene una hija. Dentro de siete años esa dragonet estará lista para hacerse cargo de la tribu, y entonces tanto Diamante como Zorro Ártico podrán tener un final desafortunado, cualquier cosa horrible que quieras. Pero hasta entonces, las consecuencias... tienes que ver el panorama completo. Tú tienes este mismo poder; debes ser capaz de verlo también.

Tenía razón; veía lo que ella veía, pero era difícil preocuparse por una nebulosa visión futura de la destrucción de la tribu mientras veía el pequeño punto rojo, su madre, volando directo al corazón del campamento Ala Helada.

—Es demasiado tarde —susurró Clarividente.

—No —dijo Acechador Oscuro. —La traeré de vuelta. Puede llevar un tiempo, pero lo resolveré —Sólo tenía que encontrar el hechizo correcto, el hechizo perfecto.

Nívea pasó junto a Clarividente y se acercó a Acechador Oscuro, rodeándole el pecho con los brazos. Él se hundió en el suelo, abrazando con fuerza a su hermana. Sus alas se plegaron a su alrededor, negro sobre blanco sobre negro como hojas superpuestas.

—El agujero es demasiado grande —susurró Nívea. —Vamos a caer en él para siempre.

—No para siempre —prometió Acechador Oscuro. —La volveremos a ver.

Nívea pensó en eso por un momento, las lágrimas resbalando por su hocico y goteando sobre las escamas de Acechador Oscuro. —Sólo uno de nosotros la verá —dijo —Dependiendo de quién pierda el futuro.

Acechador Oscuro se estremeció. Si aquella era la versión de Nívea de una profecía, no quería adentrarse en sus oscuros rincones e intentar descifrarla.

Pero había una cosa que sabía, clara y seguramente, aquí en el presente.

Madre se había ido.

Y todo era culpa de Ártico.

Capítulo 22

Clarividente

Clarividente se encontraba en la biblioteca de palacio cuando la reina Vigilancia la persiguió poco después del amanecer, cinco días después de perder a Sanguinaria.

—¿Qué haces? —preguntó la reina, observando las pilas de pergaminos que había sobre la mesa junto a Clarividente.

—Busco pistas sobre cómo funciona el poder animus —dijo Clarividente con cansancio. —Hay muchas cosas que no sabemos. ¿Puede un hechizo de animus anular a otro? ¿Hay algo que la magia animus no pueda hacer? ¿Afectan los distintos hechizos a sus almas de formas diferentes, o son siempre iguales? Pero todos los pergaminos son sobre Alas Heladas, y parece que siempre han restringido tanto su magia que nadie ha tenido la oportunidad de averiguar nada. Quiero decir, por supuesto que nadie quiere hacer experimentos con dragones animus, aunque tuvieras más de uno a la vez para comparar, para ver quién se vuelve malvado primero. Así que todo es anecdótico, y... —Se interrumpió, dándose cuenta de que había un brillo extraño en los ojos de la reina.

—Tenemos más de uno —dijo la reina. —Tenemos tres.

Ártico, Acechador Oscuro, Braza: un Ala Helada, un Ala Nocturna y un Ala Marina. ¿Era diferente el poder en las distintas tribus? Clarividente se preguntó.

—Pero Braza no usará su poder —señaló —y Ártico no debería.

La reina se acercó lentamente a la ventana, entrecerrando los ojos ante el cielo rosa pálido y el sol naciente. Un gorrión gorjeó de enredadera en enredadera y se posó un momento, imprudentemente, en el alféizar. La reina Vigilancia lo agarró y lo hizo crujir entre sus mandíbulas de un bocado.

—Con tres dragones animus —dijo, volviéndose hacia Clarividente —¿por qué aún no he ganado esta guerra? —Se sacó una pequeña pluma marrón de entre los dientes, con el ceño fruncido.

Clarividente balbuceó. —Es... bueno, es complicado... hay muchas consecuencias... y los hechizos pueden salir mal, sobre todo en un escenario de guerra en el que todo es tan caótico. Es una regla tácita que las tribus no usan magia animus en la guerra, ¿no? Porque si usamos magia de animus, puede que ellos tomen represalias con magia animus, y entonces la cosa se pone... bueno, muy mal... —Tan mal que su cerebro ya empezaba a dolerle al analizar las posibilidades.

La reina Vigilancia agarró un pergamino y lo arrojó contra la puerta con un fuerte golpe. Inmediatamente, uno de sus guardias asomó la cabeza.

—¿Sí, Majestad? —dijo.

—Traedme a Acechador Oscuro —ordenó.

Clarividente retorció sus garras delanteras. —No estoy segura de que sea una buena idea —dijo. —No he calculado la magia animus en mis predicciones para el próximo año... lo echaría todo a perder.

La reina agarró uno de los pergaminos en blanco del estante que había detrás de la mesa del bibliotecario. Barrió todos los pergaminos de historia de la mesa que había delante de Clarividente y le puso el pergamino en blanco delante.

—Empieza a calcular —siseó.

—Sí, de acuerdo —dijo Clarividente, sentándose. Las visiones ya se agolpaban, intentando llenar el espacio de estas nuevas ondas, nuevas líneas temporales que se desenrollaban. De repente, había demasiados futuros nuevos, que ni siquiera había vislumbrado antes. Algunos de ellos volvían a enlazar con visiones anteriores... Acechador Oscuro en la corona, o ellos con sus dragonets... pero otros se extendían en nuevas y terribles direcciones.

Nunca dejes que la reina se entere del pergamino de Acechador Oscuro: esa era la primera y más obvia lección de sus visiones. Si Vigilancia llegaba a descubrirlo, haría matar a Acechador Oscuro (si podía... no sería fácil, Clarividente podía ver indicios de ello) y luego lo usaría ella misma, y al igual que Zorro Ártico, la reina Vigilancia tampoco tenía problemas con acabar con tribus enteras. Un continente gobernado enteramente por Alas Nocturnas le parecería bien.

Fuera sonó un batir de alas, y Clarividente levantó la vista para ver a Acechador Oscuro pasar en picado por la ventana. El corazón le dio un vuelco: feliz de verlo, aterrorizada por lo que pudiera pasar a continuación.

Unos instantes después, entró por las gigantescas puertas dobles de la biblioteca, sonriendo ya a la reina.

Esa sonrisa... era nueva, y a Clarividente no le gustaba. Era una sonrisa de "todo va bien". Era una sonrisa de "a mí no me pueden pasar cosas malas, así que no dejaré que me pasen". Y puede que la reina Vigilancia no se diera cuenta, pero era una sonrisa de "mejor no te interpongas en mi camino mientras arreglo el mundo como yo quiero".

Clarividente sabía que sólo había tres dragones a los que Acechador Oscuro quería: ella misma, Nívea y su madre, Sanguinaria. Pensó que Braza también podría estar en la lista, ahora o algún día, pero no estaba del todo segura. A veces le preocupaba que Acechador Oscuro fuera amigo suyo sólo porque Clarividente pensaba que debían serlo.

Pero él quería de verdad a Sanguinaria, y perderla... sabía que debía de estar furioso, devastado y roto en mil pedazos por dentro. Le asustaba que pudiera ocultarlo tan bien.

—Acechador Oscuro —dijo la reina. —Lamentable lo de tu madre.

—Sí —estuvo de acuerdo. —Muy desafortunado.

—Esa fue siempre la primera demanda de Diamante —dijo la reina Vigilancia, estudiándolo. —Quería a Sanguinaria, a Ártico, a ti y a tu hermana.

Inclinó la cabeza ligeramente. —Gracias por no entregarnos.

—Bueno —dijo ella. —Tenía mis razones —Dejó una pausa significativa.

—Esperabas usar tú misma nuestra magia animus —completó Acechador Oscuro agradablemente. —Y crees que has sido muy paciente. Y crees que ahora sería un buen momento para recuperar tu inversión. ¿Qué tienes en mente?

La reina Vigilancia se mantuvo muy quieta, como si acabara de descubrir que Acechador Oscuro podía leerle la mente e intentara no mostrar lo sorprendida que estaba. *Creía que sabía ocultar mejor sus pensamientos,* supuso Clarividente. *No sabía que los poderes de Acechador Oscuro fueran tan potentes.*

—Umm —dijo la reina lentamente. —Me gustaría escuchar tus ideas.

—Oh, tengo unas cuantas —dijo Acechador Oscuro con una sonrisa alegre. —Clarividente, querida, ¿me permites? —Cruzó hasta su mesa, deslizó el pergamino en blanco a su lado y empezó a dibujar. —Veamos. Clarividente me advirtió que matar a la reina Diamante en este momento podría llevar a la destrucción de toda la tribu Ala Nocturna. Pero, ¿y si los atrapamos primero? Imagina que pudiera agarrar un palo, un palo cualquiera, y decir: "Encanto este palo para que, en el momento en que lo rompa, todas los Alas Heladas de Pirria se desplomen, muertos" —Golpeó el pergamino, donde había dibujado una fina línea partida por la mitad, con una docena de cadáveres sangrantes a su alrededor.

Clarividente lo miró horrorizado. A Vigilancia le brillaban los ojos. —¿Puedes hacerlo? —susurró la reina con avidez. —¿Es tan sencillo?

—No estoy seguro —dijo Acechador Oscuro encogiéndose de hombros. —Que sepamos, nadie ha intentado nunca acabar con una tribu entera con un solo hechizo —Le dedicó a Clarividente una de sus nuevas e inquietantes sonrisas.

—Pero ese hechizo te mataría —dijo Clarividente. —Eres parte Ala Helada. Y tu padre, y tu hermana.

—Podríamos incluir excepciones, estoy seguro —dijo.

—No puedes acabar con una tribu entera —dijo ella, con más firmeza. —Hay cientos, tal vez miles de inocentes Alas Heladas. Piensa en todos los dragonets que no participan en esta guerra. No eres un asesino de dragonets, Acechador Oscuro — *En realidad no pensé que fueras un asesino de nadie. No ahora, no la versión de ti que creía conocer y que podía amar con seguridad. Pero tal vez me equivoque...* —Sin mencionar lo que le haría a tu alma.

Le dirigió una mirada irónica, una mirada de "sabes perfectamente que no afectará a mi alma". A ella se le revolvió el estómago de miedo. Había pensado que poner su magia en el pergamino lo protegería, pero si él no estaba preocupado por su alma, ¿significaba eso que no había nada que lo retuviera?

—Esos pequeños dragonets crecerán para formar parte de esta guerra —señaló —a menos que los detengamos. ¿Y no es genocidio tribal exactamente lo que prevés que nos hagan?

—¡No! —dijo ella. —¡Sólo si las cosas van muy, muy mal, y no dejaremos que eso ocurra! —Se volvió hacia la reina. —Matar a todos los Alas Heladas pondría a las otras tribus en tu contra. Empeoraría las cosas, lo sé —Peor según la definición de Clarividente. No tuvo que contarle a Vigilancia sobre los futuros en los que un genocidio de los Alas Heladas llevaría a los Alas Nocturnas a gobernar todo el continente.

—Bueno —dijo Acechador Oscuro encogiéndose de hombros —si esto es demasiado efectivo para la delicada sensibilidad de Clarividente, tal vez podríamos hacer algo más específico. Podría encantar un montón de rocas... digamos al menos cien... que, al caer sobre un campamento de Alas Heladas, o escondidas en la arena por donde pasarán, explotarían y matarían a todos los Alas Heladas a la vista. Entonces sólo alcanzaríamos a los soldados... probablemente. ¿Eso te haría sentir mejor, Clarividente?

Se apartó de él. No podía soportar su mirada, ni la de la reina, tan complacida con sus propias ideas perversas.

—Necesito estudiar las consecuencias —dijo. —Dame algo de tiempo para rastrear los futuros antes de hacer nada. ¿Por favor?

—Tú también eres vidente —le dijo la reina a Acechador Oscuro. —¿No puedes ver estas "consecuencias"?

—Algunas de ellas —dijo, estudiando a Clarividente de reojo. Levantó la barbilla. ¿Iba a quitarle el trabajo? No sería difícil manipular a Vigilancia si se convertía en el mejor vidente, si decidía hacerlo. Sería capaz de hacer que la reina hiciera casi todo lo que quisiera.

Acechador Oscuro movió las alas como si se estuviera quitando una manta. —Pero las visiones de Clarividente son más claras que las mías —dijo. La rodeó con un ala y le dio un abrazo tranquilizador. —Pasa mucho más tiempo estudiándolas que yo. Piensa en el futuro todo el tiempo. Si quiere comprobar primero todas las líneas temporales, supongo que es una buena idea.

Sigue ahí, detrás de la sonrisa falsa y las ideas furiosas. Se calmará y volverá conmigo, pensó... esperaba.

—¿Qué pasa con la defensa? —Preguntó la reina. —Los Alas Heladas tienen su acantilado que mata a cualquiera que no sea un Ala Helada. ¿Podemos tener uno de esos?

—No queremos dejar fuera a todas las otras tribus —intervino rápidamente Clarividente. —Los Alas Nocturnas somos famosos por nuestras relaciones intertribales y asociaciones comerciales abiertas. Nuestros pergaminos y obras de arte se venden en todo el continente. Los dragones nos traen nuevas ideas, inventos y descubrimientos de todas partes. Si cerramos nuestra frontera, especialmente con violencia, perdemos todo eso. Perdemos todo lo que nos hace ser quienes somos.

—Pffft —espetó la reina.

—Así que a lo mejor sólo mata Alas Heladas —dijo Acechador Oscuro. Apartó su ala de alrededor de Clarividente y se inclinó sobre la mesa, dibujando de nuevo. —Un escudo invisible alrededor de todo el reino, tal

vez. Eso liberaría a tus equipos de defensa aérea para unirse al ataque —Sus ojos oscuros se encontraron con los de Clarividente. —Parece razonablemente inofensivo. Ni siquiera tú puedes oponerte a defender nuestro reino de nuestros enemigos, ¿verdad, Clarividente?

Era una de las opciones menos terribles de todas las malas, y apaciguaría a la reina durante un tiempo. Clarividente asintió a regañadientes. —Siempre y cuando haya una manera de desactivarlo en el futuro, cuando estemos en paz con los Alas Heladas de nuevo.

—Eso nunca sucederá mientras tengan a mi madre —dijo fríamente Acechador Oscuro.

—Empieza —dijo la reina Vigilancia, golpeando la mesa una vez con su garra. Señaló a Acechador Oscuro. —Tú, el escudo —Sus agudos ojos se desviaron hacia Clarividente. —Tú, el futuro en el que aplastamos a nuestros enemigos con magia —Esbozó una sonrisa fina y siniestra. —Haremos un equipo excelente.

La reina se dio la vuelta y salió de la biblioteca, dejando pergaminos revoloteando a su paso.

—Será mejor que no le cuentes a Braza lo del escudo —le dijo Acechador Oscuro a Clarividente. —Ni de ninguna de estas ideas. Ya me está volviendo loco con su cerebro ansioso, preguntándose cuándo voy a estallar —Puso los ojos en blanco.

—¿Qué te está pasando? —Preguntó Clarividente. Pinchó a Acechador Oscuro en el pecho. —No eres un asesino de masas. No querrás gastar tu magia en hacer la guerra y matar más fácil para la reina.

—No es por la reina —dijo Acechador Oscuro, atrapando su garra antes de que pudiera volver a pincharle. —Quiero darles una lección a los Alas Heladas. Quiero asustarlos para que devuelvan a Madre.

Clarividente vaciló. —Oh, Acechador Oscuro...

—¿No ves un futuro en el que ella vuelva? —dijo con desgana.

Negó con la cabeza. No sabía qué decir. Llevaba días buscando en todas las líneas temporales posibles y no encontraba a Sanguinaria por ninguna parte. Era como si Diamante la hubiera borrado del mapa y del futuro.

—Yo tampoco —dijo. Sus alas cayeron lentamente detrás de él. —He hecho tres hechizos que deberían haberla traído a casa, pero ninguno ha funcionado. E intenté llegar a ella con el visitador de sueños. Lo he intentado a todas horas desde que se fue, pero nada. Sólo funcionaría si estuviera dormida... pero alguna vez tiene que dormir. A menos que...

A menos que ya esté muerta.

—¿Qué te dice tu mapa? —Clarividente preguntó.

—El punto se ha trasladado al Reino Helado, muy al otro lado de su muralla —dijo Acechador Oscuro. —Ha estado en el mismo lugar durante los últimos dos días.

—Eso no... eso no significa... —Clarividente comenzó.

—¿Que esté viva? Sí, lo sé. Podría estar mostrándome dónde la enterraron. Supongo que podría encantar algo para estar seguro —Su voz se quebró de repente y se puso a cuatro patas, apoyándose en el hombro de Clarividente. —Pero no quiero saberlo, Clarividente. No quiero que nada me diga que está muerta —Enterró la cara.

—Lo siento, mi amor —dijo Clarividente. —Sé que es lo peor —dijo entre lágrimas. —Sé que duele y que no estás bien y que estás enfadado y que quieres castigar a los Alas Heladas, pero tienes que luchar contra la ira y la oscuridad. Acechador Oscuro, tengo tanto, tanto miedo. Las cosas que he visto en el futuro debido a esto... las cosas que te pasan, las cosas que haces y en lo que te conviertes... es todo tan oscuro, que casi ya no puedo ver la luz. Me temo que estamos perdiendo nuestros caminos brillantes...

—Para —dijo Acechador Oscuro. Se sentó y se quitó las lágrimas de los ojos. —No te rindas conmigo, Clarividente.

—No lo haré —dijo débilmente.

Puso sus garras a ambos lados de su cara, mirándola a los ojos. —Cree en mí. Sigue mirando a nuestro futuro feliz y yo también lo haré. Si nos centramos en ellos, lo conseguiremos. Te lo prometo.

Asintió, porque no quería hacerlo sentir peor en ese momento.

Pero con el dibujo de Acechador Oscuro de Alas Heladas muertos sobre la mesa, justo a su lado... era difícil creer en ningún tipo de futuro brillante.

Capítulo 23

Braza

Llovía, interminable y gris de horizonte a horizonte. Braza apoyó la barbilla en las garras, mirando por la ventana.

Índigo y Muelle también estaban en su habitación; Muelle afilaba armas e Índigo escribía una carta a su padre. Se suponía que Pez León había salido a cazar, pero Braza supuso que se había refugiado de la lluvia en uno de los concurridos restaurantes o museos de la ciudad.

Braza miró a Índigo a través de la habitación. Deseaba que estuvieran solos, aunque era más seguro que no lo estuvieran. Deseó poder acercarse a ella, tumbarse a su lado y dormirse con su espalda subiendo y bajando tranquilamente bajo él, como solía hacer. Deseó poder apoyarse en su hombro y leer un pergamino con ella y contarle todas las cosas que le preocupaban.

Aunque, en realidad, sólo era una cosa.

Acechador Oscuro. Acechador Oscuro triste y furioso, que llevaba tres semanas de duelo, pero un extraño tipo de duelo furioso en el que insistía una y otra vez en que su madre volvería pronto a casa. Braza ni siquiera había visto a su amigo en los últimos dos días. Clarividente seguía por allí, pero siempre estaba en la biblioteca o en su habitación con la nariz metida en un pergamino, y parecía tan ansiosa todo el tiempo que él no quería molestarla.

Anoche había venido a cenar a su habitación... bueno, a cenar para él, a desayunar para ella... y había estado más habladora de lo habitual sobre su poder. No se había dado cuenta de lo complicado que era, ni de cuántas versiones diferentes del futuro podía ver. Casi sonaba peor que no poder ver el futuro en absoluto, pero por supuesto no se lo había dicho.

Finalmente, Clarividente enterró la cabeza entre las garras con un suspiro.

—Lo más difícil de ser vidente —dijo— es que el futuro siempre tiene un millón de posibilidades. Pero el pasado es sólo una cosa. Una vez que ocurre algo, ya está. Ya no puedo cambiarlo. No puedo hacer nada. Todas mis posibilidades se reducen a una vida fija, y entonces estamos atrapados en ese mundo. Creo que puedo controlar el futuro, pero el pasado ya no existe. Ya no puedo arreglarlo.

Braza sabía mucho sobre desear poder cambiar el pasado. Pero nunca había sentido ningún tipo de control sobre su futuro, tampoco. Era alucinante pensar en ello.

Como si sus pensamientos lo hubieran invocado, una figura húmeda y reluciente apareció en el exterior, volando hacia el balcón de Braza. Acechador Oscuro se abalanzó y se sacudió con fuerza, esparciendo agua por todas partes.

—¡Eh! — objetó Índigo, cubriendo su carta para mantenerla seca.

—Hola —Acechador Oscuro contestó sin mirarla. —Braza, se avecina una tormenta eléctrica épica. ¿Quieres volar hasta la Torre Real y verla conmigo?

—¡Claro! —dijo Braza, poniéndose en pie de un salto.

—¿No es la torre más alta del castillo exactamente el lugar equivocado para estar en una tormenta eléctrica? —objetó Índigo. —Por no hablar de que volar mientras hay rayos no parece una gran idea.

—Estaremos bien —dijo Acechador Oscuro despectivamente. —Puedes quedarte aquí.

Le lanzó una mirada de "cuando el Reino del Mar se congele."

—Oh, Acechador Oscuro —dijo Braza, apresurándose hacia su escritorio. —He terminado la talla para ti —Recogió la estatua de Ala Marina que había hecho para Acechador Oscuro y le dio la vuelta entre las garras para ver las pequeñas garras palmeadas y el elegante cuello curvado. Le gustó la expresión inteligente de la cara del dragón de madera, aunque tuvo que

admitir que hacía que el dragón en miniatura se pareciera inconfundiblemente a Índigo. ¿Se daría cuenta Acechador Oscuro? ¿Querría una estatua que se pareciera tanto a un dragón que no parecía especialmente gustarle?

Había algo extraño en la expresión de Acechador Oscuro cuando agarró la escultura, una divertida combinación de triunfo y arrepentimiento, tal vez. Miró a Índigo, quizá notando la similitud, pero cuando se volvió hacia Braza, sonreía.

—Esto es genial —dijo. —Gracias, Braza. Yo también te he traído algo — Metió la pata en una bolsa que llevaba al cuello y sacó una copa de brillante cristal verde mar, del mismo color que las escamas de Braza y con un dibujo de olas marinas. —Estaba en el mercado y vi esto, y me hizo pensar en ti.

—Vaya —dijo Braza, encantado. Agarró la copa con cuidado y la ahuecó entre sus garras. Le recordaba a su hogar, a nadar entre los rayos del sol tras las manadas de ballenas cantoras.

—También encontré para Clarividente un par de pendientes de piedra lunar a juego con su brazalete —Acechador Oscuro tocó su bolsa pensativo. Por fin parecía estar de mucho mejor humor de lo que había estado en semanas. Sus ojos brillaban y sus alas se agitaban con fuerza en lugar de caer bajo el peso de la pérdida de su madre.

—Pareces más contento —observó Braza con cautela.

—Lo estoy —dijo Acechador Oscuro. —Por fin estoy haciendo algo con todos mis problemas más molestos —Ladeó la cabeza con una sonrisa. — Quiero decir, soy el dragón más poderoso de Pirria, ¿no? No debería tener problemas.

Braza no sabía muy bien qué responder. Todos los dragones tenían problemas... ¿y cómo se las arreglaba exactamente Acechador Oscuro con los suyos? Pero no quería alejar a Acechador Oscuro ahora que por fin parecía volver. Ya hablaría de ello más tarde.

Llevó la copa a la fuente para llenarla de agua. Deseó ser tan pequeño como su Ala Marina tallada para poder zambullirse en el cuenco de cristal verde y nadar. Se la acercó al hocico para beber.

El golpe fue repentino, le hizo caer de lado y la copa voló por la habitación. Se estrelló contra la pared de mármol y se hizo añicos en un millón de diminutos fragmentos verdes.

—¿Por qué hiciste eso? —rugió Acechador Oscuro a Índigo. Por un momento pareció consumido por la rabia, con fuego crepitando en sus venas mientras la miraba.

Braza miró fijamente a Índigo, con los oídos aún zumbándole. Ella miró a Acechador Oscuro, con la barbilla levantada desafiante.

—Vi cómo lo mirabas —dijo. —¡Había un hechizo en esa copa! No podías esperar a ver lo que iba a pasar. ¿Qué era? ¿Qué intentabas hacerle a Braza?

Al otro lado de la habitación, Muelle levantó la vista, confuso.

Acechador Oscuro extendió las alas, con aspecto profundamente herido. Su rabia desapareció tan rápido como había aparecido. —No estaba hechizado. No le hice nada en absoluto. Sólo pensé que era bonito y que a Braza le gustaría. Tienes una mente demasiado suspicaz, Violeta.

—Índigo —le corrigió Braza automáticamente, aturdido.

—Siento lo de tu regalo —le dijo Braza a Acechador Oscuro, barriendo pequeños trozos verdes en un montón con la cola. —Estoy seguro de que era único —Entrecerró los ojos mirando a Índigo.

—Juro que le hizo algo —dijo Índigo a Braza. —No sé qué, sólo puedo imaginarlo. Algo horrible y manipulador, seguro —Le devolvió la mirada a Acechador Oscuro.

—Oh, Índigo —dijo Braza. —Seguro que no estaba encantado. Acechador Oscuro no me haría eso, ¿verdad?

Acechador Oscuro asintió, poniendo un ala alrededor de los hombros de Braza. —Claro que no lo haría —dijo. —No puedo creer que alguien pueda siquiera pensar eso.

—Está siendo una buena guardaespaldas —dijo Braza, aunque sinceramente, estaba bastante molesto con ella. Hacía mucho tiempo que nadie le regalaba algo que pudiera llamarse un tesoro, y la copa había sido tan hermosa. Y ahora había desaparecido.

Acechador Oscuro suspiró. —Bueno, vamos a la Torre Real antes de que nos perdamos el rayo. Dejaré esto aquí para que no se moje —Dejó la talla de Ala Marina sobre el escritorio de Braza y le dio unos golpecitos suaves en la nariz.

Índigo se giró, con los hombros tensos, para agarrar su equipo de vuelo.

—En realidad —dijo Braza —creo que esta vez Muelle debería venir conmigo.

El guardia de cabeza gruesa tanteó su cuchillo y miró a Braza, claramente sorprendido. Índigo estaba de pie con una mano en su lanza, con una expresión de dolor e incredulidad.

No has sido tú, quiso decir Braza. *No es porque hayas roto la copa. Es por la forma en que Acechador Oscuro te está mirando en este momento, y el hecho de que te esté mirando tan de cerca, y es que creo que todo será más fácil y seguro si te desvaneces en silencio en el fondo por un tiempo. No es más que eso. No es un castigo. Estoy molesto contigo, sí, pero sé por qué hiciste lo que hiciste. Y quiero que te quedes aquí para que estés a salvo.*

Por supuesto, no podía decir nada de eso delante de Acechador Oscuro. Tendría que explicárselo cuando volvieran.

Muelle se puso de pie y arrugó el hocico ante la lluvia torrencial.

—¿Vamos... vamos a salir con eso? —preguntó.

—Sí —dijo Acechador Oscuro. —Tienes branquias, creo que sobrevivirás. Vamos —Arrastró a Braza hasta el balcón, con Muelle siguiéndolos hoscamente. Gotas frías de lluvia golpearon el hocico de Braza, y un relámpago crepitó en la distancia. Miró a Índigo, pero ella había vuelto a su carta y no levantó la vista.

Cuando salieron al balcón, Acechador Oscuro volvió a abrir su bolsa.

—¿Quieres ver los pendientes que tengo para Clarividente? —preguntó a Braza. —Me hacen mucha ilusión. Caray, mi bolsa está toda sucia de la ardilla que atrapé ayer —Se sacudió un poco de tierra y guijarros en las garras, sacudiendo la cabeza, y se lo echó todo por encima del hombro a la habitación de Braza. —Aquí están —Le tendió los pendientes, hermosos orbes lechosos como lunas translúcidas, y Braza estuvo de acuerdo en que eran perfectos para ella.

Volaron hacia la Torre Real y, durante el trayecto, Braza se dijo a sí mismo que no tenía por qué preocuparse. Volvería pronto, hablarían e Índigo lo entendería. La convencería de que fuera menos paranoica sobre las intenciones de Acechador Oscuro y más cuidadosa a la hora de buscar pelea con él.

Todo iría bien.

*** * ***

Regresaron por el sinuoso interior del palacio en lugar de volar de nuevo bajo la tormenta. Ya había suficientes relámpagos en el exterior como para que la mayoría de los dragones sensatos se quedaran a salvo en el interior. Muelle pisó fuerte detrás de Braza y Acechador Oscuro, goteando sobre las alfombras blancas, claramente malhumorado por verse obligado a hacer su verdadero trabajo.

Braza tuvo la sensación de que algo iba mal mientras se acercaba a su habitación, aunque no estaba seguro de por qué. Desde fuera todo parecía normal. Estaba muy silencioso, pero eso no era de extrañar, con sólo Índigo dentro.

Aun así, una extraña sensación de preocupación le subió por la garganta cuando empujó la puerta interior y se dio cuenta de que la habitación estaba completamente a oscuras.

—¿Índigo? —llamó.

—No está aquí —dijo Muelle, aunque eso habría sido obvio incluso sin su visión nocturna. La habitación parecía abandonada, como una cáscara de caracol con el caracol succionado fuera de ella. Junto al balcón, las cortinas entraban y salían. Acechador Oscuro entró primero y miró a su alrededor con curiosidad.

—Pero... ¿adónde iría? —preguntó Braza.

—¿A cazar? —Muelle adivinó. —¿A nadar? ¿A pasear? ¿Fue a entregar su carta a los mensajeros?

Todas eran conjeturas razonables, si no hubiera estado lloviendo a cántaros, pero Braza tenía una sensación claramente irrazonable al respecto.

—Muelle, ve a comprobar la cocina y el centro de mensajería —dijo. —Um. Por favor.

—De acuerdo —dijo Muelle con un largo suspiro.

Cuando la puerta se cerró tras el guardia, Braza cruzó al balcón y se asomó al furioso aguacero. Índigo no habría salido por ningún motivo con este tiempo, seguramente.

Detrás de él, Acechador Oscuro exhaló una llamarada para encender las lámparas junto a la puerta y las dos velas sobre la chimenea. Braza le oyó cruzar la habitación y detenerse. Un momento después, Acechador Oscuro dejó escapar un pequeño murmullo de sorpresa, y Braza se volvió.

Acechador Oscuro había agarrado la lámpara del escritorio y ahora estaba allí, mirando algo.

—¿Qué es? —preguntó Braza, acercándose a toda prisa.

Su amigo señaló un trozo de pergamino húmedo y roto que había sobre el escritorio. Encima, sosteniéndolo, estaba el Ala Marina de madera que Braza había tallado, y la letra del papel era claramente la de Índigo.

Braza,

lo siento. Tenías razón. No me siento segura aquí. No vale la pena el riesgo. Yo no

Me voy a casa.

Por favor, no uses tu magia para encontrarme.

Buena suerte.

Índigo

La tierra cayó bajo las garras de Braza. Estaba flotando sobre un abismo, toda la luz de repente ahuecada del mundo.

Sus ojos se clavaron en las palabras tachadas. —Yo no... —¿Qué? ¿Te quiero? ¿Quiero estar contigo? ¿Confío en ti?

¿Cómo pudo irse así?

¿Sin decir adiós?

No se sentía como algo que haría en absoluto.

Pero tal vez era la opción más inteligente. Esto era lo que él quería que hiciera, ¿no? ¿Alejarse de él, para poder vivir una vida normal?

No obstante.

No podía creer que se había ido.

—Lo siento, Braza —dijo Acechador Oscuro con simpatía. —Era una gran guardaespaldas.

Braza asintió, demasiado conmocionado para responder. Recogió la talla de Ala Marina y trazó la curva de su cuello. Se parecía mucho a Índigo.

—Oye, Acechador Oscuro —dijo —¿te... te importaría que me quedara con esto?.

Pareció que Acechador Oscuro dudó un instante, pero Braza debió de imaginárselo, porque casi de inmediato el Ala Nocturna asintió y tiró de Braza para abrazarlo.

—Por supuesto —dijo Acechador Oscuro. —Claro que puedes quedártelo, si es lo que quieres. Aunque... las cosas que te recuerdan a ella probablemente no te harán sentir mejor.

—Lo sé —dijo Braza, pero de todos modos volvió a dejarlo en su escritorio. Lo necesitaba allí. Tal vez le doliera mirarlo, pero también le recordaría que Índigo estaba en el mundo, viviendo aventuras y una gran vida, en un lugar donde no tenía que preocuparse por la magia animus ni por lo que Braza pudiera hacer.

Ahora estoy solo, se dio cuenta. Bueno, más o menos. Al menos aún tenía a Acechador Oscuro y a Clarividente. Todavía creían en él.

Si Índigo ya no lo hacía, era lógico.

Suspiró. Probablemente era lo mejor.

Al menos ahora estaba a salvo, dondequiera que estuviera. A salvo de él... y a salvo de la magia animus para siempre.

PARTE 3 | Capítulo 24

Clarividente

—Se puede ver todo el Gran Diamante desde aquí arriba —dijo Oyente, estirando su largo cuello para mirar por la ventana de Clarividente. —Por el Abrasamiento, ¿vendrá toda la tribu a este festival?

—No —Clarividente se asomó por encima de su hombro. La enorme plaza bajo ellas parecía un enjambre de luciérnagas. En las luces de los cientos de faroles, podía ver dragones por todas partes. —No te olvides de todos los soldados que defienden el reino — *Probando las nuevas armas de fuego de Acechador Oscuro,* pensó con una mueca de dolor.

—Muy bien, hocico sombrío —dijo Oyente. —¡No puedo creer que me esté preparando para el aniversario en el propio palacio de la reina! Sabía que sería una buena idea hacerte mi mejor amiga. Va a ser la mejor noche de todos los tiempos.

—Es sólo otra fiesta —dijo Clarividente, riendo. —La reina parece tener una cada dos noches. Hay luna llena, ¡celebremos! Una segunda luna llena, ¡celebremos de nuevo! El día de eclosión de su hijo mayor, ¡hora de fiesta! Una de sus hijas estornudó, que alguien avise a los cocineros, ¡necesitamos una tarta! Es un poco agotador.

—Pobrecita —dijo Oyente. —Viviendo en el palacio, comiendo trufas con la reina, cargada con todos estos collares tan bonitos —Echó una mirada de reojo a la maraña de joyas que había en la caja de madera junto al espejo de Clarividente.

—Tonta. Puedes tomar prestado lo que quieras —dijo Clarividente.

—¿En serio ?—Oyente se acercó y empezó a sacar largas cadenas brillantes. —Oooo, me pregunto qué le gustaría a Pensativo. Zafiros, ¿no crees? O piedras lunares. No, llevas piedras lunares... otra vez, debo añadir. ¡Vaya, ópalos!

Clarividente tocó los pendientes de piedras lunares que Acechador Oscuro le había regalado hacía un mes.

— Pensé que harían juego con tu brazalete —él había dicho. —¿A que son chulos?

— Me encantan —respondió ella, agarrándolos con las garras. —No llevan ningún hechizo, ¿verdad?

— Esa es UNA PREGUNTA TAN OFENSIVA —La miró con su expresión más dolida. —Muchísimas GRACIAS por tu fe en mí. Eres BIENVENIDA a revisar el pergamino y ver, si realmente crees que yo haría eso.

— No, no —había dicho, poniéndoselos. —Sólo preguntaba, no te enfades —Eran unos pendientes preciosos. Y la hacían sentir brillante y esperanzada, pero no de una manera mágica y encantada. (Aun así, comprobó el pergamino más tarde, cuando él salió a recoger la cena, para asegurarse, aunque se sintió muy culpable por ello. Y no había ningún hechizo de pendiente de piedras lunares, así que básicamente era una dragona terrible por sospechar de él por un momento. Pobre Acechador Oscuro).

—Espera —le dijo a Oyente. —¿Quién es Pensativo?

Oyente vaciló, sosteniendo una red de ópalos hasta su cuello. —Supongo que lo conocerás esta noche de todos modos —Cerró los ojos. —Es el dragón con el que me voy a casar. ¡Arregla tu cara, arregla tu cara!

—¡No estoy poniendo mala cara! —Clarividente objetó. —Estoy teniendo cero visiones en este momento, lo prometo. ¿Pero no somos un poco jóvenes para planes de matrimonio?

—Me refiero a un día, después de que nos graduemos y me declare. Hay algunos pasos a los que aún no hemos llegado, ¡pero lo haremos!

—Pasos como... —Clarividente le preguntó.

—Como... hacer cosas juntos —confesó Oyente. —Y que se dé cuenta de que me ama.

—Oyente, ¿has hablado alguna vez con este dragón? —Preguntó Clarividente.

—¡Sí! —Oyente se irguió, parecía ofendida, aunque el efecto era confuso debido a los dieciséis collares que intentaba colocarse en la cabeza al mismo tiempo. Me dijo: "Perdona, ¿es por aquí por donde se va al jardín de las fresas?" y yo le contesté: "Por supuesto que sí", y él me respondió: "Gracias", y yo le dije: "¿Vas a ir esta noche al festival del aniversario?", y él me contestó: "Supongo que tengo que ir", y yo le dije: "Genial, nos vemos allí", así que, obviamente, estamos destinados a estar juntos para siempre. No te atrevas a decirme lo contrario.

—Ni se me ocurriría —dijo Clarividente. —No dije ni una palabra sobre el último desastre, ¿verdad?

—Ni siquiera te dejé conocer el último —dijo Oyente. —Estás pensando en el anterior, y no, nunca dijiste nada, sólo ponías cara de haberte comido un cubo lleno de limas cada vez que lo veías.

Clarividente suspiró. —No veo qué tendría de malo que me dejaras darte un empujoncito hacia un dragón decente de vez en cuando.

—Puedo encontrar a mi alma gemela por mi cuenta, muchas gracias —dijo Oyente. —De hecho, ya lo he hecho, y se llama Pensativo, y es absolutamente guapo.

—Maravilloso —dijo Clarividente, decidida a no mirar las líneas temporales de Oyente. Estaba mejorando en eso... en evitar las cosas que no quería ver.

Era más fácil hacerlo cuando pasaba la mayor parte del tiempo estudiando la guerra con los Alas Heladas para la reina Vigilancia. Había tantas cosas pequeñas que podían cambiar el curso de una batalla, o arruinar un plan cuidadosamente elaborado, o convertir una formación en un caos de pánico. Pensó que la información que le había dado a la reina estaba ayudando,

pero era difícil saberlo, ya que la reina no era precisamente propensa a la gratitud efusiva. Pero al menos había conseguido hacer lo suficiente para retrasar los más horribles planes del nuevo animus.

—Muy bien, estoy lista —dijo Oyente. Sonrió a Clarividente, centelleante de piedras preciosas y emoción.

Espero que esta vez el dragón merezca la pena, pensó Clarividente.

Juntas corrieron hacia uno de los grandes balcones y se lanzaron al cielo, descendiendo en picado hacia la plaza que tenían debajo. Oyente encontró un lugar despejado para aterrizar cerca de las tiendas de comida, donde el aire frío crepitaba con el olor de la carne asada, las cebollas chisporroteantes y los plátanos fritos. Los músicos favoritos de la reina estaban tocando en alguna parte, pero la música quedaba ahogada por todas las risas y el parloteo de los dragones. Un intrincado entramado de alambres se extendía por todo el diamante, colgado de farolillos de papel pintados de dorado, morado y verde por los dragonets del reino.

Pero lo más destacado del festival era el concurso de cristalería, en honor de lo que la reina Vigilancia llamaba su Aniversario de Cristal para celebrar sus cuarenta años en el trono. Toda la plaza estaba salpicada de elaboradas esculturas de cristal que brillaban a la luz de las lámparas. Espirales retorcidas, zarcillos entretejidos y delicadas cuentas se mezclaban con gloriosas campanas y enormes barcos naufragados, altísimos árboles y racimos de fuegos artificiales capturados. Clarividente deseaba poder pasar sus garras por cada superficie lisa o burbujeante. Deseaba poder cambiar sus escamas a los mismos colores brillantes del cristal, como haría un Ala Lluviosa.

—Vamos a buscar a Braza —dijo. Sabía que estaba aquí en algún lugar con Acechador Oscuro. Se suponía que se encontrarían cerca de los músicos antes de medianoche, pero ella quería encontrarlos antes.

—¿Tu mascota Ala Marina? —Oyente dijo. —¿Tenemos que hacerlo?

—Es el dragón más dulce, si le dieras una oportunidad —dijo Clarividente

—Y se siente solo aquí — *Especialmente desde que Índigo se fue. Trata de ocultarlo, pero está tan, tan triste sin ella. ¿Cómo pudo hacerle eso? Pensé que ella se preocupaba por él como algo más que un a guardaespaldas, pero supongo que me equivoqué.*

—Lo dudo mucho —dijo Oyente —teniendo en cuenta que pasas prácticamente todo el tiempo que estás despierta con él —Agitó la cabeza indignada, pero siguió a Clarividente entre la multitud sin quejarse más.

Rodearon a un grupo de Alas Nocturnas que bailaban y atravesaron un bosque de altas púas de cristal de color cobrizo. Clarividente supuso que Braza querría estar en el rincón más tranquilo de la fiesta; ahora que había asistido a tantas reuniones de la reina, se le daban mejor las fiestas, pero aún le ponían un poco nervioso.

Tenía razón. Braza, Acechador Oscuro y Nívea estaban dentro de uno de los pabellones de juegos, jugando a la balanza en un pequeño tablero cerca del fuego central. Pez León montaba guardia junto a ellos, observando a los Alas Nocturnas a su alrededor con expresión cautelosa. Largas cortinas blancas colgaban alrededor del exterior del pabellón, amortiguando el ruido del resto del festival y protegiendo el fuego y los juegos del viento.

Oyente arrugó el hocico al verlas. —¿Jugando a juegos de mesa en un festival? —resopló. —Qué patetic- ¡AHÍ ESTÁ! —Se agarró frenéticamente al brazo de Clarividente.

—¿Qué? —dijo Clarividente, sobresaltada.

—Ese es Pensativo —susurró Oyente, escondiéndose tras el ala de Clarividente. —El de la torre de pergaminos.

Clarividente echó un vistazo alrededor del pabellón y finalmente divisó al dragón del que hablaba Oyente. Estaba jugando solo a un juego que consistía en apilar pequeños pergaminos de mármol formando torres cada vez más complejas según una serie de patrones. Francamente, en lo que se refiere a juegos de fiesta en solitario, estaba en lo más alto.

Era guapo... por supuesto, ya que había llamado la atención de Oyente... pero tenía una especie de bondad y preocupación en su expresión que lo hacía diferente de sus opciones habituales. Alambres de plata se enrollaban alrededor de sus cuernos y bajaban por su frente, suspendiendo un círculo de cristal delante de cada uno de sus ojos. Parecía cansado y muy concentrado en lo que hacía.

—¿No es maravilloso? —dijo Oyente soñadoramente.

Oh cielos, pensó Clarividente, mirando al dragón y sintiendo que la resaca de visiones la arrastraba. Oh, no...

Había dos futuros claros ante este Ala Nocturna.

Uno era fácil y anodino: una vida bastante agradable con alguien que lo amaba más que él a ella, en la que ambos se sentían vagamente insatisfechos todo el tiempo, pero al menos nadie moría.

La segunda era más dura y oscura, pero en ella aguardaba un gran amor, y de él dependían futuros demasiado lejanos para que incluso Clarividente pudiera comprenderlos.

Oyente no era ese gran amor.

A diferencia de sus anteriores flechazos, este dragón podría ser realmente suyo, si nadie intervenía. Pero no debería serlo. Estaba destinado a otra dragona.

Clarividente puso una expresión inexpresiva en su rostro. *No reacciones. No dejes que vea lo que estás pensando.*

¿Qué voy a hacer?

¿Dejo que Oyente se quede con este dragón amable y preocupado, o interfiero e interrumpo la línea temporal de ambos... de un modo que probablemente ninguno de los dos me agradecería?

—¿Vas a saludar? —le preguntó a su amiga, con lo que le pareció una voz loablemente calmada.

De todos modos, Oyente le lanzó una mirada suspicaz. —Todavía no —dijo. —Le daré la oportunidad de que se fije en mí y se acerque primero. Vamos a saludar a tus amigos raritos.

Acechador Oscuro levantó la vista cuando se acercaron, con toda su cara encendida de alegría.

—Parece que estás ganando —dijo Clarividente, tumbándose en el cojín a su lado.

—Estoy ganando en la vida —dijo exuberante, enroscando su cola alrededor de la de ella. No parecía tan feliz desde que capturaron a Sanguinaria, aunque poco a poco había ido volviendo a la normalidad. Le tocó la cara y se preguntó si le habría pasado algo. ¿Habría hechizado algo para sentirse más feliz... para superar el luto por Sanguinaria? Si lo había hecho, ¿estaría mal?

—En esta vuelta del reloj de arena, sí —dijo Nívea, moviendo una de sus fichas de escama verde para capturar un cuadrado negro de Braza. —Pero cuando te aplaste con mi pieza de corazón, entonces todo dará un vuelco.

—¿Ni siquiera sabes a qué estás jugando? —Oyente le preguntó. —Este juego no tiene pieza de corazón.

—¿Viste los Helechos del Amanecer? —preguntó Braza a Clarividente. —Esos eran mis favoritos.

—Todavía no he echado un vistazo —dijo. —Quizá cuando terminéis el juego podamos ir a ver las esculturas.

—Y comer algo —sugirió Acechador Oscuro. —No me importaría, como, seis cabras en palos en este momento.

—Pero no tenemos que ir a ninguna parte TODAVÍA —dijo Oyente, pinchando a Clarividente significativamente.

—Ve a hablar con él —susurró Clarividente.

—Ya nos ha mirado dos veces —siseó Oyente —Vendrá en cualquier momento.

—¡Ajá! —rió Braza, agarrando uno de los cuadrados blancos de Acechador Oscuro —He descifrado totalmente tu desconcertante juego. Soy el nuevo campeón de escamas y cuadrados.

—Ooooh, lo siento, amigo —dijo Acechador Oscuro. Saltó con una escama azul sobre tres de las casillas de Braza y las barrió del tablero —Demasiado lento, qué triste.

Oyente clavó de repente sus garras en el hombro de Clarividente.

—OW —protestó Clarividente.

—¡Actúa normal! —gritó Oyente. —¡No es raro! Totalmente normal.

—¿Quieres decir como eres tú? —observó Clarividente, frotándose el hombro.

—Hola —dijo una voz grave detrás de ella.

Clarividente y Acechador Oscuro se dieron la vuelta, y Braza levantó la vista. Las alas de Oyente se agitaron inconscientemente y golpeó la cola de Clarividente con la suya unas ochenta veces en rápida sucesión.

—Hola —dijo Acechador Oscuro, sonando cauteloso. —Te conozco de... ¿la clase de música? Eres Pensativo, ¿verdad?

—Sí —La mirada de Pensativo rebotó en Oyente y se deslizó alrededor de los demás. —Yo sólo... me preguntaba si alguien quería intentar un desafío de torre de pergaminos conmigo.

Oyente parecía como si un rayo recorriera sus alas. —Tal vez —dijo tímidamente, empezando a levantarse.

Argh, pensó Clarividente. *Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo. Oyente me va a matar, pero es demasiado importante. Y sólo será más difícil si no lo hago ahora mismo.*

—Soy Clarividente —dijo, sonriendo a Pensativo. —Nuestra amigo Ala Marina es Braza, y... —respiró hondo —y tú... ¿has conocido a Nívea?.

—¡GANADORA! —gritó Nívea, casi volcando el tablero mientras saltaba una de sus escamas a su alrededor. —¡Emperatriz de todas las escamas y reina de todas las casillas! Llorad por vuestras fichas, adversarios —Se incorporó, aplaudiendo alegremente, y por fin vio a Pensativo, que la miraba vagamente embelesado.

—Oh —dijo ella con asombro. —Mira qué brillante estás.

—¿Brillante? —dijo Oyente, resoplando una risa falsa. —Nívea, ¿de qué estás hablando?.

—Tú hiciste la Cascada de los Sueños —dijo Nívea, ignorando a Oyente. Extendió la pata, agarró una de las garras de Pensativo y entrecerró los ojos en su palma. —Palabras y cristal, flautas hiladas y versos. Cascadas de lenguaje en garras sopladas con fuego.

—¿Qué? —Oyente dijo con inquietud.

—¿Te has dado cuenta? —dijo Pensativo, ladeando la cabeza hacia Nívea. —Nadie... ¿realmente viste los trozos de pergamino dentro de las olas?.

—Mandarina —dijo Nívea —Probabilidad. Espeleología.

—Vale, ahora estás diciendo literalmente palabras al azar —dijo Oyente.

—¡No puedo creer que las hayas visto! —dijo Pensativo. —Nunca nadie había entendido una de mis piezas.

—Creo que deberías enseñarme a soplar vidrio —dijo Nívea —y yo debería enseñarte claridad.

—QUÉ. ¿Está siendo irónica? —Oyente preguntó a Clarividente.

Pensativo agachó la cabeza, miró la pizarra y lanzó una tímida sonrisa a Nívea. —¿Cómo está la emperatriz de las escamas en la torre del pergamino?

—Increíble —dijo Nívea. —Te vas a morir de asombro —Se levantó, sacudió sus extrañas alas blancas y se dirigió hacia el otro lado de la tienda con Pensativo a su lado, radiante.

Clarividente no podía creer lo bien que había funcionado, con un empujoncito de ella. Realmente estaban destinados el uno para el otro. Ocultando una sonrisa, se apartó de sus amigos y notó movimiento detrás de una de las cortinas. Era el padre de Acechador Oscuro, Ártico, que los observaba a todos con una mirada sombría.

—¿Qué acaba de pasar? —Preguntó Oyente. —¿Alguien puede explicármelo?

No te lo imagines, rezó Clarividente. *No me culpes a mí.*

Pero antes de que Oyente pudiera volver los ojos acusadores hacia Clarividente; antes de que alguien pudiera responder a su pregunta; antes de que Clarividente pudiera idear una distracción, un dragón rasgó las cortinas, entró en el pabellón y clavó una lanza en el corazón de Acechador Oscuro.

Capítulo 25

Braza

Lo que vio Braza fue un rayo de acero que pasó centelleando; oyó cortinas rasgarse y gritos de Oyente y trozos de marfil cayendo en cascada por el suelo de madera.

No. Otra vez no. Otra vez no .

Vio a Acechador Oscuro retroceder tambaleándose, con cara de asombro.

No puedo perder a nadie más.

Vio a Pez León enfrentarse al asesino, que rugió y le lanzó un tajo a la cara con sus garras de punta de hierro. Saltó hacia delante para ayudar, pero cuando llegó al lado de Pez León, el atacante estaba muerto. El desconocido Ala Nocturna yacía a sus pies, con el cuello retorcido de una forma horrible y antinatural.

—¿Acechador Oscuro? —Clarividente seguía de pie, congelada, extendiendo una garra hacia su alma gemela. —¿Qué... cómo...?

Braza dio un paso atrás de Pez León y el dragón muerto, y vio la lanza tirada en el suelo, y vio que la madera pulida estaba limpia, y no había sangre, y luego, finalmente, después de todo eso, vio que las escamas de Acechador Oscuro estaban lisas y sin manchas, y su amigo estaba completamente ileso.

—¡Eso es imposible! —chilló Oyente, casi histérica. —¡Te mató! Yo lo vi. Te ha matado.

Acechador Oscuro extendió sus alas, revelando el brillo de las escamas de hielo debajo. —Supongo que falló.

—¡No falló! —Oyente retrocedió, señalando a Clarividente. —Tú también lo viste. ¿Verdad que sí? ¿No lo viste? Esa lanza debería haberle atravesado su corazón.

—Yo... —Clarividente miró a la multitud reunida, y luego de nuevo a Acechador Oscuro. —No sé lo que vi.

Oyente rugió de frustración, salió corriendo del pabellón y se abrió paso a empujones entre la multitud hasta que ésta se la tragó.

—No es nada— dijo Acechador Oscuro —De verdad —añadió a todos los dragones observadores. —Este lagarto patético intentó matarme y fracasó. No hay de qué asustarse —Se acercó a examinar el cadáver a los pies de Pez León. —Sin embargo, me gustaría saber quién es.

—Y por qué intentó matarte —añadió Clarividente.

Acechador Oscuro miró de reojo a Pez León por un momento. —Lástima que esté muerto y no pueda responder a ninguna pregunta.

Pez León se encogió de hombros —Lo siento —dijo sin una pizca de arrepentimiento real. Parecía bastante contento de haber tenido por fin la oportunidad de hacer de guardaespaldas.

—No lo conozco —dijo Clarividente, alejándose del dragón muerto. Miró hacia la esquina más alejada del pabellón y frunció ligeramente el ceño, como si esperara ver a alguien allí.

Acechador Oscuro se volvió hacia Nívea y Pensativo, que habían vuelto corriendo. —¿Alguno de vosotros lo conoce?

—Yo sí —dijo Pensativo. —Por su reputación, al menos. Se llama Mortis y era... bueno, ya podéis adivinarlo.

—¿Un asesino a sueldo? —Clarividente dijo —¿Estás diciendo que alguien lo envió a matar a Acechador Oscuro?

Acechador Oscuro puso un ala a su alrededor —Pero fracasó. Ves, estoy muy bien. No tengas miedo.

—No lo estés... ¿y si ese alguien lo intenta de nuevo? —preguntó Clarividente. Se tocó la cabeza —No puedo ver exactamente... Siento que hay cosas muy malas que se ramifican desde aquí, pero están todas borrosas. No sé cómo encajan, o qué viene de qué.

—Averiguaremos quién contrató a Mortis —dijo Acechador Oscuro. —Eso es fácil. Y luego evitaremos que vuelvan a intentarlo —Sus ojos se volvieron fríos y duros, como cuentas de ónice —Créeme, eso será aún más fácil.

Braza nunca había visto a su amigo parecerse tanto a su abuelo. Se estremeció y se hundió en uno de los cojines, dándose cuenta de que le temblaban las alas. Tenía que mantener la compostura, sobre todo delante de todos esos Alas Marinas. Parecía que cientos de ellos emergían de la oscuridad, presionando hacia el borde del pabellón para ver qué era aquella conmoción. Todos miraban fijamente a Acechador Oscuro, susurrando entre sí.

¿Cómo había sobrevivido? ¿Qué había detenido la lanza?

Pez León empujó a Braza. —Deberíamos llevarte de vuelta al castillo —dijo —En caso de que haya un segundo ataque.

—No iba a por mí —señaló Braza.

—Puede que esta vez no —dijo —pero vayamos a un lugar seguro, por si acaso.

—Sí— intervino Acechador Oscuro —A mí también me gustaría salir de aquí —Golpeó el cuerpo de Mortis con una garra, frunciendo el ceño como si se preguntara si podría hacer algo útil con él. —Pensativo, ¿puedes quedarte aquí y vigilar el cuerpo hasta que enviemos a alguien de la guardia de la reina a investigar?

—Claro —dijo Pensativo.

—Yo me quedaré con él —dijo Nívea. —Protégele de los espíritus enfadados.

Pensativo lanzó una mirada inquietante al techo, como si el fantasma de Mortis pudiera estar rondando por allí con las garras extendidas.

Medio aturdido, Braza siguió a Acechador Oscuro y Clarividente fuera del pabellón. La multitud de dragones retrocedió ante ellos, la mayoría desviando la mirada, otros mirándolos abiertamente. Un par de pequeños dragonets echaron un vistazo a Acechador Oscuro y huyeron con pequeños gritos de alarma.

—¿A qué ha venido eso? —murmuró Acechador Oscuro malhumorado. —¡A mí me atacaron!

Pero Braza comprendía; él también sentía que una capa de miedo se extendía bajo su preocupación por su amigo. Cuanto más pensaba en ello, más le costaba encajar las piezas. Estaba seguro de que aquella lanza había apuntado directa y certeramente al corazón de Acechador Oscuro. ¿Cómo pudo Mortis fallar tan completamente? ¿Y por qué estaba la lanza frente a Acechador Oscuro, como si hubiera rebotado, en vez de en algún lugar más allá de él?

Una horrible sospecha crecía en su interior. De algún modo, Acechador Oscuro había vuelto a utilizar su magia, a pesar de que Braza le había rogado que no lo hiciera.

Miró las joyas que llevaba el Ala Nocturna. Algo que te protegiera de cualquier ataque... veía el atractivo, por supuesto. A menudo había deseado poder hacer algo así para Índigo, antes de que se fuera. Pero, ¿valía la pena proteger a alguien por fuera, si al hacerlo uno se volvía más peligroso por dentro?

Volaron de vuelta a la habitación de Braza en el palacio, donde Pez León entró primero para asegurarse de que era seguro. Muelle estaba en algún lugar del festival, probablemente inconsciente de que podría haber sido útil esta noche.

—Todo despejado —dijo Pez León, sosteniendo la puerta abierta.

—Puedes irte —Acechador Oscuro le dijo bruscamente —Vuelve al festival o donde sea.

Pez León negó con la cabeza, con expresión vagamente sorprendido —Se supone que no debo dejar solo a Braza —dijo —Órdenes de Índigo.

—No estará solo —dijo Acechador Oscuro con impaciencia —Estará conmigo. Y si Índigo estuviera tan preocupada, no habría volado y lo habría abandonado, ¿verdad?

Braza hizo una mueca de dolor.

—Sí —dijo lentamente Pez León, como si no hubiera pensado en eso antes —Buena observación.

—No pasa nada, Pez León —dijo Braza —Estaré a salvo con ellos.

Pez León se encogió de hombros y se marchó sin discutir más.

En cuanto estuvieron a salvo tras las puertas cerradas, Clarividente se abalanzó sobre Acechador Oscuro. —¿Qué has hecho? —preguntó.

—¿Sobreviví a un intento de asesinato mortal? —Acechador Oscuro dijo —¿Hurra por mí?

—Oyente tenía razón —dijo —Esa lanza te dio exactamente en el corazón. Es imposible que hayas sobrevivido.

—Suenas terriblemente decepcionada —replicó Acechador Oscuro —¿Por eso no me advertiste que iba a pasar? ¿Porque esperabas que tuviera éxito?

Se le torció la cara de indignación —Imbécil —gritó —No lo sé todo, ¿de acuerdo? Las líneas temporales menores a veces se convierten en realidad antes de que me dé cuenta, sobre todo si otros... si alguien intenta sorprenderme. Y me alegro de que no estés muerto, ¡pero quiero saber cuándo te hiciste invencible y por qué no me lo contaste!

Braza cruzó la habitación y empezó a rebuscar en su baúl mientras discutían. Había algo que tenía que saber.

—¿No es la pregunta más importante quién intentó matarme? —gritó Acechador Oscuro —¿No deberíamos estar todos en plan, vaya, gran idea, Acechador Oscuro, nos alegramos mucho de que estés vivo, ahora vamos a dar caza al verdadero dragón malo de esta situación?

Se volvió hacia Braza con las alas desplegadas, como buscando consuelo, y se encontró con que Braza le apuntaba con el lector de almas.

—¿EN SERIO? —gritó Acechador Oscuro. —¡Yo soy el bueno aquí! ¿Qué te pasa?

—No deberías haber usado tu magia —dijo Braza, apretando los ojos para contener las lágrimas —Es un hechizo enorme, invencibilidad. Podría haberte volcado por sí solo—El reloj de arena giraba despacio, muy despacio, con los granos blancos y negros mezclándose y separándose. *Por favor, pórtate bien* , rezó Braza. *Por favor, por favor, por favor, no pierdas tu alma.*

—Pues no fue así —espetó Acechador Oscuro —Sucede que encanté mis escamas antes de hacer el lector de almas, así que verás que tu pequeño reloj de arena te dará exactamente el mismo resultado que la última vez. Pero muchas gracias a todos por vuestra fe en mí.

El reloj de arena se detuvo. Braza se dio cuenta de que Clarividente lo estaba estudiando con tanta atención como él.

Si Acechador Oscuro no había usado su magia desde la última lectura, debería mostrar el mismo equilibrio de arena blanca y negra.

¿Ah, sí? Braza parpadeó. No estaba seguro. ¿Era sólo su imaginación, o había más granos de arena blanca esta vez que la anterior? ¿Se inclinaba el reloj de arena un poco más que antes? ¿Se había inclinado la balanza ligeramente hacia el mal?

Quizá estaba paranoico. No era una gran diferencia, desde luego. La arena negra seguía pesando más que la blanca.

Entonces, ¿por qué Clarividente también parecía preocupada?

—Listo —dijo Acechador Oscuro —¿Veis? ¿Ahora podemos seguir con el rastreo de mi asesino?

—No con magia —dijo Braza rápidamente—Sé que eso es lo que estás pensando. Por favor, Acechador Oscuro, podemos encontrar otra forma. No necesitas gastar tu magia en esto.

—Es un pequeño hechizo —dijo Acechador Oscuro despectivamente —Y entonces lo sabremos con seguridad. ¿Nos estás imaginando como detectives incondicionales, siguiendo pistas e interrogando a sospechosos? No tengo tiempo para eso, si queremos resolver esto antes de que vuelva a intentarlo.

—Crees que ya sabes quién fue —dijo Clarividente. Se paseaba frente a la chimenea, con las alas temblorosas.

—¿No es obvio? —Preguntó Acechador Oscuro. —Me ha querido muerto desde el momento en que salí del cascarón.

Clarividente dudó. La expresión de Acechador Oscuro, observándola, parecía estar esperando algo.

—Estaba allí —dijo finalmente —Le vi.

—¿A quién? —preguntó Braza.

—A mi padre —dijo Acechador Oscuro —Lo sé, oí su cerebro murmurando.

—Pero... si estaba allí, ¿por qué no vino a asegurarse de que estabas bien? —dijo Braza, sintiendo que le faltaba algo —¿Por qué no saltó para detener a Mortis? —Sintió una profunda punzada de la pena que normalmente mantenía enterrado. *Eso es lo que habría hecho mi padre.*

—Porque contrató a Mortis —dijo Acechador Oscuro —Realmente estás ralentizando esta conversación, Braza.

—¿Lo escuchaste pensar eso? —Clarividente preguntó —Cuando oíste sus pensamientos, ¿había algo sobre el asesino o sobre quererte muerto?

Acechador Oscuro pensó por un momento. —No más de lo habitual. Lo que capté tenía que ver sobre todo con mi hermana. Padre odiaba la forma en que miraba a Pensativo. Probablemente sea el próximo que tenga que tener cuidado con los asesinos.

—Así que tal vez no fue Ártico —dijo Clarividente —¿No estaría pensando en ello, si sabía que estaba a punto de suceder?

—No necesariamente —Acechador Oscuro arrancó un tallo de bambú de uno de los jarrones altos de Braza y comenzó metódicamente destrozarlo —Además, dejé de escucharle tras los primeros refunfuños —Arrojó un trozo de bambú al rincón —Estoy seguro de que fue él, pero todos podemos estar seguros si hago un hechizo para averiguarlo.

—¡No! —Braza gritó —Por favor, no lo hagas. Piensa en tu alma. Clarividente, estás de acuerdo conmigo, ¿verdad?

Clarividente miró entre ellos un momento, frotándose la frente —Deberías contarle lo del pergamino —le dijo a Acechador Oscuro.

—¿En serio— Puso cara de sorpresa —¿Crees que es una buena idea?

—Creo que es seguro —dijo ella —Por lo que sé, se lo enseñas en todas las líneas temporales buenas.

—Y en las malas —señaló.

—No es él quien las convierte en malas —dijo en voz baja.

Acechador Oscuro la miró con el ceño fruncido —Tu fe en mí es tan reconfortante.

Mientras discutían, Braza fue a guardar el lector de almas en su baúl y, al hacerlo, vio un parpadeo de movimiento bajo sus mantas.

Un pequeño tentáculo blanco levantó una esquina, y unos pequeños ojos oscuros se asomaron hacia él.

¡Gota!

Braza cubrió rápidamente al pequeño pulpo, aunque no estaba del todo seguro de por qué lo escondía de sus amigos.

¿Por qué Gota sigue aquí?

Sabía que Índigo había volado sin la mayoría de sus cosas; había supuesto que tenía prisa por marcharse antes de que él volviera. Pero siempre pensó que se había llevado a Gota con ella. Si no lo había hecho... ¿qué significaba eso?

¿Lo dejó como un mensaje para mí? ¿Para asegurarse de que sepa que no quiere nada más conmigo?

Eso no parecía algo que ella haría. Amaba a Gota, ¿no?

—¿Braza? —Acechador Oscuro dijo detrás de él —Estoy tratando de decirte algo totalmente trascendental aquí. Te cambiará la vida, créeme.

Braza se volvió hacia su amigo con una sonrisa, pero su corazón empezaba a susurrar ansioso.

¿Por qué Índigo había decidido irse sin Gota?

¿Ocurría algo más?

¿Hay algo que me estoy perdiendo... y cómo puedo averiguar qué es?

Capítulo 26

Acechador Oscuro

El sol deslizaba sus frías garras amarillas sobre el horizonte oriental mientras Acechador Oscuro volaba a casa desde el palacio. Debajo de él, los restos del festival estaban siendo barridos por una ajetreada ráfaga de dragones trabajadores. Pronto sólo quedarían los farolillos de papel y las relucientes formas de las esculturas de cristal. Vio a un dragón fregando laboriosamente el pabellón de juegos, a pesar de que Mortis había muerto sin derramar sangre y su cuerpo había sido retirado.

Acechador Oscuro batió las alas para elevarse, lo más cerca del sol que pudo.

Su charla con Braza no había sido exactamente como había imaginado.

Esperaba un poco más de emoción, un poco más de gratitud. Esperaba que Braza estuviera encantado de encontrar una forma de utilizar sus poderes sin dañar el alma que tanto le preocupaba. Esperaba que Braza creara su propio pergamino animus en ese mismo instante.

Pero, en lugar de eso, su amigo había permanecido obstinadamente poco convencido. —Todavía podría estar afectándote —argumentó. Acechador Oscuro veía cómo las imágenes se amontonaban en la mente de Braza: Albatros apuñalando a la reina, los cadáveres de sus padres, la sangre por todas partes. Cada vez que Braza pensaba en los poderes animus, su mente se dirigía directamente hacia allí: masacres, devastación y la pérdida de casi toda su familia.

No sólo eso, sino que esta noche su mente se había ocupado de repente del misterio de una especie de pulpo. Los pensamientos de Braza volvían a ser *Índigo, Índigo, Índigo,* justo cuando empezaban a ser interesantes. Pasó más tiempo de su conversación pensando en ella que concentrándose en las maravillosas noticias que Acechador Oscuro le estaba contando. Y como

solía hacer, se olvidó incluso de preocuparse de que Acechador Oscuro le leyera la mente.

Finalmente, Braza se había frotado los ojos, sacudiendo la cabeza con fiereza —Nadie sabe exactamente cómo funciona la magia animus. La única opción segura es evitar usarla en absoluto.

—¿Por qué tendríamos este poder si se supone que nunca debemos usarlo? —Había gritado Acechador Oscuro con frustración, que fue cuando Clarividente había decidido que era hora de que todos se fueran a casa a dormir un poco.

No importa. Si Braza no quiere atender a razones, es su problema.

Mi problema es que alguien intentó matarme esta noche.

Apretó la mandíbula. Había muchas líneas temporales futuras en las que Ártico había intentado matarlo, pero no muchas en las que lo había conseguido.

Aún así, había unas pocas, incluso con la invencibilidad de Acechador Oscuro. Ahora que Ártico seguramente sabía de eso, tendría que planear su próximo ataque a Acechador Oscuro con más cuidado ... tal vez incluso utilizar su propia magia. Ártico, de hecho, podría ser el único dragón en el reino que realmente podría matar Acechador Oscuro.

Debería haber utilizado su poder para hacerlo bien la primera vez.

Entonces, ¿por qué no lo hizo?

Porque no quería que nadie supiera que era él quien me mató. ¿Verdad?

Acechador Oscuro descendió hacia la puerta de su casa, que empezaba a tornarse de gris a rojo cuando la luz del sol la alcanzaba. Todas las flores de sus jardines colgantes en miniatura estaban muertas. Nadie se había acercado a ellas desde que perdió a Madre.

Abrió la puerta de un empujón y encontró a Nívea tumbada en el sofá, mirando al techo con las alas desplegadas a ambos lados. Llevaba una de

las baratijas del festival, un collar de cuerda negra con un colgante de concha marina de cristal dorado, que giraba entre sus garras. Se preguntó si se lo habría comprado Pensativo.

—Buenos días —dijo, acariciando cariñosamente la cola de su hermana —¿Soñando con tu nuevo admirador?

—Pensativo —dijo, una afirmación más que una pregunta. —Sí y no. Me gusta.

—¿Quieres que intente prever lo que pasará con vosotros dos? —Acechador Oscuro preguntó. Aún no se le daba tan bien como a Clarividente: tendía a ver los resultados más probables, y todo lo demás solía estar embrollado por sucesos aleatorios y pequeñas desviaciones. Quizá si tuviera mucho tiempo para estudiar todos los futuros, como ella, podría seguirlos con más claridad. Pero, ¿quién disponía de ese tiempo o de esa concentración? Tendría que estar atrapado bajo tierra durante meses sin nada más que hacer.

—No, gracias —dijo Nívea, una respuesta tan ordinaria que Acechador Oscuro la miró con curiosidad.

—¿Estás bien? —le preguntó, tocándole el cuello. No se sentía más caliente de lo que debería.

—Me siento rara —dijo ella —Todas mis palabras me salen mal.

En realidad, parecía que por una vez le salían bien, lo cual era preocupante. Acechador Oscuro deseaba poder leer su mente y ver lo que estaba pasando allí.

—Tal vez sólo necesites dormir un poco —dijo. Un pequeño estruendo procedente de una de las habitaciones del fondo le distrajo. —¿Está Padre?

Ella asintió.

Acechador Oscuro avanzó en silencio por el pasillo hasta situarse en la puerta de la habitación de su padre. El lado de Sanguinaria seguía

exactamente igual, todo intacto excepto quizás sus mantas, que parecían como si alguien hubiera estado tumbado sobre ellas. Pero hacía un frío glacial en la habitación, con verdaderos carámbanos colgando alrededor del lugar donde dormía Ártico. Debe haber estado utilizando su aliento helado para hacer la habitación un poco más a su propio gusto.

Ártico le estaba dando la espalda a Acechador Oscuro, jugando con algo en su escritorio. Fragmentos de hielo estaban esparcidos alrededor de sus pies y un trozo de pergamino que parecía un mapa sobresalía de debajo de su cola.

No puedo esperar mucho más, murmuró su cerebro. *Aunque no estoy seguro de que sea suficiente.*

—Estoy vivo —anunció Acechador Oscuro. —En caso de que estuvieras preocupado.

Ártico se puso rígido y lanzó una mirada malvada a su hijo por encima del hombro —No puedo decir que estaba.

—Sé que estabas allí —dijo Acechador Oscuro —En el pabellón. Observando.

—En efecto —dijo Ártico, volviendo a su trabajo —¿Te importaría explicar cómo esa lanza rebotó en tus escamas? — *Este se vuelve más peligroso todo el tiempo*, pensó. *Tal vez debería hacer lo que Madre quiere.*

—¿Conocías al dragón que me atacó? —Preguntó Acechador Oscuro en lugar de responder.

Su padre se encogió de hombros —Lo he visto por la corte, pero nunca he hablado con él. No me interesa conocer a todos los Alas Nocturnas comunes de la tribu.

Acechador Oscuro hizo una pausa, esperando que el nombre de Mortis apareciera en los pensamientos de Ártico. Pero no lo hizo. Ártico tenía un breve recuerdo de pasar Mortis en los pasillos del palacio, y eso fue todo.

¿Podría Acechador Oscuro estar equivocado? ¿O Ártico finalmente había desarrollado la fuerza para proteger algunos de sus pensamientos?

—¿Por qué crees que intentó matarme? —intentó.

Ártico resopló —Porque eres un tonto arrogante. Porque haces alarde de tu magia y no te importa a quién ofendes. Porque insultaste a su madre, o robaste su presa, o hiciste trampas en su examen, o leíste su mente cuando te dijo que no lo hicieras. Puedo pensar en un millón de posibles razones, pero ¿qué importa? Ahora está muerto, ¿no?

Ese idiota, pensó Ártico, agitando la cola. *Debería haber sabido que no sería tan fácil matar a un dragón animus. No podría haberme conseguido de esa manera, tampoco, no si yo llevaba mi pendiente escudo.*

Acechador Oscuro inclinó la cabeza. No sabía que su padre tuviera un "pendiente escudo". Se preguntó cuál sería: el diamante azul claro de la oreja izquierda o el narval plateado de la derecha.

Más importante aún, no parecían los pensamientos de un dragón que acababa de intentar matarlo. Ártico parecía más... desinteresado que otra cosa.

—Probablemente tengas razón —dijo Acechador Oscuro, saliendo por la puerta y dirigiéndose a su propia habitación.

Detrás de él, oyó Ártico giro de nuevo, pensando, A *hora eso era sospechoso. ¿Qué quiere decir, probablemente tengo razón? ¿Qué esconde ese dragón?* Y luego, unos momentos más tarde, como Acechador Oscuro estaba desbloqueando su puerta, Ártico pensó, *Mejor actuar pronto, antes de que alguien me pueda detener.*

Acechador Oscuro hizo una pausa, escuchando, pero los pensamientos de Ártico no dieron más detalles. *Tal vez no fue él quien contrató a Mortis,* pensó Acechador Oscuro, *pero ciertamente suena como que todavía está planeando matarme eventualmente.*

Acechador Oscuro cerró la puerta tras de sí y empezó a pasearse arriba y abajo por su habitación. Deseó que Clarividente estuviera aquí, para ayudarle a averiguar qué hacer a continuación. ¿Qué vería hacer Ártico si mirara hacia delante en su línea temporal?

Aunque tenía que admitir que su fe en sus poderes se tambaleaba por el ataque de esta noche. ¿Por qué no lo había visto venir? ¿Quién podría haber sabido lo suficiente como para engañar a su previsión de esa manera... y la suya, para el caso?

Tendría que averiguar más tarde qué malvado plan rondaba la cabeza de Ártico. Ahora mismo lo único que le interesaba era encontrar a su posible asesino.

¿Quién además de Ártico podría querer Acechador Oscuro muerto?

Se detuvo junto a su escritorio, pensando en el último dragón que se había atrevido a amenazar su vida.

Recordó el frío pinchazo del acero en su garganta. La tensión que zumbaba a través de sus alas cada vez que él entraba en la habitación. Sus ojos azul oscuro, siempre observándole, como si fuera él quien supusiera un peligro para Braza.

A los dragones que intentan matarme no les va muy bien, ¿verdad, Ala Marina?

Barrió el desorden de su escritorio. *Lo siento, Clarividente.* Le había prometido que esperaría antes de hacer cualquier hechizo... que ella podría estar allí si decidía hacerlo. Pero no quería esperar. Odiaba la idea de que alguien estuviera ahí fuera deseando su muerte, planeando matarlo... planeando descarrilar todos sus gloriosos futuros y borrar de la existencia a todos sus dragonets. ¿Cómo se atrevían? Tenía que averiguar quiénes eran y castigarlos.

Quienquiera que fuera tenía que saber inmediatamente que no podía hacerle esto y salirse con la suya. Debían sufrir las consecuencias lo antes posible. Era el dragón más poderoso de Pirria. Debía actuar como tal.

Sacó su pergamino y su tintero secreto de su escondite, lo enrolló en el nuevo pliego en blanco y lastró las esquinas con pequeñas estatuillas. A continuación, sacó un trozo de pergamino y lo colocó sobre el pergamino. Mojó una garra en la tinta roja y escribió: " *Encanta este pergamino para revelar el nombre del dragón que contrató a Mortis para matarme esta noche."*

Mientras limpiaba con cuidado la tinta de su garra, empezaron a aparecer en el pergamino letras rojas irregulares, que garabateaban lentamente un nombre en la página blanca.

Acechador Oscuro se congeló al darse cuenta de lo que decía.

Ah, sí. Definitivamente va a haber consecuencias.

Ahora sé quién tiene que pagar.

Capítulo 27

Clarividente

Clarividente durmió muy mal aquella mañana, atormentada por pesadillas de futuros horribles: traiciones y asesinatos y guerras sin fin. Parecía como si todas sus peores visiones posibles se agolparan en su cabeza a la vez.

Se despertó con un fuerte dolor en las sienes y la mandíbula, como si hubiera estado apretando los dientes toda la noche. El sol se colaba bruscamente por un resquicio de las gruesas cortinas, se abalanzaba sobre sus globos oculares y los incendiaba. Se cubrió la cabeza con una almohada y trató de encontrar una línea de tiempo con un remedio milagroso para el dolor de cabeza.

Beber agua ayudaría. También el desayuno. Esconderse bajo las sábanas el resto del día, no.

Se levantó, respiró hondo y se ajustó los pendientes de piedras lunares, que se le habían caído a medias durante la noche. Tenía que recordar que a veces los sueños eran sólo sueños, no visiones del futuro. Aunque le pareciera el fin del mundo, la discusión de anoche no tenía por qué ser el principio de una horrible espiral hacia la oscuridad.

Y si lo era, podía detenerlo. No dejaría que la oscuridad viniera a por ella y sus amigos. Mientras Acechador Oscuro la escuchara... y lo haría, en casi todas las líneas temporales que podía ver ahora... todo iría bien.

Clarividente tropezó con la ventana que daba a los patios interiores del palacio. Apartó las cortinas y se asomó al jardín. Era más de mediodía y no había muchos dragones allí abajo, pero vio una fila de guardias reales que bloqueaban una sección y, más allá de ellos... un par de Alas Nocturnas que caminaban y hablaban muy juntas.

Obviamente, una era la reina. La otra... Clarividente reconoció el cuello largo y los huesos afilados desde lejos.

Era Omnisciente... la vidente despedida de la reina Vigilancia.

¿Qué hacía aquí?

Clarividente se frotó los ojos y se echó agua en la cara, luego bajó a toda prisa al jardín, subiendo las escaleras en vez de volar, para que no pareciera que se estaba metiendo en la conversación privada de la reina.

Los guardias la vieron llegar y uno de ellos llamó a la reina —Su otra vidente está aquí, Majestad.

La reina Vigilancia asomó la cabeza por un rosal y miró a Clarividente —Ya veo —dijo —¿Alguna nueva visión?

—No sobre la guerra, Majestad —dijo Clarividente con una reverencia —No en el último día. Mis predicciones anteriores siguen en pie.

—De verdad —dijo la reina. Hizo señas a Clarividente para que avanzara hasta que las tres... Vigilancia, Clarividente y Omnisciente... se instalaron en la enramada de rosas. Omnisciente sonrió complacida a Clarividente. Su cola agitó algunas rosas amarillas y las arrancó, esparciendo pétalos como gotas de oro por todas partes.

—Así que —La reina siseó a Clarividente —Una pregunta para ti. ¿Has tenido alguna vez visiones sobre tu verdadero amado?

—¿Sobre... quieres decir sobre Acechador Oscuro? —Clarividente parpadeó sorprendida. Por supuesto que había tenido cientos, miles de visiones sobre Acechador Oscuro... incluyendo varias que a la reina seguramente le gustaría conocer. Pero ésas eran las que no iban a ocurrir.

Sin embargo, todavía podía decir parte de la verdad —La mayoría de mis visiones sobre Acechador Oscuro tienen que ver con nuestro futuro juntos —dijo —He tenido visiones de nuestros dragonets, de nuestro futuro hogar cerca del palacio, de las formas en que ambos seguimos usando nuestros poderes para servirte.

—¿Y has visto cómo muero? —preguntó la reina.

Un escalofrío recorrió el cuello de Clarividente y se extendió por sus escamas. ¿Qué le había dicho Omnisciente?

—He visto algunas posibilidades —dijo con cuidado.

—¿Ah, sí? —dijo la reina —No vale la pena mencionarlas, ¿verdad?

—Todas están muy lejos en el futuro —protestó Clarividente —Pasarán otros diez años antes de que una de tus hijas tenga el valor de desafiarte, y la probabilidad de que gane es muy baja.

—Umm —dijo la reina Vigilancia. Su mirada suspicaz abarcaba ahora a sus dos videntes —Y de todas mis escenas de muerte, ¿cuál llega más pronto?

Clarividente lo intentó. Cerró los ojos y se concentró todo lo que pudo, buscando los caminos más oscuros, lo que le hizo darse cuenta de que no había tenido ninguna visión de Acechador Oscuro con su corona retorcida desde hacía al menos un mes. Había supuesto... había esperado que eso significara que ya no era posible. Que tal vez la reciente satisfacción de Acechador Oscuro era real, y todo el mundo iba a estar a salvo.

Ahora, buscándolo tan intensamente como podía, empezaron a aparecer destellos detrás de sus ojos: Acechador Oscuro, la corona, la reina muerta, pero no pudo retenerlos. Se desvanecían en cuanto intentaba mirarlos o encajarlos en la red del futuro.

—No te hagas daño —se burló Omnisciente. Clarividente abrió los ojos y miró a su antigua profesora. ¿Cómo podía Omnisciente tener una visión de Acechador Oscuro haciendo algo terrible cuando Clarividente no podía verlo?

—Comparte tus tonterías —ordenó la reina Vigilancia a su antigua vidente, dándole un golpe en la cara a Omnisciente con la cola.

Omnisciente se aclaró la garganta y agitó las alas de forma importante.

— Nacido del hielo y nacido de la noche

Maldito con lunas todas brillantes

Anhela un poder que no es suyo

Viene a robarte el trono.

La reina Vigilancia resopló. —Notablemente claro. Por primera vez —Sus ojos negros como el carbón se estrecharon hacia Clarividente. —¿Algo de eso te suena?

—¡Se lo está inventando! —Protestó Clarividente —¡Acechador Oscuro no haría eso!

—¿Por qué debería creerte? —exigió la reina, furiosa ahora —Estás tan encantada con él que no me lo dirías aunque fuera una amenaza, ¿verdad?

—¡No tengo por qué hacerlo! —gritó Clarividente —Es realmente muy m... —Se interrumpió de repente.

Encantada con él.

¿Lo estoy?

Sus garras se dirigieron lentamente a sus pendientes. *Pero revisé el pergamino.*

Y aún así... tampoco noté un hechizo de invencibilidad allí.

Si puede mantener un hechizo en secreto para mí, podría haber hecho otro.

¿Pero cómo? Tendría que estar en el pergamino. ¿No es así?

Los escalofríos se habían convertido en un viento frío y racheado de terror. ¿Le había estado mintiendo todo el tiempo? ¿Realmente guardaba parte del poder de su animus en sus propias garras? Pero seguramente lo habría visto en el futuro, si eso fuera cierto.

Tanteó para desabrocharse los pendientes y los dejó caer al suelo con pequeños chasquidos.

Y las visiones la invadieron, visiones y más visiones, toda la oscuridad que había visto, pero cada vez peor: Acechador Oscuro asesinando a la reina y robando el trono; Alas Nocturnas huyendo a miles; la ciudad ardiendo, el suelo temblando; Acechador Oscuro en su corona riendo y matando con facilidad.

Tampoco eran visiones de un futuro lejano. Estaban a punto de suceder ahora. El punto de inflexión temblaba en el filo de una navaja. Si Clarividente podía hacer algo para detenerlo, no tenía un momento que perder.

—Fuiste tú —le dijo a la reina, desconcertada —Tú enviaste al asesino tras Acechador Oscuro.

—Después de oír su profecía —dijo la reina, inclinando la cabeza hacia Omnisciente —¿cómo no iba a hacerlo?

—Idiota —gritó Clarividente —¡Eres la que está haciendo que suceda! No lo habría hecho... puede que no... pero ahora, pero ahora... —Dio un paso atrás. Se acercaba, todo se acercaba, todas las cosas malas precipitándose en su camino —Tengo que irme.

—No —dijo la reina bruscamente —No dejaré que conspires más con él. ¡Guardias! Enciérrenla —gritó.

Los fornidos guardias Alas Nocturnas se abalanzaron desde detrás de los rosales, como si hubieran estado esperando este momento, pero Clarividente los vio venir. De repente, el futuro se extendió claramente sobre el presente, como no lo había hecho desde que se puso los pendientes, y vio dónde estarían los guardias para agarrarla y vio cómo alejarse y su ruta de escape hacia el cielo, y la tomó, volando libre en un latido salvaje.

—Soy la única que puede detenerlo —gritó a la furiosa cara de la reina —Y lo haré. Prometo que lo haré.

Esquivó las garras que la alcanzaban y las alas que le cerraban el paso, buceando y esquivando hasta que sobrepasó el muro del palacio y se elevó hacia el Gran Diamante.

Un momento después, un nuevo batir de alas apareció a su lado y estuvo a punto de arremeter contra él, antes de darse cuenta, aliviada, de que era Braza, que brillaba verde esmeralda a la luz del sol.

—¿Qué ha pasado? —dijo —He oído gritos, os he visto a ti y a la reina por la ventana, ¿estás bien?

—Tenemos que detener a Acechador Oscuro —gritó —Viene hacia aquí para matar a la reina.

—¿Qué? —Las alas de Braza vacilaron —¿Ahora? ¿Por qué...? —Sus rasgos cambiaron al darse cuenta —Es la que envió al asesino.

—Acechador Oscuro realmente no le gusta cuando dragones tratan de matarlo —dijo Clarividente.

—Tal vez podamos razonar con él. Perdonó a Índigo, ¿recuerdas? —señaló Braza mientras pasaban en picado por delante de la biblioteca.

El corazón de Clarividente volvió a detenerse. *¿Lo hizo?*

¿Y si realmente no se fue? ¿Y si le hizo algo con uno de sus hechizos secretos?

¿DÓNDE ESTÁ?

—¡Lo veo! —gritó Braza, ajustando su trayectoria de vuelo.

Acechador Oscuro se dirigía hacia el palacio, irradiando amenaza por todas partes. No había muchos Alas Nocturnas fuera, en pleno día, pero los que había se desviaban salvajemente para apartarse de su camino, y luego se reunían para cuchichear cuando pasaba.

Sabía que toda la tribu sabría quiénes éramos algún día, pensó Clarividente, *pero quería que fuéramos sus salvadores... no que todos le tuvieran miedo.*

—¡Acechador Oscuro! —gritó.

Se detuvo y se quedó inmóvil, mirando a su alrededor mientras ella y Braza se acercaban a él. Vio que le miraba las orejas y que se daba cuenta de que se había quitado los pendientes. Sabía que ella sabía lo que había hecho. En su rostro se dibujaron líneas de desafío.

Señaló el tejado de la biblioteca y los tres se elevaron hasta aterrizar en una llanura abierta entre las elegantes agujas.

—No dejaré que mates a la reina —dijo cuando sus garras tocaron tierra.

—Ella empezó —dijo Acechador Oscuro, con una sonrisa increíble en la boca.

—Es una idiota —dijo Clarividente —pero podemos evitar que vuelva a intentarlo. Podemos volver a como eran las cosas.

—Sí, por favor, Acechador Oscuro —dijo Braza, apretando sus garras delanteras.

—¿De verdad puedes ver eso? —Preguntó Acechador Oscuro a Clarividente —Nunca confiará en ninguno de nosotros. Siempre estarás en peligro, y por lo tanto yo también, porque me preocupo por ti, y Vigilancia lo utilizará en mi contra —Hizo una pausa, mirándola —A menos que yo también hechice tus escamas —Sus garras alcanzaron una bolsa que llevaba colgada del cuello y Clarividente se dio cuenta de que debía llevar su pergamino consigo. *Para poder usar su magia con la reina.*

—No —dijo ella, tan bruscamente que Acechador Oscuro y Braza hicieron una mueca de dolor —No quiero más hechizos sobre mí, Acechador Oscuro. No puedo creer que me hayas traicionado así.

—¿Cómo qué? —dijo inocentemente.

—¡Los pendientes! —gritó —¡Me pusiste un hechizo secreto! Te metiste con mi poder, Acechador Oscuro. ¿No ves lo malo que es?

Braza dio un paso atrás y su rostro se descompuso de asombro y tristeza.

—Oh —dijo Acechador Oscuro, agitando la cola con desdén —Sólo fue un hechizo muy pequeño. Sólo quería que te concentraras en el futuro feliz, como habíamos hablado. Sabía que no podrías hacerlo sola, por mucho que me prometieras que lo harías. Así que los pendientes desvanecieron todos los caminos oscuros, eso es todo. Sólo intentaba hacerte más feliz, Clarividente —Inclinó la cabeza, pareciendo por un momento que lo decía en serio, como si ella le importara más que nada y hubiera estado intentando ayudarla.

Puede que realmente lo creyera... pero la verdad es que sólo estaba haciéndole la vida más fácil. No quería que me interpusiera en su camino mientras recorría esos senderos oscuros.

—Por eso no vi venir a Mortis —dijo Clarividente —Entre los pendientes y Omnisciente intentando engañarme, así es como me agarró por sorpresa. ¿Y si todas mis predicciones sobre la guerra también estaban equivocadas, Acechador Oscuro? Mientras estoy repartiendo todas estas profecías color de rosa, los dragones podrían morir en el futuro real.

—Estaba comprobando tu trabajo —dijo sonriendo —No te preocupes.

—¡Puercoespín arrogante! —gritó ella.

—Eso ha sido encantador —dijo él. Sus alas se abrieron —Pero tengo una reina que matar.

—¡Detente! —Clarividente saltó hacia él, haciéndole caer hacia atrás sobre el tejado hasta que lo inmovilizó —¡No voy a dejar que hagas eso!

Acechador Oscuro la miró, y ella vio con un escalofrío de miedo que estaba realmente desconcertado.

—¿Por qué no? —preguntó —Seré un gran rey. ¿No te das cuenta? Seremos la tribu más fuerte de Pirria. Nuestro reino podría extenderse de costa a costa. Tú y yo, codo con codo, llevando la armonía a todo el continente, con nuestros dragonets heredando el trono después de que nos hayamos ido.

—¿Después de que nos hayamos ido? —dijo con amargura. —Nunca dejarás que eso ocurra. De la invencibilidad al hechizo de inmortalidad hay un paso muy corto. ¿Lo has hecho ya?

Su silencio respondió a esa pregunta. Acechador Oscuro ya era inmortal... que era una de las cosas más importantes que Clarividente debía evitar para proteger el futuro.

¿Quedaba alguna esperanza?

Una visión tembló en su mente, retumbando desde abajo y cobrando fuerza como un volcán.

Sólo había una forma de impedir que Acechador Oscuro matara a la reina ahora mismo... y puede que no salvara a Vigilancia en el futuro, y sin duda llevaría a más derramamiento de sangre, pero les daría al menos un momento para pensar, si tomaba este camino.

Si le contaba lo que estaba ocurriendo en ese momento, mientras él estaba de espaldas.

Entonces vio que no tenía que hacerlo; la visión también lo estaba invadiendo a él. Se incorporó bruscamente, apartándola de un golpe.

—Nívea —dijo con voz estrangulada.

—Tu padre la tiene —dijo Clarividente, tocándole la frente —Se la ha llevado y están volando...

—Hacia el norte —terminó Acechador Oscuro. Asesinato brillaba en sus ojos —Se la lleva al Reino Helado.

Capítulo 28

Braza

Volaban antes de que Braza se diera cuenta de lo que estaba pasando. Sólo sabía que sus amigos iban hacia el norte tan rápido como les permitían sus alas y que él también iba.

En un momento dado, sintió algo parecido a una descarga eléctrica en el aire, justo cuando salían volando de las montañas. Se sobresaltó y miró hacia abajo, casi cayendo del cielo, con el estómago revuelto. La tierra estaba sembrada de cadáveres de Alas Heladas, carbonizados y desgarrados en marañas de miembros blanquiazules.

—¿Qué ha pasado aquí? —le gritó a Clarividente.

Miró a Acechador Oscuro, que volaba furiosamente delante de ellos —Puso un escudo fronterizo —respondió ella —Mata a cualquier Ala Helada que intente entrar en el reino.

Braza debería haberlo adivinado. *Su magia había hecho esto.*

Cerró los ojos con fuerza, batió las alas más rápido y siguió volando.

Pronto vio arena debajo de él, una vasta extensión de desierto que ondulaba como un océano pálido. Allí abajo estaba el Reino de Arena, gobernado por la reina Escorpión. Todo lo que sabía de ella era que permitía que los Alas Nocturnas y los Alas Heladas lucharan en su territorio a cambio de grandes montones de tesoros de cada uno de ellos; se rumoreaba que jugaba con ambos bandos y no le importaba quién ganara. El reino desértico era lo bastante grande y vacío como para que las batallas se desarrollaran sin demasiados daños colaterales para los Alas Arenosas, siempre y cuando los dragones en guerra se mantuvieran alejados de sus ciudades oasis.

El sol había pasado el punto más alto del cielo y se deslizaba hacia el atardecer, pero hacía un calor abrasador en las escamas de Braza. Deseó

poder zambullirse en un océano para refrescarse. Se preguntó si no habrían cometido un grave error al volar al Reino de Arena sin agua. Pero seguía a sus amigos; los seguiría a cualquier parte.

No podía creer su pelea. Apenas podía entenderlo. Desde fuera, había pensado que su relación era perfecta. La forma en que habían explotado de repente... la idea de que Acechador Oscuro había hechizado a Clarividente... ¡el hecho de que había estado en camino de matar a su propia reina! Braza se preguntaba si realmente conocía a su amigo.

Entonces, ¿por qué lo sigue a un reino extraño? susurraron las preocupaciones en el fondo de su mente. *¿Sin ninguno de t us guardias?*

—Acechador Oscuro —llamó Clarividente. Barrió con un ala el interminable desierto —Podrían estar en cualquier parte.

Se controló en el aire, la miró con el ceño fruncido y bajó rápidamente al suelo. Cuando Braza aterrizó a su lado, Acechador Oscuro estaba desenrollando un pergamino sobre las arenas movedizas.

Ése es el pergamino, pensó Braza sobresaltado. *Donde guarda todo su poder.*

Acechador Oscuro volvió a meter la mano en su bolsa y sacó una daga. Su filo dentado captó el sol, centelleando en los ojos de Braza y cegándolo por un momento.

—¿Qué vas a hacer con eso? —Preguntó Clarividente, apoyando su ala contra una de las de Acechador Oscuro.

La sacudió —No es lo que piensas —Colocó la daga sobre el pergamino, pesando sobre el papel ondeante, destapó un tintero y garabateó *Encanta esta daga para que nos lleve hasta Ártico y Nívea, luego apuñalad a Ártico una vez en la pata , hiriéndole lo suficiente como para que tenga que detenerse, pero no tanto como para que muera desangrado. Por encima de todo, detenerlo de cruzar el Gran Acantilado de Hielo.*

Acechador Oscuro escribió con una confianza inquebrantable, ignorando al brillante escarabajo verde que salió de la arena, se escabulló sobre sus garras y volvió a enterrarse. El viento levantaba sus alas y el sol bruñía sus escamas hasta convertirlas en brillante ébano. Tenía un aspecto heroico y seguro. Ni siquiera tuvo que pararse a pensar. Sabía exactamente lo que quería escribir, su hechizo cuidadosamente elaborado.

No tiene dudas, pensó Braza. Desearía poder sentir eso por un momento, tener esa clase de confianza en sí mismo.

Pero era mejor que no lo tuviera. El mundo podría no sobrevivir si se permitía dejar de tener miedo, aunque fuera por un momento.

Acechador Oscuro le lanzó una mirada irritada. Había terminado el hechizo, pero la daga no se movía —¿Por qué no funciona? —gruñó.

—Tal vez se está protegiendo con su propia magia —sugirió Clarividente —Tal vez en lugar de atacarlo, deberíamos...

Acechador Oscuro agitó su cola, cortándola —¡Sí! ¡Su pendiente protector! —Clavó sus garras en la arena y sacó al escarabajo verde, que se retorcía frenéticamente entre sus garras. Tenía pequeñas pinzas negras que rompían el aire.

Encanta a este escarabajo para que encuentre al p ríncipe Ártico lo antes posible y le quite el pendiente protector, escribió Acechador Oscuro.

El escarabajo parpadeó en el aire como una bocanada de humo y, unos instantes después, la daga se elevó y giró como una aguja de brújula. De repente salió disparada, en dirección noroeste.

—¡Vamos! —gritó Acechador Oscuro. Volvió a meter el pergamino en su bolsa y se lanzó al cielo. Voló como si sus alas estuvieran poseídas y Braza tuvo que forzar todos sus músculos para seguirle el ritmo. A su lado, Clarividente volaba con la misma determinación. Sus ojos tenían una mirada de medición distante, como si estuviera descendiendo hacia un oscuro abismo, intentando ver el fondo.

La daga destellaba y bailaba delante de ellos mientras volaban y volaban. Por fin, cuando el cielo empezaba a tornarse de un azul más oscuro, la daga cobró velocidad y, un instante después, se oyó un grito agónico procedente de algún lugar más adelante.

Braza alcanzó a Acechador Oscuro a tiempo de ver cómo una figura blanca y plateada caía del cielo y se estrellaba en una duna bajo ellos. Otra figura, blanca y negra, descendió tras él.

—¡Los hemos encontrado! —gritó exultante Acechador Oscuro.

Aterrizaron en semicírculo alrededor de Ártico, con Clarividente y Braza a ambos lados de Acechador Oscuro. Nívea se agachó junto a su padre, examinando uno de sus pies traseros, donde la daga estaba enterrada hasta la empuñadura y la sangre azul manaba sobre la pegajosa arena oscura. Otro fino hilo de sangre se deslizaba por su cuello desde una oreja, donde antes había estado un pendiente.

Ártico miró a Acechador Oscuro con el rostro retorcido por el dolor y la furia. —Déjanos ir —siseó el Ala Helada —Te dejé vivir. Hazme el mismo favor. No tenemos que volver a vernos.

Acechador Oscuro sacó con calma su pergamino de la bolsa —¿Adónde crees que llevas a mi hermana? —preguntó.

—Quiere ir conmigo —gruñó Ártico —Díselo, Nívea.

—Quiero ir con Padre —dijo ella. Incluso Braza podía ver que había algo mal en su voz, en sus ojos. Clarividente la alcanzó y Nívea se apartó de un tirón, manteniendo las garras sobre su padre.

—Se va a casar con un príncipe Ala Helada —dijo Ártico, con la respiración entrecortada —No con un Ala Nocturna de baja cuna.

—Así es —dijo Nívea —Seré una princesa Ala Helada. Y tendré muchos bebés Alas Heladas. Y viviré allí para siempre. Donde hace mucho, mucho frío.

—No la llevarás al Reino Helado —dijo Acechador Oscuro —Allí se sentiría desgraciada, incluso peor que tú —Desenrolló el pergamino hasta una sección en blanco y cuidadosamente puso una piedra en cada esquina para sujetarlo.

—Lo hago por tu madre —espetó Ártico. Intentó incorporarse, lo que provocó otro chorro de sangre de la herida de la daga, y volvió a caer. Nívea parpadeó ansiosa y apretó las garras contra su pata —La reina Diamante soltará a Sanguinaria si me tiene a mí en su lugar.

—Madre está muerta —dijo Acechador Oscuro. Braza se estremeció ante la espeluznante frialdad con que pronunció esas palabras.

Acechador Oscuro destapó el tintero y lo colocó suavemente en el borde del pergamino —Haces esto por ti, padre. Ya no tienes motivos para permanecer en el Reino de la Noche, ahora que Madre se ha ido. Así que estás aprovechando la oportunidad de volver a casa, como siempre has querido —Mojó una garra en la tinta —Estás planeando contarle a Diamante todos los secretos que sabes sobre los Alas Nocturnas para ayudarla a derrotarnos. Puede que incluso vuelvas a usar tu poder para atacarnos.

Braza miró a Clarividente y vio en su rostro desencajado que era cierto.

—Puede que lo haga, pero sólo para proteger a Nívea —dijo Ártico —Si ese es el único acuerdo Diamante aceptará para mantenerla con vida —Se agachó y arrancó la daga, siseando furiosamente mientras la sangre brotaba —Estarás bien con tus escamas invencibles, no te preocupes. Ahora despídete de tu hermana y déjanos ir antes de que el ejército de Diamante te encuentre.

—Quiero ir al Reino Helado, dijo Nívea —Quiero estar con Padre. Tú vete a casa —dijo señalando a Acechador Oscuro —Ni siquiera me caes bien.

Acechador Oscuro hizo una pausa, encontrándose con sus fríos ojos azules, y luego se volvió hacia Ártico —Pero cometiste un error —dijo. Su garra estaba sobre el pergamino, con la tinta brillando en la punta —Deberías

haberme matado antes de irte, como quería Diamante —Inclinó la cabeza hacia su padre —No sé por qué no lo hiciste.

—No iba a matar a mi propio hijo —gruñó Ártico —Pienses lo que pienses de mi alma, no está tan mal como para hacer algo así —Comenzó a reír, un sonido agrietado y amargo como carámbanos rompiéndose en un tejado —Pero sé que debería hacerlo. Un hechizo más y probablemente estaré allí, ¿no? ¿Qué vas a hacer para detenerme? —Extendió sus alas, tambaleándose en posición vertical —Nuestra magia es igual, tú y yo. Nuestras almas están igualmente condenadas. ¿Qué estás escribiendo, pequeño monstruo?

—Acechador Oscuro, por favor, por favor, no lo hagas —suplicó Clarividente. Braza dio un paso hacia él, pero no sabía qué hacer. Podía arrancarle el pergamino de las garras, pero entonces ¿qué pasaría? ¿Atacaría Ártico? De esos dos dragones, si uno iba a usar magia, ¿no sería mejor que fuera Acechador Oscuro?

Era demasiado tarde de todos modos. La garra de Acechador Oscuro se deslizaba suavemente por el papel, las palabras caían en su lugar, deletreando el principio del fin del mundo.

—Ahora —le dijo Acechador Oscuro a su padre —Deja de hablar.

Ártico abrió la boca.

Y no salió nada.

—Nunca vuelvas a usar tu magia —dijo Acechador Oscuro agradablemente —Nunca vuelvas a atacarme a mí o a mis amigos. No trates de escapar.

Ártico apretó la garganta. Su cola estaba azotando como una serpiente en llamas.

—¿Qué has hecho? —Braza susurró. Al otro lado de Acechador Oscuro, Clarividente tenía la cara enterrada en sus garras. No podía decir si estaba llorando o planeando o girando a sí misma en los futuros para llegar lo más lejos posible de ahora.

—Libera a Nívea del hechizo que le pusiste —prosiguió Acechador Oscuro, ignorando a Braza.

Las garras de Ártico se acercaron a su hija, aunque estaba claro que intentaba luchar contra ellas. Agarró el collar de conchas de cristal dorado que llevaba al cuello, tiró de él y lo rompió.

Nívea soltó un grito ahogado. Sacudió la cabeza, parpadeando como una loca, y luego miró a su alrededor, asimilando la escena como si acabara de despertarse.

—Oh, no —gritó —Es demasiado tarde. La arena está cayendo.

—Estás bien, Nívea —dijo Acechador Oscuro, tratando de tomar sus garras delanteras con las suyas —Te salvé —Tocó su hocico suavemente con el suyo por un momento, luego dio un paso atrás.

—Estoy agradecida por haber sido descongelada —dijo —Pero lo siento por haber ganado.

—No lo sientas —dijo él —Ganamos los dos. Vamos a tener el mejor futuro que pueda darnos. Todos nosotros —Giró la cabeza para incluir a Braza y Clarividente, y luego puso los ojos en blanco al ver la expresión de sus caras —Calmaos. He salvado el día. Ha sido increíble, ¿no os habéis dado cuenta?

—Déjame ver —dijo Clarividente, extendiendo las garras.

Acechador Oscuro se encogió de hombros y deslizó su pergamino hacia ella. Braza lo rodeó y leyó el hechizo por encima de su hombro.

Sabía lo que diría. Estaba claro por lo que había visto delante de él.

Pero aun así, ver las palabras en blanco y negro...

Encanta a Ártico el Ala Helada a obedecer todas mis órdenes.

—No —respiró Clarividente.

Braza estaba mareado, cayendo, el mundo y todo lo que conocía pasando a toda velocidad.

Si fuera posible encantar dragones vivos de esta manera, tratarlos como objetos, usarlos como uno quisiera...

Miró a Clarividente. Podría empezar simplemente con un par de pendientes encantados. Un pequeño cambio en el mundo, reorganizar a otros dragones para hacer tu vida un poco más fácil, diciéndote a ti mismo que era inofensivo, incluso lo mejor.

Pero una vez que dabas un paso por ese camino, una vez que te permitías pensar que manipular a otro dragón estaba bien... cuando cada nuevo giro te parecía correcto, te parecía justificado, sin importar lo lejos que fueras...

¿Dónde pararía?

Capítulo 29

Acechador Oscuro

A fin de cuentas, Acechador Oscuro pensaba que estaba haciendo un trabajo admirable para mantener la calma.

Su reina había intentado matarlo, después de todo lo que había hecho por ella.

Su padre había hechizado a su hermana e intentado traicionar a toda la tribu.

Clarividente estaba actuando como si el regalo de los pendientes fuera una horrible traición que le había cambiado la vida, en lugar de un gesto perfectamente dulce y bondadoso que había hecho para hacerla sentir mejor.

Y ahora Braza estaba inundando la mente de Acechador Oscuro con gritos de pánico de ESTAMOS CONDENADOS, EL CIELO SE CAE, MI AMIGO ES MALO, EL MUNDO SE ACABA blah blah exageradas tonterías melodramáticas.

Acechador Oscuro estaba haciendo exactamente lo que tenía que hacer. Tenía que detener a su padre. Tenía que salvar a su hermana. Tenía que proteger a sus amigos. Era claramente el bueno aquí.

Si Clarividente y Braza no podían ver eso, ¿qué clase de amigos eran? Confiar en él y apoyarlo... como sus mejores amigos, ¿no era ese su ÚNICO TRABAJO?

Apretó las garras, reduciendo su rabia a un hervor bajo la superficie. Su trabajo no había terminado. Necesitaba ponerse a salvo a sí mismo y a sus amigos de forma permanente, para siempre. Necesitaba que todo el mundo supiera que nunca se iba tras el Acechador Oscuro.

—Síguenos de vuelta al Reino de la Noche —ordenó a Ártico —Síguenos. No intentes nada. Ni siquiera pienses en nada excepto en volar, un batir de alas tras otro, hasta que te diga que puedes aterrizar.

Su padre guardó un hermoso y mágico silencio. No podía hacer nada excepto mirar fijamente a Acechador Oscuro con odio hirviente. Ártico finalmente, finalmente ya no era una amenaza para nadie.

Y ahora va a pagar por lo que le pasó a Madre, por lo que le hizo a Nívea, y por lo que casi le hizo a la tribu.

—Quizá deberíamos descansar primero —se apresuró a decir Clarividente —Nívea parece cansada, ¿verdad, Braza? Podríamos dormir un rato, quizá encontrar algo de comer. Quizá hablar de... todo.

—Tengo cosas que hacer —dijo Acechador Oscuro, recogiendo su pergamino y guardándolo de nuevo en su bolsa. La conocía muy bien. Sabía que ella estaba tratando de retrasar lo inevitable. Esperaba llevarlos a una nueva línea temporal. Pensaba que si tenía un poco más de tiempo ahora, esta noche, podría cambiar el futuro.

Pero no pudo. Estaba tejiendo el camino ahora; ya no podía darle más pellizcos ni tirones. Aunque tuviera que arrastrarla por él dando patadas y gritando. Una vez que llegaran allí, a su hermoso futuro, ella admitiría que era el mejor y que había tenido razón todo el tiempo. Extendió las alas —Nos vamos ya.

—Acechador Oscuro —dijo Clarividente —Por favor, no hagas lo que estás a punto de hacer. Por favor, detente y mira las líneas temporales conmigo... aún podemos encontrar una que sea segura y pacífica para todos.

—Sé que podemos —dijo —Estamos en ello. Acepta tu destino, mi amor. Nosotros somos los que traeremos la paz, una vez que el trono sea nuestro. ¿Y quién está más seguro que el rey y la reina?

Despegó, deleitándose con el sonido de todos sus aleteos corriendo tras él. Eran sus dragones, Clarividente, Braza y Nívea. Podrían quejarse y

preocuparse por él, pero lo seguirían hasta el borde del cielo. Estarían a su lado cuando ocupara su trono, y lo amarían pasara lo que pasara.

No se detuvo ni una sola vez en todo el camino de regreso al Reino de la Noche. El sol se ocultaba bajo el horizonte y la oscuridad extendía frías alas sobre el desierto. Unas cuantas veces, mientras volaba, vio el parpadeo de hogueras o las sombras de dragones en movimiento, preparándose para otra batalla.

Pronto será mi ejército, pensó. *Aplastaremos fácilmente a los Alas Heladas cuando sea rey. Castigaré a Diamante por lo que le hizo a mi madre.*

La rabia lo invadió de nuevo. Había retrasado su venganza durante meses, escuchando las preocupaciones de Clarividente, siguiendo la estrategia de la reina Vigilancia en lugar de usar la suya propia. La había convertido en una reina más fuerte, le había dado un escudo a la tribu y había reforzado su ejército, ¿y entonces qué hizo ella? ¡Enviar a un asesino tras él!

Se lo había buscado.

La frontera montañosa del Reino de la Noche se alzaba ante ella. Acechador Oscuro había encantado su escudo para que él, Nívea y Ártico pudieran atravesarla sin peligro. Se preguntó qué habría pasado si hubiera dejado a Ártico fuera de esa ecuación. ¿Habría muerto al salir del reino?

No importaba. Este camino iba a ser mucho más satisfactorio.

La ansiedad de Braza se intensificó hasta el punto de chillar mientras se acercaban en picado al palacio. *Oh no, ¡no deberíamos encantar a otros dragones! Los dragones no son objetos. No puedes usarlos como marionetas. ¿Mi amigo es completamente malvado? No podemos hacer nada.*

Realmente necesitaba calmarse. Acechador Oscuro pondría esa prioridad en lo alto de su lista, una vez que fuera rey. Algo que llevara el cerebro de Braza a un estado mucho más tranquilo; algo que sacara todo ese enloquecimiento y lo metiera en un lugar donde Acechador Oscuro no tuviera que escucharlo todo el tiempo. Sabía que podía hacer de Braza un

dragón más feliz. Honestamente, había pensado que podría hacerlo deshaciéndose de Índigo, pero al parecer eso no era suficiente. El odio a sí mismo estaba demasiado arraigado.

No importaba. Podía hacerse, y se haría, pronto.

Miró por encima del hombro en busca de Clarividente, con la esperanza de captar su mirada y tal vez encontrarla sonriendo. Tal vez una noche de vuelo le había dado tiempo suficiente para pensar por qué había hecho todo lo que estaba haciendo. Quizá estaba un poco más cerca de entenderle.

Pero volaba con la cabeza gacha, tan dubitativa como siempre.

Flexionó las garras con irritación. ¿Alguien se había dado cuenta de lo que salvó a Nívea? Lo que Ártico le hizo fue básicamente lo mismo que Acechador Oscuro le había hecho a él. No fue tan impresionante: Ártico había encantado el collar porque, como cualquier otro dragón animus de mente estrecha, nunca se le había ocurrido que podía encantar a un ser vivo. Pero había obligado a Nívea a ir con él; había borrado su amor por Acechador Oscuro y su interés por Pensativo; y lo peor de todo, había usado su magia para intentar hacerla normal. A Ártico nunca le había gustado la extraña forma de hablar de Nívea. Tenía sentido que cuando intentara controlarla, empezara por quitarle eso.

Acechador Oscuro gruñó furioso.

Esto era lo que Ártico se merecía.

Sus amigos acabarían entendiéndolo. Verían que Acechador Oscuro tenía razón.

El Gran Diamante estaba debajo de ellos, lleno de dragones comprando, dragones yendo al trabajo, dragones yendo a la biblioteca o al museo o a la escuela. Dragones que no tenían ni idea de qué o quién era importante, o de cómo el mundo estaba a punto de cambiar.

Giró en el aire para encontrarse con los ojos de su padre —Aterrizarás a mi lado y permanecerás allí en silencio hasta que te diga qué hacer a

continuación.

Los ojos de Ártico estaban en blanco, atrapados. No podía hacer otra cosa que obedecer.

Acechador Oscuro aterrizó en el escenario montado en el centro de la plaza, donde se suponía que iba a haber conciertos durante las próximas semanas, celebrando una serie de próximos días de eclosión en la familia real.

Las lunas brillaban pálidamente en lo alto, dos de ellas casi llenas, una una astilla afilada como una aguja sobre una alfombra de estrellas.

Unas garras golpearon el escenario detrás de él, *thump thump thump*. Braza, Nívea, Clarividente, con sus caras amadas, frustradas y preocupadas. Y justo a su lado, Ártico, exactamente como Acechador Oscuro siempre lo había querido.

Debajo de él, los dragones se volvieron para mirar hacia arriba, con caras curiosas y maravilladas.

—Mis amigos —llamó Acechador Oscuro con voz atronadora. *Mis súbditos*, pensó. —Estáis a punto de ver algo que ningún dragón ha visto antes. Reunid a vuestras familias; ¡venid todos a ver! Este es el día más importante de vuestras vidas.

Se sentó y esperó mientras la plaza se llenaba de dragones, los murmullos pasaban de unos a otros, todos preguntándose qué iba a hacer. Los ojos de todos puestos en él. Por fin todos iban a verle como el dragón que realmente era: su poder, su heroísmo, su inteligencia y su fuerza.

Después de esta noche, nadie volvería a insultarle ni a subestimarle.

Y nadie se atrevería a atacarle, ni a herir a los dragones que amaba.

—Acechador Oscuro —dijo Clarividente a su lado, con sus alas rozando suavemente las de él.

—¿Un último intento, mi amor? —le dijo, sonriéndole. La rodeó con un ala y ella se inclinó a su lado, enroscando su cola alrededor de la suya. Era

cálida y hermosa a la luz de la luna. Era el futuro que él quería, allí en el trono junto al suyo.

—¿Dónde está Braza? —preguntó él, notando que los pensamientos preocupados del Ala Marina ya no pesaban en su mente. Los pensamientos de la multitud se agolpaban y ocupaban todo el espacio.

—Le dije que volviera al palacio —dijo Clarividente —Ya ha visto suficiente violencia en su vida por parte de dragones en los que confiaba. No necesita ver más.

Acechador Oscuro puso los ojos en blanco. Clarividente era brillante y empática, pero a veces se pasaba un poco.

—Creo que sobrevivirá —dijo —Espera, en realidad sé que sobrevivirá. Tú también puedes verlo. Voy a encontrarle una linda Ala Nocturna para casarse en unos años.

—No me gusta —dijo Clarividente. —Su risa me da asco.

—Bueno, no hay muchas opciones dispuestas tanto a casarse con un Ala Marina como a no tener dragonets —señaló Acechador Oscuro —Si le hacemos cambiar de opinión sobre esa última parte, tenemos algunas opciones más.

Sacudió la cabeza, probablemente dándole vueltas a algunas objeciones aburridas sobre lo que Acechador Oscuro podría querer decir con "cambiar de opinión".

—¿Cómo podemos estar mirando los mismos futuros —preguntó —y verlos de forma tan diferente?

—Creo que lo sé —dijo él. —Te centras en aquellos en los que soy un rey terrible que mata dragones por diversión. Sé que están ahí, pero no me preocupan. Ese no soy yo. Me fijo en aquellas en las que extendemos la paz por los continentes, unimos a las tribus bajo nuestro gobierno y criamos a los dragonets más dulces y divertidos. Deberías centrarte en esos también.

—Eclipse —dijo ella con tristeza —Sombrífera.

—Y Feroz —dijo, esperando que ella se riera —Todavía estoy bastante seguro de que voy a ganar esa pelea. Es un gran nombre, ya verás.

Ella no respondió. Se agachó y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

—Confía en mí —le dijo —Nos espera un futuro maravilloso. Quédate en el momento conmigo y lo verás.

—¿Qué clase de futuro maravilloso empieza con derramamiento de sangre y asesinato de reinas? —preguntó —¿No podemos...?

—Basta —dijo, poniendo dos garras sobre su boca —Deja de dudar de mí. Mira y verás: todo irá bien.

Se volvió hacia la multitud, que ahora estaba formada por cientos de dragones. Sintió que Clarividente se alejaba de él y se envolvía en las alas, temblando. Lo arreglaría más tarde. Sabía que volverían a ser felices juntos, un día no muy lejano, aunque hiciera falta un poco de magia.

—¡Gracias por venir! —llamó a la multitud —¡Qué noche tan hermosa! Una noche perfecta para castigar a un traidor —Dirigió un ala hacia Ártico y un susurro de sorpresa recorrió el público —En primer lugar, vamos a considerar las pruebas. Ártico, dile a nuestros oyentes. Diles lo que estabas a punto de hacer, antes de que te detuviera.

—Me iba a casa —rugió Ártico, su voz liberada de nuevo —¡No soy un traidor!

Acechador Oscuro dio un paso más cerca de su padre. Podía oír el bullicio de la curiosidad hirviendo abajo. ¿Por qué no estaba encadenado el Ala Helada? ¿Por qué no se había ido volando? ¿Por qué estaba ahí de pie, confesando?

—Di la verdad —dijo Acechador Oscuro —Diles exactamente lo que estabas planeando.

Ártico azotó su cola —Iba a llevar a mi hija a la reina Diamante —gruñó —Iba a ofrecer sus garras en matrimonio a quien Diamante eligiera, para que pudiera incubar algunos herederos para el trono que pudieran tener sangre animus. Iba a volver a vivir en un palacio de hielo, durmiendo por la noche como un dragón normal. Iba a averiguar si Sanguinaria seguía viva. Iba a ofrecer a los Alas Heladas un mapa detallado del Reino de la Noche y una forma de entrar para destruiros a todos, a cambio de su vida.

Los Alas Nocturnas lo miraron, sorprendidos y en completo silencio. Por la quietud que había detrás de él en el escenario, Acechador Oscuro supuso que incluso Nívea y Clarividente estaban atónitos ante el alcance de la villanía de Ártico.

Acechador Oscuro sacudió la cabeza con pesar —Ya veis —dijo a la multitud —Lo admite todo. Habría aniquilado a toda nuestra tribu sin una pizca de remordimiento. Es el peor dragón que ha existido y merece morir. ¿No estáis de acuerdo?

Levantó la barbilla, escuchando el huracán de reacciones en las mentes de abajo. Por supuesto, hubo algunas respuestas vacilantes, algunos dragones que pensaron que podría tratarse de un truco, otros que se preguntaron dónde estaba la reina y si castigar a los traidores no dependía de ella. (Estaba en el palacio, estaba seguro, mirando desde uno de los balcones.) Pero la mayoría estaba de acuerdo con él. Ese Ala Helada que se parecía a los enemigos contra los que habían luchado durante años había estado planeando matarlo, igual que sus hermanos habían matado a hermanos y hermanas, madres y padres de Ala Nocturna. Le habían dado cobijo, habían luchado en una guerra para protegerle, ¡y él les había traicionado!

¡Él SÍ tenía que morir!

—Arrodíllate —dijo Acechador Oscuro a su padre.

Ártico se arrodilló, y la multitud volvió a murmurar. ¿Cómo lo hizo Acechador Oscuro para hacer eso? ¿Sin guardias ni armas a mano?

—Admite que soy el mayor animus de todos los tiempos —siseó Acechador Oscuro.

—Eres el mayor animus de todos los tiempos —se atragantó Ártico.

Acechador Oscuro extendió las alas hacia el público. —Diles que no hay dragón más poderoso que yo.

—No hay dragón más poderoso que tú.

—Ahora di que desearías haber sido mejor padre.

Ártico soltó una carcajada incrédula y sorprendida —Sí desearía haber sido mejor padre —dijo —Si lo hubiera sido, te habría estrangulado en cuanto hubieras salido del cascarón.

—Córtate la lengua —dijo fríamente Acechador Oscuro.

Los ojos de Ártico se convirtieron en agujeros redondos de horror cuando se llevó la mano a la boca, sacó su larga lengua azul bífida y se la cortó con sus propias garras.

Acechador Oscuro podía sentir las olas de terror rodando de los Alas Nocturnas mirando, haciéndolo más fuerte y más fuerte. *Sí. Temedme. Respéta d me. Míra d me.*

—Ahora —Acechador Oscuro se inclinó hacia Ártico, sus garras hendiendo la madera del escenario —Toma tus garras, abre tu estómago y muéstranos cómo eres por dentro. Derrama tu vida en este escenario.

Llevó mucho tiempo y fue un desastre, y al final, cuando Ártico estaba definitivamente muerto, Acechador Oscuro no se sintió tan feliz como esperaba.

Pero había hecho lo que tenía que hacer, y la reacción de la multitud era exactamente lo que esperaba. Ahora iría a matar a la reina, esta vez rápidamente, sin necesidad de más teatro. Y entonces sería rey, el primer rey en la historia de Pirria, y habría paz y prosperidad y felicidad, porque ahora él y todos los que amaba estaban a salvo para siempre.

Se dio la vuelta cansado. Ahora necesitaba el calor de las alas de Clarividente.

Nívea estaba sola en el escenario detrás de él. Tenía los ojos cerrados y las lágrimas le corrían por la cara, dejando pequeños charcos en el escenario. Sus alas blancas yacían torcidas a sus lados como hojas rotas. Sintió una punzada de culpabilidad, pero no debía; la había salvado de un destino terrible.

—¿Dónde está Clarividente? —preguntó —¿Cuándo se fue?

¿Intentaba hacer algo, perderse su momento de triunfo?

O... una visión pasó por su cabeza, una advertencia, y buscó a tientas la bolsa que llevaba sobre el pecho. No podía ser verdad. Ella no...

Le faltaba el pergamino.

Debía de habérselo llevado mientras lo abrazaba y le susurraba sobre sus dragonets.

¿Cómo se atrevía?

—Clarividente tiene tu pergamino —susurró Nívea sin abrir los ojos. Detrás de ella, Acechador Oscuro vio a Pensativo abriéndose paso entre la multitud, acercándose a ella con ojos preocupados. Bien, sí; Pensativo podría ocuparse de Nívea mientras Acechador Oscuro se ocupaba de Clarividente —Dijo que te dijera que se reuniría contigo en la Montaña Ágata.

Acechador Oscuro gruñó en voz baja. No podía matar a la reina sin su pergamino... bueno, tal vez sí. Desde luego, Vigilancia no podía matarlo. Pero quería hacerlo rápido, con magia. Y no se fiaba de lo que pudiera hacer Clarividente, ahora que tenía su poder en sus garras.

No puedo confiar en ella.

La comprensión fue rápida y sorprendente. De todos los dragones del mundo, creía estar seguro de ella.

Se lanzó al aire, echando humo.

Tal vez el futuro iba a ser un poco diferente de lo que había planeado después de todo.

Tal vez no habría ninguna reina en el trono junto a él.

Capítulo 30

Clarividente

El corazón de Clarividente palpitó de terror mientras se escabullía del escenario entre la multitud, abandonando la gran escena de Acechador Oscuro en medio de la confesión de Ártico. El estuche de cuero negro se arrugó alrededor del pergamino mientras lo aferraba bajo sus alas.

No podía salvar a Ártico. Los siguientes minutos fueron inevitables, terribles y demasiado horribles. *Sangre de Ala Helada azul por todas partes.* No, él estaba perdido... y ahora tenía que salvar a Braza, e Índigo, y tal vez a la reina, y a todo el resto de Pirria, si podía.

Era una posibilidad remota, y sólo podría funcionar porque ella podía enhebrar las posibilidades y leer las ondas mejor que Acechador Oscuro. Él estaba distraído con su venganza y su espectáculo de terror, y había pasado todo el vuelo de regreso a casa desenredando el único y frágil hilo de esperanza hasta que supo lo que tenía que hacer.

Cuando se escabulló entre la multitud, evitando todas las miradas y los susurros, se topó directamente con unas garras familiares.

—¡Clarividente! —susurró Oyente, agarrándola por los hombros —Qué. ESTÁ. PASANDO.

Clarividente negó con la cabeza —No puedo... no puedo explicarlo.

—¡Yo sí puedo! —dijo Oyente —¡Tu novio es un psicópata, como siempre pensé! —Por fin se dio cuenta de las huellas de lágrimas en el hocico de Clarividente y se inclinó para secárselas —Oh, rayo de luna, estarás bien.

—No —dijo Clarividente. Agarró una de las garras de su amiga con las suyas —Escucha, esto es importante. ¿Recuerdas cuando me dijiste que querías conocer el futuro si eso significaba salvar la vida de tu familia? ¿Si algo muy, muy malo estaba a punto de suceder?

Oyente se echó hacia atrás, con una expresión de miedo en su rostro —Qué va a pasar, Clarividente?

—No lo sé exactamente —dijo Clarividente. Pero si su plan fracasaba y Acechador Oscuro regresaba, aún más fuerte y furioso que antes, sin que ella pudiera contenerlo más... a partir de ahí todo sería destrucción y muerte y nada más que oscuridad —Pero es muy malo. Por favor, Oyente, si alguna vez has creído algo de lo que te he dicho, haz esto por mí. Encuentra a mis padres, reúne a tu familia y abandona el Reino de la Noche. Vuela tan lejos y tan rápido como puedas. Llévalos a un lugar seguro donde... donde nadie os encuentre jamás.

De pronto se dio cuenta de que otros dragones la escuchaban, de que tenía la atención de varios rostros asustados.

—¿Y la reina? —Preguntó Oyente.

—Si puedes llegar hasta ella —dijo Clarividente —dile que escape también. Os daré todo el tiempo que pueda, pero no sé si mi plan funcionará. *¿Vendrá a por mí? ¿Matará primero a la reina? ¿Sobreviviré a lo que estoy a punto de hacer?*

—Clarividente... —Oyente comenzó, acercándose a ella.

Clarividente rodeó a su amiga con sus alas y la abrazó con fuerza. —Gracias por ser tú —le susurró al oído. —Espero que tu vida sea como debe ser.

Luego se apartó y se abrió paso entre la multitud, esquivando cuellos largos y alas hasta que estuvo lo suficientemente lejos del escenario como para emprender el vuelo hacia el palacio.

Braza esperaba en su habitación, donde ella le había dicho que fuera, paseándose de un lado a otro y retorciendo las garras.

—¿Sospechó algo? —le preguntó mientras ella se abalanzaba sobre el balcón.

—Todavía no —dijo ella —Tenemos que mantenerte alejado de él hasta que esté hecho, o escuchará algo en tus pensamientos —Sacó el pergamino —Toma.

—No quiero tocar eso —dijo, retrocediendo.

—Tenemos que hacerlo. Tenemos que usarlo para hacer algo que lo detenga —dijo ella. Se sacó una lágrima del ojo. No había tiempo para llorar.

—No con su pergamino —dijo Braza, negando con la cabeza —Podría estar encantado para señalarle cada vez que alguien lo use. O puede matar a cualquiera que intente escribir en él. O podría saber, de alguna manera, cada hechizo que está escrito en él. No podemos usar eso.

—No creo que fuera tan retorcido cuando hizo esto por primera vez —dijo Clarividente con una punzada de pena por aquel dragón que había sido Acechador Oscuro, aquel día en que todo parecía tan brillante por delante —Pero tienes razón, podría haberlo añadido más tarde. Aunque tenemos que arriesgarnos.

Braza puso una garra sobre la suya, deteniéndola —Yo lo haré. Usaré mi poder.

—Tu juramento —dijo Clarividente —No puedes...

—Tengo que hacerlo —dijo —Es la única manera. Esto es como lo de mi abuelo... Soy el único que puede.

El hilo de la línea temporal tembló en la mente de Clarividente y se afirmó en él, concentrándose todo lo que pudo —Rápido, entonces. Recuerda que ahora es invulnerable e inmortal.

—Lo sé —dijo —Creo que sé qué hacer, pero necesito algo para encantar. No puedes llevarte nada —La voz de Braza bajó a un susurro —O si no, lo sabrá... lo adivinará... si sospecha...

—Lo sé —susurró Clarividente. Su respiración se entrecortó en un sollozo —Podría matarme —Aquel futuro era terriblemente claro, real tras sus ojos,

aunque su mente se negara a creerlo. Se quitó el brazalete del brazo. Piedras lunares y alambre de cobre, su regalo para protegerla, el que sabía que algún día sería importante —Usa esto. Pero asegúrate de que conserve el encantamiento que ya tiene.

Braza giró el brazalete entre sus garras, con lágrimas en los ojos. —¿De verdad vamos a hacer esto? —preguntó —¿No deberíamos usar primero el lector de almas en él, para asegurarnos de que está tan ido como creemos?

—No tenemos tiempo, y no nos ha dejado otra opción —dijo —A partir de ahora, las cosas sólo van a peor, Braza. Hay algunos futuros que no son completamente terribles, pero hay muchos más que son demasiado aterradores para arriesgarse. Este podría ser el último momento que tengamos en el que ambos seamos libres y pensemos por nosotros mismos. Es nuestra única oportunidad de detenerlo.

—De acuerdo —Sostuvo el brazalete entre sus garras y cerró los ojos, concentrándose ferozmente. Finalmente se la devolvió. Parecía y se sentía exactamente igual.

—Ya está —susurró.

—¿Estás seguro de que funcionará? —dijo.

—Tú lo sabes mejor que yo —dijo él.

Y era verdad. Podía ver que el hechizo era fuerte; funcionaría, si lograba poner el brazalete en el brazo de Acechador Oscuro. Si no se daba cuenta de lo que ella estaba haciendo. Si era lo suficientemente rápida... si, si, si...

—Gracias —dijo —Si esto funciona, habrás salvado al mundo.

Movió las alas, mirando sus garras como si accidentalmente pudieran prender fuego a algo —Serás más tú que yo —dijo —Ten cuidado.

Lo abrazó y le clavó el pergamino en las garras. —Una cosa más —dijo —Yo... me temo que le hizo algo a Índigo —Levantó la vista, con los ojos muy abiertos. —Busca por aquí y encuéntralo. No sé cómo me lo ocultó,

pero debe estar en alguna parte. Quizá puedas traerla de vuelta, o... bueno, sea lo que sea, deberías saber la verdad.

Asintió, apenas respirando.

—Entonces esconde ese pergamino y aléjate todo lo que puedas del Reino de la Noche. Hagas lo que hagas, no destruyas el pergamino, o recuperará todo su poder —Clarividente se frotó los ojos y se acercó a la ventana. Sabía que no volvería a verlo —Adiós, Braza.

—Adiós, Clarividente. Buena suerte.

Un momento después estaba en el cielo, volando con alas doloridas hacia la Montaña Ágata, lejos hacia el este. No miró atrás, pero sabía que Braza estaba de pie en la ventana, viéndola partir.

Las líneas temporales se reducían a un solo momento.

Voló hacia su última oportunidad de salvar el futuro.

Capítulo 31

Braza

Le hizo algo a Índigo.

Braza se apartó de la ventana y del cielo oscuro que se había tragado a Clarividente. Aún estaba conmocionado por lo que había hecho... traicionó a su amigo. Rompió su juramento. Usó su magia.

Pero lo único en lo que podía pensar era en Índigo.

¿Qué había hecho Acechador Oscuro?

¿Es ella... podría haber...

No. *No. T* enía que estar viva. Con todo su poder, Acechador Oscuro podría haber hecho cualquier cosa para deshacerse de ella... no tenía que matarla. Tal vez había encantado un collar que la hizo querer salir de Braza. O un pendiente que la hiciera olvidar que él existía. Algo que le hizo dejar de amarlo.

Me amaba. Su corazón latía con fuerza. *Si Acechador Oscuro se deshizo de ella... eso significa que no me dejó.*

Pero nunca habría aceptado un regalo de Acechador Oscuro; siempre sospechó que todo lo que él tocaba estaba maldito de alguna manera.

Entonces, ¿qué podría haberle hecho?

Se arrodilló en el suelo y extendió el pergamino para poder verlo entero.

Había tantos hechizos. No se había dado cuenta de todo lo que había estado haciendo Acechador Oscuro, en silencio, sin que Braza se diera cuenta. Todos esos pequeños encantamientos. Un plato que mantenía la presa caliente para su madre cuando llegaba tarde a cenar; una manta que se

aseguraba de que durmiera tranquila cuando estaba en el desierto con el ejército. Un juego de pinturas para Nívea que nunca se secaba ni se agotaba. Y aquí, cerca del final, una campana que sonaba para avisar a Braza cuando se sentía triste o solo.

Braza se sintió culpable. Así era como Acechador Oscuro siempre había sabido cuándo aparecer, siempre había sacado a Braza de la peor soledad. Acechador Oscuro sí se preocupaba por él. Mira todos esos hechizos que mostraban su bondad.

¿Estaban cometiendo un error?

¿Era el lado bueno de Acechador Oscuro lo suficientemente fuerte como para compensar su potencial para el mal?

Pero luego estaban los grandes hechizos: el escudo que mataba a cualquier Ala Helada que se acercara al Reino de la Noche. Un arma que disparaba fuego diez veces más lejos de lo que cualquier dragón podría exhalarlo normalmente.

Y el último: *Encanta a Ártico el Ala Helada para obedecer todas mis órdenes.*

Por no hablar de lo que le hizo a Índigo, si Clarividente tenía razón.

¿Podría haberla encantado de la misma manera que hizo con Ártico?

Y todo el espacio en blanco que quedaba al final, donde Acechador Oscuro podía escribir hechizo tras hechizo para controlar el mundo, para matar a quien quisiera, para tenerlo todo a su manera.

Braza agachó la cabeza y empezó a leer. Leyó todo el pergamino de principio a fin, deteniéndose en cada hechizo para tratar de imaginar si podría utilizarse para hacer desaparecer a un dragón.

Pero no había nada, nada sobre Índigo, nada que indicara adónde podía haber ido.

Volvió a sentarse, frustrado. Tiene que estar aquí. A menos que Clarividente se equivocara e Índigo se hubiera marchado porque quería.

El pergamino yacía en silencio frente a él, como si estuviera lleno de oscuros secretos.

La letra de Acechador Oscuro era desordenada y a veces difícil de leer, una línea dentada y apretada de puntos afilados y trazos duros. Parecía enfurecerse más en los encantamientos posteriores, las marcas presionaban con más fuerza el papel.

Pero había algo más que había cambiado.

Los primeros hechizos se escribían bastante juntos, uno detrás de otro, en una fila ordenada a lo largo de la página. El brazalete de Clarividente que impedía leer la mente; un pergamino que les leía en voz alta.

Pero los hechizos posteriores estaban dispersos, con mucho más espacio entre ellos.

¿Por qué había dejado Acechador Oscuro tantos huecos? ¿No quería conservar cuidadosamente cada centímetro de espacio?

A Braza empezaban a dolerle los ojos, y se dio cuenta de que había estado leyendo con la visión nocturna. Las velas más cercanas se habían apagado, y sólo quedaba una parpadeando, junto al balcón. Se levantó y la acercó, con la esperanza de que la luz adicional le diera alguna pista.

Cuando lo dejó en el suelo y cogió el pergamino para acercarlo, una sombra pareció parpadear sobre la página, atraída por la llama.

¿Qué...?

Con cautela, levantó el pergamino para que la luz de las velas lo atravesara.

Y en los espacios en blanco empezaron a aparecer palabras.

Braza recuperó el aliento. *Ha estado escribiendo hechizos con tinta invisible.*

Para ocultárselos a Clarividente, se dio cuenta un momento después. *Oh, Acechador Oscuro.*

Aquí estaba su hechizo de inmortalidad. Aquí estaba el hechizo de los pendientes de piedras lunares de Clarividente, un encantamiento que mantenía al dragón que los llevaba centrado sólo en los futuros más brillantes y felices, ocultando cualquier cosa realmente mala que pudiera ocurrir más adelante.

Encontró un hechizo en el pergamino que provocaba una punzada mental en Acechador Oscuro cada vez que lo usaba otro dragón, así que Braza tenía razón y tenían suerte de no haber escrito aquí.

Y entonces... oh no.

Encanta esta copa para que la primera vez que Braza beba de ella deje de amar a Índigo, se olvide de su juramento y decida volver a usar libremente su magia de animus.

Estaba horrorizado. La copa de cristal había sido encantada, y tan terriblemente como Índigo había sospechado. Aún recordaba el sonido de su rotura contra la pared. Después de todo, Índigo tenía razón en todo. Lo había salvado... de la manipulación de Acechador Oscuro... y él ni siquiera la había creído.

Apareció otro hechizo. *Encanta esta daga para que vuele al Reino de Arena y mate a un Ala Helada cada luna llena, en secreto, al amparo de la oscuridad... y que siga haciéndolo durante un año, o hasta que yo la invoque. Encántala para que deje mensajes grabados cerca del cadáver, advirtiéndoles de que el Acechador Oscuro viene a por todos ellos y pronto estarán todos muertos.*

Braza se preguntó si la reina sabía de la daga o si era la venganza secreta de Acechador Oscuro por la pérdida de Sanguinaria. *Los Alas Heladas deben estar aterrorizados,* pensó. *Debe n sentirse como si los persiguiera. Me pregunto a cuántos habrá matado hasta ahora.*

Cuando aparecieron los encantamientos, palabras oscuras que se enroscaban en el papel, Braza sintió como si estuviera descubriendo los pensamientos y planes más ocultos de Acechador Oscuro. Con razón no quería que Clarividente viera esta faceta suya. Había hechizos para atormentar a compañeros que odiaba de formas pequeñas y creativas. Un hechizo que enviaba pesadillas para atormentar a la reina Diamante con todas las formas en que planeaba matarla.

Y entonces... Braza se sentó hacia delante tan deprisa que casi prende fuego al pergamino.

Encanta este guijarro para que cuando ruede en la misma habitación que Índigo, la Ala Marina, quede atrapada al instante dentro de la pequeña talla de madera de un dragón que Braza me hizo.

Justo debajo de ese:

Encanta este trozo de papel para que parezca una nota escrita con la letra de Índigo, con un mensaje breve y creíble que diga que se marcha de Braza y no va a volver.

Braza lanzó un grito de desesperación. Dejó caer el pergamino y corrió hacia su escritorio, donde la pequeña talla de dragón llevaba meses, recordándole en silencio su amor perdido.

La agarró y la acunó entre sus garras —¿Índigo? —le susurró —Índigo, lo siento... lo siento —Empezó a llorar —Debería haberte escuchado. Debería haberme dado cuenta de lo peligroso que era. No sabía lo que haría. Lo siento mucho.

Todavía puedo salvarla. Si funciona. Albatros dijo que no podía traer dragones de la muerte... pero no está muerta... ¿verdad? Todavía está aquí, en algún lugar.

Esto era todo, la elección que había temido que vendría de nuevo... la elección de salvar a Índigo por el precio de su alma.

No era una elección en absoluto.

—Tráela de vuelta —susurró ferozmente a la talla —Devuelve a Índigo, mi amiga, exactamente como era antes de que Acechador Oscuro le hiciera esto.

La talla se crispó en sus garras, de repente cálida al tacto. Un suave resplandor rodeó al pequeño dragón y, cuando lo dejó en el suelo, empezó a crecer, a moverse y a cambiar.

Y entonces estaba allí, viva y justo delante de él, ella misma de nuevo.

Índigo estiró las alas al máximo y clavó las garras en el suelo.

—Yowch —dijo —¿Me he quedado dormida? Gran estrella de mar, tengo hambre. Oh, no, Braza, ¿por qué lloras?

Sus alas lo rodearon y él la abrazó, sollozando de alivio —Estás viva —dijo temblorosamente —No me has abandonado.

—Claro que no te dejé —dijo ella con aire enfadado, enderezándose para mirarlo —Dije que nunca lo haría y nunca lo haré. Métetelo en la cabeza.

—Te quiero —dijo él.

El sol salió por su cara, iluminando el mundo.

—Creía que sí —dijo —Pero estabas siendo tan raro al respecto.

—Sigo sintiendome peligroso cuando estoy contigo —dijo —Pero no quiero volver a estar sin ti.

—Suena como mi tipo de plan —dijo ella —Exactamente mi plan, en realidad —Enroscó su cola alrededor de la de él.

—Tenemos que salir de aquí —dijo —Han pasado muchas cosas. Tengo que contártelo todo. Pero primero... —Se apartó y corrió hacia su baúl —Necesito saber lo grave que es —Le tendió el lector de almas —Índigo, hice algo terrible. Usé mi magia.

Le quitó el lector de almas de las garras y lo arrojó a la fuente.

—¡Eh! —protestó él, empezando a avanzar, pero se interpuso en su camino y agitó las alas.

—Esa cosa no conoce tu alma —dijo —Yo conozco tu alma. Dime lo que has hecho.

—Encanté un brazalete para detener a Acechador Oscuro —dijo —Y te traje de vuelta de... estabas... él hizo este hechizo... te traje de vuelta.

—Oh —dijo ella. Se miró las escamas, como preguntándose si eran reales —Vaya. Supongo que me perdí algo.

—Así que probablemente ahora soy malvado —dijo, con la voz temblorosa —Dos hechizos así... mi alma podría estar a punto de desaparecer. Necesitas saberlo para poder alejarte de mí.

—ROARGH —Índigo gritó —Usar tu magia no te convierte en malvado, Braza. Hacer el mal te hace malvado. ¿Has hecho algo malo últimamente?

—Bueno —dijo, titubeando —Traicioné a mi amigo...

—El supervillano —añadió ella.

—Él no es... —Braza dudó —Sí, más o menos lo es.

—Déjame adivinar —dijo —Hiciste algo para evitar que matara a montones de dragones inocentes.

—Um —dijo —Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Porque le conozco —dijo —y me di cuenta de por dónde iba la cosa. Así que, lo siento, no, no cuenta. No eres malo.

—Rompí el juramento que le hice a Perla...

—Para salvar dragones —dijo ella.

—Para salvarte a ti —dijo.

Ella negó con la cabeza —No es maldad.

—Índigo...

—Silencio. Braza, escucha. Nuestras elecciones son las que nos hacen buenos o malos... lo que hacemos, cómo ayudamos o perjudicamos al mundo. Haces del mundo un lugar mejor por estar en él. Con o sin tu magia, siempre ha sido así.

—En realidad, no —dijo —Sin mi magia, no soy nadie especial.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo —Eres un artista. Eres mi amigo. Eres amable y divertido. Yo lo llamaría especial.

—Eres parcial —dijo él, tocando su hocico con el de ella. Se sintió iluminado por dentro, como si tuviera escamas luminiscentes encendidas por todo el cuerpo.

—Tengo razón —dijo con una sonrisa. Se quedaron así un momento, sonriéndose el uno al otro.

—Además —dijo ella—has evitado que dos dragones animus realmente malvados destruyeran el mundo. Es impresionante.

—Um— dijo —Bueno, quizás.

—¿Quizás? —Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Aún no estoy seguro de si el encantamiento de Acechador Oscuro ha funcionado. Clarividente acaba de salir volando con el brazalete y ha quedado con ella y espero que pueda usarlo con él, pero es posible que no pueda, y entonces se enfadará de verdad, y entonces podría volver y... ya sabes, destruir el mundo después de todo.

—¿QUÉ? —dijo —¿Eso está pasando ahora? ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo —admitió —Por eso tenemos que salir de aquí.

—¿No querías empezar con eso? —gritó —¿No crees que tal vez esa es la prioridad número uno? —Lo golpeó con su cola —¡Estoy lista! ¡Vámonos! ¡Escapa primero, deja la charla para después!

Se escabulló, preguntándose cómo podía tener ganas de reír en un momento así. Enrolló rápidamente el pergamino y lo guardó en su estuche de cuero negro. Luego levantó la parte superior de su escritorio y metió dentro las garras delanteras.

El pequeño pulpo trepó alegremente por su brazo y agitó todos sus tentáculos hacia Índigo.

—¡Gota! —gritó feliz. Lo agarró en brazos y se lo puso encima de la cabeza —Agárrate fuerte, pequeñín. Vamos a volar muy rápido.

Gota se agarró a sus cuernos y se encogió como si estuviera listo para dirigir.

Índigo y Braza rozaron sus alas, corrieron hacia el balcón y saltaron al aire.

Bajo ellos, los dragones se desparramaban fuera del palacio, fuera de la escuela, fuera de los barrancos y cañones del Reino de la Noche. Los Alas Nocturnas huían, su terror a Acechador Oscuro los empujaba fuera de sus hogares hacia algún lugar desconocido y lejano donde pudieran estar a salvo, donde nunca pudiera encontrarlos.

Incluso si el plan de Clarividente funciona, Braza se dio cuenta, *esa daga que encantó va a hacer que todos piensen que sigue vivo durante mucho tiempo... que está ahí fuera cazándolos.*

Puede que nunca vuelvan aquí.

Sé que nunca volveré aquí.

—Hasta nunca, Reino de la Noche —dijo suavemente.

Y luego se dio la vuelta y se fue volando para siempre, con Índigo a su lado.

Capítulo 32

Acechador Oscuro

La encontró cerca de la cima de la Montaña Ágata, la más alta de la cordillera de las Garras de las Nubes. Estaba sentada en la boca de una pequeña cueva, mirando hacia el este, donde el sol se alzaba sobre los picos gemelos de la Montaña de Jade, proyectando sombras verde oscuro sobre los valles de abajo.

Acechador Oscuro aterrizó a su lado, plegando las alas. No parecía que hubiera traído nada con ella. ¿Dónde estaba su pergamino? ¿Había usado su magia? No había sentido ninguna punzada de su hechizo en el pergamino, así que parecía que no lo había hecho. Pero entonces, ¿por qué robarlo?

—¿Sabías —dijo Clarividente pensativa —que ésta no será la montaña más alta de Pirria durante mucho más tiempo? Pronto habrá un terremoto y toda esta ladera se derrumbará. Entonces la Montaña de Jade será la más alta.

—¿Se supone que eso es una metáfora? —Acechador Oscuro dijo, moviendo su cola de un lado a otro —¿Algo sobre el dragón más poderoso cayendo y otro ocupando su lugar? Porque es un poco confuso. No es tu mejor trabajo.

Se rió un poco —No —dijo —No es una metáfora. Simplemente me pareció interesante. Un trozo del futuro que es definitivamente cierto.

—Cualquier cosa sobre el futuro se puede cambiar —dijo —Incluso eso. Podría encantar a la montaña para que se mantuviera en pie si quisiera. Podemos hacer que el futuro sea como queramos.

—No si queremos cosas diferentes —dijo ella, sacando una pequeña flor silvestre amarilla de la tierra. Empezó a destrozarla entre sus garras —No si ni siquiera podemos ponernos de acuerdo sobre lo que está bien y lo que está mal.

Dio un paso hacia ella —Si no quieres estar conmigo, dilo —Quería saberlo... pero no iba a dejarla ir. La amaba demasiado.

—Nada de lo que hice funcionó —dijo ella —Pensé que era tan cuidadosa, y aún así terminamos aquí. Todo ese estudio, todos los pergaminos de la línea temporal. Ahora todo ha sucedido y no puedo cambiar nada, y sigo sin saber por qué salió todo tan mal.

—Porque no fue así —dijo, acercándose un paso más —No está mal. Vamos por buen camino, Clarividente. Estamos tan cerca de nuestro futuro feliz. La parte mala casi ha terminado. Casi todos mis enemigos están muertos.

—¿Incluida Índigo? —preguntó —Sus ojos se alzaron para encontrarse con los suyos, y él se congeló por un momento. *¿Lo sabe? ¿Ha encontrado los hechizos ocultos? No... sólo está adivinando.*

—¿Qué quieres decir? —dijo —Índigo se fue. Eso no tuvo nada que ver conmigo.

—Tal vez empezó la primera vez que me mentiste —dijo ella, volviéndose de nuevo hacia el amanecer —O tal vez fue perder a Sanguinaria y no poder hacer nada al respecto. Tal vez fueron todos los pequeños momentos en los que te sentiste amenazado, impotente o fuera de control, y todas las cosas que hiciste para combatir esos sentimientos.

Nunca me he sentido impotente, pensó. *Nadie me amenaza.* —Todo lo que hice fue por una buena razón —dijo —Para protegerte a ti, o a Nívea, o a nuestros futuros dragonets. ¿Por qué no puedes confiar en mí?

Ella respiró hondo y volvió a mirarle a los ojos —O tal vez es sólo parte de ti, algo con lo que naciste. Quizá eso es lo que realmente heredaste de tu padre, junto con tu magia. Quizá siempre ibas a ser así, por mucho que intentara salvarte.

Se abalanzó sobre ella, con la furia inundándole las venas, y le agarró la muñeca, retorciéndosela dolorosamente —No me parezco en nada a mi padre —gruñó —No necesito que me salven. Puedo elegir mi propio futuro,

y me gusta el que veo, y tú también vas a aprender a que te guste. *¿Dónde está mi pergamino?*

Algo se deslizó fríamente por sus escamas y miró hacia abajo. Clarividente había deslizado el brazalete de piedra lunar de su propio brazo al de él.

Durante un breve instante, su mente volvió a abrirse a él, desprotegida por primera vez en años, y él vio con perfecta claridad cómo lo amaba, cómo lo temía, cuántos futuros terribles les aguardaban y cómo lo estaba traicionando para salvar a todos los demás.

Adiós, mi querido amor, susurraron sus pensamientos.

Y entonces... la negrura se precipitó hacia él, envolviéndole en sus alas, y desapareció.

Capítulo 33

Clarividente

Clarividente nunca olvidaría la expresión de la cara de Acechador Oscuro cuando se dio cuenta de lo que había hecho. Sólo duró un instante... la conmoción, la incredulidad, la perplejidad y la traición... y luego sus ojos se cerraron y cayó al suelo con un fuerte golpe.

Ella se arrodilló a su lado y apoyó ligeramente las garras en su cuello. Su pecho subía y bajaba sin cesar. Aún estaba vivo, aún respiraba, pero nunca volvería a despertarse, no mientras llevara el brazalete.

Acechador Oscuro se había hecho inmortal e invulnerable a cualquier tipo de ataque, pero un simple hechizo para dormir lo había derribado. Braza había hecho bien su parte.

Clarividente arrastró a Acechador Oscuro muy atrás en la cueva, dejando caer sus lágrimas pero sin detenerse a ceder a su pena. La cueva terminaba en una pequeña cámara, de granito macizo por todos lados. Lo hizo rodar contra la pared del fondo y comprobó que el brazalete estuviera bien sujeto alrededor del brazo de Acechador Oscuro.

Luego rellenó la cueva con rocas de la ladera, amontonándolas para ocultar al dragón dormido en su interior. Nunca podrían encontrarlo, nunca podrían liberarlo, o Pirria volvería a estar en peligro.

Una vez hecho esto, encontró otra montaña donde poder vigilar y esperar a que llegara el terremoto. Una vez que la Montaña Ágata se hubiera derrumbado, enterrando a Acechador Oscuro en las profundidades de la tierra, sabría que era seguro dejarlo allí.

El sol se extendió por sus alas mientras se sentaba en la cresta, respirando la luz del nuevo amanecer.

Funcionó.

Lo hice.

Todos esos futuros que vi, todos los planes que hice para llevarnos por el buen camino... todo eso se ha ido ahora. Nunca nos casamos. Nunca tomamos el trono o detuvimos la guerra. Nunca tuvimos nuestros dragonets.

Cerró los ojos, tratando de no pensar en eso. ¿Cómo podía llorar a unos dragones que nunca habían existido? No eran más reales que cualquier otra cosa de las líneas temporales que había destrozado.

Pero aún podía ver sus rostros en su mente y sabía que siempre los echaría de menos.

¿Qué voy a hacer ahora?

Respiró hondo y dejó que los nuevos futuros se desplegaran ante ella.

No había nada para ella en la tribu. Los otros Alas Nocturnas nunca volverían a confiar en ella después de verla en aquel escenario con Acechador Oscuro, aunque les contara lo que le había hecho... y eso no podía decírselo a nadie. Nadie podría saber dónde estaba ni lo fácil que sería despertarlo.

Volver a unirse a la tribu también la condujo a algunos caminos más peligrosos... aquellos en los que se sentía tan sola y lo echaba tanto de menos que la tentación de volver y liberarlo se hizo demasiado grande. Incluso sabiendo las Cosas Muy Malas que vendrían después, podía ver cómo podría caer.

Podría quedarme con él. Podría tumbarse en el camino de la avalancha y esperar a morir.

Ahora mismo estaba lo suficientemente triste como para pensar por un momento que tal vez esa era la mejor opción.

Pero también era vidente. Podía sentir su dolor abrumador en ese momento y, al mismo tiempo, podía mirar hacia el futuro y ver una época en la que no

estaría tan triste.

Había futuros en los que era feliz.

Había futuros en los que no tenía que tener miedo todo el tiempo de que todo saliera horriblemente mal.

Aunque ahora le costara creerlo, incluso había futuros con otro amor y otros dragonets.

Levantó las alas y alzó la cabeza hacia el cielo azul y dorado.

Estaba triste y sola... pero también era libre. Su vida había estado enredada con la de Acechador Oscuro durante tanto tiempo... para siempre, desde el momento en que tuvo su primera visión de él... que nunca antes había vislumbrado cómo sería sin él.

Clarividente recordó un sueño de hacía mucho tiempo que provenía de un pergamino que le encantaba leer. Contaba historias del continente perdido y de las tribus secretas de dragones que vivían allí.

En ese sueño, era una exploradora. Salía y encontraba nuevos mundos, lugares en los que ningún Ala Nocturna había estado o siquiera imaginado.

Ahora podía verlo... ese sueño podía ser real. Visiones de una tierra extraña se desenrollaban ya tras sus ojos, de árboles inusuales y animales extraños y dragones desconocidos que no coincidían con ninguna tribu que conociera. Sabía adónde ir. Sabía cómo llegar.

El futuro estaba en sus garras y podía hacer lo que quisiera.

Epílogo

Cinco años después

Índigo

Los chubascos de sol salpicaban la playa con pequeñas ráfagas de lluvia que centelleaban bajo la alegre luz del sol. Un coco cayó suavemente sobre la arena y rodó hacia las garras de Índigo. Lo recogió, recordando el día de la prueba animus. Se había sentido tan aliviada al descubrir que era normal, que no tenía algún tipo de magia espeluznante acechando en sus garras. Y eso fue antes de saber nada sobre el poder animus.

Pero no fue nada comparado con el alivio que sintió cuando se aseguraron de que ninguno de sus dragonets lo tenía.

—AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAHH —gritó Claragua. La pequeña dragonet verde pataleó furiosamente sobre las olas —¡No puedo conseguirlo! ¡NUNCA LO CONSEGUIRÉ! TODOS LOS PECES SON ESTÚPIDOS!

—¿Recuerdas la canción sobre tener paciencia? —dijo Índigo, dándole unas suaves palmaditas en la cabeza —Tienes que esperar y esperar y esperar y luego abalanzarte.

—¡LO HIIIIIIIIIIIIIIIIICE! —gritó —Esperé y esperé y DESPUÉS ME ABALANCÉ y DESAPARECIÓ.

—Ah, bueno, ahí está tu error —dijo Índigo —Olvidaste una de las esperas.

Los lamentos de Claragua se cortaron abruptamente. La dragonet inclinó la cabeza, pensativa. —Ah —dijo. —Sí, me olvidé. ¡Vale, pez! Voy a por ti.

Se alejó chapoteando, saltando por encima de los cangrejos y pateando arena en el agujero que sus hermanos estaban cavando.

—¡Roar! —Cauri le gritó —¡Saca tus grandes garras galopantes de aquí!

—¡NO estaba galopando! —Claragua le gritó —¡Esto es galopar! —Clavó las patas en la arena como un elefante mareado y todo el lateral del agujero de Cauri se derrumbó.

Por encima de los gritos de furia que siguieron, Índigo sintió que Braza se acercaba vadeando detrás de ella. Extendió las alas y se apoyaron el uno en el otro, y ella sintió, como siempre, que podría echar raíces aquí mismo y ser feliz entrelazada con él para siempre.

—Creo —dijo ella —que puede que hayamos puesto el nombre de Clarividente a la dragonet equivocada.

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH! —Claragua aulló de nuevo, arrojándose al agua poco profunda y revolcándose en un ataque de mal genio —¡ESTE HERMANO ES UN CARA DE ALGA! —Índigo enterró la cara en el cuello de Braza, ocultando sus risitas.

—Tal vez crezca en su tranquila sabiduría —dijo Braza —Como tú.

—¿Cómo dices? —dijo Índigo —¿YO? SIEMPRE he sido callada y sabia.

—Creo recordar sólo unos cuantos ataques de chillidos cuando tenías esa edad — dijo, empezando a reír —¿Recuerdas la vez que me comí el último salmón del desayuno?

—¡No sólo te lo comiste! —gritó —¡Fuiste un engreído! Te merecías que te tiraran al estanque de los koi.

Cauri y Claragua estaban luchando ahora, absolutamente cubiertos de arena mojada. Junto a ellos, Onda sacó la cabeza de su propio agujero, se dio cuenta de que alguien más estaba recibiendo más atención que él, y rápidamente se revolvió para caer encima de su hermano y su hermana.

—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? —le gritó Claragua —¡QUÍTATE!

—Os amooooooooooooooo —dijo Onda, metiéndoles el hocico en la cara. Gota salió del agujero que había detrás de él y se acercó al montón.

—¡Argh! Qué asco —Cauri agitó sus alas mientras trataba de liberarse —¡Onda! ¡Me estás aplastando! ¡AAGGHH! MAMAAAAAAAAAAAA!

—Que todo el mundo deje de aplastarse —llamó Braza sin moverse.

—¡ONDA ES EL QUE ESTÁ APLASTANDO! —bramó Claragua.

—Dejad de aplastaros unos a otros contra la arena y os contaré un cuento —dijo Índigo.

Al instante, los tres dragonets se separaron de un salto y se acercaron correteando, colocándose en un atento semicírculo alrededor de las garras de sus padres, con Gota felizmente posado sobre la cabeza de Onda.

—¡Cuéntanos otra vez lo del Reino del Mar! —exigió Claragua —¡Y de todos los palacios!

—Se parece mucho a esto —dijo Braza, moviendo la cola hacia la isla que los rodeaba —Quizá os llevaremos allí algún día, cuando seáis mayores.

Cuando haya una nueva reina, que no sepa lo que le prometió Braza a Perla , pensó Índigo. Su isla estaba frente a la costa sur de Pirria, a la vista de la selva tropical, y se mantenían al tanto de las noticias de la tribu visitando y comerciando con Alas Lluviosas cada dos meses más o menos. Por eso sabían que los Alas Nocturnas habían desaparecido y nadie sabía adónde habían ido. Hubo historias de avistamientos de Acechador Oscuro por todas partes durante un tiempo, y luego gradualmente menos y menos hasta que desaparecieron. Clarividente debía de haberlo conseguido, pero a veces Índigo deseaba saber exactamente qué había pasado y dónde estaba Clarividente ahora.

En cuanto a su propia tribu, seguramente Muelle y Pez León debieron volver a casa después de perder a Braza, creyendo todavía que Índigo le había abandonado. La reina Perla probablemente pensó que Braza e Índigo estaban muertos, o que Braza había huido con los Alas Nocturnas. No necesitaba saber que estaban vivos, juntos y felices.

A Índigo le había costado mucho convencer a Braza de que estaba bien que fuera feliz. Que no era un monstruo secreto a la espera de ser liberado. Que no era él quien había hecho todas aquellas cosas terribles, que no eran culpa suya y que no tenía que castigarse para siempre.

—Quiero oír hablar de ti y de mamá —dijo Onda. Gota se acurrucó alrededor de su cuello, moviendo sus tentáculos con satisfacción —Sobre cosas que hacíais cuando erais pequeños como nosotros.

—Oh, éramos muy buenos —dijo Braza solemnemente —Nunca, nunca fuimos traviesos.

—¡MENTIRA! —gritó Claragua, salpicándolo con su cola —¡Tú también lo fuiste!

—Bueno —dijo Braza —de acuerdo, supongo que mamá sí lo era, a veces —Índigo le golpeó con la cola y él le sonrió.

—Mami —dijo Cauri —¿conoces alguna historia sobre los malos?

Índigo y Braza intercambiaron una mirada y Índigo sintió un extraño escalofrío, como si alguien estuviera nadando sobre su tumba.

—¿Qué quieres saber sobre los malos? —preguntó Braza.

—Como, por ejemplo, cómo llegan a ser así —dijo Cauri, pinchando un trozo de madera a la deriva —Y por qué hacen cosas malas.

—Bueno —dijo Braza lentamente —hay muchas maneras y muchas razones. A veces es porque están tristes o enfadados. Algunos dragones se vuelven malos cuando tienen demasiado poder.

—Y otros no —dijo Índigo, enroscando su cola alrededor de la de Braza. Si había algo en lo que creía con toda su alma, era que Braza tenía demasiada bondad como para volverse como Albatros o Acechador Oscuro. Era amable y bueno hasta el final.

—A veces... a veces no saben que son malos —continuó Braza —Creen que lo que hacen es lo correcto.

—Oh —dijo Cauri —¿Y quién decide si es lo correcto o no?

Braza vaciló, con la mirada perdida.

—¡YO! —sugirió Claragua.

—¿Cómo voy a saber si soy malo? —añadió Cauri con una arruga de preocupación entre los ojos.

—Te lo diría —dijo Índigo —y entonces volverías a ser bueno.

—¡O yo! Te lo diría y te golpearía y te aplastaría! —ofreció Claragua con gran entusiasmo.

—Haces eso incluso cuando estoy siendo súper buena —señaló Cauri.

—Sabes, en realidad no existen los malos —dijo Braza inesperadamente, e Índigo le lanzó una mirada inquisitiva. Tenían muchas pruebas de que eso no era cierto.

—¿No existen? —repitió Onda.

—Quiero decir... hay dragones que hacen cosas malas —dijo Braza —Pero tal vez eso no los hace todos malos. Quizá también puedan hacer cosas buenas. Tal vez algunas de esas cosas malas son sólo errores.

—No —dijo Índigo con firmeza —Algunos dragones son definitivamente malos y hay que detenerlos.

—No lo sé —dijo Braza —No creo que ningún dragón sea malo del todo.

—Entonces tienes una memoria selectiva, mi amor —dijo Índigo —Una vez conocimos a uno muy malo —dijo a los dragonets.

Todos jadearon de horror encantados.

—Un dragón que hizo cosas malas —corrigió Braza —Pero también algunas cosas buenas, y se preocupaba mucho por sus amigos —Vio la

mirada de Índigo y añadió rápidamente —Pero sobre todo cosas malas. De todos modos, ya se ha ido.

—Así es —coincidió Índigo —Se ha ido y nunca volverá.

—¿Nos hablarás de él? —preguntó Cauri, con sus ojos azules redondos y deslumbrados.

—¿Y cómo lo GOLPEASTEIS y lo APLASTASTEIS? —gritó Claragua.

—Tal vez cuando seáis mayores —dijo Índigo. *Quizá cuando Braza haya dejado de tener pesadillas sobre él* . Sonrió a sus dragonets, que se retorcían de la risa —¡Una carrera hasta las rocas de las focas!

Salieron corriendo por la playa, chillando de risa, e Índigo le dio un codazo a Braza con el ala.

—Es verdad. Nunca volverá —dijo —Hiciste lo correcto, Braza. Salvaste a Pirria de él para siempre. Es seguro ser feliz.

—Lo sé —dijo —Desplegó las alas, sacudiéndose los recuerdos, y le dedicó la sonrisa de la que se había enamorado cuando eran dragonets —Sí lo estoy.

Post-Epílogo

Dos mil años después...

Siglos más tarde, mientras el planeta de los dragones giraba por el espacio, pasó un cometa, lo suficientemente cerca como para brillar como una cuarta luna en el cielo de Pirria.

Lo bastante cerca como para cambiar las mareas y sacudir los continentes.

Cuando los terremotos sacudieron la tierra, se desplazaron rocas enterradas desde hacía miles de años.

Bajo tierra, en la oscuridad, se rompieron cables de cobre.

Y un dragón despertó...